



Votos
de Traición



KRISTEL RALSTON

AUTORA FINALISTA DEL 2^o CONCURSO INDIE DE AMAZON

Votos de traición

Kristel Ralston

©Kristel Ralston 2018
Votos de traición.
Todos los derechos reservados.

Los trabajos de la autora están respaldados por derechos de autor, y registrados en la plataforma SafeCreative. La piratería es un delito y está penado por la ley.

SafeCreative: 1805077010728.

Diseño de portada: Karolina García Rojo ©Shutterstock.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

“Sabemos lo que somos, pero no lo que podemos llegar a ser.”
-William Shakespeare.

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[EPÍLOGO](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

CAPÍTULO 1

Londres.

Zoey se despidió del organizador de la gala. Ella no llevaba la cuenta de todos los eventos que Joyerías Wolfe había patrocinado con la finalidad de que grandes personalidades llevaran las colecciones de sus exquisitas joyas. La compañía, dirigida por sus padres adoptivos, tenía una gran reputación en el Reino Unido y sucursales en varias de las principales ciudades europeas. Zoey disfrutaba cada segundo en la fábrica con los orfebres y diseñadores, además de aquellas en las que tenía que reunirse con empresarios o agentes de celebridades con la finalidad de buscar expandir la marca JW, y otorgarle más visibilidad.

Ese día había sido muy complicado. A pesar de que JW era una marca de lujo, la alta competencia empezaba a causar problemas a la hora de posicionar la marca en nuevos mercados. Zoey se había licenciado en negocios internacionales, y también poseía una mención en marketing. Había sido una estudiante con altas notas y por eso logró graduarse con varios meses de antelación. Sus padres adoptivos —Elizabeth y Albert Wolfe— le habían entregado, después de graduarse, la vicepresidencia de negocios y relaciones públicas de la compañía. Era una inmensa responsabilidad, y ella esperaba estar haciendo un buen trabajo. Su vida era Joyerías Wolfe, y apenas tenía tiempo para respirar y tener una vida personal.

—Señorita Reynolds —dijo el conductor—, ¿la llevo a su casa en Chelsea?

Los Wolfe la habían adoptado cuando tenía ocho años, y cuando cumplió la mayoría de edad le preguntaron si deseaba cambiarse el apellido.

Zoey les dijo que no, porque su apellido era un recordatorio de su pasado y de cómo su vida había cambiado por completo. El matrimonio no se resintió. La amaban y Zoey los retribuía. Para ella eran sus padres, aunque la idea de buscar a sus padres biológicos era una espina clavada en su corazón. Había tantas preguntas que quería hacerles...

El día había sido muy ajetreado para ella, y rematar la jornada sonriendo a todos —cuando lo que más deseaba era estar bajo las cómodas sábanas de su cama— resultaba agotador. Podía ir a su casa, y nada deseaba más que eso, pero antes tenía que pasar por la casa de Tim, su mejor amigo. Se conocían desde que ella empezó a formar parte de la familia Wolfe.

—No, Kendrick, por favor lléveme a Notting Hill. A la casa de Jensen Aveira.

—Por supuesto —dijo. Le sonrió por el retrovisor del automóvil negro y de vidrios tintados—, ¿cómo estuvo el evento de hoy, señorita Reynolds?

Zoey le devolvió una sonrisa, sin esfuerzo. Kendrick era un buen hombre, y llevaba trabajando con los Wolfe desde hacía treinta años. Le gustaba charlar con él, en especial si la iba a recoger después de una fiesta de trabajo o la recogía en el aeropuerto luego de un largo viaje de negocios. Era la figura más parecida a la de un confesor. Jamás salía un comentario fuera de tono, y si ella no lo deseaba, él entendía cuando la conversación había terminado.

—Bastante agotador...

—Imagino que el joven Aveira no disfrutará si cancela su visita.

Zoey sonrió, porque tenía razón. Jensen era propietario de varias concesionarias de automóviles Jaguar y Porsche, pero cuando solía hacer un hueco en su agenda era siempre para charlar con ella. Ya casi era medianoche, y al día siguiente podía llegar una hora más tarde a la oficina central de JW.

—Ya lo conoce bien —dijo con un bostezo—, mientras usted conduce yo intentaré dormir un poco. La próxima ocasión intentaré que el gerente general de la compañía asista a estos eventos.

Kendrick se limitó a asentir, y poner rumbo hacia Notting Hill.

Nick condujo a toda velocidad hacia el London Bridge Hospital. Su tío Albert había sufrido un infarto.

Para él la familia era importante, y podía dejar de lado cualquier reunión si uno de sus tíos o sus padres lo necesitaban. Al ser hijo único, la idea de perder alguno de sus familiares le afectaba de modo más profundo. Estaba habituado a su independencia y disfrutar de su espacio, pero sus afectos solían ser muy fuertes por la gente que amaba; ninguna mujer estaba incluida en ese grupo.

Llegó hasta la recepción y la primera reacción de la enfermera fue sonreírle con un brillo especial en la mirada. Un brillo que Nick conocía a la perfección. No le era ajeno el efecto que solía generar en las mujeres. Ser engreído fue una etapa de adolescente y la aprovechó acostándose con todas las chicas que quiso, pero no era ya parte del hombre de treinta y siete años en que se había convertido. Si la mujer le interesaba, entonces él tomaba alguna decisión, pero si no era así, la ignoraba. No le gustaba perder el tiempo, ni en los negocios ni con las mujeres, ni le gustaba hacer perder el tiempo a otros con falsas esperanzas.

—Albert Wolfe, por favor.

—En la habitación 402 —le dijo la enfermera sin pestañear.

Nick Alastair Wolfe podía haber elegido cualquier profesión, desde un simple actor hasta un astronauta, su coeficiente intelectual sobrepasaba al de la media, y por eso solía aburrirse fácilmente. En la mesa de negociaciones

era impresionante y pocos se atrevían a enfrentarse a él cuando tenía un objetivo en mente.

Su compañía, NNW, por las iniciales de su nombre y la de su fallecido hermano gemelo, Nolan, se dedicaba a la construcción de estadios deportivos y espacios de lujo. Absorbía un negocio que estaba por desplomarse, y lo transformaba en una nueva marca con un avalúo cuantioso económicamente. Además de NNW, Nick manejaba el negocio de la transportación marítima a nivel mundial con su empresa Coast Industries. Ambas compañías le brindaban gran satisfacción, pero lo que más tiempo absorbía era la naviera.

Las cicatrices de su pasado lo perseguían e intentaba compensarlo viviendo a tope. Le gustaban los deportes extremos. Sentía la necesidad de probar que estaba vivo. No le importaba lanzarse en paracaídas, caer desde un puente haciendo bungee jumping o hacer rafting en algún lugar dejado de la mano de Dios. Solo una vez puso en tela de duda su capacidad para confiar o no en otras personas y no pensaba caer en el mismo error. Le había costado varios millones de libras y un severo golpe en su orgullo ante sus colegas el haberse dejado guiar por Camille, su exesposa.

—¿Tía? —preguntó con cautela cuando llegó a la habitación.

Elizabeth Wolfe se giró hacia él. De cabello corto y dorado era la viva imagen de una mujer inglesa refinada, siempre cauta y mesurada en sus acciones, y elegante en su impecable forma de vestir. Detrás de esa fachada se escondía una persona generosa, risueña y con un inteligente sentido del humor, tal como su esposo, Albert.

—Hola, tesoro —dijo Elizabeth dándole un abrazo a su sobrino—, me imagino que el cotilla de tu padre te habló de Albert.

La mejor amiga de Elizabeth era Adelle Wolfe, la madre de Nick quien a su vez estaba casada con el hermano de Albert, Gustav.

—Están en París, ya sabes, y me llamaron desesperados. Será mejor que

los llame ahora mismo para decirles que no hay peligro con el tío Albert.

Elizabeth suspiró, y esperó a que Nick hiciera su llamada. Calmó a su cuñado y después a Adelle, los padres de su único sobrino prometieron tomarlo con calma y volver al Reino Unido en la fecha que tenían planeada. Dos semanas después, pero con la única condición de que los mantuvieran al tanto de la salud de Albert.

—Solo fue un susto —murmuró Elizabeth observando a su esposo con quien llevaba casada desde hacía casi ya cuarenta años—. Tiene que cambiar su dieta y hacer más ejercicios. Se va quedar esta noche en observación. No deberías inquietarte de este modo, Nick, porque...

—¡Mamá!

Nick se giró con cara de pocos amigos ante la voz conocida. La hija adoptiva de sus tíos, que para él no era ni por asomo parte de la familia, existía para incordiarlo. No entendía cómo Albert, capaz de desenmascarar a millas de distancia a un embaucador, continuaba brindándole la confianza a esa mujercilla. Nick no era un snob, pero no confiaba en esa muchacha. Jamás lo había hecho.

Desde el primer momento en que vio a Zoey Reynolds supo que iba a convertirse en una molestia en su existencia, y no lo había defraudado. Pero él siempre estaba dispuesto a dejarle en claro que no era bienvenida, que jamás sería una Wolfe, y que ni un solo penique de su familia iría a parar a sus bolsillos. No en vano tenía el mejor equipo de abogados a su servicio. Él se encargaría de guardarle las espaldas a sus demasiado benévoloos tíos.

Zoey tuvo que cancelar su reunión con Jensen, no le importó, pues apenas recibió la llamada del hospital todo su cansancio se transformó en adrenalina pura ante la idea de que a su padre estuviese en peligro. Un infarto podía ser fatal, pero su madre intentó calmarla después de que recibiera la llamada del hospital. Zoey estaba en la lista de contactos principales en casos

de emergencias.

Zoey necesitaba tranquilidad, pero ver en esos instantes a Nick no le ayudaba para nada, en especial porque él le había declarado la guerra desde el día en que pisó la mansión de Elizabeth y Albert diecisiete años atrás. Lo recordaba muy bien... Ese no era el lugar para pensar en sí misma.

—La hija pródiga —dijo Nick, solo para que Zoey lo escuchara, cruzándose de brazos— o quizá debería decir el acto de caridad de mis tíos.

Intentó no fijarse en el vestido rojo que llevaba y que se pegaba a cada una de las sinuosas curvas de Zoey. Imaginaba que sus viajes de trabajo, en los que se gastaba los fondos de JW, incluían tórridas noches de sexo con algún acompañante. Todavía podía recordar fácilmente el día en que la encontró a punto de besarse con Gael, uno de sus amigos de la secundaria. Ex amigo, ahora.

Zoey escondió con habilidad lo mucho que le dolían esas palabras. Nick siempre procuraba hierirla de alguna manera o hacerla quedar mal con comentarios que parecían una broma, pero ella conocía la verdad detrás de sus frases o comentarios. Le había plantado cara varias veces, sutilmente, pero su paciencia empezaba a llegar al límite. Los círculos sociales de ambos no los invitaban a los mismos eventos, porque era bastante conocida la animadversión entre los dos.

Albert estiró la mano y tomó la de Zoey

—Hola, pequeña. No te preocupes que todavía tengo muchos años más para darle guerra a los nuevos empresarios.

Zoey contuvo las lágrimas. Los Wolfe habían hecho tanto por ella que jamás sería capaz de pagar lo que había recibido: educación, un techo bajo el cual vivir, aceptación y amor. La idea de perder a uno de esos dos maravillosos seres le causaba una tremenda angustia.

—Papá, el doctor Lambert te dijo que tenías que descansar más... Estás

bajo mucho estrés. No debes ir a la oficina.

—¿Por qué harías tal sugerencia? —intervino Nick, acercándose—. Mi tío tiene que vigilar sus asuntos personalmente. Espero que no intentes...

Zoey, se apartó de Albert.

—Escucha, Nick, a mí no me importa si me crees una caza fortunas después de diecisiete años demostrándole a todo el mundo lo contrario o si todavía crees que continúo siendo una niña sin educación proclive a darte un puñetazo en tus partes nobles en cada ocasión que molestabas. Lo que *sí me importa* es que vengas a insultarme cuando mis padres, *mis padres*, necesitan tranquilidad. Si tienes algún problema conmigo, entonces será mejor que esperes a que termine mi visita y así puedes quedarte a tus anchas en el hospital.

Ella estaba agotada, pero el inconfundible perfume masculino de Nick se coló por sus fosas nasales como una estela placentera que recorrió todo su sistema. El cretino era muy sexy, y por si fuera poco tenía mucha similitud física con el modelo David Gandy, tan solo que Nick parecía haber mejorado la versión.

Elizabeth suspiró. Conocía que Nick era muy territorial y la rivalidad que había surgido desde que Zoey llegó a la familia.

—Nick... Zoey... —los miró a ambos con cariño— será mejor que ambos vayan a descansar. Albert está bien, y saldrá mañana. Los mantendremos informados. ¿Está bien?

—Nick, muchacho —dijo Albert desde la cama. El guapo empresario se acercó a su tío—. Si algo me llegase a pasar o a tu tía Elizabeth necesito que me prometas que cuidarás de Zoey.

—Papá, no digas eso...

—Tío, por favor...

Ambos hablaron al mismo tiempo, pero al instante se callaron ante la

mirada severa de Elizabeth.

—Fuera los dos —intervino la esposa de Albert y empujando con suavidad a Nick y a Zoey hacia la salida. Luego miró a su esposo—: Y tú, deja el pesimismo, y procura dormir. Nadie se va a morir aquí.

—Sí, señora... —murmuró Albert y cerró los ojos.

Zoey se despidió de su padre con un beso en la frente, y después abrazó a su madre. Le dedicó una mirada hostil a Nick y fue a buscar al médico para asegurarse de que todo estaba en orden.

Antes de llegar al automóvil, una mano tan firme como al acero la detuvo. No necesitaba girarse para saber de quién se trataba. Con lentitud se deshizo del agarre de Nick y lo miró. Esperó a que él hablara.

—Hoy acabas de dejar tus cartas al descubierto. Si pensaras en dedicarte al póker, lo más probable es que falles estrepitosamente.

—No tengo humor para tus juegos o acertijos, así que, ¿qué demonios quieres?

—Si piensas que voy a permitir que intentes que mi tío abandone su negocio para dejártelo a ti, usando ahora el pretexto de su condición de salud, pues estás muy equivocada. Eres como un ave de rapiña: lista para saltar a la primera que ve sangre. Muy ruin de tu parte empezarte a hacer ideas con la cadena de joyerías de mis tíos, pero no me sorprende nada de ti.

Estaban tan cerca que, si uno de los dos daba solo un paso más, sus narices podrían toparse al igual que sus labios. El aire frío hacía poco para ahuyentar el líquido calor que solía sentir Zoey cuando Nick estaba cerca. Aquella contradicción la volvía loca, porque no existía otro ser humano al que despreciara tanto como a él, y al mismo tiempo sus hormonas parecían perder el rumbo cuando Nick estaba a su alrededor.

—He tenido un día muy complicado. Estoy agotada. Me duelen los pies con estos tacones de aguja, y el rostro de sonreírle a gente que no me interesa

tener en mi círculo personal. Mi padre ha sufrido un infarto, y no tengo ganas de participar en tus vericuetos cerebrales, así que, ¿de qué carajos hablas?

Él la observó como un águila a su presa, pero en esta ocasión el único tipo de hambre que sentía era el de devorar esa boca. Callarla. Apoyarla contra la primera superficie sólida y descubrir lo que ese maldito vestido rojo strapless de indecente abertura, que dejaba a la vista una pierna exquisitamente torneada, escondía. Dios.

Cómo detestaba lo que esa mujer representaba: tentación y problemas. Llevaba años intentando encontrar una prueba para que sus tíos entendiesen de una vez por todas que Zoey solo quería el dinero que ellos podrían pensar en dejarle al morir. Pero Nick no iba a permitirlo.

—Mi tío no va a dejar de trabajar en la compañía para que tú puedas apañártelas y encontrar la forma de quitarle la empresa. Tienes acceso a información privilegiada, pero eso va a terminar. Quizá yo tenga muchas ocupaciones con mi naviera y mis negocios, pero me daré el tiempo para impedir que tú y ese amiguito tuyo, el tal Jensen, intenten crear una estratagema para quedarse con JW. ¿Te queda claro?

«¿Cómo se atrevía a hablarle así?»

—Son mis padres y confían en mí —dijo Zoey con rabia—. La empresa no es lo que me importa, sino el legado que ellos quieren dejar, y yo me voy a encargar de que JW continúe en la memoria de nuestros clientes como una marca de lujo y estilo en el Reino Unido. —Nick apretó los puños a los lados—. Mis amigos tienen sus asuntos, y yo jamás haría nada para perjudicar a JW. *No me interesa el dinero.*

—Ni tú te crees semejante mentira, Zoey. Solo estás esperando para dar el zarpazo. ¿Sabes qué? No va a pasar —le advirtió con rudeza.

—En lugar de incordiarme deberías estar pensando en tus propios asuntos.

—Una ladrona, agazapada durante años jugando el papel de niña buena y solícita en los requerimientos de mis tíos para aprovecharse de su bondad y convencerlos de dejarle su puesto en la compañía, es mi asunto. Mantén tus garras a buen recaudo. No me obligues a hacer algo de lo que vas a arrepentirte.

Zoey había vivido gran parte de su niñez cuidando de sus pocas pertenencias: una muñeca de trapo vieja, una cajita de música que había visto mejores días, y unos lápices de colores gastados, como si fueran sus tesoros. Aquellos objetos eran su recordatorio de que alguna vez alguien la quiso, pues era lo único que recordaba haber poseído jamás mientras iba de un hogar de acogida a otros.

Ella había llegado con esas pertenencias cuando fue entregada al sistema. Recordaba vagamente a sus padres, y nadie sabía darle una respuesta sobre el paradero de ellos. Con el paso el tiempo dejó de hacer preguntas e intentaba consolarse con esos objetos como si poseyeran la fórmula para regresarle algún día a sus padres o al menos darle pistas del sitio en el que podía encontrarlos. ¿Por qué la habían dejado? ¿Por qué no regresaban a buscarla? ¿Por qué tenía que ir a casa de extraños que la miraban mal y niños crueles que se mofaban de ella?

En una de las casas de acogida la hija mayor del matrimonio le quitó sus tesoros, y aprovechó en descabezar su muñeca de trapo, tan solo porque se negó a compartirle un chocolate que había recibido en la escuela como premio por ganar el concurso de deletreo en la clase. La niña lanzó todo a la basura y le prendió fuego, mientras el hermano mayor de esta sostenía a Zoey para que no pudiera impedirlo.

Zoey aprendió ese día que el mundo era desalmado, que no podía confiar en nadie, y que más le valía armarse de valor para sobrevivir. Los Wolfe le habían enseñado humanidad y amor. Les debía mucho y por ellos

era capaz de todo, en especial tolerar al insoportable sobrino de ambos. No entendía cómo dos personas tan generosas —porque ella sentía gran cariño por los padres de Nick, Adelle y Gustav— podían tener por hijo a un hombre tan cínico.

Desde el día en que Jensen la besó, un terrible error que los hizo caer en cuenta de que solo podían ser amigos y nada más, y tuvieron la mala suerte de que Nick los encontrara, este había declarado la guerra a Jensen. No por ella, claro que no, sino porque era una de las fiestas de Nick y al parecer no le sentó bien que alguien más estuviera pasándose el bomba. La situación empeoró cuando pasaron los años y Jensen se convirtió en competidor en inversiones de bienes raíces.

—Sigues viviendo en tu fantasía en la que yo...

Él la zarandeó con suave firmeza.

—Tú no sabes nada de mis fantasías, aunque —bajó la voz— si tienes interés en conocerlas de primera mano, yo no tendría problemas en usarlas contigo —la soltó como si le diera asco— ¿qué es un revolcón más con una mujer para mí y otra muesca en la cama para ti?

Zoey alzó la mano y le dio una bofetada en la mejilla.

Él se quedó impávido. Se lo merecía, pero no iba a decírselo. No tenía por costumbre insultar a las mujeres de esa manera, mucho menos mostrarse hosco, sin embargo, Zoey conseguía convertirlo en un hombre por completo distinto al ejecutivo civilizado y capaz de controlarse.

—Vete al diablo, Nick. Quizá no tenga en mis genes tu sangre aristocrática, pero me he preparado para sacar a flote JW. Si estás conforme o no con la forma en que se maneja la joyería no es mi problema, discútelo con mi padre. Además, no es tu compañía. Tú no entiendes de sutilezas y por eso se te da mejor jugar a los barquitos y viajes en el mar en tu naviera. Ahora —lo miró como si no fuese digno de limpiarle el barro de sus zapatos— me voy

a descansar, porque perder el tiempo contigo no es mi prioridad.

—Vas a pagar caro lo que acabas de hacer, Zoey.

Ella, desde el asiento de cuero del automóvil, sostuvo la puerta.

—Inténtalo.

Con un portazo de Zoey, el conductor puso en marcha el Mercedes Benz dejando un tenue vaho de smog que se entremezcló con el viento frío.

Nick se quedó de pie un rato más, y después de un instante, sonrió. Tenía un plan para, de una vez por todas, desenmascarar a esa hipócrita farsante.

CAPÍTULO 2

ZOEY

Años atrás.

—¿Juegas conmigo en el columpio? —le preguntó al chico que tenía ante ella.

Estaban en el patio de unas oficinas que Zoey no era capaz de identificar. No es que hubiera salido demasiado a recorrer Londres, su ciudad natal, y era la primera vez que se encontraba en ese lugar. Esperaba, al igual que otros seis niños, que los llamaran a la oficina principal con la trabajadora social asignada a sus casos.

—No —la miró haciendo una mueca—, porque hueles mal.

—No es mi culpa —murmuró con los ojos llenos de lágrimas sin derramar— la niña de esa casa me echó vinagre cuando intenté probarme sus zapatos nuevos. Me bañé, pero cuando fueron a verme no alcancé a cambiarme de ropa... —bajó la mirada— solo quería salir de allí.

—Pues qué asco. No quiero jugar contigo —zanjó el niño y fue hacia donde se encontraba el resto de chiquillos que no pasaban los diez años.

Después de haberse despedido de Frank y Delia, su última familia de acogida, pasó por un sinnúmero de conversaciones sobre una posible adopción. No de forma directa, no, pero Zoey había aprendido a escuchar tras las puertas, interpretar los más leves susurros en su soledad y también tenía un gran dote imaginativo. Después había confirmado sus sospechas de que iban a ponerla en una nueva casa, y los sicólogos intentaron hacerla creer que esta vez sería definitivo. Le habían asegurado que no la enviarían a una nueva familia cada nueve meses o dos años, que nadie se quejaría de ella porque

esta ocasión sería para siempre, que no tendría que temer proteger sus pocas pertenencias de los niños de las nuevas casas por miedo a que se los robaran o echaran a la basura, que no iba a tener que empezar amigos desde cero y cuando sus lazos empezaran a consolidarse le tocaría abandonarlo todo y empezar de nuevo.

Ella tenía miedo. Siempre tenía miedo cada vez que conocía una familia.

Todo era alegre al principio. Zoey sentía una renovada esperanza de que cada ocasión sería la definitiva. Diferente. Y cada vez se equivocaba. La nueva familia la saludaba con entusiasmo, pero si tenían hijos, estos se mostraban distantes.

Los primeros días de convivencia eran los más difíciles, porque implicaban una adaptación a nuevas normas, nuevas costumbres. Aunque también había partes divertidas si tenía la suerte de contar con su propia habitación, juguetes —usados— y ropa limpia.

Esta vez le resultaba distinto. Recordaba haber vivido con cinco familias de acogida. No quería más... Prefería quedarse sola a tener que soportar todo el proceso de aceptación inicial para posteriormente ser rechazada.

Ya no le quedaba nada de su pasado. Solo leves recuerdos de su madre y ninguno de su padre. Según la señorita Miller, la trabajadora social, Zoey entró al sistema cuando tenía tres años de edad. Después le había dado una charla sobre lo maravilloso que iba a ir a todo durante esa tarde cuando conociera a sus definitivos padres, pero Zoey no le creía. Le decían siempre el mismo discurso, y ya le sonaba vacío. Nadie la quería. Nadie quería quedarse con ella. ¿Qué había de defectuoso en ella? ¿Qué?

Durante su corta vida tan solo aprendió a despedirse. A no apegarse a la gente. A evitar estrechar lazos. Se sentía perdida y envidiaba, hasta el punto

que llegaba a dolerle, la familia que tenían los niños que conocía en las casas de acogida.

Zoey había pasado de ser una niña vivaracha a una niña cautelosa. Tenía solo ocho años, sin embargo, poseía más astucia y conciencia que ningún otro niño de su edad. No se hacía ilusiones, y aquello era triste para alguien de su corta vida. Ella ya había dejado de llorar en las noches, en silencio, por sus padres. También había dejado de preguntarles a las trabajadoras sociales si podían ayudarla a encontrarlos.

Era una huérfana y solo un número más en el sistema de Gran Bretaña.

El niño que acababa de despreciarla, para ir a jugar con los demás, se había desentendido de ella con la misma facilidad que lo hacían otras personas que pasaban por la vida de Zoey. Ella ya debería estar habituada a ser rechazada. Intentaba ser optimista, a pesar de sentir el corazón pesado con cada mirada indiferente de los demás chiquillos de su edad.

Zoey dio media vuelta y decidió ir al pasillo en el que se encontraban las oficinas. Había una banqueta de madera. Con la mirada seria, y decidida a no darle nunca más su cariño o atención a otras personas, esperó con indiferencia que le presentaran a la nueva familia. Una decepción más que agregar a su lista.

Pasó un largo rato. Una eternidad a juicio de ella. ¿Qué era una eternidad? Quizá debería preguntárselo a algún adulto. Esa frase de “eternidad” se la había escuchado a alguien. No recordaba quién. Tantas personas que pasaban por su vida, pero ninguna realmente dejaba una huella memorable como para recordarlas.

—Zoey Jane Reynolds.

La niña miró hacia la puerta que acababa de abrirse. La señorita Miller le sonreía, y le hizo un gesto para que se acercara. En la sombra, detrás de la trabajadora social, Zoey pareció ver dos figuras, pero no podía identificar el

rostro. No le importaba.

—Soy yo —replicó.

La señorita Miller se acercó y le acarició el cabello con suavidad. Zoey, poco dada a recibir muestras de afecto, se apartó, y la joven trabajadora social dejó caer la mano, pero no dejó de sonreír. Se inclinó hacia Zoey apoyando las manos en las rodillas para estar a la altura de la mirada de ojos celestes de la niña que continuaba tercamente sentada en la banqueta.

—¿Recuerdas lo que hablamos hace unos días?

—Que ibas a sacarme de la casa de hoy porque me querían adoptar otras personas.

—Exacto, pero lo más importante Zoey, es que estas personas te quieren para siempre. ¿Qué tal eso? —preguntó en un tono un poco más alto como si deseara que alguien más, además de Zoey, la escuchara.

La niña miró sobre el hombro de la señorita Miller. Se encogió de hombros.

—Quieren conocerte. ¿Te parece bien?

—Apesto.

—Claro que no, Zoey.

—La hija de los Hunterson me echó vinagre y la ropa sigue oliendo mal.

—Las personas que quieren conocerte hoy no se van a fijar en cómo hueles o cómo te ves. Simplemente, te quieren.

—No me conocen, ¿cómo me van a querer? —preguntó cruzándose de brazos.

La señorita Miller hizo un gesto hacia la puerta, una negación sutil, y luego se sentó junto a la niña. No la tocó, pues ya se había dado cuenta de que Zoey rehusaba acercarse físicamente a las personas.

—Porque eres especial, Zoey. Eres una niña inteligente, preciosa y con

una magnífica habilidad para hacer dibujos —comentó.

Zoey se arrepintió de haberle enseñado su cuaderno de dibujos. Era lo único que podía hacer sin sentir que iban a arrebatarlo. Podía dibujar lo que quisiera una y mil veces. No importaba cuántas ocasiones perdiera su cuaderno o si acaso alguien se lo echaba a la basura —por error o con intención—.

—¿Y?

—Esta pareja quiere quedarse contigo. Les he contado un poquito de tu vida. Están ansiosos por compartir su casa contigo. Tienen una casa inmensa, yo la he conocido, y ¿sabes qué es lo mejor?

Zoey la miró con desconfianza.

—No.

—Tienen una piscina y un columpio, Zoey. ¡Solo para ti! También un cuarto inmenso con juguetes, todos nuevos, ropa nueva, y lo mejor, ¡te quieren para siempre! —insistió la trabajadora social.

Le dolía mucho ver la mirada cínica de la niña. Llevaba quince años y el caso de Zoey no era poco frecuente. Los padres adoptivos creían que los niños eran intercambiables, y no tenían idea de cómo los lastimaban cuando empezaban a descuidarlos y el gobierno tenía que intervenir y quitárselos. El trauma no era para los padres, sino para ese niño o niña que vivía el rechazo. Las consecuencias psicológicas eran tremendas.

—Eso me dicen siempre.

—¿Crees que, al menos, puedas conocerlos?

La idea de tener cosas nuevas para ella sola, pareció entusiasmar un poco a Zoey.

—Quiero lápices para dibujar —murmuró en un tono tan bajo que la señorita Miller tuvo suerte de haberla escuchado.

—No será ningún problema, Zoey —dijo con una amplia sonrisa. Se

puso de pie y le extendió la mano—: ¿Vamos?

La niña dudó.

—¿Quiénes son?

—Acompáñame para presentártelos. Así los conoces. Pero te voy a decir sus nombres, ¿eso te sirve?

Zoey hizo una mueca, y asintió.

—Ella se llama Elizabeth, y él Albert.

—No sé su apellido. Ellos saben el mío.

La señorita Miller extendió de nuevo la mano, y esta vez, Zoey la tomó.

—Son los esposos Wolfe.

—¿Tienen más hijos? —preguntó deteniéndose en seco, antes de que la señorita Miller la condujera hacia la oficina que mantenía la puerta abierta, y a través del vidrio, tintado de un tenue gris, de la parte superior se veía la sombra de dos personas que parecían hablar bajito.

La trabajadora social sabía que era una pregunta muy importante para Zoey. Los archivos de sus familias de acogida anteriores señalaban la existencia de uno o tres niños, y al parecer la incompatibilidad con ellos habían causado conflictos con Zoey. Cuando la acaudalada familia Wolfe solicitó la adopción, el proceso que era usualmente lento, se agilizó. No solo era un matrimonio adinerado, sino muy respetado en la sociedad británica. Tenía la esperanza de que la niña finalmente encontrara su lugar en el mundo gracias a las posibilidades y el amor que esa pareja, que no había podido tener hijos después de varios años de casados, podría brindarle.

—No, Zoey. Tú serás la única hija para ellos.

—¿Quién dice eso? —preguntó con un ligero toque de ilusión que hizo a la señorita Miller contener las lágrimas.

—Creo que es momento de que les hagas tú mismo las preguntas —sonrió, y le tomó la mano con un apretón cariñoso para llevarla hacia la

oficina.

Zoey asintió.

Elizabeth miró a su esposo con una emoción en el rostro que no era fácil de describir con las palabras. Sentía un nudo en la garganta porque había tratado durante tanto tiempo concebir, pero la naturaleza decidió que ella no podría jamás conseguirlo. Al final, los exámenes de fertilidad dieron también negativo para su esposo, y después de una larga temporada de conversaciones, lágrimas y decepciones, ambos decidieron que había muchos niños en el mundo que necesitaban amor y ellos tenían mucho por dar.

Después de una larga espera, los servicios sociales les comunicaron que habían sido aceptados como padres adoptivos de una niña. A ninguno de los dos les importó que tuviese ocho años, porque en el momento en que vieron su fotografía se enamoraron de Zoey. Elizabeth sintió una profunda pena por los antecedentes de los padres biológicos de la niña, pero tanto ella como Albert iban a darle una vida mejor.

La vio entrar en la oficina, y apretó la mano de su esposo.

—Es ella —le susurró. Albert la miró con ternura, y le sonrió a la niña.

Zoey pensó que, al ver ese par de extraños los consideraría solo como dos extraños más que agregar a su lista de decepciones e iba a sentir hastío o rabia. Pero se equivocó. La forma en que ambas personas la miraban parecía muy diferente a la de otros padres de acogida. Este matrimonio quería adoptarla, para siempre, y la expresión de calidez que se exudaba la mirada de ambos no era fácil de ignorar.

Pero Zoey temía volver a equivocarse. Elevó el mentón con desafío.

—Hola, Zoey —dijo Elizabeth acucillándose para quedar a la altura de la niña—, mi nombre es Elizabeth Wolfe y él —señaló con la mano a Albert— es mi esposo, Albert Wolfe. Estamos muy contentos de poder finalmente

conocerte.

—Hola, Zoey —saludó Albert e imitó el gesto de su esposa, le extendió la mano a la niña—, nos encanta saber que vendrás con nosotros.

—No tengo de otra —murmuró la niña de mala gana.

La trabajadora social se aclaró, y miró al jefe de servicios sociales, este asintió.

—Zoey, los esposos Wolfe han esperado mucho tiempo para poder tener una hija. ¿Qué te parece si les dedicas una sonrisa?

La niña enseñó los dientes en una mueca, y Elizabeth se rio. Ella y su esposo se incorporaron.

—No pasa nada. Nos iremos conociendo poco a poco —comentó Albert.

Los esposos vestían de forma elegante, notó Zoey, y además parecían educados. No del tipo de personas que iban a gritarla o amenazarla con enviarla de regreso a servicios sociales.

—Quiero mi propia habitación —dijo Zoey en tono demandante.

Elizabeth, en lugar de mostrarse contrariada, asintió con una gran sonrisa.

—Tendrás todo lo que desees, pero sobre todo siempre contarás con nosotros. No vamos a dejarte ir, Zoey, te queremos.

—No me conocen —murmuró de mala gana.

—Conocemos todo lo que necesitamos saber —intervino Albert con suavidad—, además, tener el honor de ser tus padres es algo que nos hace muy felices. ¿Te parece bien?

—Supongo —replicó tratando de ocultar su emoción, pero no iba a volver a tener la ilusión.

Primero pretendía probar que ellos eran iguales a los padres de acogida que había tenido y que jamás quisieron adoptarla. Volverían a decepcionarla.

Aunque, ¿qué sabía ella de los procesos si solo tenía ocho años? Pero era experta en saber quiénes eran mentirosos y embusteros. Sin embargo, podía sentir en su corazón que los Wolfe eran buenas personas.

Cuando llegó a la casa, que se convertiría en su hogar, los Wolfe la agasajaron con una pequeña recepción de bienvenida. Eso jamás había ocurrido antes. ¿Quién se tomaba molestias con una huérfana como ella? Zoey no estaba acostumbrada a ese tipo de cosas. Los Wolfe la sorprendieron con un precioso vestido azul y unos zapatos nuevos. La bañaron, la peinaron, y por primera vez en mucho tiempo, Zoey sonrió al reflejo de sí misma que le mostraba el espejo.

Su habitación era hermosa. Tenía una ventana que le dejaba ver el cielo londinense, gris y lluvioso la mayoría del tiempo. Todo era limpio y nuevo. Parecía esas habitaciones sacadas de las revistas que Zoey solía ver cuando estaba aburrida, y con las que secretamente siempre había soñado. Pero no confiaba en que tanta maravilla durara para siempre. Las niñas como ella no tenían esos lujos. Tan solo le tocaría esperar, por más de que los Wolfe parecieran buenas personas, que se hostigaran de ella y volvería a estar en la lista de niñas huérfanas disponibles para adopción en el Reino Unido.

Zoey miraba a uno y otro lado, mientras Elizabeth le mostraba la casa, si es que había o no otros niños alrededor. Tenía una niñera, le informó Albert, con mucha experiencia y de mucha confianza. ¿Qué es la confianza?, se había preguntado Zoey, pero no hizo el comentario en voz alta. A veces era mejor quedarse los pensamientos para uno mismo.

Zoey trataba de buscar una excusa para odiarlos o para probar su decisión de haberla adoptado y ver si se retractaban. Lo intentó haciendo travesuras. Echando líquidos sobre alfombras carísimas. Usando marcadores de colores para escribir sobre el prístino mesón blanco de la inmensa cocina. Incluso cortando uno de los vestidos de Elizabeth para utilizar esa tela como

turbante para una de las muñecas Barbie que le había obsequiado. Se divertía jugando con los legos y armando fortalezas. Era muy buena con los rompecabezas, pero se empeñaba en sacar de quicio a los Wolfe. No lo conseguía y no entendía el porqué.

Albert era paciente y, aunque hablaba poco, durante todo el tiempo se mostraba amable y dispuesto a contestar todas las pullas de Zoey sin enfadarse. Toleraban sus travesuras, la reprendían de un modo diferente y no la hacían sentir que no valía para nada. Poco a poco, a medida que pasaron los primeros seis meses, Zoey empezó a aceptar que iba a quedarse con los Wolfe, que no iban a echarla.

—¿Todavía me quieren? —les preguntó un día Zoey, mientras desayunaban.

—Siempre —replicó Elizabeth tomándole la mano con amor— porque eres nuestra hija por decisión. Eres amada y querida, Zoey, no importa lo que hagas para intentar creer que puedes demostrarnos lo contrario.

Zoey se quedó mirando esos ojos celestes y el cabello rubio. Elizabeth era una mujer refinada y hermosa. Hacía una pareja muy bonita con Albert.

—Está bien... —replicó ella, avergonzada después de todas las travesuras que había hecho en esa mansión.

La escuela privada en la que la habían inscrito era muy estricta, pero al menos no se metían con ella. Al parecer, el hecho de que sus padres adoptivos tuviesen mucho dinero, o eso decían las profesoras cuando creían que Zoey no las estaba escuchando, jugaba mucho a su favor. A Zoey no le importaba el dinero porque había vivido tanto tiempo acostumbrada a carecer de todo, o poseer siempre lo mínimo, que ella no hallaba el motivo de tanto asombro o trato especial por el simple hecho de tener o no un apellido o una cuenta bancaria inmensa. Aunque, si eso le ayudaba a que no la molestaran en la escuela, pues no pensaba discutir ni pio.

—Hemos pasado todos estos meses solo los tres, Zoey —dijo Albert con una sonrisa aprobatoria de Elizabeth. Habían conversado de este tema la noche anterior antes de irse a dormir, porque no querían abrumar a Zoey con la presencia de otras personas hasta que la niña se hubiera habituado un poco a ellos— y nos gustaría que conocieras al resto de tu familia.

Zoey dejó la cuchara a un lado. Le costaba imitar el comer pausado de los Wolfe. Ella comía con rapidez y no le importaba mancharse la ropa. La idea de que alguien quisiera quitarle su plato de comida, como ya le había ocurrido en otras situaciones antes de los Wolfe, no desaparecía todavía de su lista de temores.

—¿Por qué?

Elizabeth le sonrió.

—Porque queremos que amplíes tus lazos familiares, porque no solo cuentas con nosotros, sino también con otras personas que están deseosas de conocerte.

Zoey se cruzó de brazos. Su cabello ondulado, recogido en una trenza francesa, le caía sobre el hombro derecho a la altura del pecho.

—No quiero conocer a nadie...

—El resto de la familia es pequeña —dijo Albert con suavidad— no hay nada de lo que debas preocuparte. Está mi hermano Gustav, y mi cuñada, Adelle. Elizabeth no tiene familia —confesó, y esperó a que la niña digiriera esa información.

—¿Eres huérfana como yo? —preguntó Zoey.

—Sí, Zoey —replicó Elizabeth acariciándole la mejilla, pero no ahondó en el tema. Lo que menos quería era recordarle a Zoey por qué estaba con ellos y por qué había pasado de familia en familia durante tantos años, así que agregó—: Adelle es mi mejor amiga desde que teníamos tu edad, y tienen un hijo. Se llama Nicholas, pero todos le decimos de cariño, Nick.

Zoey no quería otro niño tonto a su alrededor. Durante ese tiempo se había vuelto un poco territorial ante la atención de los Wolfe con ella.

—¿Cuántos años tiene...?

—Veinte años —dijo Elizabeth.

—Es viejo.

Albert se echó una carcajada.

—Lo es comparado con tu edad, claro que sí, pequeña.

Zoey sintió que no había peligro. Un viejo de veinte años no podía hacerle la vida imposible ni querría robarse sus juguetes ni se burlaría de sus modales. Unos modales que Elizabeth intentaba con paciencia de mejorar.

—Entonces —dijo Elizabeth leyendo la aceptación en los ojos de Zoey — ¿qué te parece la idea de conocer al resto de la familia?

La niña dudó un instante, y asintió.

—Está bien.

Esa fue la primera respuesta equivocada de Zoey en lo que se refería a Nick Wolfe, pero ella no tenía cómo saberlo.

CAPÍTULO 3

Tiempo presente.

Nick se desperezó en la cama. Giró el rostro hacia su izquierda, consciente de que no estaba solo y esbozó una sonrisa felina, saciada. Arminda era una amiga con la que disfrutaba del sexo sin ataduras. Cuando uno de los dos quería sexo, la llamada no era necesaria. Se enviaban un mensaje de texto con el nombre y suite del hotel. Si la contraparte podía solo respondía con un “Ok”. Caso contrario, las palabras eran “Otra ocasión”. Habían desarrollado ese patrón desde hacía ya más de un año, y Nick lo usaba convenientemente con otras amantes.

La relación de ambos, o más bien “acuerdo”, existía en la medida en que estuviesen solteros. No eran exclusivos, así que podían acostarse con otras personas. Arminda era aventurera bajo las sábanas, Nick reconocía, además sabía hacer una felación en toda regla hasta dejarlo exhausto. Nada le parecía a él más erótico que una mujer que supiera cómo domar su miembro con la boca.

Arminda Brashaw poseía una gracia innata que no solo la otorgaba la naturaleza, sino también una vida sin preocupaciones y una educación esmerada con los círculos sociales adecuados. No en vano era la heredera de una famosa disquera con sede en Los Ángeles, Estados Unidos, aunque solía pasar largas temporadas en Londres. Nick la había conocido en una fiesta tres años atrás, pero sus caminos no se cruzaron en un plano más íntimo hasta hacía un año y poco más.

Nick había pasado un par de días estresantes, después del infarto de su

tío Albert, y luego del encuentro con la embaucadora de Zoey Reynolds. Había surgido en él la imperiosa necesidad de desfogar su frustración y rabia a través de algo distinto a las máquinas del gimnasio. El sexo siempre conseguía aligerar sus preocupaciones y aclarar su cabeza, así que por eso había despertado junto a Arminda esa mañana.

—¿Te vas tan pronto? —preguntó ella, con su voz somnolienta, sin girarse. Quizá la sensibilidad de poder saber cuándo el otro se incomodaba o abandonaba la idea de continuar juntos tenía que ver con el lenguaje que desarrollaban los amantes. Conocían sus movimientos. Aromas. Sonidos. No había necesidad de preguntas incómodas cuando los sentimientos no estaban involucrados—. Pensé que al ser viernes podríamos repetir antes de irnos a la oficina.

—Para hacer dinero no hay tiempo que sobre —dijo con una sonrisa, mientras ella seguía dándole la espalda, desnuda, bajo las sábanas.

Nick se incorporó, no sin antes dar un mordisco al hombro desnudo de Arminda y fue a darse una ducha. Diez minutos después, ya estaba perfectamente vestido y listo para ir a su despacho.

Cuando apareció en el marco de la puerta del cuarto de baño, Arminda estaba sentada con la sábana alrededor de la cintura y los pechos, de oscuros pezones, desnudos. Era una belleza de cabellera negra y lacia. Muy cómoda en su propia piel. La falta de vulnerabilidad era lo que hacía que Nick la apreciara mucho más como amante, porque no se sentía ofendida si él tenía que irse después de penetrarla sin demasiadas ceremonias o si dejaban de hablarse por largas semanas hasta que uno de los dos coincidiera en un hotel.

—Cuando salgo del baño, tú por lo general ya estás camino a tu destino. ¿Me quieres decir algo? —preguntó él, con desenfado.

Ella sonrió y se incorporó. Avanzó hacia él. Era momento de volver a la realidad. Los caminos de ambos se cruzaban con amigos en común, pero no

sabían en verdad cómo eran sus vidas fuera de la cama. Tampoco importaba demasiado.

Arminda colocó la mano derecha sobre el pecho de Nick. Él ya había dado por terminado el encuentro, horas atrás, después de varios orgasmos y de haber roto varios adornos en su paso para tomarla contra la pared. Pero no le importaría una ronda adicional.

—Conocí a alguien hace una semana —dijo la mujer.

Nick asintió.

—¿Algo serio?

—Tiene el potencial. No me he acostado con él.

Él agarró la mano de Arminda y le besó el dorso.

—Ha sido un placer, literalmente, haber sido tu amante. Si alguna vez necesitas algo de mí, ya sabes cómo encontrarme. Al menos, fuera de las sábanas.

Arminda y Nick habían también acordado ser sinceros si, alguno de los dos, encontraba una pareja con la que quisieran estar en un estado monógamo. No tenía importancia cuál lo hacía primero.

—Voy a echar de menos nuestros encuentros.

Nick soltó una carcajada y acarició los pechos femeninos. Deslizó la mano por el vientre plano y acunó sus dedos entre los húmedos pliegues. La masturbó con una mano, mientras la otra apretaba los pezones con rudeza, tal como le gustaba a ella, y como él disfrutaba. El orgasmo de Arminda no se hizo esperar. Él la sostuvo hasta que ella recuperó la respiración.

—Buena suerte —dijo Nick antes de darle un beso en la frente.

—¿Fue un orgasmo de despedida? —preguntó ella, riéndose, mientras iba a buscar su ropa esparcida sobre la alfombra de la suite.

—Por supuesto. Y no espero nada a cambio.

—Lo que deja entrever cuán altruista eres.

Le hizo un guiño, y después ya no hubo más comentarios de por medio. Él agarró su discreta maleta de trabajo, y salió de la habitación. No existía ni un ápice de pesar o segundos pensamientos en lo relacionado con Arminda. Todo tenía una fecha de caducidad, en especial en lo relacionado a las mujeres para Nick Wolfe.

Presionó el botón para llamar al elevador. Su panorama profesional era complicado, pues existía dos negocios importantes que necesitaba concretar. Sin embargo, ninguno le brindaba el nivel de adrenalina que sí le causaba su magnífica idea para dejar a Zoey fuera de juego. Había descuidado demasiado tiempo el vigilar a esa avecilla de altos vuelos.

Con la deteriorada salud de su tío, Nick pensaba anticiparse y no permitirle a Zoey intentar clavar las garras en la fortuna Wolfe. Ni loco que estuviera. No pensaba comentarles del particular a sus padres, pues —al igual que sus ingenuos tíos— habían caído bajo la crédula imagen de que Zoey era una buena persona.

—Señor Wolfe —dijo el valet parking a modo de saludo, y con una ligera inclinación de cabeza, cuando le entregó las llaves del Jaguar.

—Gracias, Edd —replicó dándole una propina de cien libras esterlinas.

Una vez detrás del volante de su precioso automóvil, Nick se perdió entre las calles de Londres.

Zoey miró a Jensen con su habitual expresión llena de humor. Su mejor amigo tenía una forma peculiar de retorcer la verdad para poner la vida en una perspectiva optimista. En esta ocasión estaban refiriéndose al estado de salud de Albert. Ya habían pasado ocho días desde el infarto, y desde que el doctor le diera el alta, pero Zoey no podía quitarse la constante preocupación de la cabeza.

Sentía que sus padres adoptivos eran todo lo que poseía en el mundo.

Ya había perdido demasiado, y lo último que deseaba era también perder a uno de ellos.

—Entonces, Zoey, si tu papá está mejor, ¿por qué no le llevas una botella de uno de esos whiskies carísimos para brindar por su salud?

Ella soltó una carcajada.

Estaban sentados en un precioso salón de desayunos cerca de La City, el centro de negocios de Londres, porque Jensen estaba atendiendo unos asuntos con un par de socios y Zoey tenía esa mañana libre. A las cuatro de la tarde, en que se reunía el consejo directivo de JW, tenía que estar junto a sus padres escuchando lo que decía la mesa directiva. El día anterior habían revisado los números con el contable, y las ventas estaban a la baja comparadas con los dos años anteriores. Necesitan encontrar la forma de repuntar las ganancias para continuar compitiendo. La estrategia comercial iba a definirse, porque la idea de empezar a cerrar sucursales de la compañía era inconcebible.

—Eres incorregible —dijo antes de tomar un sorbo de té con leche—. No han sido días fáciles, pero gracias por sacarme una sonrisa. No sé qué haría sin ti.

Él conocía a Zoey desde que puso un pie en la secundaria privada y se sentó en la última banqueta, con timidez, mientras Jensen era siempre el payaso de la clase. No le costó hacerse amigo, y después encontró que Zoey representaba algo muy ajeno en un mundo lleno de riquezas y privilegios: inocencia y originalidad. Aquellas eran dos cualidades que él quería preservar.

—Tal vez continuarías con tu tendencia a querer tinturarte el cabello de morado y darles un infarto a tus pobres padres.

—¿Literal, Jensen? —preguntó riéndose por la alusión, nuevamente, a la condición de Albert para tratar de sacarla de su tristeza—. Qué falta de tacto.

—No soy muy convencional.

—Mmm...

—Quizá es parte de nuestro encanto —dijo Jensen. Después la sonrisa se esfumó de su rostro y agregó—: Zoey, Albert se va a poner bien. Solo debe descansar. Tú haces un gran trabajo en la compañía. ¿Qué te parece si te tomas unas vacaciones?

—Ya sabes que tengo que ayudar a enrumbar la nave como vicepresidenta comercial. Ahora mismo tenemos una situación compleja para lograr expandirnos. La competencia, con las casas de modas que ahora son también diseñadoras de joyas, es avasalladora. Tenemos que tratar de hallar una nueva forma de reconquistar el mercado de lujo.

—JW es toda una institución en Gran Bretaña, sé que lo harás bien. Pero te quiero con la mente en otra cosa porque estoy cansado de tu vida tan apagada. No puede ser que para ir de fiesta casi tenga que secuestrarte. —Ella se rio porque era cierto. Apenas tenía una vida social que no estuviera vinculada al trabajo—. Así que, pasado mañana se inaugura una galería de arte. El artista principal es un amigo muy talentoso. Quizá acompañarme te sirva para conocer más personas y hacer contactos. Ven conmigo.

—¿Masaje de pies garantizado después de la gala?

Él se echó a reír.

Cada vez que salían juntos, ella terminaba con los pies muy doloridos debido a los altos tacones y de andar de un lado a otro, entonces iban a la casa de Jensen. Él le daba masajes en los pies, mientras compartían una copa de vino. Se quedaban a dormir en la casa del otro, pero nada pasaba más allá de los límites de la amistad. Jensen era para Zoey un refugio emocional importante.

—Supongo que tenemos un trato. —Agarró su abrigo largo y se lo ajustó—. Por cierto, las próximas semanas las tendré bastante liadas.

Intentaré de todas maneras enviarte un S.O.S si llegase a necesitarlo. —No le había contado sobre su altercado con Nick, porque Jensen lo detestaba. A veces era mejor evitar levantar el polvo en un sitio en el que la tierra estaba asentada—. Ver un poco de arte me relajará.

Él esbozó una amplia sonrisa muy al estilo de Bradley Cooper. Aquel tipo de sonrisas que solía conseguir la aprobación de los padres de una novia. Una sonrisa que implicaba confianza y confort. Ese era Jensen Aveira, tan encantador y pícaro que las mujeres disculpaban sus errores con pasmosa facilidad. Si eso no fuera suficiente, sus raíces portuguesas le habían obsequiado con unos genes de sensualidad incomparables.

—Estupendo —dijo Jensen, antes de pagar la cuenta—. ¿Viniste con Kendrick?

—No, vine en Uber porque tengo que ir a buscar unos libros que ordené en Impression Spéciale. La tienda francesa. ¿Recuerdas? —Él asintió, porque había llevado a Zoey a ese local en otras ocasiones—. La señora McIntyre...

—¿La profesora de literatura en secundaria? —interrumpió.

Ella asintió.

—Hemos mantenido el contacto esporádicamente, y puesto que fue ella quien dejó en mí el amor por la literatura he pensado en hacerle un obsequio. Conseguí dos primeras ediciones de Dickens.

—Eso es muy generoso de tu parte —dijo tomándola del brazo para salir juntos de la cafetería.

Ella le sonrió.

—Son pequeños lujos para alguien que los merece de verdad.

—Te llevo entonces a tu destino, porque me queda de camino hacia mi siguiente parada. Busca algo sexy para la inauguración.

—¿Voy a conocer a alguien? —preguntó, porque sabía de los intentos de Jensen de encontrarle novio.

Él frunció el ceño.

—Salvo que quieras hacerlo, pues seremos solo tú y yo, y los contactos que puedas hacer esa noche. La gente que irá es bastante relajada, tal vez un par de snobs del arte, pero también te tengo una sorpresa.

—Odio las sorpresas —refutó.

—Lo sé, pero esta es distinta.

—¿Me vas a regalar un yate para viajar por el Mediterráneo? —bromeó.

Jensen abrió la puerta de su automóvil. Podía conseguir un chofer, pero lo cierto es que él disfrutaba mucho manejando. Lo relajaba.

—Te regalaría el mundo, Zoey, si tú me dejaras. —Con esa frase cerró la puerta mientras ella se acomodó el cinturón de seguridad e intentaba descifrar el comentario.

A las cuatro menos dieciocho de la tarde, Zoey abrió la puerta de su oficina en el segundo piso de un clásico edificio ubicado en Knightsbridge, un exclusivo barrio residencial y comercial al oeste del centro de Londres. La zona era conocida por albergar embajadas de varios países y también tiendas de lujo, además quedaba cerca de Hyde Park.

Junto a Harrods, estaba la tienda principal de la joyería JW. La entrada era discreta y la puerta estaba revestida con intrincados diseños de madera con grabados en oro en la parte superior. Las vitrinas de ambos lados exhibían brillantes collares, pendientes, pulseras, tiaras, de variadas piedras preciosas. La iluminación perfecta era la culpable de atraer miradas y conseguir que los opulentos británicos, y extranjeros que estaban de visita en la capital inglesa, extendieran sus tarjetas de crédito o cientos de miles de libras esterlinas en efectivo.

A Zoey no le tomaba casi nada de tiempo, cuando necesitaba hacer

alguna diligencia desde su despacho hasta la tienda, ir caminando. De hecho, disfrutaba la caminata de diez minutos desde las oficinas centrales hasta la tienda, en especial cuando el clima no estaba demasiado lluvioso. La oficina corporativa de Joyerías Wolfe era un edificio renovado en el interior, pero mantenía su clásica fachada.

Zoey subió las escaleras que la llevaban hasta el segundo piso, a su despacho.

Encendió el ordenador y buscó algún correo que requiriese su inmediata atención. El tiempo corría, y ella estaba un poco nerviosa por la reunión. Esa tarde iban a definir muchos puntos importantes.

El primero era considerar o no la expansión para abrir una nueva tienda. La segunda consistía en contratar más personal o aumentar la carga horaria de los ejecutivos de ventas. La tercera, y la que menos le gustaba, era cerrar la tienda de Brighton que, aunque era una de las primeras que se abrió, resultaba la menos rentable. Muchos turistas con alto poder adquisitivo disfrutaban de la decoración victoriana con toques muy elegantes de esa sucursal, y era publicidad gratuita.

—Por favor, procura que haya agua helada en la junta de esta tarde. A mi padre no le gusta el agua fresca. Dile a los encargados del catering que no olviden ese detalle —le dijo por el teléfono a su asistente personal, Kendra Marshall.

—No hay problema.

—Gracias, Kendra.

Se sentía a gusto en su despacho porque tenía muchos detalles personales que le recordaban lo afortunada que había sido la vida desde que cumplió los ocho años y fue adoptada. Además de sus títulos profesionales enmarcados, también había fotografías con sus padres en los Alpes Suizos, en Tailandia, Hong Kong, Seúl, Barcelona, Praga, Dublín, San Francisco...

Gracias a Elizabeth y Albert tuvo la oportunidad de vincularse con varias ONG's en Ciudad del Cabo, África, y La República Popular del Congo. Quizá la fortuna de los Wolfe no era suya, tampoco la quería, pero con la libertad que le ofrecían para utilizarla, Zoey había intentado poner su granito de arena para ayudar a otros niños en situaciones mucho más precarias de las que ella había experimentado.

—Zoey, ya es hora de la junta —dijo la asistente personal desde el umbral de la puerta. La llamaba por su nombre de pila porque así se lo había instruido Zoey desde un inicio—. Los señores Wolfe ya están en la sala. Incluso ha venido, como lo instruyó el señor Wolfe, el asesor financiero externo con los resultados del estudio de mercado. Asistentes, secretarias y los gerentes. Casi treinta personas en el gran salón de juntas a la espera.

—Gracias. Ahora mismo voy hacia allá.

Ataviada con un elegante traje sastre de Chanel, en tonos rojo con beige, Zoey era la viva imagen de una ejecutiva profesional. Llevaba unos tacones de aguja rojos, y el cabello recogido en un suave tocado bajo que ella había aprendido a hacerse.

Ella no podía creer que sus necios padres hubieran decidido atender la reunión, en especial cuando les había asegurado que haría una llamada por videoconferencia para que no tuvieran que salir de la casa. Era noviembre y el frío próximo al invierno empezaba a calar profundo en Inglaterra. Iba a tener que tomar medidas con ellos. No podía permitirse otro susto como el día del hospital.

Abrió la puerta de la preciosa sala, y tomó asiento a la derecha de Albert.

Saludó a todos y se dispuso a escuchar todas las exposiciones. Iba a ser una reunión muy extensa, pero no podía postergarse.

Cuando dieron las siete de la tarde, Zoey creía que iba a explotarle la

cabeza con tantos números. Estrategias fallidas. Baja de ventas y nuevos aumentos en los alquileres de algunos locales. No era una perspectiva alentadora.

—¿Cómo hemos podido descuidarnos con la renegociación de los alquileres? —reflexionó con voz firme Albert. Su esposa, lo miró con calma, pues ella formaba parte del lado creativo, pero le gustaba estar involucrada en las decisiones corporativas—. Y luego tenemos todos esos eventos, los préstamos de joyas a las celebridades de Hollywood, a la realeza inclusive... Hemos invertido muchísimo dinero en esas ocasiones.

—No es tu culpa —intervino Zoey—, ni la de nadie. Hemos trabajado arduamente. El mercado ha cambiado y tenemos que acoplarnos. Esto ocurre en todas las compañías que se dedican al mundo volátil de la moda y el lujo. Lo hemos hecho bien. El estudio de mercado, como acabamos de escuchar, apunta a la necesidad de renovar la línea Goth, nuestra referencia estrella como compañía. Necesitamos una visión...

—Sugiero personajes más arriesgados. Como Lady Gaga, por ejemplo —citó el gerente de marketing, Norton, interrumpiendo a Zoey—. Ella es un híbrido en su carrera profesional. Actúa y canta. Ha tenido un pasado complicado, pero la gente la adora. No solo eso, si no que tiene un carisma especial. Ese es el tipo de línea creativa que tenemos que enfocar. Luz y oscuridad.

Ella le lanzó una mirada poco amigable.

Para todo el equipo no era novedad que Norton Gilles creía que la hija de los dueños no merecía el cargo, y lo hacía saber de forma sutil. O, como en ese momento, hacía comentarios para sacarla de quicio y pretender que ella era una persona incapaz de mantener la compostura.

—Tan solo falta que digas que quieres que las Kardashians lleven nuestra línea. Pensé que estábamos en una discusión seria, Norton.

—Lo estamos, y me alegro que esta sea una exposición de ideas — replicó el hombre de cabello rubio y ojos marrones. Era altísimo y parecía aficionado a olvidar lo importante de hacer ejercicios. Su abdomen había visto, de seguro, días de mejor forma física.

—Quizá lo que necesitamos es una línea por completo distinta —dijo la voz señorial de Albert. Hasta ese momento había opinado poco. Solía ser muy concreto en sus intervenciones—. La línea Goth seguirá siendo utilizada, pero la vamos a restringir solo a premieres de Bollywood, Hollywood y los festivales europeos de cine. Vamos a enfocarnos en darles un toque más vintage. Muy estilo del Hollywood clásico e iremos modificando los diseños para cada tipo de mercado.

Elizabeth sonrió ampliamente.

—Estoy de acuerdo. Incluso vamos a importar nueva maquinaria para trabajar grabados en piedras preciosas. Contrataremos nuevos expertos. No vamos a cerrar Brighton, a pesar de los números —dijo Elizabeth con autoridad—. Hay ciertos sacrificios que debemos hacer. No habrá despidos. Doblar la jornada de trabajo puede ser contraproducente, aunque aumentemos el salario. Nuestra industria es distinta. Trabajamos con delicadeza, belleza, arte... Innovaremos Goth, pero crearemos una nueva línea de joyería enfocada en la realeza y aquellos millonarios que prefieren discreción, pero adoran los diseños intrincados y exclusivos.

Norton asintió con una sonrisa.

—Empezaré a crear una nueva imagen para *marketear* Goth, y después me reuniré contigo, Elizabeth —dijo Norton— si tienes espacio en tu agenda, lo antes posible, para trabajar el concepto de una línea nueva.

Zoey se removió en el asiento. Al menos tenían un acuerdo. El resto de ejecutivos y gerentes asintió. Un poco de alivio al encontrar salidas alternativas a la situación de la empresa.

—Necesitamos un flujo urgente de capital. Si invertimos en este momento a costa de nuestras reservas estaremos en una peligrosa línea que, si la cruzamos con mal pie, nos obligaría a tomar la drástica decisión de cerrar dos de las veintidós joyerías y despedir a ese personal de las dos tiendas para frenar una posible falta de liquidez.

Ella había hecho su trabajo. Había estudiado concienzudamente los números y las posibilidades. Su cerebro estaba agotado de tanto quebrarse la cabeza hasta las dos de la madrugada para intentar hallar una solución que no pusiera en riesgo la marca JW de ningún modo.

—¿Un préstamo, Zoey? —preguntó con suavidad Victoria Holligan, la encargada de llevar el área financiera—. Podemos manejarlo. Me comprometo a tenerles proyecciones dentro de dos semanas. —Miró al resto de su equipo de inversiones, y estos asintieron.

La junta se había organizado desde hacía ya cuatro semanas. Al ser noviembre, un mes de mucho movimiento anticipándose a las festividades navideñas y de año nuevo, el plan que tenían que desarrollar necesitaba agilizarse para aprovechar la alta demanda de esa temporada del año. Estaban a tiempo para mantenerse a flote y al mismo tiempo implementar nuevas tendencias sin riesgos altos de fracaso. No había mejor, ni peor, panorama para JW. Era ahora o iban a tener que lamentar un período de recesión, y Zoey no iba a permitirlo. Como vicepresidenta comercial necesitaba sacar adelante la compañía.

—Sí, un préstamo bancario, Victoria —replicó—. Nuestro crédito está en los mejores términos. Jamás nos hemos atrasado en ningún pago. ¿Me equivoco?

—Para marketing necesitaremos un alto presupuesto —intervino Norton—. Así que deberías considerar ese detalle en tu trabajo, Victoria.

Zoey contó mentalmente hasta cinco. No despedía a Norton porque no

era su competencia hacerlo, pero a veces llegaba a sacarla de quicio con sus intervenciones innecesarias. Él parecía creer que no solo era el gerente de marketing, sino el dueño de la compañía y que el resto, comparado con él, era una tanda de memos.

—Ya lo sabemos, Norton, porque toda línea nueva requiere inversión. Eso también va incluido en el proyecto financiero que nos va a dar Victoria. —Miró a la gerente financiera y le dijo—: ¿Verdad?

—Correcto. Lo organizaré todo.

Elizabeth sonrió, como siempre hacía, y miró a todos en la junta.

—Gracias por vuestro tiempo. Me siento entusiasmada ante la idea de nuevos cambios y una nueva línea. Empezaré a trabajar —miró de soslayo a su hija porque sabía cuán preocupada estaba por la salud de Albert— desde casa en una nueva línea de joyas. Albert atenderá las reuniones a través de conferencias de Skype. Cada uno conoce sus responsabilidades. Somos una gran corporación que busca el bienestar común. Si hacemos bien el trabajo, todos nos beneficiamos.

—Gracias por todo el esfuerzo. La expansión será analizada nuevamente después de seis meses. Ese es el tiempo que tenemos para hacer funcionar todas estas ideas. Quiero los planes de trabajo en un plazo máximo de una semana. La reunión ha concluido —concluyó Albert. Miró a su secretaria—: Quiero un resumen de todo lo dialogado. —Miró a todos los colaboradores reunidos—: La próxima junta será notificada por correo electrónico, como siempre.

Todos asintieron y empezaron a recoger sus pertenencias.

Una vez que la sala se vació, Zoey se quedó a solas con sus padres. Necesitaba pedirles que dejaran de trabajar por una temporada. Ella se encargaría de organizarlo todo con el resto del equipo. Trabajaría el doble con tal de que Albert no tuviese más sobresaltos, y que su madre se quedara

en casa. Iba a ser un quebradero de cabeza asumir una responsabilidad tan grande, pero ella se sentía muy comprometida con la compañía y con los empleados. Nadie iba a ser despedido.

—Papá, ¿por qué no estás en casa? De verdad, yo me puedo encargar de todo —dijo Zoey mirando con preocupación a Albert.

—Esta es una reunión importante en la que no podía dejar de estar. No se trata de que no confíe en tu capacidad como vicepresidenta comercial.

—Lo sé, papá...

—Es difícil aceptar que estamos algo viejos para continuar llevando esa empresa como cuando teníamos tu edad, cariño —dijo Elizabeth.

Albert asintió. Su fuerza y poder eran casi tangibles. Infundía respeto, pero también era muy apreciado por todos sus competidores, amigos y empleados.

—Por eso debes tomártelo con calma —dijo Zoey.

—Hija, me alegro que hayas decidido quedarte aquí un momento más, porque me gustaría aprovechar para comentarles —miró a Elizabeth y después a Zoey— de una nueva asociación que he decidido llevar a cabo. Creo que es necesaria, y si se me hubiera ocurrido antes, lo hubiera hecho —sonrió— pero ya saben que a veces las mejores ideas pueden surgir de otras personas. Qué suerte que, en esta ocasión, la compartió conmigo.

—Papá, ¿de qué hablas? Ya sabes que los acertijos no son de mi agrado.

—Albert, tu tendencia a dejar a todos intrigados puede resultar exasperante —intervino Elizabeth. Al menos tenía en común con Zoey su aversión a las sorpresas.

—Vale —suspiró. ¿Por qué las mujeres de su vida no entendían que era a veces más divertido mantener el suspenso? —. Se supone que debería haber tenido esta conversación con ustedes el mismo día en que ocurrió, pero tú —miró a Elizabeth— estabas con las señoras de la fundación, y tú —miró a

Zoey— estabas muy atareada apagando algún incendio en una de las tiendas de la ciudad. Tuve que tomar la decisión por mí mismo porque la he considerado oportunidad.

—Papá... Al grano, por Dios.

Elizabeth suspiró porque conocía cómo a Albert le gustaba molestarlas, no importaba si se trataba de la compañía o asuntos personales. Cuando estaban solo, los tres, él no era el acaudalado Albert Wolfe que manejaba su imperio con puño de hierro, sino un hombre familiar jocosos, amable y dado a disfrutar con su esposa e hija, aun si eso implicaba tomarles el pelo.

Intempestivamente, la puerta de la sala de junta se abrió.

Con un traje de tres piezas. El cabello peinado hacia atrás, domando sus habituales cabellos ondulados salvajes, y un aire de suficiencia, Nick Wolfe les sonrió a sus tíos, pero cuando su atención recayó sobre Zoey, la sonrisa se borró de su rostro. La saludó enarcando una ceja, antes de sentarse como si estuviera en su casa.

Zoey lo miró con incredulidad. No entendía qué carajos estaba haciendo ahí.

—Me alegro de que hayas llegado, Nick —dijo Albert—. Justo iba a empezar a contarles a Zoey y a tu tía Elizabeth sobre nuestro acuerdo.

CAPÍTULO 4

Zoey tenía un mal presentimiento. Ese secretismo de su padre era de seguro idea de Nick, porque era conocido por ser capaz de vender arena como si fueran pizcas de oro. «Cretino.»

—Gracias por venir —dijo Albert mirando a su único sobrino—. Justo iba a empezar a creer que no alcanzarías a llegar a tiempo.

—El tráfico me retuvo, tío, aunque creo que es buen momento —sonrió.

—¿Cómo están tus padres, hijo? —preguntó Elizabeth con afecto.

—Muy bien, llegan mañana en la noche. De seguro querrán verlos.

Frustrada, Zoey, suspiró. Detestaba cómo la gente disfrutaba llenando innecesariamente los silencios. Miró a su padre.

—Papá, no entiendo qué hace Nick aquí...

—La paciencia es una virtud —replicó Nick con sarcasmo.

Albert conocía el antagonismo entre los dos, pero intentaba hacerse de la vista gorda. Le dolía la perenne desconfianza de Nick hacia su hija, aunque no le era difícil entender que cuando se trataba de negocios no tenía corazón. Y este era el caso. Pero siempre defendería a Zoey, y quizá era algo que Nick no podría llegar a entender.

—La idea de hacer un préstamo bancario para instaurar una nueva línea de joyas, me parece estupenda, sin embargo, dos días atrás tuve una reunión privada con Nick y mi equipo legal —empezó Albert— y decidimos mantener la situación económica en las arcas familiares. Escuchar hoy al equipo de trabajo me sentó bien. Están todos alertas y conscientes de la necesaria innovación. No obstante, lo que yo quiero es un sucesor. Una persona que sea capaz de verter sangre joven a nuestra marca. Nada mejor que ustedes —miró a Nick, y después a su hija.

—Victoria dijo que iba a hacer proyecciones sobre los préstamos bancarios, papá, ¿tendré que decirle que desista? —preguntó Zoey sin ocultar su frustración.

—Deberías dejar a mi tío hasta que termine de dejarnos saber su punto de vista.

Zoey fulminó a Nick con la mirada, pero este apenas se inmutó.

Albert se aclaró la garganta y se hizo el silencio de nuevo.

—Los bancos tienen intereses muy altos que podemos costear, pero con el panorama comercial sería un lujo que prefiero no utilizar —replicó Albert. Él solía tener siempre un tono de voz firme y modulado. Inspiraba autoridad—. La idea de que Victoria haga las proyecciones financieras con o sin préstamos a la vista es necesario. No solo porque me interesa revisar el panorama financiero, sino porque necesito conocer la capacidad de adaptación de Victoria. Tiene dos años con nosotros, pero sus resultados no son los que he esperado de una persona que tiene a cargo un departamento tan importante y tantas tiendas.

—Lo pudiste haber tratado antes, papá... Victoria es un buen elemento. Honesta y muy trabajadora.

—A veces hace falta más que solo eso —intervino Nick, muy cómodo con una mano sobre la mesa y la otra sosteniendo repiqueteando los dedos sobre el brazo de la silla de cuero— y tú deberías saberlo. La astucia, los contactos y la información correcta pueden marcar la diferencia en un gerente financiero que va por delante de su competencia. No se trata solamente de decir cómo está el panorama de empresa y cómo poder mejorarla. Tiene que entregar un estudio de la competencia. Tiene que ir más allá de su trabajo, porque el puesto de esa gerencia es clave.

Zoey tenía que concederle que su punto era muy válido, pero podía concedérselo en silencio. ¿Verdad?

—Nick tiene razón —dijo Albert—, y es por esa visión que compartimos, y porque confío plenamente en sus capacidades como empresario decidí venderle el 40% de las acciones de la compañía. Estará presente en las juntas directivas. Tiene poder de decisión en temas financieros, marketing, comercialización y logística, pero no sin antes tener un consenso cuando el monto de trabajo supere el medio millón de libras esterlina. En temas creativos, la única que toma decisiones es Elizabeth.

Nick sonrió como el gato Cheshire, pues sabía que Zoey no tenía palabras para refutar. De hecho, su expresión de absoluto desconcierto le causó gran placer. Se le había anticipado a cualquiera que fuese el plan que ella tuviera para controlar el frágil corazón de Albert y aprovechar la ocasión para hacerse de algún modo con una porción considerable de la empresa. ¿Creía que podría empezar a afinar sus garras sobre la fortuna Wolfe? Iba lista.

—Papá... Él ya tiene suficiente cantidad de asuntos financieros propios y está siempre fuera de Londres —dijo tratando de hacer recapacitar a su padre, aunque por la expresión complacida de Nick era evidente que el trato estaba cerrado.

¿Cómo iba a lidiar con ese hombre? Ella estaba convencida de que Nick había hecho esa movida para controlar sus pasos, vigilarla e intentar de algún modo retorcido dar vida a sus paranoias de siempre sobre el supuesto motivo oculto tras la preocupación y el amor que Zoey sentía por sus padres. Dios, ¿por qué tenía que ser tan cínico y llegar hasta ese punto? ¡Esas acciones debían costar una fortuna!

—Oh, por mí no te preocupes —dijo Nick con una media sonrisa—, yo puedo atender una empresa en la mañana y otra de tarde, y viceversa. Me alegro que estés dándome la bienvenida desde ahora y preocupándote por mí.

Ella apretó los puños a los costados. Sería maravilloso cambiar su clase

de Tae Box por una de Golpea a Nick.

—A partir de mañana él será legalmente accionista de la compañía. — Zoey continuaba sin poder creerlo—. Tomaremos juntos decisiones para poner JW en un rumbo más dinámico y diferente. Hoy empezamos a crear un nuevo plan de trabajo, y una nueva línea de diseño está en marcha —miró a Elizabeth, y después a Zoey, dijo—: La idea es que tú, mi querida hija, puedas aportar más seguido en las decisiones corporativas más allá de tus competencias como vicepresidenta comercial. Quiero que Nick y tú sean un equipo de trabajo.

—Me parece apresurado, papá. Has vendido casi la mitad de la compañía a Nick, ¡es una locura! —exclamó Zoey incorporándose.

Elizabeth le dedicó una mirada apaciguadora, pero no hizo ningún efecto en su hija. El temperamento de Zoey, cuando estaba muy enfadada, podía llegar a ser bastante impredecible.

—Mi tío es un hombre que tiene experiencia en los negocios y no necesita asesores para manejar JW como le plazca y menos cuando se trata de la familia.

—No me digas —replicó Zoey mirándolo con odio— y tú súbito interés en JW, ¿a qué se debe? Porque no vas a venir a exprimir esta empresa para intentar salvar algún negocio que quizá no te funcionó estos meses. No voy a permitir que pongas en entredicho la reputación de esta compañía con tu vida de playboy, Nick. Esta empresa es tradicional. A nuestros compradores les importa, y mucho, los valores familiares. En tu naviera puedes hacer lo que te plazca, al final, ¿no fue tu historial el que casi terminó con el prestigio de Coast Industries cuando te divorciaste? Una clara evidencia de que no sabes tomar buenas decisiones de la gente que te rodea. No puedo permitir que le hagas esto a mi padre —dijo con firmeza—. Y no solo eso, tu empresa NNW estuvo a punto de colapsar también. ¿No te parece que eres una persona poco

confiable en términos de mantener la cabeza fría?

Nick se incorporó porque las palabras de Zoey eran un recordatorio de su debilidad del pasado. Lo enfadaban. ¿Cómo se atrevía a hablarle de ese modo? Si sus tíos no estuvieran en la habitación, Nick no habría dudado en acercarse y ahorcarla con sus propias manos. La mujer lograba sacarlo de quicio.

—Tranquilos —intervino Elizabeth al ver cómo Zoey y Nick se lanzaban dardos con la mirada—, no juzguemos la situación de este modo. Me parece que fue una transacción apresurada, pero no por eso equivocada. —Miró a su sobrino con una gran sonrisa—: Nick, bienvenido a JW. Estoy segura de que harás un gran trabajo, y Zoey será una gran aliada. Tienen en común la frescura de la juventud, ideas nuevas, experiencia e importantes contactos para trabajar.

Zoey controló las ganas de gritarle a su madre que era demasiado bondadosa para ser empresaria. Demasiado. Nick había llegado demasiado lejos en su odio hacia ella. Pero no le tenía miedo.

—Gracias, tía —dijo Nick con tono enérgico y suave. Miró a Albert—: No te vas a arrepentir de la decisión.

Albert se aclaró la garganta cuando todos pensaban que la breve reunión ya había terminado. Se miraron unos a otros, y observaron de forma interrogante al presidente de JW.

—Querido sobrino, además de ese acuerdo contigo, cuando te fuiste aproveché para dejar en orden algunos detalles con mis abogados.

—¿A qué te refieres, cariño? —preguntó Elizabeth.

Nick miró a su tío con asombro.

—He decidido ceder el 40% de mis acciones a mi hija, Zoey. Para tomar cualquier decisión, tanto Nick como Zoey tendrán que estar de acuerdo. Y en el caso de una necesidad de mediación, entonces escucharé los

puntos de vistas de ambos y la decisión final será tomada por mí. De esta manera yo tendré un descanso al tener la plena conciencia de mi corporación está en buenas manos, y por otra, no sentiré que he dejado de ser el fundador de esta empresa con poder de mando —dijo con una gran sonrisa.

—Papá —susurró Zoey boquiabierta—, yo, no sé qué decirte.

Nick soltó una risa de desprecio.

—Debiste estudiar para actriz —le susurró, y luego se dirigió a Albert—: Tío, me parece excelente. Me encargaré de tener todo en orden. El descanso te hará bien.

—Gracias, muchacho, me alegro que te lo parezca. —Miró a su hija—: Sé que nunca has querido sentirte atada a JW, y que en algún momento querías alzar el vuelo y emprender tu propia empresa, pero, mi niña querida, este es tu legado. Llévalo adelante unos años, y después, meditándolo bien, puedes decidir mantenerlo o delegarle a alguien su manejo. De momento, ¿me complacerías haciendo tu mayor esfuerzo por JW... por mí y por tu madre?

Con lágrimas sin derramar, Zoey —abrumada por el nivel de amor y confianza de su padre— se acercó para abrazarlo.

Nick reconocía que su tío era un hombre astuto, y también tenía una visión bastante avanzada. No le sorprendía su movida del todo, pero al menos no se la esperaba tan pronto. Que ahora ella tuviese acciones en JW eliminaba por completo el plan de Nick de intentar expulsar a Zoey de la compañía. Le tocaba calarse la idea de trabajar al mismo nivel de autoridad que ella, y sobrellevar la desconfianza que sentía hacia la tentadora mujer.

—Gracias, papá. No te voy a defraudar.

—Sabemos que no, hija —intervino Elizabeth, y después miró tanto a Zoey como a Nick—: Esto amerita una celebración. ¿Les parece si nos acompañan hoy a cenar en casa? Le diremos a Peggy, la nueva cocinera, que

prepare algo especial.

Cuarenta y ocho horas atrás, Nick había aprovechado que su tía estaba en un club de damas de la beneficencia local para reunirse con Albert. Le expuso la posibilidad de comprarle una parte de la compañía, ser accionista. Le explicó todos los beneficios no solo de la inyección monetaria, sino de que JW continuara liderada por un Wolfe. Albert, después de tres largas horas de charlar con Nick, aceptó venderle el 40% de acciones y otorgarle un poder especial para tomar decisiones junto a Zoey en caso de urgencia. El papeleo legal fue lo de menos.

Coast Industries, la naviera de Nick, tenía un equipo legal impecable que se reunió con el de JW. Intervinieron también los abogados principales que manejaban los asuntos de NNW, y que pertenecían a la misma firma legal. La mejor firma de abogados del Reino Unido en manejo de fusiones y adquisiciones, así como en temas de patentes y comercio internacional.

Al día siguiente de la conversación, entre Nick y su tío, los documentos legales fueron redactados, y un día más tarde, firmados. Todo en un lapso de dos días. Si de algo servía el dinero, el poder y los lazos familiares juntos, pues este era un ejemplo. El resto del proceso, el pago por parte de Nick, llegaría en los siguientes días a través de una transferencia bancaria.

Nick no tenía problema en considerar la opinión —tan solo por deferencia a su tío y porque ahora tenía el cuarenta por ciento también de las acciones— de Zoey. No le daría motivos para quejarse, pero le haría la vida miserable. Albert estaba cegado por la creencia de que su hija adoptiva era un dechado de virtudes, pero Nick iba a ayudarlo a salir de su error de una vez por todas. Iba a convertirse en la sombra de Zoey, lo quisiera ella o no.

Nick se incorporó de la mesa de reuniones, no sin antes despedirse de sus tíos. Zoey ya se había retirado instantes atrás, y él sabía en dónde estaba refugiada. Caminó por el pasillo y abrió de par en par la puerta de una de las elegantes oficinas. Llegó a tiempo para contemplar cómo Zoey se paseaba de un lado a otro sobre la alfombra. Cerró la puerta tras de sí.

Ella se giró y lo fulminó con la mirada.

—¿Recuerdas que te dije que ibas a pagar caro tu bofetada? —preguntó con calma. Debía admitir que la mujer tenía buen gusto en la decoración. Tal vez, después de tanto vincularse con personas que pagaban altas sumas de dinero por encontrar objetos únicos, Zoey habría adquirido el “buen ojo” de un cliente exigente. «Algo ha aprendido la mujercilla.» Y ese pensamiento benevolente era todo lo que pensaba aceptar como `bueno´ en ella.

—Nada que no te hayas merecido —replicó—. Y me parece muy rastrero de tu parte haber aprovechado que mi padre estaba débil para ofrecerle comprar acciones de la compañía —siseó—. Eres un hipócrita. Acusándome de querer robarles o aprovecharme, cuando has sido tú todo este tiempo el que ha estado tras la fortuna de mis padres. ¿Qué tal con eso? Malnacido.

Él se limitó a sonreír, y Zoey trató de contener las ganas de volverle a cruzar la cara de una bofetada. Lo odiaba. Nick había hecho su vida miserable durante su adolescencia, burlándose, fastidiándola y poniéndole trabas a todo cuanto podía. Y ahora pretendía continuar su cruzada en el campo laboral.

—Mi tío no está en condiciones de llevar el peso de esta cadena de joyas que crece cada día. Y tú —se encogió de hombros— no tienes la visión necesaria para gestionar lo que se requiere en una compañía de estas dimensiones. Tan solo aproveché la oportunidad para impedir que te hicieras a la idea de que mi tío está desprotegido.

—¿Te gustaría que te pusiera en contacto con Bill Gates? Al parecer tu visión futurista es mejor que la de él.

Él se acercó, y Zoey no retrocedió ni un poco. Todavía intentaba asimilar que su padre le cediera ese montón de acciones. Nada quería más que poseer su propio modo de vida, algo que no fuese heredado, y su padre —a pesar de que lo hacía porque estaba preocupado por su futuro— le acababa de cortar las alas de dejar JW en un futuro cercano. Se sentía abrumada.

Zoey había empezado a ahorrar su salario en un fondo especial para cuando encontrase un tipo de negocio que le atrajera lo suficiente para invertir en la causa. Ahora, ese fondo continuaría engrosándose, pero su meta de independizarse de su familia se mantendría suspendido en el tiempo hasta que pasara un buen cúmulo de años. Necesitaba un trago, urgentemente.

Lo último que le hacía falta era saber que tendría que trabajar con Nick, codo a codo. El tipo era insufrible.

Ella elevó el mentón y se cruzó de brazos. El aroma de la deliciosa colonia masculina llenó sus fosas nasales, y le recorrió el cuerpo como una caricia prohibida. Sintió su piel sensible y se maldijo. ¿Por qué además de imbécil, Nick tenía que ser endiabladamente guapo? Esos ojos azules parecían capaces de ver a través de su alma, y Zoey detestaba esa sensación.

—Solo tengo un consejo...—empezó Nick.

—No necesito nada de ti —interrumpió—, todo lo que tocas lo destruyes. Lo que te rodea, absolutamente todo, está podrido y lleno de frialdad. Vives para hacer dinero, y no te importa a quiénes vayas atropellando en el camino. No voy a permitir que hagas lo mismo con esta compañía. Me importa un bledo si tus malditos barcos hacen millones de libras esterlinas al mes. Esta empresa no se mueve al antojo de tu marea. ¿Te queda claro?

Nick alargó la mano y le acarició la mejilla, aunque el gesto era sutil, la mirada asesina que tenía desdecía la suavidad del gesto. Ella se la apartó de un manotazo.

A él pareció no importarle, ni el comentario, ni el hecho de que Zoey lo despreciara. Nick sabía que, detrás de esa fachada de compostura y odio, bullía algo por completo diferente. Él pensaba sacarlo a la luz y aprovecharlo.

—Cuídate las espaldas, Zoey. Esta vez, tú eres mi objetivo.

—Pues no creas que dejaré el camino libre para que hagas lo que quieras. Seré tu más acérrima oponente.

—¿Sí? ¿Exactamente cómo harás eso? —preguntó acercándose todavía más; sus narices casi topándose—. ¿Tal vez buscándome una noche furtiva como hiciste hace muchos años en un intento de meterte bajo mis sábanas? ¿Acaso sigues siendo virgen y pretendes que sea yo quien acabe con tu mala racha?

—¡Imbécil!

Zoey levantó la mano para golpearlo, pero él fue mucho más rápido. La agarró con firmeza y la haló contra su cuerpo. El golpe súbito de sus pechos femeninos chocando contra fuerte torso de Nick dejó a Zoey sin aire.

El destello en la mirada azul era peligroso. Y mucho más peligroso lo que ocurrió a continuación cuando la boca de Nick se precipitó contra la de ella y le devoró los labios de un modo que no recordaba haber sido besada jamás.

La boca de Nick era tan dura como lo era también su aspecto físico, la expresión habitual de su rostro, y la forma en que le sostenía las mejillas con ambas manos. Mientras se movía sobre sus labios, aquella boca intransigente, la saboreaba y parecía asaltarla con pasión invitándola a hacer exactamente lo mismo.

Ella respondió sin dudarle. Porque, así como él estaba retándola, Zoey

tenía la intención de continuar respondiéndole. El sabor cruel y ardiente de Nick la llenó por completo, y sin darse cuenta se encontró con los brazos alrededor del cuello masculino, acariciándole el cabello, y gimiendo contra esa boca explosiva.

Cuando el teléfono de su escritorio empezó a sonar, la niebla que había invadido sus sentidos se desvaneció de pronto. La realidad la golpeó con dureza, y Zoey lo apartó de un empujón. Se tambaleó brevemente, y quiso que su cuerpo no ganara la batalla a su cerebro. Detrás del odio hacia Nick, el deseo siempre había estado latente.

El día en que lo vio casarse con Camille, años atrás, algo dentro suyo se retorció de dolor. Pero jamás le daría la satisfacción de hacérselo saber. Jamás. Nick despreciaba todo lo que había en ella. ¿Qué carajos hacía besándola? Y lo que era peor, ¿por qué sus necios impulsos le permitieron besarla de regreso?

—¿Vas a responder? —preguntó él, mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano como si le diera asco lo que acababa de suceder.

El gesto fue como un balde de agua fría para Zoey.

Él no parecía en absoluto afectado. Su tono era calmado. Su expresión indiferente. Mientras ella intentaba recuperar el aliento.

Zoey no le dio la espalda y atendió la llamada. El administrador de una de las joyerías ubicadas en Southampton le anunciaba que acababan de asaltar la tienda, y que la policía se encontraba en camino. Se sospechaba de uno de los empleados, pero no podía darle certezas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nick.

—Tengo que ir a Southampton. Y esto —se señaló a sí misma y a Nick— no va a volver a repetirse. No me vuelvas a tocar.

—No estabas muy protestona hasta hace un momento —dijo con insolencia.

Ella simplemente agarró el teléfono y llamó a Kendrick.

Nick, al verla frenética arreglando sus pertenencias, se acercó y la agarró del codo para llamar su atención.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntar con severidad.

—Asaltaron la sucursal de Southampton. Tengo que ir —dijo, mientras esperaba a que Kendrick respondiera el teléfono. Nick le quitó el aparato y terminó la llamada—. ¿Qué haces?

—Son casi dos horas de viaje en automóvil. Es tarde. Llamaremos a las autoridades y luego ellos nos mantendrán al tanto. Mañana podemos ir a visitar la sede y determinar la cuantía del hurto. Por ahora, mis tíos están preparando una cena.

—Entonces tomaré un vuelo —dijo, testaruda.

Lo último que Zoey quería era tener que ver a Nick en la casa de sus padres.

No solo era la llamada sobre el robo lo que estaba colapsando los nervios de Zoey. Toda esa tarde había sido un caos. Y remataba la noche con un beso que consiguió revolver sus emociones. No le gustaba para nada.

—Sé que mi tío estará de acuerdo conmigo en esta decisión —dijo con un sutil tono de amenaza—. Y de seguro ya ha recibido él también la llamada.

Zoey sabía que su padre se pondría del lado de Nick porque, siendo sincera, el `insufrible´ tenía razón.

—Eres imposible —protestó antes de agarrar su chaqueta—. Yo me voy a casa de mis padres. Allá hablaré con ellos sobre esta situación.

—Huye mientras puedas —dijo él con una sonrisa malévola.

—Estás equivocado sobre mí, Nick. Jamás has intentado conocerme. Puede que te lleves una grata sorpresa —bajó la voz antes de agregar—: O quizá una muy ingrata al darte cuenta de que puedo ser tan sanguinaria como

tú.

Ella salió dando un portazo.

CAPÍTULO 5

La noche anterior Nick solo estuvo una hora con sus tíos en la cena a la que había sido invitado. Se excusó antes de que sirvieran el postre porque recibió la llamada de su mejor amigo, Stavros Garpolesos, que había llegado sorpresivamente desde Grecia y quería reunirse de urgencia. No dio demasiadas explicaciones, pero se aseguró de dejar muy claro que JW era importante para él al igual que lo era su naviera.

Aquel imprevisto fue para Zoey un gran alivio. Ella no creía posible olvidarse del sabor de esa boca cruel, pero más le valía hacerlo. Nick la incentivaba a cultivar la creencia de que ser una asesina quizá podría utilizarse como una gran opción de vida.

—¿Tienes algo más que decir? —preguntó Nick interrumpiendo la agradable vista del cielo inglés que Zoey contemplaba, con las nubes de por medio, desde la ventanilla del Gulfstream 650, un jet de cuarenta y ocho millones de libras esterlinas.

El avión privado sobrevolaba el cielo inglés para llegar en pocos minutos a un hangar en los alrededores del aeropuerto de Gatwick. Nick y Zoey habían logrado subir al avión sin asesinarse mutuamente, después de coordinar la diligencia en la tienda que había sido víctima del robo, hablar con las autoridades y solucionar la parte administrativa. Un milagro conseguirlo todo sin envenenar la bebida del otro.

O quizá tenía que ver con el hecho de que, en esa ocasión, Nick llevaba una acompañante, su asistente personal, y no tenía tiempo de incordiar a Zoey, porque mientras resolvían temas de JW, Nick respondía paralelamente

llamadas vinculadas a la naviera. Fue un viaje lleno de idas y venidas. Declaraciones en la policía por parte de Nick, pues esa mañana él ya ejercía su poder como accionista de la joyería.

De acuerdo a los investigadores habría un seguimiento para conocer el monto total del robo. Se haría seguimiento a los empleados que trabajaban en la tienda de Southampton, y posteriormente desde la central de la joyería en Londres enviarían un representante para que estuviera detrás de que el caso no quedara impune.

—Solo quiero llegar a Londres —replicó volviendo la vista hacia el horizonte.

—No te va a servir de mucho mantenerte tan hostil —dijo Nick cruzando la pierna izquierda sobre la derecha, mientras bebía su coñac—. Recuerda que yo llevo las riendas en esta ecuación.

Ella se mantuvo varios segundos en silencio.

—En ese aspecto estás por completo equivocado —dijo con frialdad. La forma en que él la observaba, como un águila a su presa, le había puesto los nervios de punta—. Tenemos la misma capacidad de decisión, y en caso de desacuerdo, será mi padre quien decida la mejor opción. —Soltó un suspiro cansino y se acomodó la falda beige con las manos. Volvió a mirar hacia la ventana, y habló—: En alguna ocasión llegué a pensar que eras una persona íntegra por el simple hecho de llevar la sangre de mis padres, pero después de la canallada que me hiciste en mi fiesta de dieciocho años, lo único que creo de ti es que eres la peor calaña de ser humano que he tenido la desgracia de tratar.

—Esas son palabras graves —replicó Nick sin un ápice de remordimiento por el pasado—. Además, creo que te hice un gran favor.

—Prefiero llegar a Londres sin una acusación de asesinato de por medio.

Él la sorprendió con una carcajada.

—Disfruta los últimos minutos del vuelo. Cuando llegemos a Londres vas a tener que empezar a trabajar de verdad en la joyería.

Ella prefirió no replicar.

Esa noche tenía el evento en la galería de arte con Jensen. Salir un rato le haría muy bien. Además, su mejor amigo le prometió que iba a presentarle a alguien interesante. No era ingenua, aunque tampoco demasiado experimentada, así que estaba deseando aprovechar la salida con Jensen. Tal vez podría encontrar el alivio sexual que necesitaba. ¿Acaso solo los hombres tenían la potestad de disfrutar entre las sábanas por el solo hecho de tener un orgasmo sin incluir en ello una relación sentimental? Claro que no.

Zoey cerró los ojos. Quedaban algunos minutos para aterrizar. Intentó evocar recuerdos agradables e imaginar cómo sería una cita divertida con un tipo que no estuviera tratando de meterse entre sus bragas por la fortuna Wolfe.

El único recuerdo que llegó a su mente fue aquella infame ocasión en que Nick le declaró la guerra de una forma humillante por el solo hecho de existir. Había llorado tantas noches a partir del incidente, tantas, que en esta ocasión sabía que las lágrimas no volverían a rodar por sus mejillas.

Años atrás.

—¡Feliz cumpleaños, Zoey! —exclamaron sus amigos cuando el DJ puso la canción para que todos le cantaran. Empezaron a corear y a brindar con mimosas—. ¡Que cumplas muchoos más!

Ella estaba exultante.

En la fiesta había cerca de cien invitados entre sus amigos de las aulas de clase y otros que conocía gracias a sus padres y a Jensen, por supuesto.

Su mejor amigo estaba bailando con una rubia, pero no dejó de bailar también con Zoey.

Zoey no tenía forma de agradecer todo lo que sus padres habían hecho por ella durante todos esos diez años.

Habían sido tiempos difíciles porque jamás dormía en la cama sin tener los zapatos puestos. Tampoco pegaba un ojo hasta tener la certeza de que no existía ningún ruido extraño. En una bolsita junto a la cama solía guardar comida que agarraba de la cocina antes de irse a su habitación en el caso de que la enviaran de regreso a servicios sociales y tuviera que esperar mucho para comer.

Esa rutina la llevó durante ocho largos meses. Albert y Elizabeth sabían de ese detalle con la comida y no les importaba, de hecho, jamás la criticaron o le dieron a entender que conocían su pequeño secreto. Lo único que hacían era demostrarle con gestos y acciones que era bienvenida, que la mansión en la que vivían era tanto de ellos como de Zoey, y jamás dejaban de decirle lo afortunados que eran por tenerla.

Poco a poco fue perdiendo sus defensas contra los Wolfe, y la vida empezó a cobrar un sentido distinto. Podía sonreír en lugar de crear líos para poner a prueba a Elizabeth y a Albert. Podía confiar en ellos. Empezó a abrirse a las personas desconocidas, pero siempre con un poco de malicia. La malicia adquirida siendo tan joven nunca iba a desaparecer, porque los traumas de su infancia no iban a borrarse. Podría superarlos, sí, pero borrarse, nunca.

El día en que conoció a Nick, Zoey intentó congraciarse con él haciendo gran esfuerzo. No por él, sino por sus padres adoptivos. Cuando apenas empezaba a integrarse a la familia Wolfe, ella no tenía idea de las reglas de la mesa de una familia de alta sociedad. Conocía lo básico, pero se sentía abrumada con tantos platos y pequeños cubiertos. Las primeras

ocasiones derramó la sopa; después el zumo; ingería los alimentos con la cuchara en lugar de hacerlo con los cubiertos apropiados, y en cada ocasión, Elizabeth o Albert le explicaban con paciencia. Los padres de Nick jamás la miraban mal, al contrario, les pedían a los empleados de la casa que limpiaran y volvieran a servirle la comida a Zoey. Todos hacían de cuenta que nada extraño había sucedido. No era el caso de Nick, porque él se limitaba a mostrarse distante u observarla con indiferencia. Incluso con hastío.

Se llevaban doce años de diferencia. Era un rango de edad bastante amplio. Zoey siempre se preguntaba si acaso eso tenía algo que ver en el comportamiento distante de Nick hacia ella. Un comportamiento que se incrementó cuando ella cumplió los diecisiete años de edad, y justo cuando tuvo una inequívoca certeza sobre Nick: Jamás lo vería como un miembro de su familia, porque la forma en que su corazón latía al verlo, no tenía nada que ver con lazos de sangre ni con intentos de fingir crearlos.

Lo que anhelaba era agradecerle a Nick. Deseaba tener su atención e interés. Quería que la mirara de la misma manera en que él miraba a ciertas mujeres con las que salía a bailar o ir de bares. Mujeres con las que aparecía en las revistas más populares de Inglaterra. Zoey intentaba adquirir las mismas poses que esas amigas refinadas y también trataba de comprar atuendos que destacaran su físico. Incluso escuchaba los condenados grupos de rock para intentar tener conversaciones con él o procuraba leer sobre economía.

Dios, no daba pie con bola, así que llegó a pedirle a Albert que le contratara un profesor particular de economía. Su padre, jamás la cuestionó, y de inmediato tuvo al mejor profesor a su disposición una vez a la semana durante tres interminables horas. Zoey continuaba frustrada dos meses después de las tediosas clases. Ninguna de sus estrategias, si podía llamarlas

de esa forma, daban resultados. Nick continuaba siendo distante. Cuando tenía diez o catorce años, él solía tener ciertos gestos amables que lograban sorprenderla. Sin embargo, a medida que ella crecía, y creía que podría llegar a conocerlo de verdad, Nick volvía a su pose indiferente.

Cuando conoció a Rhys una tarde en el club de tenis su capricho por Nick se apaciguó considerablemente. Rhys Atwood era alto y poseía unos ojos verdes muy expresivos. También era bastante popular en el grupo de chicas que iban al club los fines de semana. Le sorprendió que se fijara en ella, porque —debía admitirlo— en ese club parecía existir un requisito imperioso para que todas las mujeres —menos ella, claro— parecieran la versión en carne y hueso de una Barbie. Las había de toda clase. Barbie Cerebro de Hormiga. Barbie Puta. Barbie Elegante. Barbie Deportiva. Barbie Quejica. Barbie Gourmet. Barbie Fashion. La lista de Zoey, para ponerle un calificativo al tipo de mujeres que eran admitidas en el club, era interminable, pero al menos le arrancaba un par de sonrisas. Para ella, los intrincados pensamientos masculinos eran todo un misterio, y sabía también que era preferible no hacerse demasiadas ilusiones, en especial, por su falta de suerte para conquistar a alguien atractivo del sexo opuesto.

Zoey, gracias a Elizabeth, había desarrollado una autoestima fuerte. Había tenido un novio, sí, pero Edward no contaba más que para un magreo y un par de besos babosos. No era un grato recuerdo.

Rhys era otro cantar.

El hombre sabía besar de verdad. Los gestos que tenía con ella la halagaban. No solo eso, sino que el día en que Rhys conoció a Nick, Zoey experimentó una sensación de triunfo al ver el desconcierto en la mirada azul. ¿Acaso él pensaba que era una mujer que otros no encontrarían interesante?

Desde aquella ocasión, Nick la miraba distinto. Ella no se hacía

ilusiones. Pero se sorprendió cuando lo encontraba en el mismo sitio al que iba con Rhys a almorzar. Incluso una ocasión apareció justo en el momento en que Rhys iba a darle a ella un beso de buenas noches. ¿La excusa de Nicholas? Que tenía que pedir un consejo de negocios a su tío Albert. «¿A las once de la noche?», se había preguntado Zoey, mientras Rhys se había reprimido de besarla como deseaba ante la mirada hosca y altanera de Nick.

Pero a ella le daba igual.

—Para la cumpleañera más guapa —dijo Rhys antes de besarla, y entregarle una cajita—. Sé que va a gustarte. O eso espero —sonrió.

Zoey lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué es esto? —preguntó en un susurro.

—Una sorpresa. Lo abrimos más tarde, juntos —le susurró al oído antes de tomarla de la mano y llevarla a la pista de baile.

Ella estaba encantada. Esa noche iba a ser especial.

Cuando todos se hubieran ido, Rhys iba a escabullirse y se encontraría con ella en la casa de invitados que estaba junto a la piscina. Lejos de la casa principal. Eso no lo sabían sus padres, por supuesto.

Zoey estaba segura de que Rhys era la persona de quien estaba enamorada y quería que con él fuese su primera vez en la cama. Lo habían hablado. Y tenían juntos el tiempo suficiente. Seis meses. Al menos era un tiempo adecuado para Zoey. Todas sus amigas de la secundaria ya habían tenido sexo con sus novios. No es que Zoey siguiera los parámetros de terceros, pero no tenía otros referentes para saber si existía o no una edad adecuada para perder la virginidad. Se tenía que guiar por sus instintos. Y estos le decían que Rhys sería dulce y considerado con ella.

La música pronto cambió, y el ambiente de la fiesta volvió a encenderse.

—Estás preciosa, muñeca —le dijo Rhys agarrándola de la cintura.

Zoey llevaba un vestido corto azul que se pegaba a su cuerpo. Era delgada, sus pechos eran pequeños y respingones, tenía un trasero que causaba envidia, y el cabello suave en ligeras ondas que llegaban hasta la cintura.

—Gracias, Rhys —replicó mirándolo con embeleso.

Las luces y los efectos de humo que habían contratado por su cumpleaños creaban una atmósfera increíble. Con el paso de los años, Zoey había comprendido del todo quiénes eran sus padres y la posición financiera que ocupaban en el Reino Unido. No le sorprendió que hubiera un cordón de seguridad disperso de forma discreta en la fiesta. Incluso asumía como algo “natural” ir y venir con chofer. Todo era tan distinto a la vida que había llevado antes de conocer a los Wolfe que en ocasiones solía pellizcarse el brazo para cerciorarse de que estaba viviendo en la realidad y no una fantasía.

—Tu primo está fulminándonos con la mirada —le susurró Rhys mientras subía y bajaba las manos por la espalda de Zoey, y se movía al compás de la música.

Zoey había escuchado que Nick estaba comprometido. Que iba a casarse con Camille St. Ives. La noticia le cayó como un balde agua fría, pero ella estaba saliendo con Rhys y decidió ignorar la punzada de celos que la invadió cuando vio a la despampanante pelirroja del brazo de Nicholas durante la cena en que él formalizó su compromiso entre la familia y muchísimos amigos. Fue un trago amargo, pero terminó de sepultar sus ilusiones.

—Recuerda que soy adoptada, Rhys —dijo ella— así que Nick es solo una persona adicional en la lista de invitados. En su caso, pues por obligación.

—No veo a Camille.

Ella, a modo de respuesta, simplemente se encogió de hombros y continuó bailando mientras la fiesta continuaba en su apogeo. Sin embargo, podía sentir la mirada azul de Nick clavada en la nuca. ¿Qué demonios quería ese tonto? Prefirió no dar rienda suelta a sus hipótesis, porque era evidente de que ninguna de ellas daría con la respuesta adecuada.

Llegada la medianoche, la gente empezó a dispersarse.

Zoey y Rhys habían logrado escabullirse y estaban besándose apasionadamente en el interior de la sala de costura de Elizabeth.

Sentada sobre las piernas de Rhys, con el vestido strapless en la cintura, Zoey disfrutaba de la sensación de la boca de su novio chupándole los pezones. Era una experiencia completamente nueva y excitante. Mientras la boca obraba maravillas, los dedos de Rhys apretaban con fuerza el otro pezón enhiesto.

—Tus pechos son perfectos —dijo él disfrutando del abandono femenino—. Y no puedo esperar a probar tu sexo con mi lengua.

Ella soltó un gemido cuando los dedos de Rhys se apartaron de su pecho para deslizarse bajo la falda del vestido. La tocó, frotando los dedos sobre la seda de las bragas, y después corrió la tela hacia un lado para tocarle la carne desnuda.

—Quiero verte, Rhys... Y quiero tocarte como lo estás haciendo conmigo...

Con las manos enterradas en el cabello espeso y la mente obnubilada por la fricción del duro miembro contra su suave sexo húmedo, ella se dejó llevar. Lo quería todo. Necesitaba algo a lo cual no podía ponerle nombre. Quería gritar, liberarse, sentir placer, sentir dolor, pero sentir de una manera que la dejara exhausta y al mismo tiempo cargada de adrenalina.

La puerta se abrió de golpe. La luz se encendió y Zoey apenas tuvo tiempo de cubrirse lo pechos. Rhys, con el cabello despeinado, la boca

hinchada por los besos y las caricias que había prodigado a los pezones de Zoey, elevó la mirada hacia el umbral de la puerta. Ambos jadeaban.

—Este no era nuestro trato, Rhys —dijo Nick con la voz impregnada de frialdad y una nota de furia al contemplar el escenario. Cerró la puerta tras de sí—. Levántate si no quieres que destroce tu cara de playboy.

Zoey miraba a uno y otro sin entender, porque en su cerebro no se registraba ningún tipo de información. Sus sentidos estaban todavía nublados, pero no demasiado como para no acomodarse el vestido para cubrirse. Se pasó la mano por el cabello. El delicado tocado que llevaba estaba echado a perder, así que procedió a recogerse su cascada ondulada castaña en un ligero moño bajo.

—Se me fue de las manos —dijo Rhys apartándose de Zoey—. Tenías que esperar hasta mañana.

Ella se quedó sentada. Asustada. Frustrada.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Nick con un hilillo de voz—. Deberías estar con tu prometida. No sé ni qué carajos haces en mi fiesta cuando siempre me has despreciado. Dios sabe que es así.

—Cállate, Zoey —zanjó él, antes de agarrar a Rhys del cuello y ponerlo contra la pared. Lo zarandeó, y dijo—: Tu cuenta bancaria recibirá los fondos acordados. Has ido más lejos. Si te vuelves a acercar a ella no solo te parto la cara, si no que tendrás a mis abogados detrás de los negocios sucios de tus padres. ¿Te queda claro?

Sin mediar palabras, Rhys asintió efusivamente hasta que Nick lo soltó, y después —sin mirar atrás— abrió la puerta y salió. No era una salida simbólica. Pero no era eso lo que le dolía profundamente, sino la conversación y los mensajes entrelíneas que había tenido lugar.

Nick se acercó a ella la tomó de los brazos instándola a ponerse de pie. Zoey, sin fuerzas para pelear, siguió el movimiento.

—¿Qué fue todo eso? ¿Qué acordaste con Rhys?

Él la miró durante un largo rato.

—Responderé a tu pregunta cuando tú respondas a las mías.

—No sé...

—¿Continúa tu idea de irte a estudiar a Estados Unidos el college y la universidad o has recapacitado para quedarte en Inglaterra?

Aquella había sido una conversación bastante agridulce entre Zoey y sus padres. Ellos le pidieron, varias veces, que permaneciera en el Reino Unido, que aprendiera sobre la empresa familiar, y más adelante pensara en hacer un post-grado en el extranjero si era su deseo. A ella no le gustaba la idea de que sus padres estuviesen tristes ante su posible partida, sin embargo, también sabía que la apoyarían.

No tenía idea de porqué le importaba a Nick si ella se iba de Inglaterra o no.

En las últimas cinco semanas, después de que su relación con Rhys se había vuelto bastante estable, separarse de él le gustaba cada vez menos. Así que, cuando Rhys le pidió que se lo pensara bien antes de tomar una decisión definitiva, Zoey había empezado a enviar solicitudes para ser admitida en Oxford y Cambridge.

Adoraba a Rhys y alejarse de él no le gustaba, pero más podía la tristeza que le podría causar el dejar solos a sus padres. No quería estar lejos de ellos. Además, la educación británica era mejor que la norteamericana. También velaba por sus propios intereses, y con eso ganaban todos.

¿Dónde se había ido Rhys? ¿Por qué la dejó sola con Nick?

—He pensado quedarme —replicó con sinceridad.

—Bien —dijo mirándola con intensidad. Ella creyó ver en sus ojos un debate extraño. Como si fuera la lucha entre la cordura o la locura. O quizá

sus nervios empezaban a jugarle una mala pasada—. La fiesta ha terminado.

—¿De qué hablas? Voy a buscar a Rhys —dijo zafándose de Nick, pero él fue más rápido, y la agarró de nuevo para que lo mirase.

—No va a volver.

Ella sintió un frío gélido deslizarse a lo largo de su columna vertebral.

—Pero...

—Le pagué suficiente dinero para que te convenciera de cualquier forma. Para que te hiciera cambiar de idea sobre irte de Inglaterra. Imagino que lo ha conseguido. Que tuvieras la idea de acostarte con él y perder tu virginidad no era parte del trato. Tampoco lo que al parecer estaba sucediendo esta noche.

Zoey abrió y cerró la boca. No podía creer lo que estaba escuchando. Sintió que las rodillas se le doblaban, y Nick la dejó sentarse. Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas. ¿Era todo mentira? ¿Todas las palabras de Rhys, cada beso cada promesa...?

—¿Por qué hiciste tal cosa...? —preguntó en un susurro—. ¿Cómo sabes...?

—Mis tíos han pasado penas muy hondas ante la imposibilidad de poder concebir. Cuando llegaste tú, intrusa o no, ellos empezaron a sonreír a través de tus alegrías y tu presencia. A mí no me importa lo que te ocurra siempre y cuando mis tíos estén felices. Evidentemente, el hecho de que consideres apartarte de ellos durante varios años no les hace bien. Yo velo por el bienestar de mi familia. Y claro, tú no eres ni serás jamás parte de ella. ¿Te queda claro? Tú eres y serás siempre un daño colateral.

A Zoey no le importó que las lágrimas empezaran a rodar por su rostro. Se sentía traicionada y humillada de un modo que no creyó posible volver a experimentar. No podía creer el alcance de Nick para lograr algo. Incluso si eso implicaba lastimar a otra persona. Ella. ¿Qué clase de hombre era él?

—Rhys... —susurró en voz alta. Todo ese tiempo había estado hablando a sus espaldas con Nick. Cuánto se debió reír de ella. De sus patéticos intentos de seducción. Y esa noche en el sofá...

—Es un pobre diablo. Olvídate de él. Ya cumplió su propósito. Recuerda que en este mundo en el que vives nadie entrega algo sin esperar otra cosa a cambio. Te queda de lección para que no trates de aceptar al primero que te hace creer que es posible que la luna y las estrellas aparezcan de repente a tus pies.

Zoey elevó la mirada.

—No tenías por qué lastimarme de este modo.

—Uno hace lo que tiene que hacer en la vida. Mis tíos no merecen pasar penas, así que ahórrales irles con el cuento. ¿Te queda claro?

—Te odio, Nick —dijo con la rabia bulléndole en la sangre. La bilis estaba en su punto máximo. Si tuviera un cuchillo a la mano no le importaría deslizarlo por esa garganta y cortarla.

Él sonrió, fue una sonrisa altanera, se inclinó hacia ella. Le limpió las lágrimas con los pulgares con suavidad.

—No es lo que tus ojos me dicen cada vez que me observas de lejos —le dijo al oído—, pero me caso dentro de dos meses con una mujer de la que me siento orgulloso cada vez que la llevo del brazo. Una mujer, Zoey. No una niña.

Ella se encogió de hombros, porque su corazón ya no tenía la capacidad de encogerse más del dolor en esos momentos.

—Que te aproveche la vida con Camille. Espero que no sufra demasiado la infamia de tenerte como esposo —murmuró ella girando el rostro hacia la ventana. El cielo parecía compadecerse de Zoey porque empezó a llorar con gruesas lágrimas que golpeaban contra los vidrios de la amplia ventana de la mansión Wolfe.

Nick le tomó el mentón y giró el rostro de Zoey hacia él. Dudó tan solo un par de segundos antes de inclinarse y besarla con suavidad en la boca. Ella se quedó en shock y fue incapaz de reaccionar. El beso duró tan poco que creyó habérselo imaginado. Ella volvió el rostro hacia la ventana de nuevo. Carecía de propósito creer que algo cambiaría. No solo su fiesta de cumpleaños estaba echada a perder, sino también su capacidad de creer que alguien la querría alguna vez de verdad. Alguien aparte de sus padres. Aparte de sus tíos adoptivos.

Le dolía el pecho y le resultaba tan difícil respirar que no sabía cómo encontraría su voz de nuevo para enfrentar a sus invitados.

—Adiós —dijo Nick antes de dar media vuelta, resuelto.

Cuando supo que estaba sola de nuevo, con dedos temblorosos abrió la cajita de terciopelo que Rhys le había dado un par de horas atrás. Un precioso collar con un dije de oro. “Lo siento.” Y ahora entendía el porqué. De haber llegado a culminar sus planes de acostarse con Rhys, el golpe habría sido fulminante.

Sabía que esta solo era la primera de varias batallas que estaban en el horizonte.

Horas después, cuando Jensen la encontró deshecha en lágrimas, le contó todo a su mejor amigo. Él prometió que cuidaría de ella. ¿Acaso había sido alguna vez de otra manera? Nunca.

—Saldrás adelante. Al menos piénsalo desde otra perspectiva —dijo Jensen abrazándola.

—¿Cuál?

—No le entregaste tu virginidad a este imbécil de Rhys. Y tienes que reconocerle al mal nacido de Nick que tiene una lealtad fiera hacia su familia.

—Yo no soy...

—Lo sé, Zoey, no eres su familia. Pero al menos te quedas con la certeza de que, si algún día decidieras abandonar el Reino Unido, tus padres estarán siempre protegidos por el cretino de Nick Wolfe.

—Vaya consuelo...

—¿Qué te parece si te acompaño a tu habitación y brindamos con una botella de Cristal tus dieciocho años?

—No hay nada por lo cual brindar, Jensen.

Él la agarró de las manos y la puso en pie.

—¡La vida, mi querida amiga! ¡Estás viva! El solo hecho de que puedas sentir, llorar, reír y tener la posibilidad de hacer planes a largo plazo es una razón más que suficiente para brindar.

Zoey solo atinó a asentir. Tal vez emborracharse con una botella de un caro champán le ayudaría a olvidarse de aquel terrible episodio.

—Por favor, ajústense los cinturones de seguridad que estamos a pocos minutos de aterrizar —dijo el piloto del jet.

Zoey obedeció. Recogió las revistas que apenas había leído y empezó a contar mentalmente hasta cien. Le aterrorizaban los despegues y aterrizajes.

—Ross es el mejor piloto —dijo la voz de Nick.

Ella tan solo lo observó y enarcó una ceja.

—¿Te he preguntado yo sobre la capacidad de Ross?

Él sonrió.

—Lo menciono por si tienes intención de despedazar el reposabrazos del asiento de cuero italiano. Si quieres pagar una nueva tapicería no tengo problema.

Zoey bajó la mirada y se dio cuenta de que estaba clavando las uñas en el material del asiento, no solo eso, sino que lo hacía con tanta fuerza que había dejado marcas. Enseguida juntó las manos sobre el regazo.

—Lo pagaré.

Él se encogió de hombros.

—Quiero reunirme hoy con mis tíos para dialogar sobre una nueva empresa que maneje la seguridad de JW en todo el país. Tyed Security no es la mejor en el mercado, y no podemos concebir que exista otro incidente de esta clase. Vamos a cambiar toda la plantilla de empleados en Southampton.

—Estoy ocupada esta noche —replicó ella—. Resuélvelo tú. He tenido una semana muy agitada.

No iba a postergar una de sus pocas posibilidades de divertirse en un escenario que fuera ajeno al trabajo. Si él quería tener alguna injerencia en las decisiones sobre la seguridad de las joyerías, pues que la asumiera al completo. Zoey tenía su agenda de trabajo, y también empezaba a encontrar una gran necesidad de darle más cabida a su inexistente vida sexual.

Estaba exhausta de manejar solo un calendario laboral. Tenía empezar esa noche a vislumbrar algo diferente a la oficina, eventos con fines corporativos, sonrisas fingidas y amabilidad a raudales. Quería ser solo “ella” en un entorno ajeno a su habitual círculo. Una exposición de arte era perfecta para esos fines. Esta era la primera vez, en años, que le permitía a Jensen concertar una cita a ciegas para ella.

—Ya veo que intentas desahogar el estrés. ¿Se trata de una cita llena de sexo desenfrenado? —preguntó Nick en su habitual modo burlón hacia Zoey.

—Nada que te interese. ¿Acaso te pregunto yo por tus amantes?

—Puedes preguntarme y te contaría muchas cosas.

—Un caballero no tiene memoria —replicó ella entre dientes y tratando de no dejarse afectar por el ronroneo en la voz de Nick.

—Ah, pero Zoey, recuerda que yo no soy un caballero.

CAPÍTULO 6

NICK

Años atrás.

Nick apoyó la frente contra la madera oscura de la puerta por un breve instante. Podía escuchar los sollozos de Zoey del otro lado, y con cada uno de ellos las ganas de disculparse eran cada vez mayores. El simple roce de esos labios había estado a punto de quebrar su intención de mantenerse alejado. Besarla, por más breve que hubiese sido el contacto, lo afectó de una forma visceral. Llevaba años tratando de ignorar el tipo de mujer en que Zoey se había convertido.

Entre tantas bellezas con las que se había acostado, y disfrutado incontables ocasiones, no podía creer que fuera Zoey la única capaz de causarle un cosquilleo incómodo hasta el punto de necesitar alejarse con un trato hostil. Era un hombre de treinta años incapaz de dominar su debilidad por una muchacha. Lo mejor era casarse con Camille. Ella cumplía todos los requisitos para ser su esposa, y se llevaban perfectamente en diferentes aspectos. La quería, sí. Y quizá el hecho de que no estuviera tan enamorado era un punto a su favor. No perdería la cabeza como solía ocurrirles a los tontos que permitían priorizar sus emociones sobre la realidad.

Pasaron años antes de que hubiera notado que la chica irascible y un poco salvaje se había convertido en una mujer con una capacidad de seducir sin saber que era capaz de ello, con una figura cautivadora y una forma de mirar. Él no podía ceder a sus instintos, en especial por sus tíos.

El haber visto esa noche que el bastardo de Rhys había ido más allá de lo que el trato entre ambos implicaba estuvo a punto de hacerlo perder los estribos. Ver a otro tocando a Zoey tocó un nervio que no quería analizar.

Era absurdo, y no pudo evitarlo; tampoco era capaz de racionalizarlo.

Lo que estaba hecho no podía ser borrado, se dijo caminando hacia la recepción. No tenía ya nada que ver con lo que ocurriese en adelante. Había velado por la tranquilidad de sus tíos e iba a utilizar ese recordatorio cuando en su cabeza volviese a recordar los sollozos de Zoey.

—Mi vida, ¿dónde estabas? Ya es hora de irnos —dijo Camille rodeándole el cuello con los brazos.

Él esbozó una sonrisa.

—Me despedía de Zoey.

Camille hizo una mueca. A Nick no le era ajeno el desprecio que sentía su prometida por la hija de sus tíos. Él quería decir que compartía el sentimiento, pero lamentablemente lo que Zoey lo hacía sentir no tenía nada que ver con el desprecio o el odio. Nick tenía prioridades más importantes que ponerse a pensar en las emociones que la guapa mujercilla le causaba.

—Deberías dejar de preocuparte por ella. No es tu familia —dijo con petulancia.

Nick asintió. Tomó a su prometida de la mano y salió con ella.

Al día siguiente él y Camille iban a mudarse a una casa que acababan de comprar en Belgravia. Era espaciosa y con todos los lujos que su futura esposa deseaba. Quedaba poco para su boda. Él quería tener hijos, pero Camille prefería esperar al menos tres años después de casarse. Ella argumentaba que deseaba disfrutar del tiempo juntos como matrimonio. Nick estaba de acuerdo. Él tenía muchos planes de expansión para su naviera, y tener un hijo de inmediato no era un plan que se pudiera tomar a la ligera. Los hijos no eran objetos ni pruebas de ensayo.

Camille Sanders era el sueño erótico de todo hombre con un saludable deseo sexual. Ella poseía curvas para disfrutar, un espíritu aventurero en la cama, y una mente por demás abierta. Él no tenía ninguna queja al respecto

y lo pasaban en grande cuando tenían sexo.

Poco a poco, ella se había introducido en el círculo empresarial de Nick y a él le sentaba perfectamente la capacidad de Camille de entablar una conversación de cualquier tema, así como adaptarse a todo tipo de personalidades. El entusiasmo de su prometida en participar en reuniones de negocios que no tenían mucho que ver con su carrera como arquitecta e historiadora también se debía a la reciente constitución de una empresa dedicada a la restauración de edificios históricos. Ese era un tipo de negocio por excelencia vinculado a las clases pudientes que poseían propiedades antiquísimas, incluso podría entablar negocios gubernamentales para el mantenimiento de obras históricas en el Reino Unido.

Quedaban todavía siete semanas para celebrar su matrimonio, y a Nick los detalles le eran indiferentes. Quizá tenía que ver con un asunto masculino. No conocía a ningún hombre a quien le entusiasmara estar yendo a pruebas de catering, dando opiniones sobre el decorado o particularidades de la lista de invitados. Él no era la excepción. Lo único que quería era poner un anillo en el dedo de Camille y reclamarla ante la ley como su esposa.

No necesitaba sentimientos cuando lo más importante estaba servido: buen sexo, comprensión de los tiempos de trabajo mutuos, amistades en común, y todo un mundo de posibilidades por explorar con el dinero que poseían.

—Cariño —dijo Camille horas más tarde, mientras yacían en la cama — hoy has estado bastante efusivo —sonrió— y no me quejo, pero hay algo distinto en ti. ¿Ha ocurrido algo? ¿Esa muchacha te ha enfadado de algún modo?

Él colocó una mano detrás de la nuca y giró el rostro para verla. Camille exhibía su desnudez sin tapujos.

—¿Qué muchacha?

—Zoey. Siempre que tienes esta actitud un poco distante después de un encuentro con ella es porque has discutido —dijo acariciándole los firmes abdominales con las uñas.

Nick suspiró.

Esa noche no estaba contrariado, sino cabreado consigo mismo. Era la primera ocasión en que le hacía el amor a Camille deseando que fuese Zoey la que gimiera su nombre. ¿Qué tal eso para algo retorcido?

No había sido una buena noche.

—Me gustaría que no la mencionaras en nuestra cama, Camille. Ella no representa nada importante y jamás lo hará. Tan solo es la hija adoptiva de mis tíos. A veces me saca de quicio con sus necedades, pero está todo controlado. ¿Vale? —No tenía ganas de hablar del tema—. Nena, mañana tengo una junta con Stavros y un par de empresarios griegos que él trae a Londres para la posibilidad de una nueva ruta de transporte de mercadería.

—Vale, cariño —replicó comprendiendo que era momento de dormir. Se inclinó para besarle en los labios—. Yo estoy algo estresada con la boda —murmuró arrebujándose entre las sábanas.

Camille se sentía incómoda cuando Nick la abrazaba antes de dormir, porque decía que le era imposible conciliar el sueño. Él no tenía ningún problema al respecto, así que después de la primera noche que pasaron juntos, Nick no volvió a intentarlo. Entre más pragmática mantuviese su existencia, mejor. Y ese era otro motivo por el que Camille era perfecta para ser su esposa. No era dada a sentimentalismos absurdos y sabía a qué se atenía con los horarios locos que demandaba la naviera en Nick.

—Solo es un trámite, nena —dijo Nick con un bostezo.

—Mmm —murmuró ella.

Cuando cerró los ojos no pudo conciliar el sueño. La única imagen que

apareció fue la del rostro herido de Zoey cuando supo que él había pagado a Rhys para que la cortejara y manipulara emocionalmente.

Fue una noche larga para Nick.

Stavros fue su padrino de matrimonio. No podía ser de otro modo. Se llevaban de maravilla desde que Nick recordaba. Las primeras juergas, el experimentar estupideces para retarse mutuamente, pero en especial las ocasiones en que habían sido el uno, el apoyo del otro.

Grandes amigos.

El equipo encargado de decorar la iglesia, y también de dejar boquiabiertos a los quinientos invitados con una fastuosa recepción en una mansión del siglo XVII en las afueras de Londres, hizo un trabajo majestuoso. Nick sabía que su matrimonio era pragmático, apasionado, y en absoluto opresivo en cuanto a su libertad de ir de un sitio a otro. En ocasiones sentía su relación con Camille como un vínculo de negocios con el magnífico aliciente del sexo desenfrenado. Según su visión de la vida era algo perfecto. ¿Si acaso estaba enamorado de su esposa? Nick creía que sí. No se sentía del modo absurdo en el que escuchaba a varios de sus amigos que perdían la cabeza hasta el punto de dejar de funcionar con coherencia o preferir una fiesta con su mujer a una tarde de copas con amigos, pero estaba tranquilo. Le gustaba estar en control de su entorno.

La idea de escribir los votos matrimoniales fue de Camille. No era inusual que, en un ritual anglicano y en otras religiones, se permitiese a los contrayentes agregar sus votos personales a los votos que se decían tradicionalmente en el rito.

Camille no era una romántica, más bien se trataba de un asunto de dejar por sentado ante la galería de invitados que Nick, el soltero

empedernido y único heredero de la legendaria fortuna Wolfe, había sido domado. Nada más diferente a la realidad, porque una naturaleza impetuosa y llena de fuego como la Nick era indomable. La flamante novia se llevó un chasco porque Nick decidió a última hora que harían la ceremonia de forma tradicional y sin agregar detalles personalizados, es decir, lo harían siguiendo los típicos votos recitados una y otra vez por los contrayentes desde que la sociedad moderna tenía memoria.

¿Su argumento para haberle negado el gusto a la exigente novia? Que esos votos eran parte de las mentiras sociales que intentaban crear un ambiente romántico cuando el matrimonio no era más que otro acuerdo comercial. Eso le costó una gargantilla de diamantes para Camille. A la mujer le encantaban las alhajas, y Nick sabía que era un precio a pagar cada que tenían discusiones. A él no le importaba. Tenía suficiente dinero para complacerla, y así evitarse más días de privación sexual y una mujer enfurruñada que arruinara su paz mental.

Camille no era solo una novia irritante, sino también dada a manipular la conciencia de Nick con sus argucias sexuales. Al final Nick terminó aceptando leer los votos, aunque sin mucha convicción, este último fue un detalle que los asistentes no notaron debido a la constante necesidad de sonreír y pretender que siempre todo estaba bien. Nick no escribió los votos, tan testarudo como era él, tan solo se limitó a leer los que la novia le entregó con su puño y letra.

Minutos después de que concluyera la ceremonia, Camille poseía uno de los apellidos más respetados del mundo corporativo británico. Wolfe.

Mientras la nueva señora Wolfe departía con sus adulatoras amigas y conocía a varios de los amigos de Nick, empresarios casi todos, el recién casado Nick Wolfe necesitaba un poco de aire. Sus tíos, Elizabeth y Albert, le habían felicitado, pero no era novedad que ninguno de los dos toleraba

demasiado a Camille. En el caso de sus padres, Nick sabía que sin importar qué tan bien o mal les cayera su nuera, nunca lo harían sentir mal.

Nick caminó por un sendero iluminado tenuemente y que llevaba al lago de la propiedad. Apenas llegaba el murmullo de la banda que tocaba con entusiasmo o la risa de la gente que departía con desparpajo unos con otros.

No le gustaban las multitudes, y esa era una gran diferencia entre él y Camille. Pero no era algo que resultara intolerable o difícil de manejar. No obstante, necesitaba un poco de aire, así que estar un rato lejos de la recepción le venía estupendo para recuperar la compostura.

Eran las cinco de la tarde, y el cielo estaba gris con mezquinas pinceladas de naranja y amarillo. El lago era tranquilo y él se acercó a la orilla. Buscó una piedra que considerase perfecta para la pequeña indulgencia infantil. Cuando halló la roca perfecta, la lanzó y dio dos saltos.

—Pudiste haber elegido esta —dijo Zoey, sorprendiéndole, mientras le extendía una piedra que, efectivamente, resultaría mejor sobre el agua para dar más de dos o tres saltos. Quizá lograra hasta cuatro.

Él la miró.

—¿Me estás siguiendo?

—Podría decir lo mismo de ti, pues yo llegué primero. Pero estabas demasiado distraído como para darte cuenta de que me encontraba bajo ese árbol —dijo señalando un frondoso árbol que cubría cualquier sombra que pudiera yacer bajo él.

—Pensé que no vendrías —dijo Nick aceptando la piedra que Zoey le estaba extendiendo.

—Acepto que me detestes, y que me veas como una intrusa, así que no te equivoques. Estoy aquí, hoy, por mis padres y los tuyos. Me da igual lo que tú sientas. Y lo que hiciste hace algunos meses con Rhys, no lo he olvidado,

llévalo claro. Algún día las tornas girarán, Nick, y serás tú quien se vea en la situación de pedirme perdón.

Él la contempló, y después se giró hacia el lago. Lanzó la piedra. Esperó mientras rebotaba cuatro veces sobre la superficie del agua.

—¿Estabas enamorada de Rhys? —preguntó él una vez que la piedra se hundió en el lago e ignorando el comentario que sonaba más a una sentencia.

La brisa de la tarde movía las ramas de los árboles e invitaba al tupido césped a vibrar en un susurro que parecía conocer secretos que ningún mortal sería capaz de descifrar. La naturaleza tenía un código especial para predecir, aconsejar, y para sanar.

—No creo que tenga sentido que te responda. — Zoey no podía decirle cuánto le dolía verlo casado con Camille. Así que se había resignado a la idea de que jamás la vería como una igual. La esposa de Nick no le gustaba en absoluto—. Voy a volver a la fiesta, y tú deberías hacer lo mismo. Después de todo, tu flamante esposa te debe estar buscando. Me hubiera gustado darte un obsequio, pero, ¿qué propósito tendría cuando tú crees que eres un regalo del universo para los mortales?

Nick se acercó a Zoey y le tomó la barbilla entre los dedos. Le elevó el mentón y clavó sus ojos en los de ella.

—¿Estás enamorada de mí?

Ella abrió los ojos de par en par. Al tenerlo tan cerca, el aroma del licor no le pasaba desapercibido en el aliento de Nick, y quiso beber un poco de esa esencia para embriagarse de ese sabor. Debería odiarlo, y quizá en un nivel bastante considerable lo hacía. Sin embargo, la atracción que sentía por él iba más allá del hecho que Nick fuera uno de los tipos más sensuales y atractivos que conociera.

Incontables ocasiones había escuchado discursos corporativos,

discusiones de amigos de la familia, y siempre la sorprendía la astucia e ingenio que la inteligencia de Nick desarrollaba en sus interacciones sociales. Un hombre que heredaba un negocio podía llevarlo a su máxima capacidad o dejarlo perder. No se trataba de nacer en cuna de oro, sino de poseer la suficiente destreza para querer más y trabajar por ello; Nick tenía ambición a raudales y era adicto al trabajo.

Zoey quería fingir que solo se trataba de un rostro bello con ciertos destellos de inteligencia, producto de la buena suerte de una ocasión, pero él se había graduado en la Universidad de Edimburgo con Summa Cum Laude. Poseía una compañía valorada en varios cientos de millones de libras esterlinas, y se dedicaba a comprar negocios que estaban en la quiebra a precios ridículamente bajos para después transformarlos en compañías rentables que vendía a un costo millonario.

Y ese día, a pesar de lo que había hecho en su sucia alianza con Rhys, se cerraba definitivamente un capítulo para ella.

—Acabas de aceptar a una mujer para el resto de tu vida. ¿Por qué me haces semejante pregunta?

—Tal vez estoy teniendo un momento de cuerda locura.

Zoey soltó una carcajada por la antítesis mas no porque le causara gracia.

—Tal vez sea mejor que te vayas con tus invitados y tu esposa —dijo en un susurro sin apartarse de él. Imaginaba que así se sentía Ícaro al sol: con ganas de volar, pero al acercarse a lo más brillante que conocía -el astro rey- sus alas empezaban a quemarse irremediabilmente—. Y es demasiado tarde para que obtengas una respuesta.

Él sonrió como si supiera un secreto que ella ignoraba. Fue una sonrisa triste.

—Tienes razón —susurró inclinándose hasta dejar sus labios a escasos

milímetros de los de Zoey—. ¿Me vas a desear buena suerte al menos? — indagó contemplándola con un brillo inequívoco en la mirada.

Y era ese descaro el que la excitaba y la lastimaba. ¿Era posible estar enamorada de una persona y odiarla al mismo tiempo? Después del incidente con Rhys, Nick y ella —porque era inevitable al tener la misma familia— se encontraban en reuniones o almuerzos. A veces coincidían en alguna galería o punto de la ciudad. Ese era el problema de que los padres de Zoey fueran tan influyentes, y de que los padres de Nick compartiesen eventos y actividades sociales similares a las que su único hijo era invitado. En ninguna ocasión, Nick hizo alusión a lo sucedido con Rhys. No le pidió disculpas, y ella procuraba ignorarlo. Esto último no era fácil, porque Nick Wolfe parecía revestido de un imán para las miradas. O quizá se trataba solo de ella...

El recuerdo del muchacho que una ocasión le enseñó a andar en bicicleta, curó sus heridas durante un picnic familiar después de que ella se tropezara en un camino de rocas, y había tenido varias conversaciones memorables en las que se sintió escuchada de verdad, se entremezclaba con la imagen del hombre que ahora encontraba cualquier pretexto para armar un interrogatorio contra ella con la excusa de que estaba defendiendo los intereses de sus tíos o los Wolfe en general.

Existía una alta probabilidad de que ella estuviera sufriendo un caso de estúpido idealismo. No obstante, Zoey sabía que detrás de esa armadura de frialdad de Nick existía una pasión abrasadora y también una lealtad inquebrantable. El problema era que esa lealtad hacia su familia de sangre lo impulsaba a actuar sin filtros ni compasión cuando sospechaba de aquellos que no llevaban los mismos rastros de ADN que él.

Quizá el hecho de que se hubiera casado con Camille era una intervención del destino para Zoey. Un punto final a un deseo imposible, y a

una situación que pondría en jaque a sus padres porque se trataría de dos personas a las que ellos amaban en demasía. Ella necesitaba tomar un camino diferente. ¿Cómo se despedía una persona de otra cuando jamás habían estado juntas?

Los dieciocho años no la hacían más sabia, sino más confusa. «Es solo una etapa», se decía cuando recordaba su único beso con Nick. Y es que nada relacionado con él resultaba por completo dulce o placentero. Después de probar la miel, Zoey solo tenía que esperar el momento en que llegaría el irremediable sabor amargo; y viceversa. Ahora él acababa de casarse. Era momento de desviar la ruta de sus confusas emociones, y de hallar unas nuevas y diferentes.

—No creo que la necesites, además, ¿qué clase de “suerte” puede aportarte una mujer que, según tú, solo está dispuesta a causar problemas a los Wolfe?

—Bésame, Zoey —pidió con un tono que ella no recordaba haber escuchado antes. Parecía una mezcla de necesitada angustia y también de dolor.

—Mis besos no son gratuitos.

—¿Siempre tienes un precio en mente?

—No, Nick, el precio de mis besos no se paga en especie ni en dinero —dijo con tristeza porque, a pesar de que él parecía consumido por el deseo de besarla, continuaba teniéndola en un pobre concepto como persona—. Mis besos vienen acompañados de una emoción diferente al esnobismo y el rencor. Mis besos, Nick, tienen un precio que tú jamás podrás pagar.

—¿Y qué precio es ese?

—El amor, Nick. Tú no sabes más que amarte a ti mismo. Incluso puedo ver por qué te casaste con Camille.

—Ilumíname —replicó torciendo la boca en una mueca que emulaba

pobremente su habitual sonrisa.

Ninguno de los dos se separaba del otro. Estaban tan juntos como podía ser posible, sin tocarse, y al mismo tiempo separados por una barrera que nada tenía que ver con la física.

—Aunque ella parece estar más enamorada de ti que tú de ella, lo cierto es que los dos están cortados por el mismo modelo. Ambos buscan escapar de la soledad y al mismo tiempo del compromiso emocional profundo.

—¿Estás leyendo a Freud?

—Me pediste que te iluminara.

—¿De ahora en adelante vas a complacerme? —preguntó acariciándole el labio inferior con el pulgar—. El día en que te besé, me devolviste el beso. Creo que, si yo hubiera tratado de besarte con más pasión, me hubieras respondido con fervor.

A ella le resultaba difícil respirar, pero su cerebro —al menos intentaba pensar que se trataba de la calma del lago y la naturaleza circundante— estaba más coherente que nunca. Iba a comprarse nuevos libros para agradecerle a sus neuronas el buen trabajo del día.

—Aunque yo reaccione a ti, Nick, jamás llegarías a saber si se trata de un impulso vacío o de una respuesta cargada de sentimientos profundos. ¿Sabes por qué? —preguntó apartándose. Él permaneció en silencio, y ella agregó—: Porque quizá las habladurías de que eres un genio en los negocios, y versátil en la cama, sean ciertas, pero tu incapacidad de amar jamás te brindará la certeza de ver ese amor reflejado en los ojos de una mujer. —Dio varios pasos para alejarse más de Nick. Él la contempló con los puños a los costados y los ojos parecían echar chispas—. Aunque el amor pasara frente a tus narices no lo sabrías ver, y es una pena, Nick, porque tienes el color de los ojos más bonitos que haya visto jamás.

—Vaya, dieciocho años y siete meses después todo un discurso. Entonces, ¿qué es esto que acabo de escuchar? ¿Un cumplido en medio de una reprimenda? —preguntó con mofa, cruzándose de brazos.

Cruzarse de brazos era lo único que evitaba que sorteara la distancia que Zoey había empezado a marcar y sucumbiera al impulso de tomarla en el césped. Estaba a varios metros de distancia de las personas más influyentes de Gran Bretaña, sus tíos y sus padres incluidos, celebrando nada menos que su matrimonio, pero en realidad lo que su incoherente miembro viril quería consistía en saber si Zoey deseaba tenerlo tanto como él la deseaba a ella. Su cerebro reptiliano lo instaba a querer saber si ella se habría acostado con otro, porque tenía la estúpida creencia de que ella le pertenecía. Pero su neocórtex lo instaba en cambio a mantener la bragueta cerrada, la boca en sinergia con la coherencia, y sus emociones a raya.

Así de incoherente era el panorama, así de doloroso, y así de imposible.

La mirada de Zoey era elocuente, y él podía afirmar que ella sentía algo más que una simple atracción, pero era demasiado joven para él. Nick odiaba con todas sus fuerzas el modo en que la vida de ambos estaba entrelazada por nudos invisibles que lo obligaban a distanciarse. Quizá se trataba solo de un capricho, porque ninguna mujer lo enfrentaba o lo conmovía como Zoey. Maldita la hora en que ella tuvo que crecer y transformarse en una mujer deseable, inteligente y combativa. Y maldita la hora en que sus disyuntivas mentales lo atacaban hasta el punto de hacerlo seguir sus impulsos de alejarse de su propia boda. ¡Por todos los demonios!

—No, Nick —dijo ella con voz firme, pero también decepcionada, sacándolo de sus pensamientos—. Esta es mi forma de decirte “buena suerte” cuando acabas de cometer un gran error al confundir el matrimonio con un acuerdo comercial, porque, aunque ante la ley lo sea, el compromiso y las emociones que debería conllevar una alianza matrimonial no se escribe

ante ningún libro ni necesita más testigos que el de las dos personas comprometidas desde el corazón. Y sí, puede que sea idealista y eso me convierta en una tonta muchacha ante tus ojos, pero créeme, yo no me conformaré con nada menos que el amor. Una pena que tú hayas decidido vivir amparado en tu cinismo. Adiós, Nick, y que seas feliz... o al menos intenta serlo —dijo, y se empezó a alejar del claro con celeridad.

Ella no iba a volver a la recepción. Estaba exhausta. El rastro de su vestido platino se perdió a través del camino.

Tal vez su matrimonio no estaba basado en el amor romántico, pero sí en el respeto y los mutuos ideales, además de la compatibilidad sexual. Él sabía que podía construir algo sólido a largo plazo. Camille estaba enamorada, y él, ilusionado. Claro que eran dos conceptos diferentes, pero, ¿acaso no era así la ecuación habitual? Una parte siempre “quería” más que la otra, y eso reforzaba la convicción de Nick de hacer que Camille estuviera feliz.

—¿Dónde estabas? —preguntó Stavros con sospecha.

El problema de los mejores amigos, y de tantos años, era que conocían la menor diferencia en el comportamiento habitual. En el caso del adinerado griego, pues se trataba también del hecho que conocía los brevísimos monólogos de Nick con respecto al modo en que Zoey, sin saberlo, se metía en su cabeza, revolviéndola.

—Ocupado resolviendo un asunto que no creía tener que resolver.

El griego bebió el whisky con parsimonia.

—¿Zoey?

—Creo que hemos...

—Ahora estás casado, mi buen amigo, y cualquier confusión que pudieras haber tenido con cualquier otra mujer, emocional o de lo que fuese,

ya no tiene cabida.

—Lo tengo muy en cuenta. —Miró a su esposa. Ella le sonrió a la distancia—. Iré a ver a Camille para bailar.

—Nick —llamó Stavros, deteniéndolo.

—Dime.

—Si necesitas una boya salvavidas ya sabes en dónde encontrarme.

Nick soltó una carcajada y le dio una palmada amistosa a Stavros en el hombro. Antes de proponerle matrimonio a Camille, Nick lo habló con su mejor amigo, y este se mostró opuesto a que se casara por un motivo diferente al amor. Esa era la única parte en la que ambos amigos eran diametralmente opuestos, y quizá un punto por el que a Stavros le caía bien Zoey.

—Claro, en la isla privada que, según tú, vas a comprar pronto.

—Estarás cordialmente invitado —dijo con una sonrisa—. ¡Salud, hermano, y que tu matrimonio sea tan exitoso como lo deseas! —replicó elevando su vaso, y Nick hizo lo propio con el suyo que acababa de agarrar de la bandeja de uno de los camareros.

La fiesta siguió su curso.

Nick trató de olvidar las palabras de Zoey, pero no pudo conseguirlo hasta muy entrada la noche cuando el húmedo calor que recibía sus intensas embestidas era el sexo de Camille. El cansancio borró toda conciencia de su escena en el lago, pero no tuvo un efecto tan potente para impedirle preguntarse cómo habría sido su noche de bodas si su esposa tuviese el rostro de la mujer que estuvo con él durante quince minutos en el lago. «Estúpido alcohol.»

CAPÍTULO 7

No era experta en arte, sin embargo, podía asegurar que la exposición tenía un mensaje sobrecogedor sobre la preservación de las especies en extinción. Los colores impactantes de la muestra y las expresiones de bocetos de diversos animales combinados con piezas de armas incrustadas en cada lienzo resultaban elocuentes. La sala estaba a rebosar. No cabía una persona más, y eso que se trataba de una invitación privada y exclusiva antes de abrir al público.

Zoey llevaba un vestido color topacio. El cabello recogido en un sutil tocado alto y largos pendientes del mismo tono de su atuendo. Esa noche estaba utilizando joyas que su madre le regaló al cumplir veintiún años. Los pendientes de perlas con pliegues delicados en forma de pétalos de rosas de diamantes brillaban con la luz de Wuccó Art, la galería que se inauguraba esa noche para los amantes del arte.

—Aquí tienes —dijo su cita de esa noche entregándole una copa de champán. Ella le sonrió.

—Gracias.

Bastian Fernsby tenía treinta y dos años, un doctorado en leyes y también una descarada forma de decirle que quería irse a la cama con ella al terminar la velada. Zoey no estaba en contra del cometido, pero, ¿acaso no merecía un poco de seducción? Él era directo de una manera que resultaba incómoda. Medía un metro ochenta de estatura, traje elegante de tres piezas y destilaba un encanto que, lejos de resultar cautivador, producía en Zoey el efecto contrario. Bastian estaba haciendo un gran esfuerzo por agradarle, y desde el momento en que fue a recogerla en un Maserati ella supo que, al menos esa noche, su frustración sexual no iba a desaparecer.

—El vestido realmente hace justicia a tu figura. Eres guapísima —dijo él.

—Veo que están pasándola bien —interrumpió Jensen con una flamante sonrisa. Esa noche no tenía una mujer colgada del brazo porque a última hora la chica se sintió indispuesta. A él le daba lo mismo, porque podía encontrar una interesante compañía para pasar la noche en cualquier sitio.

Bastian saludó con un apretón de manos a su amigo.

—Zoey es preciosa. Además de inteligente —dijo elevando la copa hacia ella.

—Imagino que es una rareza en estos días —comentó Zoey con sarcasmo.

—Lo es, sin duda —dijo Jensen al darse cuenta de que ella no estaba cómoda. No había otra explicación para ese tonito lleno de ponzoña disimulada—. Te voy a robar unos minutos a Zoey, Bastian.

El hombre asintió.

—No demasiado tiempo, porque tenemos mucho de qué hablar esta noche —dijo haciéndole un guiño a Zoey. Ella, con una leve sonrisa, le dio la espalda y tomó el brazo que Jensen le extendía.

Caminaron a lo largo de la galería hasta que llegaron a una zona más despejada. O al menos había menos personas por metro cuadrado que en el área principal.

—Parece que Bastian es un poquito insistente —dijo Jensen riéndose.

Ella puso los ojos en blanco.

—Tonto. Menos mal me has rescatado. Me importa muy poco lo que pueda pensar de mí.

—Es un buen partido.

—Resulta bastante tedioso lograr generar empatía —dijo ella con un suspiro —. No pienso aguantarlo el resto de la noche. ¿Trajiste tu

automóvil?

Él se rio.

—Vine en taxi. Mis automóviles están en mantenimiento hasta pasado mañana, y mi chofer está de vacaciones hasta la siguiente semana. Podemos llamar a Kendrick. Todavía no son ni las diez de la noche.

—Qué dura es tu vida, sin automóviles y sin chofer —dijo ella riéndose. Dio dos sorbos a su copa—. No quiero molestar a Kendrick por una bobería si tú y yo podemos tomar un taxi. Así que, ¿qué te parece si nos escapamos de este lugar? Necesito algo diferente. Estoy tan estresada. Ha sido una semana de mierda.

—Imagino que eso tiene que ver con lo que me contaste hace unas horas sobre Nick. Si no supiera el nivel de crueldad que puede tener ese imbécil...

—Créeme, Jensen, lo último que quisiera es tener algo que ver con ese tirano —interrumpió—. Lo que menos deseo es hablar de él.

Jensen le acarició la punta de la nariz con cariño.

—¿Una discoteca le parece buena idea, señorita? —preguntó en tono bromista.

—Sí. Y mientras yo me escapo por la puerta lateral, tú te encargas de decirle al pelmazo de Bastian que tuve una emergencia.

Él soltó una carcajada. El sonido de su voz era grave y muy masculino. Zoey sabía que, si los sentimientos entre ambos no fuesen fraternales, Jensen habría sido una magnífica pareja para ella. Nadie podía decir que no lo habían intentado. Solo bastó un beso que dio paso a una mirada de incomodidad, seguida de una carcajada, para darse cuenta de que ambos no estaban hechos para algo más que solo ser amigos. Así era la vida de extraña, y Zoey se sentía afortunada de contar con el bocazas y coqueto de Jensen siempre que lo necesitaba.

Ella sonrió. No recordaba la última ocasión en que había bailado tanto hasta que le dolieran los pies. Sonaba a una excelente idea para dejar sus demonios en la pista de baile en medio de un montón de desconocidos.

—Te veo en cinco minutos. Intenta no detenerte a charlar con otras personas o no lograremos salir de aquí nunca.

—Hecho —murmuró ella antes de avanzar para encontrar la salida.

El estridente sonido de la música le acariciaba cada poro de la piel. Zoey se movía al compás de las notas y se reía con una sensación de libertad que había echado mucho en falta. Frente a ella, Jensen también bailaba, copa de licor en mano, y ambos se reían de cualquier bobería. Gracias al alcohol todo resultaba más ligero.

Stretch era la discoteca más concurrida de Londres, no solo visitada por los turistas dispuestos a pagar hasta cien libras esterlinas por dos copas de algún líquido exquisito y mezclado con pericia, sino por aquellos que tenían las conexiones correctas para hacerse un espacio en el sitio. Durante la tarde, Stretch era un bar que servía comida gourmet. En la noche, las luces cambiaban y se transformaban en sutiles acompañantes que se movían al antojo de la música.

—Jamás pensé que me pudiera divertir tanto —dijo Zoey haciéndose escuchar sobre el estridente sonido del ambiente.

—Ya era tiempo de que te soltaras un poco las cadenas —replicó Jensen tomándola de la cintura y girando con ella.

—¿Quiénes son los dueños de este sitio?

Jensen la miró con intriga.

—Pensé que lo sabías. De hecho, me sorprendió que no protestaras cuando te sugerí venir aquí.

Ella frunció el ceño. Dio otro sorbo a su Cosmopolitan.

—Evito preguntar lo obvio, Jensen —dijo terminándose el coctel—. Si lo supiera no te lo hubiera preguntado.

—Solo hay un dueño, y creo que en este momento está mirándonos.

Nick no solía ir de forma seguida a Stretch. Una vez que el negocio cobró el impulso que necesitaba, él delegó la administración y el manejo diario a uno de sus amigos de confianza, Shepp Foster.

Esa noche había sentido un intenso impulso de deshacerse de las últimas setenta y dos horas con su habitual comportamiento desde que se divorció de Camille: ligando en el bar del cual era propietario. Después de haber sacado a Stavros de una crisis financiera segura, su amigo había confiado en las personas equivocadas, Nick necesitaba celebrar con su mejor amigo, no solo el tener un grupo de abogados capaces de resolver crisis en tiempo récord, sino por el hecho de que estuvieran ambos —después de muchos meses— en el mismo punto geográfico.

—¿Cómo está Toula? —preguntó Nick a Stavros.

Desde el segundo piso del bar, al que solo tenía acceso el dueño y sus amigos, los dos empresarios charlaban. Tenían una vista amplia y panorámica de la pista de baile. Esa noche Stretch estaba a reventar.

—Embarazadísima —replicó con una sonrisa de orgullo—, y me pidió que te reiterara la invitación para que vinieses a pasar unos días con nosotros en Desbos. El clima es magnífico y tenemos garantizada la privacidad para hacer lo que se nos venga en gana. Tú me entiendes —le hizo un guiño, y se rio.

Nick sonrió.

—Terminaste comprando la maldita isla, ¿eh? —dijo. Stavros asintió,

porque después de varios años de negociar con los permisos gubernamentales y hallar la forma de conseguirlo, Stavros tenía una isla en tierras griegas—. Dile a tu esposa que cuando me libere de un poco de trabajo tal vez me pase a recorrer las adecuaciones que han hecho para vivir en esa isla tan lejana.

—Nada que un avión privado o un helicóptero no pueda resolver.

—Claro. Tal vez le interese a Toula presentarme a alguna de sus amigas y entonces me podría entretener bastante en los alrededores de tu isla.

Stavros se rio.

—Lo siento, después de que le rompieras el corazón a Maude años atrás, mi mujer no quiere saber nada de amigas llorosas cuando se enteran de que solo mantienen tu interés durante pocas semanas.

—Siempre dejo claro lo que pueden o no esperar de mí —se encogió de hombros—, pero Maude no comprendió el mensaje.

—No te estoy culpando —dijo, riéndose—. Desvías la mirada cada tanto y luego frunces el ceño. ¿Qué hay en esa pista de baile que te tiene tan interesado?

Stavros se había casado dos años atrás con su novia de toda la vida, Toula Mouraslas. Ella había terminado la relación por un penoso mal entendido. Nick no lograba comprender, a pesar del tiempo transcurrido, la paciencia de su amigo para resolver algo que —a su juicio personal— no valía la pena salvar.

Hasta que un día, Nick, se tomó el tiempo de analizar la forma en que Stavros parecía cambiar por completo ante la mirada de Toula. Parecía una persona diferente, llena de vida y feliz, e incluso optimista en comparación al comportamiento habitual de Stavros durante el largo tiempo que estuvo separado de la mujer que le quitaba el sueño. Si Toula hacía feliz a Stavros, el pasado le daba igual a Nick. De hecho, él había logrado construir una sincera amistad con la artista griega.

Hubo una época, después del divorcio de Camille, en la que Nick creyó tener toda su vida de cabeza y solo el bar conseguía despejarlo, además de las fiestas de Stavros en Mykonos. No le costó ningún problema tomar su jet privado, o el de su amigo, cada vez que la juerga prometía un desenfreno sin parangón, mujeres hermosas y noches de excesos. Y habían sido varios meses en ese estilo de vida. Si encontraba una mujer que le interesara, o varias, él se encargaba del cortejo. Una vez que se acababa la noche, Nick daba por terminado todo, y empezaba un nuevo día con una actitud desenfadada. Ese modo de vida lo llevó a un estado de vacío y depresión.

Sí. Como todos los seres humanos, el divorcio —amargo o amistoso— generó una cicatriz profunda a su paso. En el caso de Nick había sido una sensación de traición inimaginable, pero, ¿qué podría haber esperado cuando consideró desde un inicio a Camille una pareja “adecuada”, mas no una pareja “ideal” desde un punto de vista romántico? Quizá porque él no se consideraba un romántico. Su cinismo no tenía remedio, y aquellas épocas de amarga rabia por el modo en que Camille utilizó su apellido de casada como forma de venganza, casi costándole su reputación en los negocios navieros, se quedarían ancladas en su memoria.

—Un perenne inconveniente en mi existencia.

Stavros soltó una carcajada cuando siguió la mirada de Nick y enfocó cuál era el punto de interés.

—¿Tu primita? —indagó con burla.

Todavía no lograba comprender por qué Nick había seguido adelante con su matrimonio con Camille cuando la mujer que ocupaba sus pensamientos, buenos o malos, era otra. Carecía de toda lógica. Nick parecía haberse autodenominado la ‘pesadilla viviente’ para Zoey.

A Stavros le caía bien Zoey, pues era una mujer muy vivaz y tenía una forma cálida de tratar a las personas, eso sí, cuando le preguntaban por su

vida antes de los Wolfe, ella se cerraba automáticamente a cualquier respuesta, él había sido testigo de la forma sutil, aunque sólida, en que Zoey erigía sus barreras contra el resto cuando topaban temas sensibles. También se llevaba bien con Toula, y su esposa era buena juzgando el carácter de las personas. Stavros esperaba que, a medida que pasara el tiempo, las circunstancias no jugaran en contra de Nick quien, evidentemente, prefería fingirse ciego a sincerarse consigo mismo y dejar que sus emociones se aclarasen.

—Sabes que no tenemos lazos de sangre —dijo Nick de mala gana.

—Imagino que eso te conviene.

Nick enarcó una ceja invitándolo a explicarse.

—Quizá deberías espabilar un poco y decidir si quieres seducirla o dejar que otro —Stavros hizo una señal con la cabeza hacia Jensen— la seduzca. Aunque, según lo que estoy viendo, ella está tan sorprendida de verte como tú de encontrarla bailando en Stretch. ¿O es solo verla bailando con ese tipo de forma sensual? Jensen es un buen partido, y llevan años de amistad con Zoey. De hecho, todavía recuerdo el día en que se convirtió en accionista minoritario de la competencia de Coast Industries —dijo riéndose—, el tipo te la tiene jurada, Nick, y protege a Zoey como si su vida dependiera de ello.

—Tengo también a NNW. Y si se atreve a meterse a jorobar la paciencia, entonces va a conocer un lado más pérfido de mi quehacer empresarial.

Stavros se rio.

—Proteges NNW más que a la naviera a veces.

—Es el recuerdo perenne de que nací con una persona idéntica a mí. Pude perder a Nolan, pero no voy a perder la cabeza por culpa de Jensen y poner en entredicho una compañía que es el equivalente a un recordatorio de que existió Nolan Wolfe —replicó con amargura pensando en su gemelo

fallecido décadas atrás—. Lo que haga Jensen, mientras sea una competencia sana en la sala de negocios, me tiene sin cuidado —terminó Nick.

Bebió un trago de su whisky sin apartar la mirada de Zoey. El imperioso deseo de bajar y apartarla de Jensen empezaba a ganarle a su cordura. Siempre había sido así cada que la veía con ese idiota. Sí, él y Jensen eran competidores en el mundo de la transportación marítima, pero el punto fuerte de Jensen eran las concesionarias automovilísticas de lujo. ¿Por qué carajos había decidido empezar a formar parte de Eusmo, la naviera que era por excelencia competidora de Coast Industries, años atrás? La respuesta era fácil, y lo cabreaba. Jensen solo se metía a las negociaciones para obstaculizar un proceso, con sus comentarios ridículos o necesidad de plazos extras, cuando había en juego una ruta nueva en altamar para compañías inglesas. Y esas demoras, e intervenciones de Jensen, solían coincidir con las ocasiones en que Nick tenía desavenencias con Zoey. ¿Coincidencia? Claro que no.

Nick disfrutaba del reto de destrozarse a Eusmo y todos sus accionistas, minoritarios o no, en la sala de juntas durante los concursos para lograr la concesión aeroportuaria de otras ciudades europeas. Lo anterior no mermaba las ganas de ahorcar con sus propias manos a Jensen por meterse en donde no lo llamaban.

Y esa noche, en su pista de baile, estaba la hermosa descarada de Zoey envuelta en un vestido que dejaba poco a la imaginación, y no por ser explícito en su diseño, sino todo lo contrario. La tela del vestido invitaba a que un hombre intentara adivinar cómo serían al desnudo las curvas que ocultaba la tela.

—Es bueno saber que tienes tanta convicción en ese asunto, Nick. Pero, ¿qué me dices de Zoey?

Nick esbozó una sonrisa cruel. Tenía siempre un haz bajo la manga, y el

suyo lo acababa de recibir un par de días atrás de uno de sus contactos.

—Tengo otros planes con ella —replicó pensando en el dossier que reposaba en su piso de Knightsbridge.

—¿Oh?

—Temas corporativos —aclaró Nick bebiéndose todo el contenido del vaso —. Y no sé qué tanto te interesa lo que haga o no por estos confines del mundo.

Stavros lo miró con inquietud. Él conocía cuando un hombre empezaba a llegar a su punto de quiebre, y creía que la hora de Nick se aproximaba. Sería una lástima que lo tomara desprevenido.

—Te conozco muy bien, y ambos sabemos que la mirada que le dedicas a Zoey es bastante elocuente. Incluso me atrevería que decir un poco más descarada de lo habitual... —sonrió con petulancia—. Solo te recomiendo que tengas un plan preparado cuando lo inevitable te explote en la cara y no seas capaz de manejarlo.

—No seas tonto, Stavros. Mi único plan con ella tiene tintes corporativos.

—Tu mirada dice otra cosa, me temo, mi buen amigo.

—¿Y cómo la miro, Dr. Garpolesos? —preguntó con sarcasmo.

—Como yo solía mirar a Toula el día en que me reencontré con ella: con miedo y ansiedad, pero especialmente con deseo. Aunque en tu caso, al menos por ahora, quizá se trata de que es algo que siempre has anhelado tener, pero como no quieres ser sincero contigo mismo... —se encogió de hombros—. Después de Camille, no creo que hubo falta de candidatas para ser tu pareja oficial, fueron tu orgullo y terquedad los que impidieron aceptar que la única mujer que siempre has querido es también la única que tienes miedo de tener. Nunca te he considerado un cobarde, pero empiezo a cuestionarme si solo se trata de una fachada profesional —comentó esto

último con inquina, porque sabía cómo pinchar a su interlocutor.

Nick le quitó el vaso de licor a su mejor amigo.

—Creo que ya has bebido suficiente por esta noche porque empiezas a razonar con deficiencia y a hablar estupideces. —Stavros soltó una carcajada, y Nick hizo una mueca de disgusto—. Será mejor que vayamos a dar una vuelta. Debemos celebrar que te acabo de salvar el trasero por crédulo.

Stavros hizo una mueca.

—Ya había hecho negocios con estos rusos anteriormente, así que pensé que serían buenos aliados para este nuevo emprendimiento.

—Recuérdame que te haga ver, en los titulares internacionales, cuán “buenos aliados” son los rusos en el mundo —replicó Nick.

Stavros sonrió.

—Evadir el tema de Zoey continuará llevándote a tomar acciones con resultados erráticos, Nick.

—Sherlock, esta noche no tengo ánimo para acertijos ni misterios por resolver, en especial si salen de tu compleja mente metomentodo. Ahora —serio, cambiando el tema de verdad—, déjame contarte que he hecho unas nuevas adecuaciones en el bar. La sala VIP tiene una conexión hacia una sección de platos gourmet y bebidas que no encuentras en el piso inferior. Solo entran mis invitados o aquellas personas que pagan una membresía anual. Sígueme que te lo muestro.

—Seguro, socio —replicó Stavros todavía con mofa en su tono por la constante negación del dueño de Coast Industries y NNW.

—Me acabas de arruinar la noche con esa noticia, Jensen —dijo Zoey agarrando a su amigo de la mano, después de ver a Nick desaparecer en el segundo piso quién sabría hacia donde con Stavros.

Zoey conocía a pocas parejas que pudieran decir mucho con su mirada, y los esposos Garpolesos eran parte de ese grupo. A ella le caía bien Toula, y siempre que la encontraba en algún sitio de Europa se quedaban horas charlando, le ocurría igual con Stavros. Pero no había visto al griego en mucho tiempo, así que asumía que los negocios serían el tema principal o alguna complicación en relación a ello. En el mundo financiero, la reputación de Stavros Garpolesos era impecable, y lo consideraban un hombre muy justo en su forma de trabajar.

Una lástima que Stavros estuviera siempre a favor de Nick, pero no podía culparlo porque se conocían desde hacía muchísimos años. Eran mejores amigos. ¿Quién podía contra esa fuerza amparada por un paraguas que contrarrestaba el paso del tiempo y las vicisitudes más grandes? La amistad sincera era tan fuerte como un árbol de cientos de años. Resistente al tiempo y un apoyo imperecedero.

—No puedes dejar que su presencia determine si te diviertes o no, Zoey. No le debes nada. Al contrario, tú y yo estamos contribuyendo a que se incrementen sus arcas financieras al pagar aquí por nuestras bebidas.

—¡Es su maldito sitio, Jensen! ¿Por qué me trajiste aquí?

—Zoey, no puedo andar por la vida recordando insignificantes detalles como quién es dueño de qué bar o discoteca. Vamos a seguir bailando. Punto.

Ella iba a aceptar la idea de Jensen de seguir moviéndose al ritmo de la música cuando su visión periférica encontró a Nick, no en el segundo piso, sino de espaldas a ella en la pista de baile. Zoey podía reconocerlo con facilidad aún con los juegos de luces intercalándose con la música y murmullos de la gente.

¿Qué hacía Nick en la pista cuando había una zona exclusiva para él y sus amigos en el piso superior?

Y claro, él no estaba solo en la pista de baile. Una mujer se contoneaba

contra él, y tenía las manos enredadas entre los cabellos oscuros. Parecía estar haciéndole el amor en la pista de baile por la forma en que se movía contra él. Zoey sintió arcadas, y no tenía que ver con los Cosmopolitan.

Necesitaba aire.

Ver a Nick con una mujer diferente le quitaba el poco aire que solía llevar a sus pulmones cuando lo tenía cerca. Y ahora, siendo testigo de cómo la tipeja esa lo devoraba con la mirada y con las manos, lo que más deseaba era salir de ahí. Zoey solía hacer todo lo posible por evitar a Nick. Incluso en las reuniones familiares, salvo las que no podía evitar como Navidad o Año Nuevo, procuraba estar lo más alejada posible de él. Los años que duró el matrimonio entre Camille y Nick fueron una tortura, y siempre había llevado un amigo a casa para no tener que observar cómo la lujuria de uno y otro echaba chispas aún con las luces de Navidad encendidas.

Tampoco, por más que se esforzó, Camille le dedicaba a ella la más mínima cortesía. Nick, al parecer, se había encargado de dejarle muy bien informada de su pasado antes de formar parte de los Wolfe, y Camille era una snob. Pero Zoey jamás les daba quejas a sus padres, porque el agradecimiento y el amor que sentía por ellos era más grande que la sensación de estar recibiendo continuas cuchilladas en el pecho cuando Nick y Camille estaban juntos o la observaban como si no tuviera derecho a mirarles la punta de los zapatos.

Resultaba difícil ser valiente, frontal, e incluso rebelde cuando su corazón lloraba en silencio, pero ella había sobrevivido, y continuaría haciéndolo. Había sido un gran avance haberse enamorado de uno de sus novios después del matrimonio de Nick y del fiasco de Rhys. Esa era una clara demostración de que tenía esperanza.

Quizá algún día encontraría un hombre capaz de ver detrás de la fachada, y que mereciera sus sonrisas y pensamientos.

—Vámonos —le dijo a Jensen, lo agarró con firmeza de la mano y empezó a hacerse espacio en medio de la cantidad de personas que abarrotaban Stretch.

—Pero...

—Nos vamos, Jensen —siseó—. Esta noche no ha sido lo que esperaba. Se hizo espacio entre la gente y abrió la puerta principal.

El aire frío la golpeó con fuerza. Con una bocanada, Zoey ingirió la mayor cantidad de oxígeno posible. Colocó la mano sobre el hombro de Jensen y trató de recuperar el resuello. Solo quería descansar la cabeza sobre la almohada y dormir.

—¿Qué ocurre, Zoey?

—Creo que bebí más de mi cuota habitual. No lo había sentido hasta ahorita.

Él se rio.

—Vamos, te llevo a casa. Necesitas despejarte la cabeza antes de ponerte peor. No tengo ganas de limpiar vómitos.

Ella esbozó una sonrisa. ¿Estaba viendo dos Jensen?

—No, no... Solo acompáñame a tomar un taxi. La morena que estaba asesinándome con la mirada cuando dejaste de bailar con ella para hacerlo conmigo tiene planes para ti —dijo riéndose—. Después de que me pongas en un taxi, por favor, vuelve a la discoteca. ¿Vale? No te vas a arruinar la noche porque tu mejor amiga es peso blando cuando se trata de alcohol.

—Zoey, no...

—Yo la llevo —intervino la voz de Nick, sorprendiéndolos.

Jensen y Zoey se giraron al mismo tiempo. Ella tuvo que sostenerse de su amigo para no darse de bruces. El aire frío con el licor que llevaba en el cuerpo era una pésima combinación. Si a eso se le sumaba la presencia autoritaria de Nick, entonces tenía una ecuación con un resultado equivalente

al desastre.

—No, gracias —protestó Zoey.

—Me parece que no —dijo Jensen casi al mismo tiempo que su amiga.

Nick se cruzó de brazos, y la camisa gris se ajustó a su físico imponente. Zoey fingió no darse cuenta cómo la tela se tensaba con la fricción de los bíceps. ¿Cómo sería poder apoyar la cabeza en ellos?, se preguntó ella. Claro, claro que eran los ligeros efectos del alcohol los que la empujaban a hacerse semejantes cuestionamientos ridículos. Aunque estaba solo un poco achispada, y ese era el problema. Sus sentidos se volvían más sensibles con el mínimo de alcohol.

—Pedir permiso resulta algo ajeno para mí —dijo Nick—, así que, Jensen, simplemente te lo estoy comunicando.

Si Jensen tenía que debatirse entre ser irresponsable y permitir que alguien más tomara el cargo, entonces iba a elegir la última opción. Podría darle un puñetazo a Nick por su prepotencia, pero ya era tiempo de que Zoey lo enfrentara. Su amiga no podía continuar teniendo relaciones sentimentales con perdedores o tipos con los que no existía futuro emocional por el solo hecho de evitar lo que Nick Wolfe la hacía sentir. No tenían que ser sentimientos nobles, ni tampoco amistosos, pero cuando ese hombre estaba cerca, Zoey era otra.

¿La mejor forma de enfrentar un problema? Tomar las riendas y dejar el miedo. Y si él tenía que empujar a Zoey a hacerlo, pues ese era el momento.

Jensen soltó el aire que estaba conteniendo y apartó la mano que sostenía la espalda baja de Zoey. Ese era un detalle que Nick no había perdido de vista.

—Si me entero que no ha llegado de una pieza, Nick, iré a por ti. Soy cinturón negro en jiu-jitsu.

Nick soltó una carcajada.

—Lárgate, Jensen. Yo la llevo a casa.

—Okay.

Jensen le dio un beso en la frente a Zoey, y luego le dijo al oído—: Sabes que tu bienestar es primero. Y creo que mi cabeza ahora mismo no piensa con coherencia, así que solo déjame saber cualquier cosa con una llamada o mensaje.

—Traidor —siseó Zoey. Le hizo un gesto con la mano para que se callara, y su amigo regresó a la discoteca. Ella empezó a caminar para ir en busca de un taxi. Iba a matar a Jensen al día siguiente. ¿Cómo se le ocurría dejarla con Nick?

—Yo te llevaré a casa —dijo el dueño de Stretch cuando Zoey estaba caminando para buscar un taxi—. Deja de moverte de un lado a otro que no vas a llegar a ningún sitio en ese estado sin que te pongas en peligro.

Ella se detuvo y soltó una carcajada impregnada de ironía.

—Prefiero que me atropelle un automóvil. Y creo que disfrutarías mucho al saber que he desaparecido.

—Me gustaría que desaparecieras de los círculos de mi familia, sí —replicó sin un ápice de remordimiento—, pero les causaría una gran pena a mis tíos. Y ellos están primero, al igual que mis padres.

—Qué dulzura eres —dijo mofándose, y empezó a caminar de nuevo.

Nick la agarró del codo, y eso la obligó a detenerse a medio andar. Se giró para mirarlo. Carajo, ¡cómo se movía el mundo con unas copitas de más!

—Escucha bien, Nickelodeon —dijo, y empezó a reírse de su propia broma tonta—. Nick... Nicholas. ¿Sabías que en Rusia hubo un Zar que se llamaba Nicholas y lo asesinaron?

Él esbozó media sonrisa.

—¿Eso significa que planeas asesinarme? —le preguntó apartándole un mechón rebelde del rostro para colocárselo tras la oreja.

Zoey se encogió de hombros y sintió su cuerpo temblar por el toque de Nick.

—No... ¿Por qué me odias tanto? ¿Qué te he hecho? Dímelo de una vez. Estoy cansada de tolerar tus desaires, tus...

Él puso el dedo índice contra los labios de Zoey y ella se calló de inmediato. Sin dejar de mirarla, con la mano libre Nick hizo una llamada. En menos de cinco minutos apareció su chofer.

—Sube —dijo abriéndole la puerta del automóvil— te llevo a casa.

—No has respondido mis preguntas.

—No respondo preguntas a menos que me interese hacerlo. Y en este caso solo quiero llevarte a casa para que llegues sana y salva. Punto.

Ella hizo un puchero.

—¿Ahora resulta que sí te interesa mi bienestar?

Nick apretó los dientes.

—Sube, Zoey. No pongas mi paciencia en el tablero porque carezco de ella esta noche. S-u-b-e.

—¿Dejaste botado a Stavros?

«Así que había estado pendiente de él», pensó Nick. Aquella era una lisonja a su ego masculino en lo que a Zoey se refería.

—Lo que haga o no Stavros o cualquier otro ser humano no es de tu incumbencia. Ahora, si no subes al maldito automóvil te voy a cargar como un saco de patatas al hombro.

Ella se encogió de hombros y se acomodó en el asiento. No le interesaba tener su trasero tan cerca de la palma de la mano de Nick, ni tampoco estar en una incómoda posición, en especial si en esa posición podía mirarle el trasero.

—Hola, Bastto —le dijo ella al chofer.

—Señorita Reynolds, qué gusto verla.

—Me gustaría decir lo mismo, pero dada la ingrata compañía que tengo —miró de reojo a Nick— pues... es complicado el panorama.

—Lo es, señorita —dijo el conductor guardándose una sonrisa.

Nick cerró la puerta, y ella creyó que iba a morirse de una sobredosis. ¿Por qué tenía que oler tan bien? ¿Por qué?

—Bastto, por favor, a mi ático de Knightsbridge —indicó Nick.

—¿Y tu amiguita? ¿Viene con nosotros? —preguntó Zoey de repente.

Nick la miró con aburrimento.

—Tengo muchas amigas, no “amiguitas”. Pero si te preguntas por el paradero de una de las mujeres con las que he estado bailando...

—O fornicando en la pista de baile —murmuró ella. Nick soltó una carcajada. Zoey solo quería que el automóvil dejara de moverse—. No era una broma.

—Un comentario debatible.

—Bueno, pues resulta que no tengo ánimos para los debates que no llegan a ninguna parte, Wolfe.

Se cruzó de brazos y miró, o al menos intentó hacerlo, la calle. Los objetos estaban borrosos. Le hubiera gustado no beber. No era dada al licor, pero cuando lo hacía, pues siempre procuraba dejar los límites de lado porque Jensen la cuidaba. Pero el muy cretino la había dejado a la merced de Nick. Iba a retirarle su amistad. No volvería a hablarle a Jensen. Claro que no.

—Estás muy achispada, Zoey.

—Y tú sigues siendo insoportable.

—Puedo vivir con eso.

—Si vives o no me da igual —dijo volviendo la mirada hacia la ventana—. Y con quien te acuestes o no, también —murmuró por lo bajo, pero claro, él la escuchó.

—¿Estás segura de eso?

Ella se limitó a mantener la boca cerrada. Había descubierto que su boca tenía voluntad propia y no coordinaba con su cerebro cuando existían situaciones inverosímiles como la que estaba experimentando en ese instante.

—Solo quiero ir a casa —dijo. Consideró un gran acierto que, al abrir su boca, no hubiera expresado lo que realmente quería decir: `Nick, si no fueras tan cretino, tal vez, solo tal vez, me hubiera gustado besarte´.

Zoey, uno. Alcohol, cero.

A medida que recorrían las calles de la ciudad, la bruma se fue disipando de los sentidos de Zoey. Quizá había sido tan solo el impacto del aire frío con el calor de su cuerpo después de haber bailado tanto sumado a las varias copas de Cosmopolitan. Solo necesitaba tomarse una píldora y una Sprite. Eso le funcionaba a la perfección siempre. Además, se moría de sed.

Una vez que llegaron al ático de Nick, él abrió la puerta, y Zoey admiró el entorno. Desde la última vez que visitó la casa de Nick, durante una Navidad que sus tíos y sus padres decidieron pasarla en el ático del soltero más cretino de la sociedad londinense, la decoración había cambiado. El lujo continuaba existiendo, sí, pero los adornos eran pocos. Predominaba una paleta de colores gris y negra. Podía considerarse algo lúgubre, pero la combinación era exquisita y brindaba un aspecto sobrio al entorno. Le gustaba.

—Bienvenida —dijo con un atisbo de sarcasmo al notar que ella se quedó de pie en el umbral de la puerta—. Si das un par de pasos más puede que termines sentada en el sofá, en lugar de dormida en la alfombra de la entrada.

Ella lo fulminó con la mirada y entró.

—Apenas mis sentidos estén al ciento por cien me iré, no te quepa duda.

Él se encogió de hombros y fue hasta la cocina. Sacó una botella de

Perrier y se la extendió. Zoey bebió el contenido poco a poco, pero se acabó hasta la última gota. Era deliciosa el agua helada burbujeante.

—Me alegra que hayas ido a mi discoteca hoy —dijo él, sorprendiéndola, aunque Zoey mantenía sus sospechas con respecto a Nick.

—¿Y por qué sería que te causa tanta dicha mi presencia esta noche? —preguntó en el mismo tono sarcástico con el que Nick le había dado la bienvenida al ático. Se quitó las botas altas y acomodó sus doloridos pies sobre el sofá blanco. Llevaba leggins y, aunque nada deseaba más que quitárselas, no iba a hacerlo de momento.

En el exterior del edificio, las gotas de lluvia de la madrugada golpeaban el vidrio de la amplísima ventana como si fuesen besos suaves. Estaba frío, pero en el interior de la casa de Nick la temperatura invitaba a desear arrebujarse en el sofá y dormir. Esto último era algo que Zoey no pensaba hacer, ni loca.

—Te voy a preparar un café y te vas a beber otra botella de Perrier. Cuando tu cabeza esté más despejada hablaremos.

—Es pasada la medianoche. Necesito dormir.

—¿Te estás invitando a mi cama? —le preguntó él.

Zoey puso los ojos en blanco.

—Soy bastante inteligente para saber que dos leones en una misma celda pueden matarse con facilidad.

Nick avanzó hacia Zoey, y apoyó ambas manos en el respaldo del sofá. Ella se intentó alejar, pero era un movimiento sin sentido, porque él la tenía atrapada. Colocó su rostro justo sobre el de ella, para que Zoey no perdiera movimiento de sus azules pupilas que parecían poseer la capacidad de atravesarle el alma.

—Zoey, escúchame bien, si tú y yo estuviésemos en mi cama, de lo único que podría matarte sería de placer.

Ella abrió y cerró la boca.

—Ahora mismo no sé quién ha bebido más, tú o yo —murmuró ella, perdida en la expresión fiera de Nick. Elevó la mano y acarició la mejilla masculina que contaba una barba de tres días. No fue consciente de lo que hacía, pero la descarga eléctrica que sintió Nick lo instó a apartarse de ella al instante.

Zoey lo miró con desconcierto.

—Tienes una hora para tener tus sentidos bien puestos, después, hablaremos.

—¿O si no qué? —preguntó cruzándose de brazos y con la espalda erguida.

—Me encargaré de arreglar este asunto entre tú y yo que ya lleva demasiado tiempo dilatándose —replicó con un brillo de deseo en la mirada. Zoey estaba demasiado concentrada en mantenerse despierta que no lo notó.

—¿Y qué sería ese “asunto”?

Él sonrió con suficiencia, y recorrió a Zoey con descaro. Ella se sonrojó.

—Tú en mi cama, Zoey. Y yo descubriendo cada uno de los secretos de tu cuerpo hasta que me canse.

—¿Y quién dice que no sería yo la primera en cansarme de ti?

Nick rio.

—Un reto. Qué interesante. ¿Sabes qué, Zoey? Lo tomo.

—No fue... —dijo ella al aire, porque Nick ya estaba adentrándose en el pasillo del ático.

La dejó a solas con la chimenea, la calefacción, una botella vacía de Perrier, y una amenaza en toda regla. Pero en especial, la dejó con la humedad entre sus piernas y un ardor en su sexo que ella no sabía cómo calmar.

CAPÍTULO 8

ZOEY.

Años atrás.

Lo último que quería era lastimar a sus padres, y tan solo por ese motivo les ocultó una decisión personal que los involucraba a ellos. Las noches de insomnio que solía experimentar tenían un motivo: su pasado. A diferencia de la nueva realidad social y familiar que la rodeaba, Zoey necesitaba respuestas sobre sus orígenes. Tenía tantas preguntas que solo podrían ser respondidas por los responsables de haberla abandonado. ¿Estarían muertos de verdad? Y si así era, entonces, ¿no tendría familiar que la pudiera ayudar a reconstruir esas piezas del pasado? Y si sus padres estaban vivos, ¿por qué habían permitido que servicios sociales se la llevara?

Sabía que Elizabeth y Albert se pondrían muy tristes si llegasen a enterarse. Zoey no quería ponerlos en una posición de inseguridad porque los amaba, no deseaba alejarse. Desde su corazón, los Wolfe eran sus padres.

Zoey solo quería respuestas, y sabía que era solo una necesidad humana la que la impulsaba a no comentárselos en esta ocasión. Había ahorrado durante mucho tiempo cada centavo, que quizá otros se hubieran gastado en superficialidades, para pagar a un abogado y un investigador privado. Todavía le faltaban un par de miles, pero con lo que tenía podría dar un anticipo para empezar el trabajo. Jensen, como no podría ser de otro modo, era su aliado.

Necesitaba conocer su pasado, porque el vacío que rondaba sobre sus

padres biológicos era en ocasiones abrumador.

—Zoey, cariño —dijo Elizabeth—, ¿vendrás a almorzar con nosotros?

Se apartó del escritorio en el que estaba terminando de revisar la lista de abogados e investigadores privados. El padre de Jensen, Elías Aveira, tenía buenas conexiones porque en sus negocios no podía dar crédito a cualquiera. Un equipo discreto hacía averiguaciones que iban más allá de una simple verificación bancaria y referencias personales. La venta de automóviles de lujo implicaba comercializar, por un valor exorbitante, un bien que podría asemejarse al valor de la entrada de una casa con lujos prohibitivos incluso para los más adinerados; el negocio automotriz de lujo era un mercado impresionante. Gracias a su mejor amigo, y la discreción de Elías, Zoey poseía una pequeña —pero eficiente— lista de abogados e investigadores que podrían ayudarla.

—Depende —dijo, mirando a su madre con una sonrisa— ¿estará Nick o Camille? No quisiera tener una indigestión.

Elizabeth no pudo evitar reír.

—Hija, ya ha pasado un año desde el matrimonio, creo que a estas alturas podrías hacer un esfuerzo para llevarte bien con Camille, y sé que Nick, a su manera, te tiene aprecio.

Ese comentario, si Zoey hubiera estado bebiendo algo, le hubiera provocado una incontenible tos. Si su madre supiera... Estaba en sus rebeldes diecinueve años, sí, pero esa rebeldía no tenía ni un ápice de estupidez. Había aprendido sus lecciones gracias a Nick Wolfe. Al menos eso tenía que agradecerle.

—¿Puedo llevar a Leo? —preguntó a cambio.

Su novio era un escudo protector contra el efecto que Nick solía causarle, y le evitaba tener que dar explicaciones sobre sus súbitos sonrojos cuando la mirada azul de Nick se fijaba en la de ella. Leo Markle era su

primer novio después del chasco de Rhys, y le había tomado cinco meses conseguir que ella aceptara una cita.

Poco a poco, el rubio de ojos verdes se había ido ganando la confianza de Zoey, y la creencia de que con él podía sentirse segura, y que no había ningún plan oculto detrás de su interés como ocurrió con Rhys, le causaba a ratos temor. Porque en la vida nada era seguro, en especial los afectos.

Llevaba ocho meses con Leo. Zoey no podía categorizar los sentimientos que le inspiraba, pero estos eran lo suficientemente fuertes como para haber decidido pasar las noches con él aprendiendo sobre sus deseos sexuales femeninos y encontrando la forma de satisfacerlos. Leo era un amante considerado y generoso.

Las noches con él terminaban siempre con un largo beso que la dejaba con una sensación de calma. Él le había confesado que la amaba, pero Zoey no podía decir esas dos palabras de regreso. La única ocasión que había pronunciado “te amo”, la única que recordaba, era la borrosa imagen de una mujer rubia sonriéndole. Quizá habría sido su madre o quizá una de las múltiples cuidadoras por las que debió pasar siendo una pequeña. Ella podía demostrar su amor, pero expresarlo verbalmente implicaba un miedo inexplicable. Se preguntaba si acaso Elizabeth y Albert se sentían frustrados porque siempre que le decían cuánto la querían, ella era incapaz de responderles. Se limitaba a sonreírles y abrazarlos o decirles “lo sé” o “igualmente”, pero verbalizar las palabras por sí misma era una batalla en sí misma.

Aferrarse emocionalmente a algo o alguien terminaba transportándola a un estado de ansiedad, porque siempre que creía estar en una situación de estabilidad con la plena capacidad de poder expresarse, lo siguiente que ocurría era que cambiaba de casa de acogida, y regresaba la inseguridad y el miedo a decir “te quiero” o “te amo”, porque pronto la enviaban con otra

familia. Para Zoey el amor estaba intrínsecamente ligado a la pérdida. Y ella no quería perder a los Wolfe.

Después de tantos años junto a Elizabeth y Albert, el miedo de perderlos se había disipado considerablemente, pero su inconsciente la traicionaba cuando creía sentirse fuerte para poder decir en alto las palabras “te amo”. A veces temía jamás poder superar aquella etapa.

—Por supuesto, Zoey —dijo con una sonrisa— ya sabes que Leo es bienvenido. Toda persona capaz de hacerte sentir feliz tiene las puertas abiertas de la mansión Wolfe. Dile a Leo que el almuerzo es a las dos de la tarde en el restaurante Ocean. Puedes ir con él o venir con nosotros, lo que tú elijas, cariño.

Zoey sonrió y sintió una punzada de culpabilidad por sus planes con respecto a conocer su pasado sin comentárselo a sus padres adoptivos.

—Vale, mamá, gracias —replicó con alivio.

El restaurante estaba copado, pero Zoey estaba segura de que —como siempre— la mesa que sus padres habrían reservado estaría en un sitio discreto. Leo tenía los dedos entrelazados con los de ella, así que de algún modo se sentía menos nerviosa. Camille Wolfe la miró como si fuese una pulga en la última estirpe de pulgas del mundo. Pocos menos que un piojo.

¿Por qué? Pues Zoey lo ignoraba por completo, pero estaba acostumbrada —desde pequeña— a que otras personas la trataran de ese modo. Si los ignoraba, no la afectaba, así que eso era lo que hacía con Camille.

Puesto que sus padres y sus tíos estaban también en el bar, a la espera de que les indicaran cuando la mesa estuviera disponible, a Zoey no le quedaba de otra que tratar de mantener una interacción civilizada. A Camille podía tolerarla o ignorarla. Quizá era momento de internarse en un

manicomio.

—Vaya, qué sorpresa —dijo Camille al ver a Zoey de la mano con Leo —, me da gusto que hayas decidido acompañarnos. Nick estará dentro de unos minutos con nosotros. Tuvo una eventualidad de último minuto —sonrió.

—Hola, Camille —replicó Zoey con la misma zalamería hipócrita. No podía decirle que se alegraba de saber que Nick estaba retrasado. Esperaba que no llegara nunca, y así ella no tendría que tomarse varios antiácidos—. Interesante encontrarte disponible en uno de los recurrentes almuerzos de mi tío, Gustav.

Camille solía evitar las reuniones familiares, pero su nivel de indiferencia no era capaz de evitar los almuerzos mensuales que Gustav organizaba con la finalidad de mantener contacto con todos los Wolfe a pesar de sus congestionadas agendas. Casi era una tradición, y no solo quedaría mal ante los ojos de sus suegros, si no también ante los ojos de Nick. Y Camille no era ninguna estúpida. Le gustaba mantener a su esposo contento. Zoey no quería saber de qué modos, por supuesto.

—Ya sabes que mis suegros son personas importantísimas para mí —replicó mirando con ojos adoradores a Gustav y Adelle, los padres de Nick.

Ataviada con un ajustado vestido celeste que hacía juego con sus ojos, y adornada con carísimas joyas, Camille era la viva imagen de la elegancia y belleza. Sus modales eran impecables, ¿quién podría negar una educación que de seguro habría costado miles de libras esterlinas? La mujer había aprendido el arte de la discreción cuando le convenía.

Camille se transformaba por completo si estaban los padres de su esposo o los tíos, pero cuando se encontraba a solas con Zoey —solían ser momentos breves— destilaba su veneno con frases ácidas o comentarios desdeñosos. No había sido así cuando solo estaba de novia e incluso cuando

estuvo prometida con Nick. De hecho, hubo un tiempo en que Zoey sintió simpatía por la mujer. Todo empezó a torcerse desde que Camille dijo “sí, acepto” en altar junto a Nick, y de ahí en adelante, cada vez era más venenosa. ¿Quién entendía a las locas que se casaban y después se transformaban en Godzilla? Zoey, no.

—Por supuesto —dijo Zoey, antes de darles un abrazo a Gustav y Adelle.

—Hola, hija, ¿cómo está todo en la universidad? —preguntó el padre Nick.

Doctor en ciencias políticas, y con una maestría en negocios internacionales, Gustav Wolfe era un hombre de impecable preparación académica y con un generoso corazón. Donaba el 15% de sus ganancias netas a una fundación para niños con problemas congénitos del corazón. Zoey se preguntaba a quién habría salido Nick, porque ninguno de sus gestos se asemejaba al nivel de altruismo de sus padres. O quizá mantenía su lado humano muy oculto. Bajo el monte Everest probablemente.

—Bien, tío. Tengo algunos años por delante, pero sé que lo haré muy bien. Y tengo la ayuda de Leo —sonrió mirando a su novio—, porque él es el genio de las palabras, y yo de los números —dijo riéndose.

—Nos alegra que consigas venir los fines de semana desde Oxford para pasar con la familia cuando sabemos que el nivel de estudio es muy exigente. Es un gran esfuerzo de tu parte —intervino Adelle con su tono suave y dulce.

—Mi familia es importante —dijo Zoey con calidez.

—Claro que lo es —intervino Camille. Claro, ella no podía quedarse callada cuando no era parte de la conversación, así que a continuación abrió su boca. Zoey se preguntaba si la mujer tenía algún sentido del ahorro de sus palabras. Le haría un gran bien al mundo si se reservara sus opiniones para sí. Después dirigió su mirada a Leo—: Estupenda elección de atuendo

para hoy, Leo. Te sienta bien Versace.

—Pasemos a nuestra mesa —dijo Albert, después de recibir un gesto del maître—. Espero que mi sobrino llegue pronto o se perderá el menú de hoy.

«Ojalá que así sea», rogó Zoey en silencio.

Con las indicaciones de maître procedieron a sentarse a la mesa.

La conversación fluyó de manera amena. Estaban a mitad del plato principal cuando Nick llegó. Su primer saludo fue para Adelle, después Gustav. Siguió con un beso en los labios a Camille, y luego saludó con un beso en la mejilla o un apretón de manos, según conviniese, al resto de la mesa.

El único puesto disponible para Nick —porque Zoey era muy afortunada— era junto a ella. ¿Quién dijo que no iba a necesitar sus píldoras antiácidas?

—Así que has traído a tu noviecito —le dijo Nick al oído mientras se acomodaba en la silla.

Zoey miró a Leo, su novio estaba a su lado, pero no podía escuchar a Nick, y Camille —milagrosamente— se encontraba inmersa en una charla con Elizabeth y Adelle sobre los mejores diseñadores de la temporada. Gustav, Leo y Albert charlaban sobre los mercados bursátiles, la bolsa de Nueva York, y automóviles de colección.

—Así que has decidido que merezco una indigestión —replicó Zoey llevándose a la boca un trozo de salmón ahumado en salsa teriyaki.

Él le hizo un gesto al camarero, y en pocos minutos tuvo su plato de ostras. El vino blanco era exquisito, y Zoey —aprovechando que era Leo quien manejaba— decidió beber para relajarse.

—Cuéntame, después de tantos meses llevando al mismo novio a todas partes, y mostrándote en público sin tapujos, imagino que tu virginidad es un

tema del pasado —le susurró antes de llevarse la copa a los labios—. Lo que no consiguió Rhys, lo consiguió este pelele... Espero que haya sido una buena experiencia —dijo con crueldad en su tono.

Zoey empezó a toser llamando así la atención de Leo. Él le dio unas suaves palmaditas en la espalda, y le ofreció el vaso de agua. Agradecida, ella le acarició la mejilla, y bebió como si no hubiese nada más delicioso en el mundo. Pero pronto la atención de Leo fue reclamada por Albert y Gustav, y Nick se incorporó a la conversación. Zoey se concentró en su comida, aliviada.

Ah, pero ese alivio le duró poco.

—Supongo que tu respuesta es positiva —dijo Nick al cabo de unos minutos.

—¿Eh? —preguntó ella limpiándose la boca.

—Tu primera experiencia sexual —murmuró Nick con desparpajo, antes de deslizar la mano bajo la mesa para acariciarle el muslo—. ¿Fue buena?

¿Por qué no había usado leggins bajo el vestido?, se preguntó Zoey.

—Los temas de mi sexualidad no te competen. Así como a mí no me competen los tuyos con Camille —siseó. Tomó la mano de Nick y la apartó de su muslo—. Harías bien en dejar de estorbarme. Tu esposa ya me odia lo suficiente.

—Tiene motivos para hacerlo —dijo con tono críptico.

—Puede que algún día decidas compartir el misterio conmigo.

Él bebió de su copa, y después se inclinó hacia Zoey.

—Puede.

Ese fue el último comentario directo de Nick hacia Zoey. El resto de la comida pasó con rapidez. Al final de la velada, Camille anunció que acababa de firmar un contrato con una importante marca de perfumes y sería la

imagen.

—Interesante, ahora serás modelo y tendremos el placer de contemplarte en las vallas de toda la ciudad —murmuró Zoey con sarcasmo.

—Felicitaciones, Camille —dijo Adelle, y pronto el resto de los Wolfe se unieron a darle la enhorabuena.

—Por supuesto, la belleza y clase de mi esposa merecen destacarse —dijo Nick cuando el camarero se llevó la copia del recibo de la cuenta que acababa de ser pagada por Gustav.

Zoey no pudo contener una carcajada por el comentario, y eso consiguió que todos girasen su atención hacia ella. Incluso Leo, pero este solo se limitó a sonreírle.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó Camille como si hubiese recibido la más grande ofensa de su vida, y en un tono cortante que jamás había empleado frente a sus suegros ni los padres de Zoey.

—No comprendo ¿por qué quieres ser modelo cuando tienes credenciales profesionales como arquitecta e historiadora —replicó Zoey sin amilanarse, aún con la sonrisa en los labios.

—Zoey... —iba a empezar Nick, pero Camille se adelantó interrumpiéndolo para dirigirse a la hija de Albert y Elizabeth—: ¿No comprendes? —preguntó con sarcasmo—, te lo explico entonces. La posibilidad de conseguir un contrato de esa magnitud con Ormonde Jayne es única. —Camille se puso de pie y dejó la servilleta de tela sobre la mesa en un gesto altivo—. Quizá no lo sepas, Zoey, porque a pesar de que la vida te ha dado la inusual oportunidad de formar parte de la élite social británica, tus verdaderos orígenes no te otorgarán jamás la conciencia de lo que implica tener clase ni tampoco lograrás hallar el brillo, educación y todos los elementos necesarios para encajar en una familia como esta. Llevas años formando parte de los Wolfe, pero nunca serás realmente parte de ellos.

Blanca como un fantasma, Zoey no fue capaz de replicar. Sus padres estaban atónitos al igual que los de Nick. Leo lucía una expresión perpleja, y Nick apretaba la servilleta de tela entre sus dedos como si fuese lo único capaz de mantener el mundo girando. Camille, indiferente a todos, rodeó la mesa y se colocó detrás de su esposo.

—¿Nos vamos?

—Discúlpate —exigió Nick al ver el rostro contrito y dolido de su familia por el comentario de su esposa.

—No, Nick, en esta ocasión he dicho lo que tú también piensas de Zoey Reynolds. Si no eres capaz de ser sincero, entonces prefiero irme con mi chofer. Te veré en la casa. —Miró al resto de los Wolfe y agregó—: Me gustaría disculparme con ustedes, pero creo que la verdad no merece disculpas. Si este es un motivo para no verlos en lo que nos resta de vida matrimonial con Nick, lo entenderé.

—Has ofendido a mi familia, jovencita —dijo Elizabeth—. Zoey es mi hija. No eres bienvenida a nuestra casa nunca más, y tú, Nick —miró a su sobrino— si sigues a tu mujer en este instante, me veré en la triste situación de cerrarte las puertas a ti también. —Dirigió su mirada a su mejor amiga, Adelle, y a su cuñado, Gustav—: Zoey es mi hija, y aunque no nos une un lazo de sangre, es mi hija y la de Albert, porque la elegimos. Es nuestra hija de corazón. Nadie, absolutamente nadie, tiene derecho a decir lo que esta mujer ha expresado.

—Camille, será mejor que, si quieres volver a visitar una propiedad de los Wolfe, te disculpes en este momento —dijo Gustav, rojo de furia—. Has pasado el límite de tolerancia por un exabrupto. Estás insultando a Zoey. Y ella es también una Wolfe.

—He llegado a mi límite de tolerancia con Nick y su maldita fijación con lo que hace o deja de hacer Zoey. ¿Es que todos están ciegos o soy yo

demasiado lista? —preguntó con rabia—. Disculparme no está en el menú de la tarde.

Dicho eso, Camille abandonó el restaurante como si se tratara de un miembro de la Familia Real Británica caminando hacia la salida. Atónitos, los Wolfe miraron a Nick. Leo tenía rodeados los hombros de Zoey, y ella tenía la cabeza oculta en el cuello de su novio.

—Hijo —dijo Adelle—, ¿qué es eso de que piensas igual que tu esposa? —preguntó, dolida.

—No creo que sea prudente que creas todo lo que ella acaba de expresar —replicó Nick, porque no tenía ganas de explicar las discusiones que tenía, cada vez más frecuentes, con Camille.

—Habla con tu esposa. Exígele una disculpa.

—Madre —expresó Nick poniéndose en pie ante el tono velado de su madre, un tono que él conocía muy bien—, ¿qué es lo que me pides exactamente?

—No es la primera vez que soy testigo de los comentarios ácidos de tu mujer contra mi sobrina, y no pienso tolerarlos. Elige entre Camille y tu familia.

Nick apretó los puños a los costados.

—Hablaré con Camille, mamá.

—No soy yo la que necesita escuchar ese comentario ni la disculpa, sino, Zoey —dijo Adelle.

—El modo en que tu esposa acaba de tratar a mi hija no tiene disculpas —intervino Albert rodeando la mesa para situarse junto a Zoey, ella se apartó de Leo y él la dejó hacer—. Camille no pisará otra empresa, propiedad o club en el que yo tenga algo que ver financieramente. Indistintamente de lo que haga o diga de ahora en adelante.

—¿Esa cortesía me la vas a aplicar a mí, tío? —preguntó Nick.

El restaurante cada cliente estaba ensimismado en su propio mundo. Quizá esa era una gran ventaja de un sitio tan costoso. No solo garantizaba privacidad, si no que todos eran conscientes de que lo que sucedía en otra mesa era problema ajeno. Claro, salvo que se tratase de algún famoso o político, entonces la curiosidad rebasaba la prudencia. Al final, ¿a quién no le gustaba un buen cotilleo?

—Es tu decisión. Haz lo correcto —replicó Albert.

Nick apretó la mandíbula.

Zoey lo miró por primera vez desde el comentario de la socialité. Tenía los ojos llenos de lágrimas sin derramar. El comentario de Camille solo reafirmaba que su decisión de contratar un abogado y un investigador privado era correcta. Necesitaba conocer sus orígenes biológicos. Se preguntaba si todas las personas que habían sido adoptadas pasaban por el mismo período o si acaso se trataba solo de ella.

—No necesitas hacer nada, Nick —dijo Zoey con suavidad en su voz. Esa suavidad contradecía por completo el shock que las palabras de Camille habían causado—. Será mejor que cada cual tome su camino. Continúa tu vida con tu esposa, y procura mantenerla alejada de mí. No requiero tus disculpas. Tengo todo lo que necesito con mis padres —miró a sus tíos—, e incluso el cariño sincero de los tuyos. Tu opinión y la de Camille está por debajo de mis prioridades más básicas —tomó de la mano a Leo, y nunca se había sentido tan feliz de tenerlo a su lado como en ese instante—, gracias tíos por la comida —miró a sus padres—, los llamaré el día lunes. Por ahora iré a empacar para volver a Oxford y avanzar mis proyectos de la semana.

—Cariño —intervino Elizabeth—, no te vayas así, por favor.

—Estoy bien, mamá, de verdad. —Se acercó a darle un abrazo, y luego hizo lo mismo con sus tíos y con su padre.

—Zoey, te pido disculpas —dijo Nick mirándola.

Ella solo se giró y se dirigió hacia la salida.

Sin decir nada más todos imitaron a Zoey. Cuando llegaron al parqueadero, esperando a los choferes, la familia Wolfe se despidió de Zoey con un gran abrazo. Hicieron lo mismo con Nick, pero no sin antes decirle que su esposa estaba vetada de los eventos familiares. Él no protestó.

Leo fue a recuperar la chaqueta que se le había quedado olvidada en el restaurante, y Nick esperaba que llegase el valet parking con un taxi.

Zoey y Nick se quedaron a solas.

—Lo que dijo Camille...—empezó él.

—No hace falta que aclares nada —interrumpió Zoey—. Sé que piensas igual que tu esposa y me lo has demostrado durante todos estos años con tus gestos o acciones, pero es el pasado, y tengo un futuro por el cual trabajar. Camilla y tú son tal para cual. Adiós, Nick —dijo cuando vio que Leo estaba cerca de la puerta giratoria del restaurante.

Él la tomó del codo y la obligó a mirarlo.

—Zoey, lo que escuchaste ahí dentro no es una opinión que yo comparta.

—¿Ahora estás aprendiendo a utilizar la negación? —preguntó.

Sentía un nudo en la garganta que no podía deshacer. Deseaba estar sola, y al mismo tiempo quería la compañía de alguien el resto del día. Necesitaba estar acurrucada en brazos de alguien que la amara de verdad, incondicionalmente, y su corazón sabía que esa persona no era Leo.

—Es la verdad.

—Ya no sé discernir entre la verdad y la mentira cuando se trata de tus palabras, Nick. ¿Por qué no nos haces un favor y me ignoras por completo?

Él, en lugar de apartar las manos de Zoey, le acarició las mejillas con los pulgares, sorprendiéndose a sí mismo, y a ella. Después dejó caer las manos a un lado.

—Es difícil hacerlo.

—¿Por qué me odias?

—No lo hago.

—Entonces, ¿qué debo hacer para que dejes de creer que soy una caza fortunas? ¿Qué debo hacer para que detengas tus miradas reprobatorias, tus gestos altivos o tus palabras acusatorias cuando te enteras de que he recibido algún obsequio nuevo de mis padres? Dime qué te he hecho, por favor, ¡dímelo! —susurró con desesperación.

—Acepta firmar un documento en el que renuncias a cualquier futura herencia que piensen dejarte mis tíos. Demuéstrales que los quieres por lo que son, y no por lo que podrías heredar de ellos algún día.

Ella soltó una risa amarga, y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Estiró la mano y la posó sobre la mejilla de Nick. Él abrió los ojos de par en par, porque era la primera vez que Zoey lo tocaba voluntariamente.

—¿Por qué, Nick? —preguntó tratando de obtener una respuesta que veía en la mirada azul, pero que él jamás había intentado verbalizar de un modo que no fuese atacándola—. Dime por qué me haces la vida imposible...

Nick estaba tan cerca de ella, el perfume de lavanda con coco se entrelazó como una serpiente cascabel en sus sentidos, y estuvo a punto de claudicar. Estuvo a punto de tomar lo que siempre había querido. Pero no lo hizo. Estaba casado precisamente porque esa había sido la forma de evitar un desastre. Zoey era un obstáculo que no podía controlar, y durante mucho tiempo intentó deshacerse de su presencia, ahuyentarla, pero la mujer era terca como una mula y valiente como un guerrero. No se amedrentaba, y secretamente Nick la respetaba por ello.

—Carece de sentido que te dé la respuesta que esperas —dijo perdido en la mirada del color del amaretto.

—¿Por qué? —preguntó ella con desesperación—. ¿Por qué te cuesta

tanto decir lo que sé que deseas confesarme?

Él la miró con una marea de conflictos en su expresión. Se pasó la mano entre los cabellos y después presionó los dedos contra el puente de su nariz. Cerró los ojos breves instantes y los abrió de nuevo.

—Si te fueras de mi vida y la de mi familia, ahora que puedes, lejos del Reino Unido. Todo sería más fácil.

—¿Para quién? —preguntó ella con el mismo desespero que escuchaba en la voz de Nick.

—Para ambos.

Ella se secó las lágrimas de los ojos y puso distancia entre los dos.

—Quizá tengas doce años más que yo, pero creía que detrás de esa fachada de indiferencia existía un hombre capaz de abrir un camino a la sinceridad.

—¿Por qué no empiezas tú a ser sincera? —replicó él, a cambio.

—Porque si me sincero yo primero corro el riesgo de que te burles de mí y no podría soportarlo de nuevo.

—¿Acaso crees que sería diferente a la inversa?

Zoey soltó un suspiro.

—Sígueme odiando entonces, por favor, Nick, porque quizá es la única forma de saber que nunca vas a poder borrarle de tu memoria —le susurró antes de darse la vuelta para ir a encontrarse con Leo, quien era ajeno a la escena por completo.

¿Era posible estar enamorada de dos hombres al mismo tiempo?, se preguntó sin volver la vista atrás y dispuesta a continuar su vida. Había estado a punto de confesarle a Nick que lo deseaba. Deseaba a un hombre que era incapaz de generar cercanía. Incapaz de enfrentar la realidad y prefería alejarla o encontrar excusas en hipótesis ficticias.

Si algo tenía en común con Nick era que ambos estaban asustados. ¿La

diferencia? Ella estaba dispuesta a admitir la verdad, pero él jamás lo permitiría sin antes lastimarla. ¿Valdría la pena exponerse algún día por Nick? No lo sabía.

De momento, y quizá para siempre, él pertenecía a otra mujer ante la ley, en su cama y en su corazón. Y ella tenía toda una vida por delante para encontrar el amor.

Cuando miró a Leo, él la abrazó. Pero el toque de Leo apenas causó emoción en su piel. No la quemaba, ni su mirada verde traspasaba las barreras de su armadura. Tampoco la instaba a desear lanzarse por un acantilado si fuera esa la única forma de estar a su lado. Zoey sabía que ese sería su último fin de semana con Leo, porque no podía robarle un tiempo que él podría tener para encontrar un amor que fuese capaz de mover cielo y tierra para estar a su lado.

Amaba a un hombre que jamás podría tener.

CAPÍTULO 9

NICK.

Años atrás.

Pasaron muchos meses, después del incidente del restaurante Ocean, antes de que él pudiera mirar a sus tíos sin sentir pesar por la actitud de Camille. Incluso sus propios padres se negaban a entender cómo él, con un juicio tan pragmático, hubiera elegido por esposa a una mujer tan volátil de carácter.

Lo cierto era que la vida de casado con Camille no mejoró.

Después de varias peleas monumentales, reclamos, y sexo desenfrenado, salvaje, pero carente de emociones, su matrimonio empezó a resquebrajarse. Pasaban cada vez menos tiempo juntos, y Nick podía calificar su matrimonio como lo que siempre pensó que era: una relación comercial con sentimientos de por medio. No los de él al menos, pero sí los de Camille, y era precisamente esto último lo que ella le reclamaba.

—¿Por qué te casaste conmigo si no eras capaz de amarme? —le había reclamado un día mientras le lanzaba todo lo que encontraba en la sala de la casa.

—Camille, te prometí respetarte, y eso he hecho. Contrario a lo que tú...

Ella había roto a llorar, y Nick no soportaba ese tipo de berrinches. Había salido de la casa dando un portazo y volvió entrada la madrugada, borracho como una cuba. A la mañana siguiente, él intentó congraciarse con Camille, porque Nick detestaba fallar en los negocios, menos en su vida personal.

—¿La amas a ella, verdad? —le había preguntado a la mañana siguiente mientras desayunaban. Camille era una mujer preciosa, y cualquier vestimenta lucía exótica, aunque fuese una baratija, tan solo porque la llevaba ella.

—No sé de qué me hablas.

—¡Zoey! —había gritado lanzando los platos al piso—. ¡Estás loco por meterte entre las bragas de esa arribista!

—Camille...—había replicado con poca paciencia, pero ella continuó.

—Me usaste para intentar dejar de lado el remordimiento. ¿Por qué es tu “primita”, verdad? ¿A qué le tienes tanto temor? ¿A que ella sea capaz de absorber por completo tu atención hasta el punto de no dejarte pensar a derechas? —le había preguntado con un tono dolido.

Él había hecho una negación y la agarró de los brazos con firme suavidad.

—No tenemos lazos de sangre. Lo sabes.

—Vete a la mierda, Nick —había dicho antes de darle una bofetada.

Él intentó pasar por alto el episodio. No negó ni aceptó la acusación. ¿La bofetada? Se la merecía, aunque también fue un llamado de atención para entender que tres años de matrimonio solo habían conseguido amargarlo.

Saber que otros hombres tocaban lo que sentía que le pertenecía, había corroído sus pensamientos cada día, sin embargo, mantenerse alejado de Zoey fue lo mejor. No atendió la graduación de ella en la universidad, menos lo hizo Camille. Durante las reuniones de Navidad, él se aseguraba de pasar el menor tiempo posible, y su esposa no había vuelto a pisar la casa de sus padres ni sus tíos. Pero él había sido testigo de varios novios de Zoey. Y a todos y cada uno de ellos, los encontraba sosos.

Su vida era una mierda.

Los negocios no estaban yendo bien. Sus clientes más importantes lo llamaban para cancelar grandes traslados de mercadería valorados en cientos de millones de libras esterlinas, y también euros, en rutas comerciales con altos movimientos. Nick no lograba comprenderlo, porque su modo de operar era impecable y su trato con los clientes de primera.

En casa, su vida era un infierno y no veía la hora de sentarse para encarar a su mujer. O se arreglaban o se arreglaban. Él no entendía la palabra “renunciar” una vez que tomaba una decisión, pero Camille pasaba viajando por trabajo. La vida de modelo de marcas exóticas y de lujo había terminado, y ahora ella se dedicaba de lleno a ejercer su profesión de arquitecta y restauradora de antigüedades. También se entretenía llevando una vida social activa a la que, irremediablemente, lo arrastraba. Como su esposa, Camille conocía toda su cartera de contactos más exclusiva. Quizá en la casa ella fuese una completa bruja, pero de cara a la sociedad era la perfecta anfitriona y mujer independiente que apoyaba al mil por ciento a su esposo.

Stavros solía viajar con regularidad a Londres, y le aconsejaba que hiciera una auditoría. Que contratara una firma externa para conocer la satisfacción de sus principales clientes. Nick se había resistido durante mucho tiempo a la idea, pero el día en que llegó a sus oídos que Coast Industries estaba elevando el precio de los fletes en un veinte por ciento sin razón y que además utilizaba intermediarios que podían echar a perder o robar parte de la mercadería, decidió que algo no encajaba. Él cobraba el precio justo, se encargaba de verificar todos y cada uno de los puntos de cada ruta, y jamás utilizaba intermediarios sin que sus clientes lo autorizaran. ¿Robar? ¡Jamás!

Le hizo caso a Stavros.

Su secretaria personal y persona de confianza en Coast Industries,

Emily Jones, le informaba de cada movimiento en la compañía. Entradas y salidas de personal que estaban fuera de lo establecido. Llamadas entrantes que fuesen ajenas a las habituales o nuevos interesados en los servicios de la compañía. También le informaba sobre detalles que los gerentes solían dejar escapar por considerarlos inconsistentes, pero que para Nick eran importantes.

Su compañía empezaba a perder credibilidad, y él no pensaba permitirlo. Tenía que hallar el motivo de los comentarios de desprestigio. De la partida de sus clientes hacia la competencia. Estaba furioso. Quien quiera que fuese la persona que estaba saboteándolo iba a pagarlo muy caro. En el caso de NNW, Nick solía mantener un perfil bajo con esa compañía. Así que Camille creía que poco o nada producía. La muy víbora.

Mientras su negocio se tambaleaba, la empresa que Camille había abierto iba viento en popa. Los nexos de la familia materna de su esposa con algunos miembros del Parlamento Británico le habían dado un espaldarazo para lograr varios contratos de restauración de monumentos y casas históricas. Los viajes dentro de Inglaterra para reuniones con clientes se habían empezado a extender hacia Escocia e Irlanda del Norte. Nick la veía cada vez menos, y de alguna manera la falta de peleas continuas resultaba un gran alivio. Quizá ese tiempo, separados, implicaba la posibilidad de una tregua y de arreglar la situación entre ellos.

Lamentablemente, siete meses después de iniciar una exhaustiva investigación, Nick descubrió que la persona que estaba desprestigiándolo, quitándole los clientes para enviarlos a la competencia, y esparciendo rumores de que Coast Industries estaba a punto de cerrar, era Camille. La mujer que había jurado ser leal, no era más que una mentirosa. Él jamás le prometió amor, y ella no tenía derecho a reclamar algo que jamás le había sido ofrecido. Jamás la había engañado, y pronto descubrió que Camille no

solo se dedicaba a esparcir rumores maliciosos al organizar a escondidas reuniones sociales con los clientes más prominentes de Coast Industries para desprestigiarlo y utilizar esos contactos para su propia compañía de restauración, sino que también la muy zorra se acostaba con otros hombres.

Un golpe a su orgullo, y una estocada en su negocio.

Camille estaba acabada para Nick.

Durante varias semanas, mientras urdía un plan para salvar su empresa y remontar el brillo de prestigio que esta siempre había tenido, mantuvo la calma y no le dijo a Camille que sabía de su infidelidad y su juego sucio de venganza. Nick se dedicó día y noche a encontrar pruebas para acabar con la carrera de su mujer. Y durante esas largas semanas también contrató los mejores estrategas para remontar Coast Industries, incluso llevó personal de NNW para que trataran de remontar todo el caos que se había ocasionado.

Habló con su tío Albert y con su padre. Les pidió ayuda. Y ellos, a pesar del incidente en Ocean, no se negaron a tenderle el consejo sabio de dos hombres que conocían mejor que nadie el campo comercial.

Cuando Nick confrontó a Camille, ella, claro, lo negó todo, pero al final se quebró diciéndole que se lo tenía merecido por no haber sido capaz de amarla. Que esa era su venganza y esperaba que su negocio se fuese a pique para siempre. Incluso tuvo la audacia de decirle que, si él se hubiese tardado un poco más, ella hubiera ido también tras la reputación de NNW.

Camille le dio el divorcio, pero no sin antes intentar sacarle una alta cantidad de dinero como compensación, que el juez negó. No fue un divorcio con puntos económicos a favor de Camille. En absoluto. ¿Lo único que se llevó? Las pertenencias con las que entró en el matrimonio, nada más y nada menos. Nick puso la empresa de Camille en la banca rota en un tris tras.

¿No decían que quien reía al último reía mejor? Pues él lo había hecho,

y no sentía remordimiento. Ella se había ganado con creces la furia de Nick.

Él no podía comprender cómo las mujeres no eran capaces de entender unos simples votos matrimoniales. De entender que no se podía cambiar a un hombre ni forzarlo a amarlas. Que podían encontrar un compañero de vida, sí, que las apoyara en todo, que fuese un amante generoso, y que no les pusiera los cuernos. Pero ¿amor sin más? No, eso no podía obligarse. Si desde un inicio sabían que el matrimonio era un acuerdo para fusionar contactos comerciales, crear una familia sin dramas y llevar una vida tranquila, entonces no tenían nada que reclamar a otros tan solo a sí mismas. Ellas eran las únicas culpables de tener expectativas que ellas mismas habían creado. No se trataba de machismo, ni menosprecio. ¡Dios! Cualquier persona con cinco dedos de frente, si la situación fuese a la inversa, le daría la razón a la mujer. ¿Dónde estaba entonces el llamado “feminismo”? ¿Acaso era un término aplicado a conveniencia? Nick imaginaba que, en este tipo de situaciones, sí.

El siguiente período de su vida lo dedicó a follar con mujeres hermosas, y desfogar su rabia en ellas con cada embestida. Las posiciones en que las tomaba eran impensables, y llegó a practicar el sadomasoquismo por un brevísimo periodo. Terminó dándose cuenta de que no era lo suyo. A pesar de que era un hombre dominante, le gustaba tener en la cama a una mujer que fuese su igual y que pudiera exigir y dar del mismo modo. Había noches en las que no recordaba los rostros de las mujeres con las que experimentaba orgías.

Poco a poco fue serenándose, recuperándose a sí mismo, tomando el control. Coast Industries remontó en el mercado y salió, literalmente, a flote.

Camille había destruido la poca confianza que tenía en las mujeres. Lo había vuelto paranoico ante la idea de que siempre intentaban hallar una forma de taimarlo o traicionarlo. Que solo buscaban dinero y jamás se

interesaban por ver quién era realmente él, y Nick tampoco les iba a dar la oportunidad de mostrarse vulnerable.

A medida que pasaban los meses, las mujeres disminuyeron, y estuvo un periodo considerable sin acostarse con nadie. Vivía y respiraba para su empresa. Hasta que su libido no lo toleró, y decidió empezar una selectiva búsqueda de una amante con un acuerdo de tiempo limitado y en otras ocasiones con mujeres que solo veía por negocios de vez en cuando durante sus viajes o en la misma Londres.

¿Zoey? Ella había sido otro cuento.

La mujer lo volvía loco con su indiferencia y las réplicas rápidas cuando él le lanzaba una pulla, pero de alguna retorcida manera esa indiferencia a él le parecía perfecta. Lo obligaba a mantener la distancia por más que no resultara fácil. Quizá tenía que ver con el perfume que Zoey utilizaba, la cadencia en su voz o las curvas de su cuerpo, no tenía idea de qué maldita cosa era lo que lo atraía hacia ella, y aquella incertidumbre y falta de control cuando la tenía alrededor era lo que lo impulsaba a querer apartarla de una vez por todas de su entorno.

¿Se había vuelto más cínico e incluso cruel? Sí. Mucho tenía que ver con el hecho de que, después de Camille, el filtro con el que Nick veía a las mujeres era muy diferente. Ahora, él consideraba el interés de Zoey por el negocio de joyerías bajo otro ángulo: ella buscaba la forma de quedarse con la cadena JW a toda costa y solo estaba esperando la oportunidad para dar el golpe o quizá ya estaba haciéndolo, a escondidas, tal como había actuado Camille. Ahora consideraba que había sido ingenuo sobre el hecho de que Zoey tenía sincero aprecio por sus tíos sin tener en cuenta el dinero.

No volvería a confiar en una mujer como hizo con Camille. Pensó que ella había comprendido el tipo de matrimonio que tenían. Grave error. Y sí, él reconocía que no era perfecto. Que se casó con ella por pragmatismo y

para obligarse a sí mismo a evitar complicar la vida familiar por su obsesión con Zoey. Porque no tenía otro modo de llamar a la mezcla de emociones que lo invadía cuando ella estaba cerca.

Él había cometido un error de juicio con Camille, y ella había estado a punto de destruir su negocio e incluso trató de llevarse un dinero que no le correspondía ante un juez con exigencias estúpidas. Así que ahora, él no iba a permitir que existiese el más mínimo riesgo de que sus tíos tuvieran que pasar una penuria similar a manos de Zoey. Iba a seguirle la pista muy de cerca, y pretendía desenmascarar su verdadera naturaleza ante sus tíos y sus padres. Era un favor que estaba haciéndoles al dejar claro que Zoey Reynolds era en realidad una caza fortunas.

Sus tíos se lo agradecerían cuando él tuviera todas las pruebas necesarias. Y las conseguiría, por supuesto que sí.

CAPÍTULO 10

Zoey se quedó contemplando un punto vacío con dirección a la ventana. Habían pasado tantos años desde la última ocasión en que sintió ganas de hacer algo alocado, diferente, impulsivo. Nick llevaba una hora, con exactitud, ausente. Ella, efectivamente, ya no tenía los efectos del alcohol encima. Tal vez en sutiles dosis, pero no como hacía un rato. Su cerebro estaba despejado y sus sentidos, alerta.

Se apartó del sofá y caminó descalza sobre la alfombra hasta el piano de cola que reposaba en una esquina. Años atrás, Elizabeth había insistido en que tomara clases de música. El único instrumento que llamó la atención de Zoey había sido el piano. Estuvo dos años en clases, pero se terminó desencantando por la presión que ejercía su profesora, la laureada concertista Olga Padlova.

Zoey disfrutaba sus clases, mas no consideraba la idea de dedicarse a la música como si fuese una carrera de por vida, y era eso lo que Olga intentaba inculcarle. Terminó perdiendo el interés, y Elizabeth no la presionó para que continuase bajo la tutela de la concertista rusa.

Ahora, Zoey, solo tocaba el piano si tenía oportunidad de hacerlo, y debido a sus ocupaciones, el piano de cola que tenía en su piso poseía sendas motas de polvo. Se sentó y abrió la tapa. Recorrió con los dedos las teclas y esbozó una sonrisa. Cerró los ojos y dejó que sus manos siguieran el ritmo de la pieza que seducía sus sentidos en esos instantes. Impromptu de Schubert, opus 90, n. 3.

Las imágenes que pasaban por su mente a medida que dejaba volar los dedos recordando una pieza que se sabía de memoria eran fugaces borrones de sonrisas de personas que le parecían desconocidas y conocidas. Sin saber

el porqué, sintió las lágrimas corriendo por sus mejillas. Schubert evocaba emociones tan fuertes en ella. Sus obras eran la llave que parecía tener la capacidad de abrir un baúl de recuerdos que no era capaz de reconocer, solo sentir. Y ese sentimiento la mantuvo largos minutos hasta que acabó la pieza apartando con suavidad el pie del pedal.

Abrió los ojos abruptamente cuando escuchó aplausos. Se giró sobre la banqueta y encontró la expresión de admiración de Nick.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le preguntó. Se puso de pie experimentando una oleada de vulnerabilidad.

Él avanzó hacia ella con paso grácil.

—El suficiente para escuchar una de las mejores demostraciones de cómo debe tocarse una pieza de Schubert.

Zoey se sonrojó. Ese era uno de los pocos cumplidos que Nick solía prodigarle. La expresión que él tenía en esos momentos le recordaba a la faceta inusual de alguien despreocupado y encantador, que la escuchaba y se interesaba por sus opiniones. El tipo que Nick solía ser, años atrás, en contadas ocasiones, cuando ella tenía doce o trece años, y él veinticuatro o veinticinco años.

Se aclaró la garganta.

Si él empezaba a dejar entrever su lado cautivador, entonces ella tendría que buscar la forma de escapar de ese lugar, porque esa parte de la personalidad escondida de Nick era la que vulneraba sus barreras. Estaba acostumbrada a las pullas y comentarios irónicos, mas no al interés y preocupación por lo que ella pudiera o no hacer, o en el caso de la música, cómo tocaba el piano.

—Gracias... —replicó y sintió un cosquilleo en la piel. «Tiempo de retirarse definitivamente», pensó con cautela cuando el brillo en los ojos azules pareció tener un toque más intenso de lo habitual—. Ya estoy bien.

Necesitaba un poco de espacio, Perrier y me hice también un café. Así que, ahora con mis cinco sentidos funcionando perfectamente, ya es tiempo de que me vaya a casa...

—Quédate —pidió Nick, se aclaró la garganta, y agregó—: Por favor, quédate.

La respiración de Zoey se aceleró cuando él acortó la distancia, y percibió el delicioso aroma masculino. Él solo olía a limpio, a colonia cara, y a Nick. Llevaba ahora una camiseta azul cielo, arremangada hasta los codos, un pantalón oscuro que marcaba el poderío de sus piernas, y los pies descalzos.

Esto último le parecía sexy a Zoey, en especial porque los pies de Nick estaban cuidados; y eran un aderezo más a su masculinidad. Todo en él intimidaba, y al mismo tiempo era como una luz envolvente que hipnotizaba hasta que quedabas capturada bajo el espectro de su embrujo. El cabello de Nick parecía conservar ligeros rastros de humedad del baño que se había dado o quizá era la luz de la amplia sala en la que se encontraban.

A pesar de la calefacción central, Zoey sintió el tipo de frío que se instala en los huesos cuando la inquietud y emoción se conjuran en un solo momento. En este caso, el momento era muy determinante para todas sus fantasías personales. Y también para ratificar que estaba chalada. *Muy chalada* por no agarrar su bolsa e irse en ese mismo instante.

—¿Por qué habría de quedarme?

Él inclinó la cabeza hacia un lado y estiró la mano hasta alcanzar la mejilla de Zoey. Le acarició el pómulo con el pulgar. Se miraron sin pensar en el tiempo que corría mientras estaban en silencio, pero estaban conscientes de la forma en que sus miradas se comunicaban.

—Tú sabes el porqué —dijo esbozando media sonrisa, pero esta desapareció pronto cuando él agregó—: A menos que haya alguien por el

cual prefieres no quedarte a solas con otro hombre.

—Esto está tan mal —susurró sin moverse y cerrando los ojos—. Y no... No hay nadie por el momento. ¿Puedo decir lo mismo de ti? —preguntó sin querer conocer la respuesta, pero de todas formas con la inquietud.

Necesitaba tener la certeza.

—¿Importa? —preguntó Nick bajando la cabeza hasta que sus labios quedaron a breves milímetros de los de Zoey.

—Sí... —murmuró, mirándolo—. No me gusta el concepto del adulterio. Y no lo he dicho porque quisiera recordarte tu pasado o herirte con él —aclaró recordando uno de los motivos por los que, al parecer, Nick había firmado el divorcio con Camille. Zoey sospechaba que tras esa ruptura existían matices que Nick jamás había dado a conocer a otras personas, aunque prefería no ahondar en esas aguas turbias.

Después de los contados momentos tristes y los episodios dolorosos en los que se había visto sumergida a causa de Nick, Zoey debería ya poseer una gruesa capa de concreto que la volviese infranqueable a todo lo que él representaba. Sin embargo, él era su criptonita. Se volvía débil, pero no estúpida. Eran dos conceptos por completo diferentes. Sabía que, si se acostaba con Nick, él no iba a hacerle promesas; y estaría loca si ella pretendía pedírselas. También era consciente de que él la descartaría a la mañana siguiente como una botella de champán consumida por completo en medio de una celebración de testosterona, así que ella pensaba actuar de la misma manera, porque tal vez era precisamente eso lo que necesitaba para continuar sin el fantasma de Nick acechándola cada vez que empezaba o terminaba una relación sentimental con una persona. No podía continuar de esa manera.

Lo de ella y Nick en esos instantes sería un asunto de una sola noche. Y ya con el tiempo, después de probar la miel, su corazón entendería que era

mejor quedarse con un buen recuerdo a tener la desgracia de querer perpetuar una memoria que iba a desvanecerse con la hiel que conllevaban las decepciones.

Hizo un pacto silencioso consigo misma. Una noche. Solo una.

Si ella movía un poquito hacia delante su cuerpo, un movimiento mínimo, escaso, podría besarlo. Los labios le picaban por tocar los de él, y a duras penas podía controlar las ganas de enredar sus dedos en el espeso cabello negro.

—Solo estamos tú y yo —replicó él, después de varios segundos, porque no era el tipo de persona que daba explicaciones.

Incluso a sus amantes, quizá porque eran mujeres de mundo y conocían las reglas, Nick jamás les decía si existía otra mujer en el panorama que tuviera su interés más allá del sexual, porque nunca haría una propuesta sexual si estuviera con alguien en una relación comprometida. Él podía ser un cretino, pero en el plano personal jugaba limpio. No había tenido una relación sentimental monógama desde Camille, y pretendía mantener la situación bajo el mismo estatus.

—¿Estás seguro de eso? —indagó.

Estaba por completo vestida, al igual que él, sin embargo, ante esos potentes ojos masculinos ella siempre se había sentido expuesta, desnuda, y en este preciso instante era como si Nick fuese capaz de ver a través de las defensas que durante toda la vida Zoey había pasado levantando. Él apelaba a una parte de su ser, aquel lado desenfrenado y arriesgado, que nunca había permitido disfrutar de libertad. La aterraba y la excitaba a partes iguales.

Él sonrió con picardía.

—Haces demasiadas preguntas —dijo mordisqueándole el labio inferior y halándolo con los dientes. La escuchó gemir suavemente y eso selló la suerte de ella, y quizá también la de él.

Cuando los labios de Nick tomaron los de Zoey, el efecto fue potente en ambos. Si tuvieran que marcar el ritmo cardíaco en un proceso médico, los internarían de inmediato para analizar el incremento de las inusuales palpitations del corazón. Ella fue capaz de sentir con claridad cómo sus pliegues íntimos se humedecían. Había esperado tanto, tantísimo tiempo, por poder saborear de verdad los besos de Nick, y ninguna fantasía se asemejaba al sabor erótico de ese beso descarnado.

Los labios masculinos no le daban tregua, tampoco esa lengua que podía castigar y dar placer al mismo tiempo. Zoey se sentía de repente insaciable y emuló la pasión con la que él estaba besándola. Le rodeó el cuello con los brazos y lo apretó más contra sí. Sintió las manos de Nick descender por su espalda hasta quedar sobre sus nalgas, acariciándoselas sin ninguna suavidad. Las tomó y frotó presionando sus dedos sobre la tela del vestido color topacio.

Sintió la erección de Nick contra su abdomen, mientras el beso continuaba escalando. Abrió los ojos por el impacto de ser consciente de que ella estaba causando ese efecto en él, pero notó que Nick mantenía los ojos cerrados. La expresión era una mezcla de concentración y anhelo intenso. Zoey no quería que la pillara observándolo, porque era como estar abriendo una pequeña compuerta a la vulnerabilidad de Nick. Ella solo deseaba disfrutar y no pensar en otra cosa. Así que volvió a cerrar los ojos, y se dejó envolver por el calor que emanaba de él, la dulzura de su sabor y la sensación poderosa de provocar deseo en un hombre como Nick.

—Sabes condenadamente bien —murmuró él mordisqueándole los labios, antes de apartarse para tomar aliento. Con el pecho subiéndole y bajándole por el esfuerzo, Nick empezó a desabrochar el vestido que tenía tres botones pequeños al costado, seguido un cierre que se deslizaba hacia abajo—. ¿Está bien? —indagó cuando se deshizo de los tres botones blancos,

y con los dedos en el zipper.

Zoey sonrió con nerviosismo.

—¿Me estás pidiendo permiso?

Nick se inclinó, sosteniendo sus dedos de la mano izquierda sobre el zipper, mientras la derecha le acariciaba el costado del pecho del lado opuesto. Ella tembló.

—Contrario a lo que podrías pensar —le dijo al oído con su aliento cálido—, jamás haré algo que te haga sentir incómoda en la cama conmigo —le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Así que puedes decirme lo que sientes, y si acaso quieres detenerte, que espero que no sea así, lo haré.

—¿Quién eres y qué has hecho con el cretino de Nick Wolfe?

Él dejó salir una carcajada ronca de su garganta, y ella deseó recorrerla con su lengua. ¿Era posible derretirse en ese instante?, se preguntó Zoey, prendada del cúmulo de sensaciones que se chocaban unas contra otras en un intento de salir a la superficie para echar un vistazo del espécimen que estaba volviendo loca a la dueña de ese cuerpo femenino.

—Sigo siendo ese cretino, Zoey, no te equivoques, pero en la cama solo quiero que grites mi nombre de placer, mas no por otro motivo —le susurró antes de bajar por completo el cierre del vestido.

Mirándola a los ojos, deslizó la costosa pieza de Dior, dejándola caer en un susurro de seda a los pies de Zoey. En un gesto reflejo, ella intentó cubrir con sus manos los pequeños rollitos de su abdomen, pero Nick le tomó las muñecas.

—Eres hermosa, ¿por qué quieres cubrir tu belleza? —preguntó enlazando los dedos con los de ella.

Zoey miró sus manos entrelazadas y lo observó con cautela, Nick le sonrió.

—¿Qué?

—No pensé que llegaría el día en que ibas a dejar de hablar —dijo él.
Ella rio y Nick soltó sus dedos con lentitud.

—No es una situación típica.

—No pretendo que lo sea —replicó él, antes de sorprenderla con un rápido movimiento que la dejó sin sujetador—. Tampoco quiero que pienses en tus otras experiencias, aunque incluso si lo intentas, no te será posible recordarlas después de que hayas disfrutado cada orgasmo que pienso provocarte.

—¿Muy confiado? —preguntó acariciándole la mejilla.

Nick sonrió.

—Siempre.

Contempló los pechos desnudos. Respingones y de un tamaño que seguro se desbordarían en sus manos. Los pezones eran de tamaño perfecto, y estaban fruncidos a la espera de que él los probase. Nada deseaba más que recorrer con su boca los valles de esos pechos, surcar las areolas grandes y sonrosadas, para luego tener los pezones entre sus dientes, succionarlos, y escuchar gemir a Zoey de deseo.

—Estás demasiado vestido ahora —dijo ella.

Ninguna de sus fantasías juveniles hacía justicia al sabor adictivo de los besos que estaba compartiendo con él en esos momentos.

—Eso puede arreglarse —replicó en un tono ronco, mientras con los dedos le acariciaba los costados hasta llegar a la cintura—. Primero, tu orgasmo.

—Okay... —murmuró con la voz entrecortada, y contemplando cómo se tensaba el sexo de Nick contra la tela del pantalón masculino.

Él la dejó un instante y caminó hasta el piano de cola. Nick agarró el asiento acolchado y lo arrastró hasta dejarlo frente a la ventana de vidrios tintados. Era posible ver desde el interior el exterior, pero no a la inversa. Se

sentó dándole la espalda al ventanal y la lluvia que golpeaba con consistente firmeza.

Extendió la mano hacia ella. Ella se sonrojó. Él no tenía ningún reparo en cantar alabanzas a su cuerpo, y era algo que no se había esperado. Aunque, ¿qué era lo que en realidad esperaba de él como amante? No tenía ni idea. Tan solo contaba con la certeza de que iba a disfrutar hasta el último minuto.

—Ven aquí y, por Dios, no te tapes esos pechos maravillosos —dijo al verla con las manos sobre los senos.

Ella accedió. Estiró la mano y tomó la de Nick, pero sin antes conseguir que él se quitara la camiseta que llevaba. Le recorrió los hombros con ardor y se fijó en las marcadas abdominales por las que ella deseaba navegar con su lengua para así explorar cada trozo de piel. Le encantó poder contemplarlo, acariciarlo, tan de cerca como siempre había querido.

Él la acomodó hasta que Zoey quedó entre sus piernas, y los generosos pechos estaban a la altura del rostro masculino. Le sonrió de medio lado, mirándola con hambre en sus ojos que refulgían en un tono azul impactante.

—Nick...

—Déjate llevar, Zoey. El placer no va a lastimarte —murmuró tomando uno de sus pechos y comenzando a explorarlos con los labios.

—Oh... —susurró echando la cabeza hacia atrás por un breve instante.

Abarcó con su boca todo el pezón y la areola, los succionó como si de ello pendiese su cordura, al tiempo que con la mano acariciaba el otro pecho y a destiempo pellizcaba el pezón. La escuchó gemir y sintió las manos de Zoey aferrándose a sus cabellos, pero él no dejó de succionar, lamer y mordisquear. Eran la cosa más deliciosa que había probado, y los sonidos guturales que salían de esa delicada garganta amenazaban con quebrar su autocontrol.

—Nick... Oh, Dios, sí... Chúpalos con más fuerza... —gimió cuando

mientras la boca de Nick obraba magia, pero sus dedos masculinos no se quedaban quietos. Sintió que sus bragas en conjunto con sus leggings empezaban a deslizarse hacia abajo, pero no le importaba, no quería que Nick parase de hacerle lo que estaba haciéndole.

—Te gusta —afirmó cuando la dejó por completo desnuda.

Zoey asintió con un suspiro.

—Mucho.

Se apartó solo unos momentos de los senos de ella, para contemplarla. Era exquisita, y movía una oleada de lujuria en él que —desde su adolescencia— no experimentaba. El cuerpo de Zoey era una invitación a perder la cabeza.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó con un atisbo de inseguridad que trataba de ocultar con su sonrisa.

Él la miró fijamente a los ojos.

—Más de lo que pudiera haber imaginado.

—¿Me has imaginado? —quiso saber Zoey en un susurro.

Nick asintió.

—Aunque nada le hace justicia a la realidad.

—Lo mismo digo... —murmuró ella, perdida en la voz de Nick.

El sonrojo de Zoey alcanzó de forma sutil el valle superior de sus pechos, y nada le pareció a él tan sexy. A diferencia de las mujeres adictas al gimnasio y los artificios, la mujer que tenía desnuda ante él era una belleza natural de sensuales curvas. Nada estaba fuera de su sitio, y el suave abdomen la hacía más femenina a sus ojos. Y esos pechos... ¡Dios, los pezones lo enloquecían con sabor y su erecta forma del color de las bayas más dulces!

La mirada del color del amaretto brillaba y, quizá ella no se daba cuenta, pero tenía los labios ligeramente abiertos. Él iba a encargarse de

satisfacer ese cuerpo delicioso. Iba a memorizar cada curva, y no dejaría ni un solo milímetro sin conocer.

Iba a marcarla con el fuego de la lujuria, porque nada quemaba ni calaba tanto como ese ardor.

El nivel de excitación que sentía carecía de calificativo, aunque, si de evidencia se trataba, Nick podía sentir que su sexo ya había dejado escapar una dosis de su esencia. Y si no controlaba su cuerpo podría acabar eyaculando en los pantalones como un inexperto púber ansioso por tener un orgasmo.

Con los dedos de Nick tocándole las caderas, y con los pulgares introducidos en el elástico de las bragas y los leggings, ella sintió pronto las caricias sobre la piel desnuda. Su cuerpo tembló.

Él rompió el beso, y le dedicó una expresión confiada.

—¿Qué haces...?

—Tú solo encárgate de disfrutar mis caricias. ¿Puede ser?

—Nick...—gimió cuando él presionó un dedo en la humedad de sus bragas de seda negra. Sus labios íntimos palpitaron.

—Estás tan húmeda. No puedo esperar a probar tu sabor, Zoey —dijo Nick, quemándola con el fulgor de su mirada.

Sin más, él empezó un viaje deliberado hacia la zona sur de su cuerpo curvilíneo. A medida que las manos de Nick iban dejando al descubierto un trozo de piel desnuda también se encargaba de depositar un beso húmedo a cada lado del cuerpo femenino. Las caderas. Los muslos. Las rodillas. Sus pantorrillas, hasta que llegó a los tobillos, y sacó sus leggings para lanzarlos lejos. Besó el empeine de cada pie, pero en ningún momento tocó la zona que ella más anhelaba.

—Deja de jugar conmigo, Nick —pidió con un murmullo, y enredando los dedos en el cabello que ahora estaba desordenado gracias a ella.

Nick recorrió con el índice la pierna derecha de Zoey desde el tobillo, hacia arriba. Lo hizo con deliberada lentitud, y sin dejar de mirarla. Con la mano libre le acariciaba el pecho. Ella echó la cabeza hacia atrás cuando sintió el dedo de Nick justo en la entrada de su vulva.

—Mmmm —murmuró él aplicando ligera presión, sin adentrarse demasiado, en la humectada cavidad privada—. ¿Por qué gimoteas? Cuéntame, ¿qué quieres?

—Eres malo, Nick.

—Mucho, pero no voy a moverme —le pellizcó el pezón con dureza y ella abrió la boca y volvió a cerrarla— hasta que me digas qué quieres.

—Ya lo sabes —susurró.

Nick tomó el pecho por completo y lo frotó. Zoey empezó a mover las caderas, pero él no le facilitó el contacto con su tentador dedo a punto de introducirse en ella.

—¿Sí? Recuérdame.

Ella abrió los ojos y bajó la mirada. ¿En qué momento había perdido la cabeza? Desde su posición podía ver las sombras de las casas de alrededor, las terrazas, y el fondo difuso de luces. Afuera la temperatura estaba fría, pero dentro del ático de Nick el ambiente subía cada vez más grados en el termómetro. Estaba ardiente de deseo, y no le importaba nada con tal de que él la liberase de la necesidad que la consumía.

—Quiero que me toques con tus dedos, y penetres mi sexo. *Ahora*, Nick.

Él esbozó una sonrisa felina e introdujo el dedo medio en el interior de Zoey.

—Joder, qué mojada estás —murmuró imitando con el dedo las penetraciones que hacía un miembro viril—. Deliciosamente mojada —dijo antes de inclinarse y aspirar el aroma único de mujer, mientras la yema de su

pulgar hacía caricias en círculos sobre el clítoris—. Tú esencia es un afrodisíaco para mí.

—Nick... Cállate y hazme...

Zoey se tuvo que callar abruptamente cuando la mano libre de Nick la agarró de las nalgas para apegar la pelvis más hacia él. La lengua de Nick acompañó la yema del pulgar en la tortura de su clítoris, y en lugar de uno, había dos dedos de Nick penetrándola una y otra vez en su interior. El ritmo cambiaba a ratos. Unas veces lo hacía lento, otras rápido. Cambiaba la velocidad cuando parecía presentir que ella iba a alcanzar el clímax.

—Tócate, Zoey.

—Nick...

Él abandonó las caricias, y ella de inmediato agarró sus pezones. Los haló y pellizcó, gimiendo y jadeando, mientras Nick se encargaba de chupar su clítoris, acariciárselo, y penetrarla con los dedos. Pasaron tres minutos, los dos sudaban y tenían la respiración acelerada, y Zoey no pudo continuar resistiéndose. El placer la arrasó como una marejada dejándola exhausta.

Nick la tomó en brazos y la sentó en su regazo. Ella se limitó a sonreír, saciada, mientras apoyaba la cabeza en el hombro masculino. Sintió las manos de Nick acariciándole la espalda. Bajó la mano y tocó el bulto que continuaba erecto contra la tela del pantalón masculino.

—¿Estás bien? —le preguntó él contra el cabello.

Ella miró hacia arriba. Nick tenía una sonrisa de triunfo que se entremezclaba con el anhelo de pasión no satisfecho. Sí, Zoey deseaba probarlo con su boca, tal como él acababa de hacer.

—Más que bien —replicó.

—Estupendo —dijo Nick ayudándola a ponerse en pie. Ella lo miró con el ceño fruncido. Se quedó boquiabierta cuando él se deshizo del pantalón y después del calzoncillo gris. El miembro de Nick quedó expuesto.

—Es grande —murmuró Zoey en voz alta. Eso le valió una carcajada de agradecimiento masculino—. No lo digo para alabarte —dijo aclarándose la garganta— si no porque me temo que no vas... ejem... No vas a caber... Aunque estemos físicamente preparadas, yo no creo que...

Él se acercó, tomó la mano de Zoey y la colocó sobre su miembro.

—Tócame, Zoey.

Ella lo recorrió con la mano, sintiendo la calidez de la piel, cada pliegue. Deslizó la mano de arriba abajo. Frotó el glande con el pulgar y esparció la humedad de Nick alrededor. Empezó a acariciarlo con más consistencia. Le gustaba la tersura y deseaba probarlo con su boca. Lo escuchó soltar un gemido quedo, y observó que tenía las manos en puños a los costados. Había estado tan perdida en tocarlo que no se le cruzó por la mente que quizá estaría haciéndolo mal. Se detuvo de inmediato y lo miró.

—¿Por qué te detienes?

—Tienes las manos en puños y...

Nick la agarró del rostro y chocó sus labios contra los de ella. Le devoró la boca, y ella se probó a sí misma en ellos. Sus lenguas se entrelazaron, jugando y tentando. Zoey no dejó de tocarlo. Él enredó las manos en sus cabellos y afianzó el beso, mientras Zoey recorría con los dedos la espalda y sentía cómo los músculos se iban tensando ligeramente al paso de sus caricias. Llegó hasta las nalgas firmes y las acarició. Con sus uñas dibujó arabescos imaginarios y apretó la carne dura.

—Me encanta tu trasero —se atrevió a decir.

Él rio.

—Si me continúas tocando como hasta ahora es probable que termine en tus manos, Zoey.

Ella lo soltó poco a poco. Apartó los labios de los de él y puso una expresión de absoluta inocencia en su rostro.

—¿Y si quisiera que terminases en mi boca?

—Maldición, mujer, no hagas eso —siseó ante la imagen que se conjuró en su cerebro—. Date la vuelta, Zoey —ordenó a cambio.

Ella enarcó la ceja a modo de pregunta.

—Date la vuelta —insistió.

Más cómoda con su desnudez, Zoey colocó las manos en las caderas.

—¿Cómo así?

Nick tomó el pantalón y sacó un preservativo.

—Hazlo. A menos que quieras una marca en tu trasero por desobediente. — Un brillo especial refulgió en esos ojos de tupidas pestañas, y Nick soltó una carcajada —. ¿Te excita la idea de que te dé un par de nalgadas, Zoey? Eres toda una sorpresa.

—¿Eso es bueno o es malo? —preguntó dándose la vuelta. Tenía a la ciudad nuevamente frente a ella.

Pronto sintió a Nick apartándole el cabello del cuello para que le cayera sobre el hombro derecho. Le besó los hombros y empezó a besarle toda la espalda. Cuando llegó hasta la espalda baja, le dio una nalgada suave, aunque consistente.

—¡Hey! —exclamó, pero Nick repitió el proceso en la otra nalga—. Ese no era el trato. Obedecí. —Aunque su voz tenía un énfasis que nada tenía que ver con el enfado, y sí con el placer.

Las manos de Nick le ahuecaron los pechos, y se los acarició. Ella echó la cabeza hacia atrás, y podía sentir el miembro erecto presionando contra el sitio en el que sus nalgas se convertían en dos mitades. Lo sentía cálido, y sabía que era grueso y largo. Lo necesitaba, como no había necesitado tanto algo antes en su vida. Y era aterrador.

—Inclínate —le susurró al oído. Le agarró los pezones y los apretó con fuerza, ella se arqueó y contoneó el trasero contra el pene de Nick. Lo sintió

sonreír contra su oreja—. Inclínate, Zoey. Agarra el banco del piano en el que antes estuve sentado con las dos manos. Eso es, dóblate.

—¿Nick...? —preguntó mirándolo por sobre el hombro.

Él estaba cruzado de brazos con una expresión complacida. Parecía un guerrero fiero. Esa posición le marcaba los músculos, y el pene erecto... Bueno, el hombre marcaba maneras y Zoey se moría por sentirlo dentro.

—Separa las piernas.

Ella lo hizo, porque quería todo lo que ese hombre pudiera darle en ese momento. Placer. Éxtasis. Clímax. Si eso venía acompañado de un par de órdenes a seguir, Zoey no tenía ningún problema. La voz de Nick la recorría como electricidad.

—Nick...

—Me hago exámenes periódicamente. Estoy limpio —dijo mirándola fijamente.

—Yo... —su cerebro pareció reaccionar. Al menos uno de los dos se preocupaba por los cuidados sexuales. Dios, ¿en dónde tenía el cerebro? Era evidente que este se había ido de vacaciones y las hormonas estaban haciendo fiesta—. Estoy limpia también, y estoy tomando la píldora...

Él solo asintió.

—Solo límitate a disfrutar, Zoey. Apoya los antebrazos. Eleva el trasero y procura mantener las piernas separadas.

Ella así lo hizo. La expectativa la estaba matando. Respiraba con dificultad. Sabía que estaba más que solo húmeda después del orgasmo. Y estaba expuesta por completo a Nick. Podía verla de la forma más íntima posible.

—Dios —gimió él de placer al tocarle las nalgas—. Me encanta su trasero.

—Si me dejaras tocar un poco más el tuyo...

—No todavía —le dijo con una sonrisa que ella no podía ver—. ¿Lista?

Si hubiera sabido que esa mujercita podía igualar sus niveles de deseo, no habría perdido el tiempo cuidando de no tocarla por ser la hija adoptiva de sus tíos. Pero ya no le importaba. Deseaba marcar a Zoey como suya, y esa necesidad lo impulsaba a replantearse la idea de continuar o no la velada.

Sin embargo, sabía que no podría parar. Estaba demasiado excitado. La necesitaba con locura para acallar las voces de la pasión que lo consumían desde que, años atrás, había reconocido que era demasiado mayor para estar con alguien de apenas dieciocho años, y aunque le había costado mucho poner distancia, permitir que otros hombres la hubieran tocado primero lo había llevado al borde de la locura, pero supo que apartarse había sido lo correcto.

—¿Cuál es la promesa?

—Placer, Zoey. Siempre placer —le respondió. Desde su perspectiva podía ver los colores y las texturas del sexo de Zoey. Todos los contrastes y la humedad que esperaba por él. Le había encantado explorar la profundidad de ella momentos atrás con los dedos, pero deseaba hacerlo de la forma que tenía más antigüedad que el mismísimo tiempo.

La escuchó soltar un suspiro cuando el sonido hueco de la envoltura del preservativo resonó. Él apoyó las manos, una en la cadera izquierda y otra sobre la nalga derecha de Zoey. Empujó hacia delante hasta que su glánde tentó la entrada femenina. Instintivamente, ella abrió más las piernas y Nick sonrió complacido. La comunicación no verbal era la mejor herramienta de comunicación sexual.

Zoey movió las caderas, porque ahora que sabía el tamaño y cuán rígido estaba el miembro de Nick por ella, deseaba frotarse contra él con ardor. Nick no le dio tiempo a fantasear. La penetró abriéndola para él. Ella sintió sus pliegues íntimos ensanchándose para dejarlo conectarse con su húmedo

pasaje al paraíso.

A medida que el sexo de Nick entraba y salía, ella gemía y se impulsaba hacia atrás para sentirlo más cerca, más profundo. El choque de sus cuerpos resonaba al igual que los gemidos y jadeos de ambos. Zoey tenía firmemente agarrado el asiento mientras Nick embestía sosteniéndose de su nalga y su cadera.

El ritmo se volvió rápido, y ella sintió la piel erizársele tal como le ocurría siempre antes de llegar al orgasmo. Para alargar la tortura, Nick se retiraba de ella cada tanto, pero volvía a penetrarla con más fuerza y bombeaba hasta que la tenía al borde del abismo, para volver a retirarse de nuevo.

—Nick... Estoy a punto de...

—Lo sé, Zoey, lo sé... —jadeó.

Ella recibía cada una de las acometidas de Nick con deseoso placer, y cada vez que se retiraba para torturarla lo que más deseaba era darse la vuelta y montarlo ella misma. Nick le susurraba al oído todo lo que estaba sintiendo en esos momentos. Su forma de hablarle era sucia, y a ella le encantaba. Le gustaba ese lado sexual y descontrolado que estaba conociendo en Nick.

—Más, más rápido, por favor, Nick... ¡Nick! —gimió cuando sintió los dedos masculinos interponiéndose entre ellos para acariciarle el clítoris. Él dio un par de golpecito suaves con la yema de los dedos, y fue el detonante para activar el más placentero orgasmo de la noche para Zoey. Y quizá de toda su vida.

El clímax la arrasó y ella no reprimió el grito de placer. Los espasmos de su sexo alrededor del de Nick también lo empujaron a él al mismo delicioso éxtasis pocos segundos después. A pesar de experimentar las oleadas del orgasmo, Zoey no dejó de moverse hacia atrás y hacia delante a la espera de saber que Nick se había vaciado por completo. Quería dejarlo tan

exhausto como ella.

Nick gimió de placer, y apretó los dedos sobre la carne de Zoey.

Pasaron varios segundos antes de que él se retirase por completo del sexo de Zoey. Le tendió la mano y la ayudó a incorporarse. Ella sentía las piernas como gelatinas, y la saciedad que experimentaba no podía ser reemplazada con nada. Era una sensación de estar caminando sobre nubes. El mejor orgasmo, sí, señores.

—¿Puedes caminar? —le preguntó él, señalando el sofá.

Ella asintió.

—¿Nick? —preguntó. Él estaba alejándose hacia el pasillo que, imaginaba ella, daba a las habitaciones.

—Voy a deshacerme de esto —señaló el preservativo—. Puedes vestirme si deseas... O no —le hizo un guiño.

«Por favor, que no se convierta en ogro. Por favor», pidió en silencio.

Miró la ropa de Nick en el suelo y agarró la camiseta de él. Aspiró su aroma. Pensó en llevársela consigo, pero sería un hurto demasiado obvio. La dejó sobre el sofá. Lastimosamente, Zoey conocía cómo funcionaba Nick con ella.

Quizá lo mejor sería empezar a tomar medidas. No era experta en sexo de una noche, a diferencia de él, y lo más probable sería que el discurso de Nick —de esos que él solía prodigarle con especial interés— la terminase lastimando. Empezó a vestirse con rapidez, porque los hombres no solían demorarse. Se vistió en tiempo récord. ¡Olé por los vestidos!

No tenía tiempo para leggings. Las guardó en el bolso. Abrió la puerta del ático y se adentró en la madrugada londinense. Era mejor así, se repitió a sí misma. Sabía que Nick no buscaba ningún afecto, mucho menos iba a abrazarla o deshacer las ligeras inseguridades sobre su papel como amante esa noche. ¿Había tenido un orgasmo, verdad? Pues bueno, ella también.

Cuando llegó a casa, agotada por completo, se dio un baño rápido con agua caliente. Sintió pesar el deshacerse del aroma de Nick, pero era eso o mantenerse despierta en lo que quedaba del día. Dentro de unas horas tenía un viaje a París. De todas formas, ella no habría podido quedarse con Nick más tiempo, y estaba segura de que él tampoco lo hubiera deseado.

Su partida temprana les había ahorrado un momento incómodo a ambos.

«Borrón y cuenta nueva. Nada ha pasado. ¿Verdad, Zoey?», se preguntó una vez que estuvo abrigada en la cama. La respuesta a su propia pregunta, por supuesto, no le gustó en absoluto. Nada con Nick era blanco o negro.

CAPÍTULO 11

Nick apoyó las manos en el borde del lavabo. Tomó una profunda respiración y miró su reflejo. La imagen que veía en el espejo era la de un hombre que acababa de tener el mejor sexo en años, muchos años. No podía quitarse de la cabeza la sensación de plácido abandonado que había experimentado cuando se deslizó por primera vez en el interior de Zoey. Húmeda, apretada y lista para él. Estuvo a punto de perder la cabeza y dejarse ir por completo sin importarle el placer de ella, pero se había controlado. Y había valido la pena al ver el rostro de éxtasis en Zoey.

Si llegase a conocer la identidad de alguno de los hombres que había estado con ella antes de él, Nick no dudaría en soltarles un puñetazo. Así de irracional y primitivo. No podía ni quería explicarlo, pero no pensaba permitir que hubiera nadie más en la cama de Zoey. No era una súbita decisión, porque él no era un tipo impulsivo. Se trataba de una certeza que llevaba clavada desde hacía ya mucho tiempo y esa noche se había reforzado.

Esa noche pensó que un instante con ella le bastaría para borrar sus deseos, pero lo que acababan de hacer en el salón parecía haber inyectado en su torrente sanguíneo un anhelo que dudaba que fuese capaz de eliminar con rapidez. Necesitaba más tiempo, porque después de esa noche Zoey le pertenecía. Solo a él.

Abrió el grifo y se lavó las manos de nuevo.

Se puso un bóxer antes de volver a la sala. Iba a tener una conversación con Zoey. Que no se equivocara, porque el hecho de haber tenido sexo no implicaba que, fuera de la cama, él podría confiar en las gestiones que ella llevase a cabo en la compañía de la que ahora, para bien o mal, ambos eran accionistas. Él no iba a permitirse nublar su juicio. Llevaba muy claro su

propósito profesional como para semejante idiotez.

—Creo que tenemos que dejar claro un par de asuntos... —dijo mientras volvía al salón en el que la había dejado.

Encontró la sala vacía. No había ruido.

Fue hasta la cocina. Vacía.

La biblioteca, su oficina personal, y la pequeña sala de cine, estaban vacías.

—¿Zoey? —preguntó, mientras tocaba la puerta del baño de visitas. No hubo respuesta. Abrió la puerta, sin asegurar, y no halló a Zoey.

Una extraña sensación empezó a apoderarse de su pecho. ¿Qué demonios?, pensó, recorriendo todo su ático dos veces. Se había ido.

Nick dio un puñetazo contra la pared de la sala. Él, que estaba acostumbrado a dejar a las mujeres, estaba experimentando el papel inverso. No le gustaba en absoluto. Marcó el número de Zoey, pero le saltó la contestadora. Se apretó el puente de la nariz con los dedos y cerró los ojos.

Era pasada la medianoche.

«Maldición.» Él no recordaba la última vez que le había preocupado la seguridad de otro ser humano desde un plano personal. Zoey Reynolds era un verdadero dolor de cabeza, pero todo tenía solución en la vida.

Marcó un número de teléfono.

—Trent —dijo la voz firme desde el otro lado de la línea.

Se trataba del hombre que ejecutaba trabajos de seguridad industrial para Nick *off the record*. La empresa de seguridad de Trent Bishop, TB-X, era muy solicitada en Gran Bretaña, él era ex miembro del M16 y discreto para trabajar. Si alguien sabía su previo vínculo con el servicio secreto británico o alguna entidad gubernamental era porque había sido autorizado a recibir dicha información caso contrario, el hombre era un fantasma en la lista de opciones investigativas a nivel corporativo.

—Asegúrate de que Zoey Reynolds esté en su casa. Anota la dirección.
—Después de dictársela, agregó—: Eso es todo.

—Bien. —Cerraron la llamada del otro lado.

Veinte minutos más tarde, un agente de TB-X le informaba a Nick a través de un escueto mensaje de texto que Zoey estaba en casa, sana y salva.

Nick jamás admitiría haber realizado esa llamada.

A las siete de la mañana, después de regresar del gimnasio, Zoey preparó un sustancioso desayuno. Miró de reojo el teléfono, la noche anterior olvidó dejarlo cargando, así que tan solo minutos atrás había visto la llamada perdida de Nick.

Zoey tenía la cabeza hecha un lío. ¿Su cuerpo? Ufff.

El ejercicio de esa mañana solo consiguió hacerla más consciente del placer que sintió la noche anterior. Jamás un hombre había sido capaz de poner su mundo del revés con caricias. Sí, Nick tenía la capacidad de revolver sus emociones hasta un punto trágico, pero ahora que ella había experimentado lo que implicaba sentir la pasión, la lujuria y el erotismo con él, el panorama no pintaba en absoluto alentador. No para su cordura.

Ella no pensaba llamarlo.

Todavía se sentía un poco sensible, y prefería mantenerse alejada durante el tiempo que le fuese posible, porque sabía que no podría evitarlo largos períodos. Al menos tenía una salida, un viaje de negocios, que pondría tierra de por medio entre ambos por algunos días. Eso le daría un margen para pensar sus siguientes pasos en relación a cómo iba a manejar su vida tras haber cruzado una línea que, durante años, la había tentado.

Esa misma tarde saldría de viaje a Francia. Iba a encontrarse con una conocida diseñadora de joyas, Isolda Veuvier, cuya especialidad era trabajar

todos los diseños a mano de forma personalizada. Cada prototipo suyo era único. No hacía reproducción a escala, sino que manejaba una línea por completa irreplicable. Sus creaciones se vendían en el mercado por cantidades altísimas, y era bastante reacia a conocer nuevos posibles clientes. No los necesitaba, claro. Todas las conversaciones las hacía a través de su asistente.

La diseñadora no era del tipo de personas que atendían una reunión virtual o telefónica. Ella aceptaba solo citas cara a cara en su taller privado en Francia. Zoey era persistente, y, después de meses de sutil insistencia, había finalmente logrado concertar una cita con Isolda.

El teléfono vibró sobre la mesa sacándola de su burbuja mental. Después de terminar el yogurt de fresa, Zoey revisó el mensaje de Whatsapp.

Kendra: Hola, Zoey. El avión privado estará listo a las cuatro de la tarde en el hangar de Gatwick. ¿Vendrás hoy a la oficina?

Zoey: No lo tengo definido. ¿Algún pendiente?

Kendra: El ladrón en Southampton fue hallado. En realidad, se trata de una banda que opera a pequeña y gran escala. Ningún empleado estuvo comprometido. Los abogados se encargarán de todo. Hay una reunión la próxima semana para aumentar la seguridad.

Zoey: Estamos en contacto para revisar material urgente. Gracias, Kendra.

Si continuaba su fútil intento de terminar el cereal, entonces corría el riesgo de tener acidez el resto del día. Era demasiado temprano para intentar procesar todo lo que había ocurrido la noche anterior.

No quería hablar con nadie. Menos con Jensen. Tenía varias llamadas perdidas de él. ¿Es que la gente se alineaba para llamar justo cuando ella tenía el teléfono descargado? O quizá el destino estaba confabulando a su favor.

La suite del hotel la había recibido con una vista hermosa hacia la Torre Eiffel, a lo lejos. El cielo nublado parisino acompañado de frío viento se arremolinaba bajo las capas y abrigos de los transeúntes que se divisaban como borrosas figuras a lo lejos. Esta era la segunda ocasión que Zoey visitaba la capital francesa, y a pesar de haberla recorrido en su totalidad con sus padres por su cumpleaños número quince, a sus veinticinco años le parecía estar en medio de una ciudad diferente. Quizá París había cambiado o quizá lo había hecho ella. O un poco de ambas.

Se ajustó la chaqueta de su traje sastre Christian Lacroix. Le gustaba ese diseñador francés en particular debido a sus arriesgados cortes y combinaciones de colores. De alguna forma se sentía más viva con sus diseños, y las curvas de su cuerpo resaltaban con elegancia y una sutil sensualidad. Una de las ventajas que más disfrutaba de poder contar con solvencia económica era vestir como más le gustaba.

—Tienes el descaro de llamar, Jensen Aveira —dijo Zoey al responder el incesante sonido del teléfono, mientras su chofer en la ciudad se adentraba por las calles para llevarla hasta el taller de Isolda en el distrito de la Avenue Montaigne—. Pude haber terminado en la cárcel.

—Solo quería saber cómo estaba todo en Francia. Iba a pasar por tu casa, pero primero me quise cerciorar con Kendra de que estuvieras viva.

—Ja-ja. Además, también estás gracioso.

—Desperté tarde, y...

—¿Acompañado? —preguntó. Conocía a Jensen.

—Claro, acompañado —rio—, y recordé que tú no te fuiste sola a casa. Al menos no me pueden tachar de egoísta. Siempre procuro que todos disfrutemos la noche... ¿Verdad?

—Pfff. Qué bueno que al menos la memoria no se te quedara olvidada

en Stretch. Y con tu nivel de generosidad seguro te consagran de Santo en El Vaticano.

—Ya sabes, los que llevamos genes latinos en la sangre contamos con una memoria prodigiosa... a conveniencia. En todo caso —se aclaró la garganta— ¿tengo que testificar en algún juzgado por asesinato premeditado?

Zoey suspiró. Miró a través de la ventana del Mercedes Benz de color gris, cómo el distrito se iba abriendo ante ella como una flor mostrando sus más exóticos colores. Rodeado por el zumbido de la historia que encerraban los Champs-Élysées, era posible distinguir —quizá no sin envidia— los apartamentos lujosos y modernos en algunos sectores; en otras áreas se veían residencias que mostraban una arquitectura que databa probablemente del siglo 19. Era una interesante mezcla en la que también existían vestigios de vida nocturna y comercios exclusivos.

El distrito de la Avenue Montaigne también era el lugar en el que se encontraba el taller de la famosa diseñadora de joyería francesa, Isolda Veuvier, y el motivo por el que Zoey había dejado Inglaterra esa tarde.

—Es complicado —murmuró cruzando las piernas con elegancia a pesar de no tener público. Las imágenes de la noche anterior le llegaron con claridad. Demasiada claridad—. No sé qué más decirte al respecto.

—Uh-oh...

—¿Podemos simplemente no hablar de ello?

—No. Quiero saber si ese canalla se portó mal contigo, porque no me costaría nada ir a buscarlo.

Zoey soltó un suspiro largo.

—Yo lo abandoné antes de que pudiésemos hablar. Me fui simplemente. No tenía nada que pudiera decirle sin sentirme avergonzada de... —cerró los ojos un instante—. No sé cómo voy a mirarlo a la cara otra vez.

—Al menos te quitaste la espinita que toda la vida te ha corroído. No tienes de qué avergonzarte, porque...

—No se trata de haber tenido una noche de sexo con mi crush de toda la vida, Jensen —dijo, irritada—. Se trata de que es la persona que más me desprecia, y la que también me demostró anoche cuánto me desea. No sé qué punto de inflexión alcanzaremos aquí, pero temo arruinar la relación con mis padres y los de él al tratar de evadirlo.

—No tienes que evadirlo, Zoey. Trátalo como él lo ha hecho contigo durante todo este tiempo: con indiferencia. ¿Te acostaste con él? ¡Genial! Lo disfrutaste. Se terminó, y ahora debes continuar como si aquello hubiese acabado y careciera de importancia. Porque... ¿Terminó, verdad?

—Jensen, estoy tan confundida. No sé ni siquiera qué me ocurrió. Ni siquiera puedo decir que es culpa del alcohol, porque estaba con los cinco sentidos funcionando cuando todo ocurrió.

—¿Y él permitió que te fueras sin más? Mira, dulzura, en la ciudad corre el rumor de que el hombre es uno de esos amantes inolvidables, aunque nadie como yo, quiero agregar aquí —Zoey se rio— y si eso es verdad, entonces implica que jamás permitiría que una mujer se fuera sola en medio de la noche si él puede pedirle un taxi para despedirla en la puerta o bien enviarla con su chofer. Nick es un imbécil redomado, pero no es un patán. Y eso es lo máximo que puedo concederle.

—Él no supo que me fui porque me quedé en la sala, y pues Nick... En fin. No sabía que iba a desaparecerme. Tampoco es que me hubiera llamado hoy.

—¿Esperabas que lo hiciera?

—No sé lo que espero y eso me está volviendo loca.

—Entonces, ya te dije, borrón y cuenta nueva. Ya se rompió la cuerda de la tirante atracción entre ustedes. Ahora todo será más llevadero.

—Eso espero. —Zoey miró el número de la casa hacia la que el chofer se dirigía—. Tengo que dejarte. Voy a reunirme con Isolda.

—Suerte con eso.

—Gracias, Jensen. Y la próxima que me abandones y yo cometa una locura, te lo cobraré con una cena después de un desfile de modas en Londres.

Él soltó un quejido como si lo estuviesen torturando. Si algo odiaba Jensen era ir a un sitio con mujeres desfilando tendencias de vestir que, al menos a su juicio, ninguna persona con cinco dedos de frente utilizaría al salir a la calle. Lo único que podría llamar la atención de un hombre como él, pues era una mujer atractiva con sex-appeal, pero muchos modelos eran demasiado delgadas para su gusto, y Jensen prefería dormir con alguien a quien pudiese acariciar sin sentir que estaba tocando piel y huesos. Él tenía derecho a poseer sus propios gustos. No iba a encontrar el tipo de mujer que quería en una maldita pasarela.

—Me torturas.

—Yo también te quiero —dijo con una sonrisa antes de guardar el teléfono.

La fachada elegante del taller de la maestra joyera, Isolda, pasaba desapercibida si las personas ignoraban qué eminente personalidad trabajaba dentro. En el interior del taller se hallaban decenas de pequeñas cajas fuertes. Cada una contenía piedras preciosas que, a diario, un empleado de Ivier —la marca de la diseñadora francesa— llevaba y traía de la bóveda de seguridad en el sótano de la multimillonaria artista. Las medidas de seguridad eran extremas.

El sitio era excepcional y amplísimo para un lugar en pleno corazón de

París. Quizá el exterior que rodeaba el área era discreto, pero el taller poseía muchísimo espacio. Los motores pulidores, sopletes, básculas, laminadores, mesas de trabajo, sillas especiales para los auxiliares de Isolda, pinzas, martillos, sierras, visores, cilindros, cinceles, fuelles de soldar, cubiletes, plantillas de goma, lupas, cepillos, y demás instrumental estaban repartidos en diferentes mesas de trabajo.

A esas horas del día, cuando el sol ya estaba empezando a levantarse en China y a dormir sutilmente en Europa, los cinco auxiliares ya habían partido, así como también la asistente personal de la diseñadora. Solo estaba Isolda en su pequeña, aunque lujosa, oficina.

Muchas personas podrían tener la equivocada opinión de que ser diseñador y tallador de joyas era algo para lo que no se estudiaba. Sí, era un oficio que se podía aprender, en especial el manejo de instrumental especializado, pero jamás se podría reemplazar el conocimiento intelectual por el conocimiento meramente práctico. Se necesitaba una fusión de ambos. Isolda poseía formación en diseño, modelaje en cero, tallado artístico, poseía estudios sobre gemas y piedras preciosas, era experta en enfilado y micro-fusión. ¿Cómo podría erigir y forjar su marca si no poseía los conocimientos de su campo de trabajo? No era posible.

—Me sorprendió que pudieras volar tan rápido desde Londres —dijo Isolda con una sonrisa. Le extendió a su visitante una taza de té—. Imagino que este negocio nuevo es muy importante para ti.

Ella poseía una voz suave y sus cabellos entrecanos le conferían un aspecto que podría llegar a evocar la imagen de una mujer de clase alta del siglo XVII. Su espalda recta y el sutil modo de mover la cabeza la hacían parecer más delicada de lo que en realidad era... Solo había que observar sus manos, bien cuidadas, pero con evidentes cicatrices ligeras del trabajo que realizaba. Un trabajo que le había consumido su vida entera, alejándola de las

posibilidades de haber formado una familia. Le había gustado la vida bohemia, todavía le encantaba, y disfrutar de amantes a placer.

¿Esclavizarse con una sola persona que quizá no entendería su naturaleza creativa? Esa interrogante había pesado sobre su corazón, y su mente, demasiado tiempo. Vivía sola, y su trabajo era su vida, por eso era tan celosa con sus creaciones y las personas junto a las que se involucraba en los negocios. No necesitaba dinero, solo quería que sus pares comerciales entendiesen la importancia de cada pieza y la supieran lucir o vender con el mismo cuidado que ella había empleado en la creación.

—Me gusta lidiar con mis negocios en persona, sí, y más cuando tengo nuevos emprendimientos. Supongo que tú eres igual cuando tienes alguna creación en camino de producirse. —Isolda asintió—. Mi madre siempre ha dicho que ser tu amiga es una de las experiencias más maravillosas que le ha ocurrido —sonrió— y tal vez me he aprovechado de ello para sacar una cita de un momento para otro.

Isolda soltó una suave risa.

—Me halaga tu comentario, chérie, pero ya sabes que no necesitas una cita para verme. Además, ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que te vi. ¿Fue durante unas vacaciones en las Islas Seychelles, en la casa de vacaciones de mi amiga Mette Marit de Noruega?

—Hace ya varios años, así es, Isolda.

—En todo caso, me alegra verte y escuchar un poco de tus vivencias. Saber que te divorciaste, si no eras feliz, pues es la única decisión. —Él mantuvo la boca cerrada, porque no le apetecía hablar de Camille aparte de su obvia separación—. Cuéntame, ¿cuál es el verdadero motivo de tu súbito viaje a París para mi reunión con Zoey?

—Me gusta anticiparme a la jugada. Y pronto vas a conocer a mi socia, así que quiero estar presente cuando eso ocurra.

—¿Socia, eh? —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja mientras bebía de su taza de porcelana de Sevres—. Tu madre me llamó para decirme que vendrías, sí, pero jamás me habló de una socia —frunció el ceño— a menos que se trate de...

—Disculpe la interrupción —dijo con una resplandeciente sonrisa la asistente de Isolda, Ameliè, desde el umbral de la puerta de la oficina— acaba de llegar la señorita Zoey Reynolds. ¿Le digo que espere un momento?

—*Non*. Hazla pasar, por favor, Scarlett.

La muchacha asintió antes de cerrar la puerta para dejarlos a solas de nuevo.

—Debe ser una mujer muy interesante para conseguir que un hombre deje sus negocios en un país para volar a otro. ¿Con qué motivo específicamente? —le preguntó con suspicacia de nuevo dejando su taza vacía de lado.

Nick sonrió.

—Negocios —comentó con amabilidad—. Quiero estar presente cuando se negocien los términos contigo.

—¿Por qué?

—Soy ahora socio de la compañía de mis tíos como te conté, así que me interesa todo lo que pueda tratarse hoy, y claro, el placer de volverte a ver, Isolda.

Isolda lo miró largamente, mientras escuchaba a lo lejos que se acercaban los tacones de una mujer a la par de los que ya conocía que eran pasos suaves de Ameliè.

—Mentirle a tu posible asociada para los próximos pasos de JW no va a llevarte lejos —dijo con seriedad—. No sé a qué estés jugando, querido Nick, pero puedo asegurarte por experiencia que si no llevas una agenda clara con la mujer que está por entrar a esta oficina, entonces fracasarás y no podrás

salvarte.

Nick detestaba los sermones, en especial de las amigas de su madre. Aunque Isolda no era cualquier clase de amiga, sino una de las más cercanas a Adelle. La veía de pequeño con frecuencia, porque él solía viajar muchísimo con sus padres, pero desde que Nick empezó su negocio apenas había tenido oportunidad de visitar a Isolda.

Le agradaba verla de nuevo, indistintamente del motivo que lo había llevado a estar en el taller, y también a pesar de que ahora recordaba la tendencia de Isolda de recordarle puntos que él prefería no ver. Pero a la amiga de su madre no había cómo pedirle que dejara estar un tema si ella no lo quería.

—Mi agenda profesional es clara —declaró.

Después de que Zoey se hubiera marchado de su ático en Londres, Nick apenas logró conciliar el sueño. No pensó en ningún momento en ir a buscarla a su apartamento en Chelsea para pedirle explicaciones de su súbita partida. Así que decidió aclarar la situación entre ambos en la oficina de la joyería. Pero Zoey no apareció, y cuando el reloj había marcado las diez de la mañana Nick le preguntó a Kendra por Zoey, y la mujer no quiso decirle nada. Así que él tuvo que utilizar su autoridad para exigirle la información.

Conseguir que su madre llamara a Isolda no era problema, y que Isolda lo recibiera, mucho menos. Esa ocasión no solo iba a utilizarla para tratar de entablar negocios, que sería muy beneficioso para JW, con la famosa amiga de Adelle, sino que también iba a dejarle claro a Zoey que, la próxima ocasión que tuviera algo que decirle, lo hiciera de frente, en lugar de huir como una cobarde.

Su sexo vibraba ante la sola idea de volver a estar a solas con Zoey. Eso lo cabreaba y excitaba al mismo tiempo. Esa mujercita era capaz de matarlo de deseo sin saberlo, y aquel era quizá un aderezo que volvía más complicada

la situación. Por lo general, él no repetía con una mujer, salvo que ambos quisieran entablar un acuerdo de mutuo beneficio sin ataduras, pero apenas había tenido oportunidad de conversar algo con Zoey.

¿Viajar a Francia de repente por una mujer? Claro que no. Él tenía negocios en todo el mundo, y que Zoey estuviera involucrada era solo un incentivo a ese viaje. Como socio de JW iba a supervisar todo.

—Te he considerado un muchacho inteligente siempre, chérie, no de esos habituados a decirse mentiras a sí mismo. No empieces ahora, no después de tanto tiempo sin vernos. Voy a creer que mi percepción de ti ha sido errada —dijo con un toque ligero de ironía.

Él apretó los dientes. Ni siquiera él podía explicarse el impulso de haber cruzado hasta Francia solo para decirle un ultimátum aclaratorio a una mujer. ¡Joder!

—No sé de qué me estás hablando —replicó Nick, cruzando la pierna izquierda sobre la rodilla derecha. Tenía los brazos apoyados en los reposabrazos del sillón, y la luz suave de la habitación no iluminaba del todo su figura. Podría pasar desapercibido con facilidad e imaginaba que Isolda, además de las joyas, era experta en iluminación y discreción. Cualquier visitante podría opacar su identidad desde la posición en la que él se encontraba.

—Te conozco desde que estabas en pañales, chérie, y tu mirada azul con tantas dudas y deseo que temes aceptar solo te augura problemas —dijo con sencillez—. Si piensas negar que tu interés por Zoey es solo comercial... —suspiró—. En todo caso, Nick, cuando te sinceres contigo mismo y tengas el panorama claro, espero que no sea demasiado tarde.

—Isolda...

—*Non, non, ma chérie, écoute-moi*, escúchame, por favor, Nick. Eres el hijo de mi querida amiga, Adelle, y solo por eso me siento en la necesidad de

decirte que aclares lo que vas a hacer porque el amor y el trabajo jamás han sido buenos compañeros.

—¿Quién ha hablado de amor, aquí? —soltó con impaciencia—. Llevo tan solo una hora conversando contigo, y ya estás dándome ideas alocadas sobre cosas que no conoces, Isolda.

Ella sonrió con indulgencia. Ah, la experiencia de la vida podía ser tan apasionante cuando se trataba de leer en los ojos de los más jóvenes.

—Pasado mañana en la noche daré una cena con varios importantes artistas, amigos todos, aunque imagino que llevarán otras personas. Me gustaría que vinieras —comentó cambiando el tema. Ya había sembrado la duda en Nick, y del resto se encargarían los acontecimientos que conjurase el universo.

—Asistir a la cena, ¿es una condición para la conversación de negocios de hoy?

—Por supuesto que lo es, chérie. Ahora que Albert te ha dejado parte del negocio, y también a su hija adoptiva, entonces me veo en la obligación de invitarlos a cenar. Jamás he visto a nadie rechazar una oferta semejante.

Nick soltó una risa ronca y agradable. Estaba cómodo salvo por el comentario anterior que, menos mal, Isolda ya había dejado de lado. ¿Amor? No, él no confundía el placer de estar anclado en el húmedo sexo de una mujer, con el amor.

—No pensaba hacerlo —replicó él todavía con la sonrisa en los labios—. Será un placer poder conocer a tus amigos, y claro, volverte a ver después de esta reunión. Espero que lleguemos a un acuerdo de mutuo beneficio.

—Me alegra que aceptes mi invitación —dijo con humor—. Y ahora —expresó, cuando su oído le indicó que los pasos se acercaban cada vez más— hablaremos solo de negocios. Pero ha sido placentero, salvo por tu divorcio, saber que estás bien.

—Gracias.

La puerta se abrió, y la asistente de Isolda le dio paso a la guapa londinense que llevaba el traje sastre como si hubiera sido cosido sobre su cuerpo. Era elegante y destilaba clase. Sí, a Zoey le había tomado años aprender la etiqueta de la alta sociedad, pero perfeccionar todo aquello que le resultó un reto agradable de vencer. Aunque, cuando estaba sola o con Jensen, podía relajarse sin pensar en las opiniones de otros sobre su preferencia de andar descalza o vestirse con sencillez.

Zoey tomó una profunda, pero discreta, respiración cuando la mujer que podía darle un importante impulso a la marca JW estuvo ante ella. Admiraba a una profesional independiente, decidida, y con grandes chispas de humor.

Había leído todo sobre la empresa Ivier, y su dueña, así que conocía bastante del negocio, la expansión, y también sobre la forma de trabajar en un taller de joyería. Zoey jamás iba a una reunión, desinformada. Jamás.

—Encantada de conocerla, Isolda —dijo Zoey con una gran sonrisa extendiendo la mano al ver a la imponente artista. Estaba concentrada en dar la mejor de las impresiones. Siempre había que mirar al interlocutor a los ojos, sin que este creyera que existía un interés más destacado que sí mismo. Zoey no iba a cometer el error de intentar observar alrededor o hacerle sentir a Isolda que estaba examinando su ambiente; no lo haría hasta que ella la invitase a sentarse—. Ha sido mucho tiempo charlando a través de su asistente, ya casi puedo decir que somos grandes amigas —comentó con una sonrisa—, pero me alegra finalmente poder conocerla en persona.

Isolda asintió devolviendo la sonrisa.

—Bienvenida a París, Zoey —replicó la mujer estrechándole la mano, pero después se inclinó para darle los dos besos en la mejilla que implicaba la etiqueta habitual—. Ya que eres parte de la familia Wolfe, me lo hubieras recordado mucho antes y todo habría sido más rápido, te considero una

amiga. Siéntete como en tu casa, por favor —acotó extendiéndole la mano para que mirase a su alrededor.

—Gracias —dijo con aplomo. No le gustaba utilizar el apellido de sus padres para abrirse puertas, pero al final terminaba sabiéndose, aunque no sin que antes ella ya hubiera hecho sus propios esfuerzos para lograr sus objetivos—. Me encanta esta ciudad. Las luces, la cultura —sonrió— es todo tan... mágico.

Esa fue la última palabra que su cerebro fue capaz de procesar cuando sus ojos se fijaron en la figura que estaba cómodamente sentada en el butacón de cuero y madera. Discreto y silencioso como un león a la espera de su presa.

¿Qué carajos hacia él en París, y en la oficina de su posible asociada? Iba a tener una seria charla con su asistente. Aunque, si lo pensaba bien, lo más probable era que Nick hubiese salido con algún argumento vinculado a la empresa y ahora que era accionista, y tenía poder, Kendra no había podido negarle información. Pues bien, ella iba a tener una charla al respecto con Nick. Ser accionista no le daba el derecho a considerar plausible ordenar o mandar a los empleados que no trabajaban de forma directa para él.

—¿No vas a saludarme, socia? —preguntó Nick con una sonrisa confiada—. Y estoy de acuerdo contigo, lo cierto es que París tiene su encanto. Muchas veces he estado aquí —le hizo un guiño, y ella apretó la boca— y mi amiga Isolda ha sido una estupenda guía turística. ¿Sabías que mi madre es una de sus amigas más allegadas? Lo que es la vida.

Zoey quiso borrarle la sonrisa de una bofetada. Idiota. Si pretendía arruinarle la negociación con Isolda no iba a salirle fácil. Ella pensaba dar batalla, porque había invertido suficiente tiempo para poder llegar hasta París y estar en ese taller.

—Nick, claro que ella no lo sabía —intervino Isolda, con suavidad e

invitando con un gesto de la mano a que la recién llegada se sentara, antes de que Zoey pudiese responder—. Mi mejor amiga y yo tenemos nuestros años, y la memoria nos puede pasar facturas. Pero Zoey no tenía por qué saber de mi amistad con tu madre, porque casi no voy a Inglaterra. Y tan solo hoy —sonrió a la hija de Albert y Elizabeth— he tenido el gusto de verla personalmente. Vamos a arreglar este error de tiempo para conocernos mejor. Le dije a Nick que pasado mañana en la noche daré una cena en mi casa. Aprovecho para extenderte la invitación a ti también, así que, por favor, acompáñame. Nick conoce la dirección de mi casa, y te la escribiré también a ti, claro.

Zoey había estado tan concentrada en dar una buena impresión que apenas notó la presencia silenciosa de otra persona en la oficina. Menos mal no había elegido la profesión de agente secreto, porque seguro la mataban a la primera por despistada.

—Isolda, gracias, será un gusto.

Complacida, Isolda, asintió.

—Claro que voy a saludarte, Nick —dijo Zoey al fin, mirándolo, cuando sus neuronas fueron capaces de entrar en funcionamiento—, toda una sorpresa verte aquí. Aunque siempre es bueno que dos accionistas de la compañía se encuentren en una reunión con alguien tan talentoso como Isolda.

Zoey no tenía ni idea cómo estaba logrando mantener la compostura cuando lo que tenía ganas era de pedirle a Isolda que echara a Nick. Iba a ser un tormento la reunión durante ese ocaso parisino, porque su cuerpo era consciente del hombre que lo había tocado como si se tratase de un instrumento musical hecho para vibrar y armonizar una melodía que terminaba en un grito de éxtasis.

—Empecemos a charlar sobre lo que esperas de mí, Zoey, como artista

y lo que yo podría aportar para JW, según el plan de trabajo que me comentaste que tenías en mente —dijo Isolda con seriedad—. Y tú —miró a Nick— por favor, siéntete en la libertad de intervenir. —Así empezó la charla que se extendió durante cuatro horas.

CAPÍTULO 12

ZOEY

Años atrás.

Durante varias semanas, la oportunidad de finalmente conocer quiénes eran sus padres biológicos estuvo muy cerca. Solo tenía que levantar el teléfono y marcar el número del abogado, porque necesitaría un acuerdo de confidencialidad, y después contactar con el detective privado. Sin embargo, luego del incidente con Camille, la forma en que sus padres y sus tíos salieron en su defensa la instaron a reconsiderar continuar con su cometido a espaldas de ellos. El peso de la posible sensación de culpa empezaba a resquebrajar su firme decisión de investigar su pasado.

¿Y si al final se enteraban y sufrían a causa de ella? ¿Y si consideraban que estaba cometiendo una deslealtad? Ella podía sacrificar esa parte de su pasado por un tiempo. Así que, después de mucho pensarlo y sopesar los puntos a favor, y los puntos en contra, tomó la dura decisión de dejar su investigación para el futuro. Quizá lo que necesitaba no era conocer su pasado, sino entender que la vida le había abierto un nuevo rumbo sobre el cual dibujar sus metas. Un rumbo que llevaba el apellido Wolfe de por medio, y todo el cariño que su familia le había entregado sin reservas.

Alejada por completo de todo lo que Nick implicaba, incluso los entresijos que acompañaron el escándalo del divorcio entre él y Camille años atrás, Zoey había disfrutado la vida universitaria a raudales. Viajó y conoció un sinnúmero de personas increíbles y talentosas. Sus amigos la convencieron también de viajar a las playas de Tailandia, caminar la Muralla China, y también hizo una excursión a las Islas Galápagos.

El corazón de Zoey, una vez que terminó la relación de varios meses que tenía con Leo Markle, estuvo libre y despojado de pesares y dispuesto a encontrar nuevas aventuras. Ella había aceptado que no podía tenerlo todo y que el optimismo, aunque ayudaba, podía convertirse en un martirio emocional si no se aplicaba sobre situaciones realistas.

Con su título universitario en mano, Zoey empezó a trabajar en la compañía de sus padres. No le resultó para nada sencillo acoplarse a la intensa agenda que, desde un inicio, tuvo que seguir a rajatabla. Jensen, por supuesto, continuaba siendo su compinche los fines de semana para ir de fiesta y dejar en la pista de baile el estrés de la semana de trabajo. Sin embargo, a medida que el negocio de las concesionarias de automóviles crecía, Jensen estaba cada vez más ocupado y las salidas o charlas se empezaban a reducir.

Durante ese lapso, entre reunión y reunión en JW, Zoey conoció a un interesante ingeniero civil con una mente prodigiosa, además de unos encantadores ojos celestes. Wayne Tremont empezó a cortejarla con sutileza.

En un inicio, ella pensó que era mejor mantenerse soltera, pero la insistencia de Wayne, lejos de ser molesta, resultaba adorable. Tenía detalles que la hacían sonreír. No se trataba de flores ni chocolates. El hombre prefería dejar los clichés de lado. Cada día llegaba a la oficina un empleado de Coffee Cups, una famosa cafetería local, y le dejaba sobre la mesa un capuchino con galletas de avena. A la media tarde, él le enviaba un mensaje de texto para invitarla a cenar. En las noches se quedaban hasta tarde conversando. Las primeras tres semanas, ella se negó a salir con Wayne, sin embargo, él no cejó en su intento de convencerla de que le diera una oportunidad.

Un mes después, aceptó salir a cenar con él.

Estaba nerviosa, porque era su primera cita en dos años. Después de

Leo, no había existido nadie más, aunque no por falta de oportunidad, sino porque consideró más importante desarrollar su carrera sin distracciones. Pero la soledad era un fantasma que atormentaba, y, además, creía que ya era tiempo de romper su estado de celibato de dos años.

—Estás guapísima, aunque eso no me sorprende —le dijo Wayne cuando estuvieron sentados en la mesa del restaurante en Mayfair.

—Gracias, Wayne —sonrió—, lo cierto es que estoy un poco nerviosa. Es la primera cita que acepto con alguien en algún tiempo...

—Me siento halagado entonces —dijo tomándole la mano sobre la mesa e inclinándose para besarle el dorso—. Cuéntame, ¿cómo ha ido tu día?

Ella se relajó, porque Wayne parecía poseer algo en su tono de voz o en su forma de comunicarse con ella que la invitaba a sentirse cómoda.

La cena fue estupenda, y no solo porque la comida era deliciosa, sino porque Zoey se encontró riendo y disfrutando su tiempo con su cita. El hombre tenía las anécdotas más locas sobre su adolescencia que ella hubiera escuchado. Charlaron sobre música, arte, y también un poco de política.

Ella solo se dio cuenta de que el tiempo había pasado rapidísimo cuando el camarero se aclaró la garganta tras ellos, y al mirarlo, el hombre se disculpó por dejarles saber que iban a cerrar dentro de cinco minutos. Wayne, por supuesto, pagó la cena, y después la llevó a casa.

—Zoey, he tratado de invitarte a salir varias semanas, y no solo porque me sienta físicamente atraído por ti —le dijo cuando estuvieron en la acera de la casa de ella—. Me encanta cómo funciona tu mente, y tu sentido del humor es contagioso.

—Gracias...—murmuró, sonrojándose.

—Quizá te suene apresurado, pero me gustaría salir exclusivamente contigo. No me interesa otra mujer.

—Wayne, no sé que...

—Sé que eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida.

—Whoaaa —dijo ella, mirándolo con sorpresa—, detente ahí, Wayne. Creo que nos saltamos muchas etapas. Me caes bien, hoy la he pasado genial, pero esto es demasiado apresurado.

Él estiró la mano para acariciarle la mejilla, pero Zoey se apartó, y Wayne dejó caer la mano a un lado.

—Hemos hablado cada día, horas, y jamás me has rechazado.

—Me caes bien —insistió—, ¿por qué habría de rechazarte si no has hecho otra cosa que portarte como un caballero todo este tiempo?

Él sonrió.

—Por eso mismo, Zoey, quiero que te cases conmigo. Cásate conmigo. No ahora, no, claro. No pongas esa cara de susto —dijo riéndose—, pero ten en cuenta que ese es el rumbo hacia el cual quiero encaminar esta relación.

—No tenemos una relación como tal, Wayne, y...

—Piénsatelo —dijo él con una sonrisa, confiada—, buenas noches, preciosa. Mañana te llamo para quedar a nuestra próxima cita. Conozco un restaurante maravilloso y sé que vas a disfrutarlo. Y claro, mañana tendrás tu café como todas las mañanas en tu escritorio. Cualquier cosa que desees, solo tienes que pedírmela.

Zoey esquivó el beso en los labios, y dejó que la besara en la mejilla.

Él sonrió con amabilidad antes de apartarse de la puerta y subir al automóvil. Ella abrió la puerta de su casa y cerró los ojos. Se sentó en el sofá y lanzó las llaves sobre la mesilla de centro. Después soltó una carcajada.

No podía creer lo que acababa de suceder. Era de lo más surrealista. Una cita que terminaba en algo de lo más extraño. ¿Quería casarse con ella, después de solo tres semanas de hablar por teléfono y una conversación cara

a cara en una cena? ¡El hombre ni siquiera conocía todo sobre su vida! No es que Zoey anduviese por ahí charlando sobre su pasado ni sus temores o preocupaciones por el futuro, pero si algún día iba a tener una relación que tuviese como pronóstico el matrimonio, al menos esperaba que su pareja supiera más sobre su existencia.

Wayne estaba, simplemente, chalado. El hombre era de lo más normal, y sí, amigable, pero ahora la había espantado. Imaginaba que así se sentían los hombres cuando las mujeres, después de una noche de sexo, les decían que los amaban.

Unas semanas entretenidas se habían transformado en una cuestión de segundos en un asunto incómodo. Con un comentario, Wayne acababa de impulsarla a querer poner distancia de inmediato. ¿Cómo pasaba una persona de ser un agradable prospecto para una posible segunda cita a un individuo que tan solo causaba rechazo?

Ese fue el principio y el fin de Wayne en su vida. ¿El siguiente paso? Una orden de alejamiento, porque él se convirtió en su sombra día y noche. No la tocaba, no se acercaba demasiado, pero siempre estaba rondándola. Zoey empezó a sentirse insegura y temerosa.

Zoey no recibía ninguna de sus llamadas, devolvía los cafés y las galletas, y no respondía los mensajes de texto. Sin otra salida, porque Wayne no se detenía a pesar de que ella se lo pidió, Zoey tuvo que hablarlo con sus padres —qué vergüenza tener que recurrir a ellos por culpa de ese chiflado— y un juez emitió una orden de alejamiento.

Con el paso de los meses, ella se enteró de que Wayne se había casado. No solo eso, sino que el hombre sufría de trastorno bipolar. A ella le dio igual, porque no era más su problema.

Jensen, con su torcido sentido del humor, se burló un poco de ella, y le prometió que volverían al ruedo de las fiestas y discotecas los fines de

semanas para que ella se relajara. Y sí que lo consiguió, al menos hasta que Nick apareció en la puerta de su casa una noche de sábado.

En un principio, al verlo, Zoey creyó que estaba alucinando. Es que ella no salía de una, porque pronto encontraba otra situación que trastocaba su vida. Aquella noche había llegado desde Bruselas, por una reunión de negocios con proveedores, y estaba muy cansada, pero el insistente llamado a la puerta la empujó a salir de la cama.

A tientas, y de mala gana, agarró el salto de cama de seda y se lo ajustó a la cintura. Encendió la luz de la sala y caminó hasta el vestíbulo. Puso el ojo en la mirilla. ¿Qué hacía Nick al otro lado a las dos de la madrugada?

Abrió la puerta. Con el cabello despeinado, la camisa con las mangas remangadas a la altura de los codos, y un ojo que empezaba a ponerse morado, Nick apareció con una sonrisa peligrosa. Los ojos azules parecían atormentados.

—¿Qué estás haci...?

Nop. No terminó de hablar, porque a continuación tuvo la boca de Nick sobre la de ella, devorándola con ansias. Incapaz de resistirse, porque vamos, ¿quién en su sano juicio podría resistir a un hombre como Nick Wolfe?, sus labios cedieron a la insistente presión de la boca masculina.

La tomó en brazos y la apoyó contra la pared. Instintivamente, ella le rodeó las caderas con las piernas, y Nick le abrió la prenda de seda. Sin dejar de besarla, en una mezcla de angustia y pasión, le acarició los pechos sobre la tela de la blusa que apenas conseguía ocultar los punzantes pezones y la forma redonda de los senos.

—Nick... —jadeó, cuando sintió la boca apartándose de la suya para descender por su cuello. La erección palpitante de Nick hacía fricción sobre su húmeda vulva, y nada deseaba más que abrirse a él sin ningún tipo de prenda que impidiese el contacto piel con piel—. ¿Qué..., qué haces?

—Shhh, necesito besarte, necesito hacerlo —murmuró rasgando la blusa de Zoey y dejando expuestos sus pechos—. Eres tan bella —dijo quedamente, pero ella lo escuchó. Y a continuación bajó la boca para empezar a chuparle los pezones, mientras con la mano que tenía libre le agarraba una nalga. Con su pelvis friccionaba simulando la penetración que deseaba con locura poder llevar a cabo en una suavidad húmeda que estaba seguro de que iba a acabar con él.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué est... estás golpeado? —preguntó ella, jadeando, y enterró los dedos en el cabello de Nick. Presionó los dedos y le causó dolor.

Él levantó el rostro, agitado, y frunció el ceño.

—En la casa de Camille.

Y con ese balde de agua fría, ella empezó a empujarlo. Nick frunció el ceño, y parecía no entender el súbito rechazo, pero no insistió y se apartó ligeramente. Lo suficiente para dejarla deslizarse contra su cuerpo y tomar aire.

Zoey no podía entender el descarado de Nick. ¿Venía de acostarse con su exesposa, y llegaba para intentar terminar lo que, de seguro, no había podido con Camille? ¿Acaso ella era un depósito de esperma en ebullición?

—Lárgate, Nick —dijo entre dientes y procurando contener las lágrimas de rabia que se anidaron en su garganta.

Él se pasó las manos entre los cabellos. Miró la ropa desgarrada de Zoey. Abrió y cerró la boca. Se le acercó, pero ella dio varios pasos para apartarse. Se rodeó la cintura con las manos y lo miró, dolida.

—No sé que...

—Exacto. No sabes lo que estás haciendo, y yo no quiero mañana sentir ganas de cometer un homicidio. —Nick apoyó las manos contra la pared y cerró los ojos—. Vete, por favor.

—Quiero explicarte.

—No me...

—Camille estuvo a punto de conseguir que uno de mis mejores clientes abandonara la compañía. No solo eso, sino que también está esparciendo rumores de que soy incapaz de levantar cabeza debido a nuestro divorcio.

—Nick...

Él se apartó de la pared. Su mirada parecía tan perdida que ella sintió el impulso de acercarse y abrazarlo, pero carecía de sentido. Sería como entrar en la jaula de un león que apenas estaba controlado.

—Se acostó con él —dijo mirándola—, y lo hizo durante nuestro maldito matrimonio. No fue su único amante —espetó, rabioso— y me ha puesto, desde entonces, en ridículo. ¿Sabes por qué? —Zoey soltó un suspiro y negó con la cabeza—. Porque es una perra ambiciosa. Solo quería vengarse de mí. Está dolida porque fui yo quien solicité el divorcio, entonces ha estado utilizando sus argucias para desestabilizar mi reputación en los negocios y acusarme de mil estupideces que va esparciendo en los contactos que, gracias a mí, conoce, y le sirven para financiar sus proyectos personales.

—Eso es muy ruin de parte de ella —atinó a decir.

—Me acusa de estar enamorado de otra persona.

Zoey bajó la mirada. No quería escuchar sobre las mujeres de Nick.

—¿Y ese ojo morado? —preguntó a cambio.

—Fui a confrontarla y estaba uno de sus amantes.

—¿Todavía la quieres? —indagó con cautela.

Los ojos azules de Nick brillaron con una chispa que ella no podía interpretar.

—No, Zoey. Nunca la quise, y quizá ella lo sabe...

—Lo siento —mintió.

—Me lie a puñetazos con el tipo con el que estaba hoy. Ni siquiera me importa con quién se acuesta esa mujer, pero me sirvió como saco de boxeo. —Abrió y cerró las manos, y solo entonces Zoey se dio cuenta de que tenía los nudillos en carne viva—. Un desahogo. Siempre han sido los negocios más importantes para ella desde que tuvo, y no sé cómo, la maldita certeza de que estando casado yo hubiera preferido estar con otra persona.

Se quedaron mirando un largo rato, pero Zoey sabía que Nick no estaba en sus cabales. Ella tenía el cerebro confuso, la piel ardiente, y el sexo tan húmedo que solo quería que él se fuera para tocarse y desfogar el anhelo que él había encendido en su cuerpo segundos atrás.

—¿Y por qué decidiste venir aquí? —preguntó yendo a la cocina—. Te recuerdo que tienes una lista de personas a las cuales podrías ir a buscar. Besarme como lo hiciste, y tocarme... —sintió el cuerpo temblar—, Nick, tú me detestas y no me gusta ser la segunda opción. En tu caso, ni siquiera soy una opción.

Buscó una bolsa de hielo y regresó a la sala. Nick se había sentado en una butaca. Le entregó la bolsa y él murmuró un “gracias” antes de aplicarse el frío en los nudillos.

—A veces me pregunto si estás tan ciega como yo he pretendido estarlo —dijo incorporándose.

—Por favor, vete. Te llamaré un taxi.

—Mi chofer está abajo —replicó mirando la marca que había dejado en el cuello de Zoey. Se acercó, estiró la mano y le acarició el punto—. Y lo que dije hace un rato es cierto.

—¿Qué de tantas tonterías, Nick? —preguntó abriendo la puerta. La tensión entre los dos había vuelto el aire denso—. ¿Cuál de todos los insultos o humillaciones?

Él estiró la mano y le acarició la mejilla. La expresión torturada que

vio, la hizo retroceder. Jamás lo había visto así. Jamás.

—Que eres hermosa —susurró él.

Ella sintió el corazón agitado. Como si hubiera llegado al Everest.

—Nick... Has bebido demasiado. Y te has metido en una pelea que te ha dejado como saldo un ojo morado. No sabes lo que dices. Mañana te olvidarás de esto o probablemente te arrepientas. —«Dime que no te arrepientes, por favor», pensó ella con un necio anhelo.

Nick apretó los labios, y asintió.

—No debí venir aquí. Tienes razón —se metió las manos en los bolsillos para evitar tocarla de nuevo, para no perder el control—, no eres la segunda opción. Ni jamás debes serlo para nadie. Y en lo que a mí respecta... —hizo una negación con la cabeza, como si aquel gesto pudiera acallar sus pensamientos y detener su boca de lo que iba a decir—. Gracias por el hielo —expresó con tirantez antes de irse, dejándola sin palabras. Porque, ¿qué podía decirle?

Zoey tenía la cabeza hecha un lío. Los labios le palpitaban y su cuerpo estaba ardiendo de deseo. Si hiciera caso a sus impulsos, lo primero que haría sería perseguir a Nick tomarlo de la mano y pedirle que la tomara en la cama, en el sofá, en donde sea, pero que apagara el fuego que había iniciado. Un fuego que llevaba ardiendo desde que ella tenía memoria.

Tal como Zoey creyó, los esporádicos encuentros con Nick sucedieron en una dinámica de indiferencia. Él pretendía que la noche en que fue a buscarla, y la besó como si fuera su último día sobre la Tierra, jamás ocurrió. Así que Zoey optaba por devolverle el favor.

Jensen era partidario de romperle la cara con lo primero que encontrase a mano, pero Zoey lo tomaba a broma. Así que, una vez más, ella

tenía que ingeniar la forma de continuar su vida. Olvidar los besos del hombre que tenía su corazón en las manos, y que quizá jamás sería capaz de devolvérselo, y continuar su búsqueda del amor en otras latitudes. Sin embargo, su agenda profesional parecía tener otros planes.

Su vida se volvía cada vez más compleja debido a los retos que tenía en la empresa de sus padres. Apenas tenía tiempo para salir con alguien, y ahora era ella la que debía, a regañadientes, cancelar sus salidas habituales con Jensen y los amigos de este. Tampoco se tomaba vacaciones, porque había descubierto que en un pequeño descuido la competencia parecía ganar diez pasos adelante en el mercado.

Los siguientes años los pasó trabajando a tiempo completo.

Las reuniones familiares eran una tortura. A diferencia suya, que había dejado de esconderse tras relaciones sentimentales fallidas, Nick empezó a llevar una mujer distinta del brazo. Le dolía verlo con otras, pero nada podía hacer más que intentar continuar el curso de su vida. Tenía su profesión, amigos, proyectos...

Sin embargo, el beso de Nick y sus caricias, estaban grabados a fuego en su memoria, al igual que sus palabras. Se preguntaba si, alguna vez, uno de los dos dejaría de escabullirse de algo que, esperaba no equivocarse, los dos necesitaban aclarar. O quizá el exceso de trabajo empezaba a pasarle factura y creía percibir mensajes ocultos y emociones en donde no existían.

Tal vez, si no hubiera sido ella —la noche en que Nick fue a verla— hubiera sido otra mujer. Y era ese pensamiento el que la mantenía cuerda y alejada de querer imaginar unicornios.

CAPÍTULO 13

Zoey estaba pletórica. No le importaba que Nick estuviera alrededor. Lo único que valía la pena era que había cerrado un trato con Isolda e iba a tener una línea de cien joyas exclusivas para JW y que serían entregadas en un catálogo especial a partir de la Navidad de ese año. El próximo paso era el viaje de Isolda, tal como lo prometió, a Londres para reunirse en persona con su padre, Albert.

—Cena conmigo —pidió Nick cuando estuvieron en el lobby del hotel.

Claro, como no podía ser de otro modo, él estaba hospedado en el mismo sitio que ella. Zoey se preguntaba si acaso no tendría nada mejor que hacer que fastidiarla. Cruzó la recepción y llegó hasta el elevador.

—No —replicó presionando el botón para subir. Continuó escribiendo frenéticamente en el teclado de su móvil.

—Es de mala educación ignorar a tu interlocutor y negarte a comer puede causar daños a tu salud —dijo con su seductora voz.

Ella apartó la mirada del iPhone.

—Lo que intento es que comprendas que no me interesa tener ningún tipo de interacción contigo. —«Si él supiera lo que estaba costándole mostrarse indiferente.»

—¿A menos que esa interacción implique un orgasmo? —preguntó con una sonrisa, y demasiado cerca de su oreja.

—Dicen que en la repetición está el gusto, pero puesto que ya repetimos en una misma noche, no necesito más, gracias —replicó con indiferencia.

Nick soltó una carcajada.

Zoey ignoró la risa de Nick y continuó escribiendo en el teclado digital.

Le estaba contando a Jensen las buenas noticias, porque gracias a sus

contactos había logrado conseguir la línea privada de la asistente de Isolda muchos meses atrás. El plan era regresar a Londres a la mañana siguiente, pero la invitación a la cena en casa de la famosa artista iba a retrasar esos planes. Tenía que coordinar con Kendra su agenda y postergar la reunión con el pesado de Norton Gilles. En serio, el tipo era una patada en el hígado. No entendía el afán de su padre en mantenerlo en la empresa como gerente de marketing. A ella, al menos, le dificultaba las tareas en lugar de hacerle la vida más fácil.

—Cuando tus pezones dejen de estar erectos y presionar contra la suave tela de seda de tu blusa, entonces tal vez te crea.

Zoey maldijo por lo bajo. Se había quitado la chaqueta del traje sastre nada más llegar al hotel, porque la calefacción era perfecta. No contaba con que hubiese tenido que toparse a su sensual tormento.

—Un comentario, por supuesto, de mal gusto —replicó cruzándose de brazos. Y ese gesto solo consiguió que sus pechos sobresalieran.

Nick volvió a reírse. Avanzaron por el pasillo ante la expresión interrogante de Zoey quien esperaba que él se fuese del hotel y dejara de perseguirla.

Él no se apartó. Claro que no. Lo que hizo a continuación fue sacar una tarjeta electrónica de su bolsillo.

—No había más habitaciones, ¿puedes creer? —dijo él a modo de explicación, ante una Zoey boquiabierta, y deslizó la tarjeta sobre el lector de la suite en la que ella estaba hospedándose—. El dueño de esta cadena hotelera es un gran amigo mío. Así que, gracias al buen servicio para clientes VIP, le comenté que mi socia estaba hospedada aquí y me vendría bien una llave, porque mi socia no tendría inconveniente en compartir el sitio conmigo... Claro, la cama siempre irá mejor, pero ya sabes, no iba a dar esos detalles.

—Vaya, qué recursivo y considerado —murmuró sin saber qué rayos hacer. Esa era su habitación, así que entró a la suite. Si alguien tenía que irse era Nick, no ella. Además, sabía que él se traía algo entre manos. Estaba demasiado calmado y su tono de voz era bastante sospechoso.

Zoey lanzó la chaqueta sobre una mesilla y después avanzó hasta el mini-bar y sacó una botella de agua. Abrió la tapa y dio varios sorbos, porque de pronto tenía la garganta seca. Él cerró la puerta con un suave “clic”, y después se cruzó de brazos, apoyándose contra la madera oscura. La observó.

—Pensé que eras valiente, Zoey.

Ella estuvo a punto de expulsar el agua de la boca ante semejante comentario. Estaba nerviosa. Y la sola cercanía de Nick le causaba cosquilleos en la piel. Necesitaba sacárselo de encima, porque su capacidad de resistencia a él tenía un límite, que ya había cruzado la noche anterior, y no quería volver a traspasar.

—Yo creía que eras un hombre capaz de manejar el hecho de que una mujer no quisiera verte después de pasar una noche contigo. Si es por eso que has venido a París, entonces...

—Tsk, tsk —sonó la boca, interrumpiéndola. Hizo una negación con la cabeza y se apartó de la puerta—. No te halagues a ti misma, Zoey. —Ella achicó la mirada y ocultó lo mucho que le dolieron sus palabras—. Mientras tú volabas a París, yo hacía algo más importante: investigar.

—Investigar, ¿qué?

—Si te lo digo, entonces carecería de sentido todo el proceso que he llevado a cabo. —Se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de una silla cercana—. En todo caso, lo importante es que trabajo, desde cualquier latitud, y no tengo tiempo para desperdiciar en los motivos de las acciones de terceros.

—Tu ego herido te hace decir las cosas más incoherentes —dijo

avanzando hacia él con un brío que no recordaba haber poseído en lo que a Nick se refería—. O quizá tuviste un vuelo con turbulencias y se te removió el cerebro más de lo normal.

Él esbozó una sonrisa ante la infantil pulla de Zoey. Moría por devorar esa boca y volver a probar el sabor de sus besos.

—Mi ego está muy sano, pero gracias por tu interés.

Zoey soltó una carcajada. Se detuvo justo a una palma de distancia de Nick. Podía ver cómo su mirada azul se encandilaba con la vista de su presencia femenina. Sabía, estaba segura, que Nick la deseaba.

—¿Por qué estás aquí en París cuando tienes otros asuntos de los cuales preocuparte en Londres? Dime la verdad por una vez.

Un carry-on, que obviamente no le pertenecía a ella, descansaba en una esquina. Imaginaba que, mientras ella salía hacia el taller de Isolda, Nick había conseguido ingeniárselas para invadir su espacio en el hotel. Imaginaba que en la ciudad se encontraba la asistente personal de él. La mujer de seguro no tenía vida.

Él se encogió de hombros.

—Negocios... y placer —dijo, sonriéndole—. ¿Por qué huiste?

—Me ahorré el incómodo “momento después”. Y me parece que te hice un gran favor también.

Él se acercó. Estudió el rostro de Zoey. El tiempo la había transformado en una mujer muy guapa. Su personalidad era chispeante, y ella parecía tener la capacidad de iluminar los rincones de su alma que todavía permanecían oscuros. Y era precisamente eso lo que causaba su rechazo a la posibilidad de permitir que ella continuase afectándolo. Si una noche no había sido suficiente, entonces quizá era momento de hacer un trato con Zoey.

—No, no lo hiciste. He volado desde Londres solo para un negocio y también para una breve respuesta de tu parte. Elabora mejor tu contestación.

¿Por qué te fuiste de esa manera? ¿Te hice daño?

Ella soltó un suspiro. Los dedos de Nick le acariciaron la mejilla.

—No, no me hiciste daño. Escucha —dijo con inquietud, porque odiaba el súbito tono preocupado de él—, fue un error lo que sucedió ayer...

—Inténtalo de nuevo —murmuró muy cerca de la boca de ella.

—Nick... Tú tratas de encontrar a toda costa un motivo para culparme de algo que no he hecho, y al mismo tiempo me causas un cortocircuito mental con tu forma de comportarte. Anoche...

—Fue diferente —completó él. Ante la expresión confusa de Zoey, agregó—: Tal vez seamos como el agua y el aceite, pero en la parte física ninguna mujer me ha hecho sentir lo que tú. Y he tenido una cuota considerable de amantes para decirlo.

Ella abrió y cerró la boca.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó con la voz rota—. ¿Por qué me confundes de esta manera? No quiero tener nada que ver contigo. Lo de ayer fue...—tragó en seco—. Nick, no quiero saber de tu pasado con otras mujeres, ni todo lo que has hecho con ellas...

—No es lo que intento hacer. No lo tomes de ese modo —dijo apoyando la frente contra la de Zoey—. Tan solo quiero que tengas claro que poseo un fundamento para decirte que contigo fue distinto. Siempre será distinto.

Cuánto quería ella creerle, pero el pasado de ambos no había sido forjado precisamente en una sábana de flores y olivos. Él la confundía. Saber ahora, después de tantos años, lo que se sentía entregarse al placer de sus besos, sus húmedas caricias, y la fricción de su sexo penetrando el suyo, la había dejado con ganas de más... Y sabía que no podía tenerlo, porque para ella la pasión carnal era importante, pero no todo lo que deseaba. Zoey lo quería todo: pasión y amor. No podía conformarse con menos, porque ella

estaba dispuesta a exigir en la medida que era capaz de entregar.

—Solo vas a causarme más problemas de los que ya poseo —murmuró en un tono impotente. Sentía estar luchando contra la fuerza de un huracán. Podía protegerse, pero de todas maneras los estragos iban a alcanzarla.

Nick le acarició la nuca y le masajeó ligeramente alrededor. Ella cerró los ojos. La voz cálida y ronca causaba el efecto que el champán en sus labios: placer burbujeante, fresco y delicioso.

—No tengo corazón, Zoey, pero a estas alturas la diferencia de edad no es ya un problema para mí. ¿Lo es para ti? —Ella hizo una negación silenciosa—. Soy un bastardo egoísta y solo quiero lo que en realidad soy incapaz de poseer.

«No le preguntes, Zoey. No le preguntes.»

—¿Qué es eso? —indagó en un hilillo de voz.

—A ti.

Zoey se quedó boquiabierta, mirándolo. Se apartó de él, porque su cercanía amenazaba con quemar cada puente de cordura que todavía quedaba en su sistema.

—Esto no saldría bien bajo ningún concepto —murmuró, perdida en los ojos del color de los más puros zafiros—, y no quiero arriesgarme, porque no tengo nada que ganar, Nick.

—El placer es una ganancia en sí misma —dijo él con aplomo.

—Sí, sin duda para ti, pero yo necesito más, y tú no puedes dármelo. Vamos, mi cabeza estaría dividida entre pensar odiarte o ... No, Nick. Esto no es una buena idea. ¿Deseo? —echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una carcajada—. Sería absurdo negar lo obvio, pero eso no tiene un soporte sólido que evite odiarte o... En todo caso, Nick. Una mala idea.

Él colocó las manos sobre los hombros femeninos. Ella tembló ligeramente.

—¿A qué le tienes tanto miedo?

Zoey cerró los ojos un breve instante.

—A ti solo te guía la necesidad de poseer y ganar a toda costa todo aquello que se te cruza por la mente como un objetivo. No soy un objeto — dijo con sinceridad y un nudo en la garganta, porque nada deseaba más que estar en sus brazos de nuevo. Intentaba ser sensata, pero el traje a medida, el cabello peinado a la perfección y el calor que irradiaba un cuerpo que Zoey deseaba con avidez, estaban poniéndole la tarea muy complicada.

—No podría considerarte de esa forma —replicó estirando la mano para acomodarle un mechón de cabello detrás de la oreja. Ella sintió la sencilla caricia en cada poro de su piel—, ¿por qué lo piensas tanto? ¿Por qué no te dejas llevar?

—Eso hice anoche, y no creo que insistir nos guíe a un puerto seguro — susurró—. Aquí estás —abrió los brazos mostrándole la magnífica suite con las mejores vistas de la ciudad— impulsado por el ego, porque una mujer decidió no quedarse a esperar a que fueses tú quien la despachase como si la tarea hubiera culminado y así pasar la página a la siguiente meta. Sé que no te impulsaron solo los negocios, y de intentar decirme lo contrario estarías subestimándome. ¿Querías saber si me pareció bueno lo que hubo entre los dos? Créeme que fue mucho más que eso. Lo has admitido también, entonces quedamos en paz.

Él sonrió de medio lado. No negó ni consintió el asunto de su ego. Ambos sabían que carecía de sentido discutir esa obviedad.

—No te he hecho ninguna promesa, no espero algo distinto a cambio. ¿Qué tienes que perder? —insistió.

«Mi corazón», respondió en su mente.

Ella se rio y empezó a caminar de un lado a otro sobre la alfombra. La presencia de Nick parecía abarcar toda la estancia con su aire de suficiencia y

masculinidad. A juicio de Zoey, él debería estar llenando las portadas de revistas de moda y las ediciones en los meses de mayor exposición de Men's Health.

—Veamos —se detuvo en el centro de la habitación, y empezó a enumerar con sus dedos—, lo primero, sería recordar las veces que te burlaste de mí sin misericordia cuando cometía un error ridículo de etiqueta. Lo segundo, cuando utilizaste a Rhys como medio para embaucarme y jugar con mis emociones porque temías que les causara tristeza a mis padres. Ah, ah, ah. No me interrumpas —dijo cuando él iba a protestar—, tercero, el día en que te casaste con Camille, cuando sabías que tú y yo teníamos un asunto pendiente que se había estado fraguando desde quién sabe cuándo. Fuiste un cobarde. No pido garantías de nada, porque la vida me ha demostrado que eso es utópico, yo solo anhelo frontal sinceridad, pero no es algo que pueda asociar a tu nombre.

—Entonces admites que existe una química sexual que difícilmente vas a encontrar o has encontrado hasta ahora —interrumpió.

Ella suspiró. ¿Por qué los hombres eran siempre tan cortos de mente? Lo único que Nick rescataba era la parte sexual. No debería sorprenderle. Incluso el hombre más inteligente podía llegar a ser tan básico.

—Cuarto —continuó sin hacerle caso—, la noche en que llegaste a mi casa con un ojo morado y con varios tragos de más, y me besaste porque tuviste un altercado que, para variar, implicaba a Camille. —Él bajó la cabeza y soltó la respiración con lentitud—. Entonces, Nick, ¿en qué posición me dejaría el ser tu amante, cuando antes no me has respetado, cuando jamás me has considerado lo suficientemente buena para dejar de lado tus reticencias y ponerme a mí primero en lugar de tus miedos, cuando continúas dudando de mí, aunque intentes decir lo contrario? Te deseo, no te quepa duda, pero no en estas condiciones.

Nick se quedó absorto en las palabras de Zoey. Eran como un ácido corrosivo, porque ella tenía razón. Había sido un cretino todo ese tiempo, y creer que por el solo hecho de haberse acostado con ella una vez podía invitarla a continuar siendo su amante tan solo demostraba lo idiota que se había comportado. Cuando se trataba de Zoey, jamás hacía las cosas a derechas. Incluso las más lógicas.

La miró fijamente a los ojos.

—¿Qué condiciones serían apropiadas para volver a tener el derecho de tocarte, para volver a besarte, para hacer que revivas la urgente necesidad de perderte conmigo? —preguntó él como si fuese incapaz de entender por qué una mujer estaba rehusándose a estar entre sus brazos.

Por primera vez en su vida, Nick, estaba en la posición de tratar de negociar en un terreno que le era desconocido: una mujer llevaba una gran ventaja sobre él, y esa ventaja era que Zoey siempre había estado por encima de todas las amantes, incluso de Camille. Estaba siempre en su mente para bien o para mal. Como su única obsesión, y también algo prohibido. Sin embargo, cuando estaba cerca de ella todo parecía sincronizarse; como si fuese natural estar en su órbita. Esto último lo desconcertaba y asustaba.

Él había actuado de tal manera que Zoey de seguro había sentido que no representaba algo lo suficientemente importante para arriesgarse por ella en ningún sentido. Había sido un estúpido, y era más consciente que nunca de ello después de la noche que acababan de pasar juntos, en especial, después de la reunión con Isolda. Muy pocas veces él tenía la oportunidad de ver a Zoey en una sala de reuniones, en su elemento profesional, y esa noche en el taller de la artista francesa, lo cautivó con su sagacidad e inteligente forma de llevar la conversación hasta un punto en que Isolda no pudo negarse a trabajar para JW.

Él apenas habló durante la reunión, porque Zoey llevaba la voz

cantante. Aquel era el negocio de ella y Nick no era dado a quitarle protagonismo a los demás, salvo cuando se metían en su terreno y, aunque JW era ahora parte de sus activos, sabía que en esa reunión no le correspondía más que unas pocas palabras, así que había actuado en consecuencia. Zoey era una de las pocas mujeres que podrían entender la adrenalina de estar en una sala de juntas, perderse por horas detrás de una idea que implicaría el beneficio no solo de la empresa sino de miles de empleados, también el trabajar codo a codo para intentar sacar adelante un proyecto que involucraba miles de libras esterlinas e incluso millones, y todo para mantener el negocio familiar.

Compartían la pasión por los negocios. Y la misma pasión multiplicada en la cama. Zoey lo desafiaba y excitaba al mismo tiempo. No era incrédulo, y su confianza hacia las mujeres no había mejorado demasiado, pero deseaba tanto a Zoey que estaba dispuesto a dar un ligero paso y dejar sus barreras flexibilizarse. No era nada sencillo, pero nada con esa mujer de exuberante cuerpo y labios tentadores lo era.

—Algunas —dijo Zoey evadiendo darle una respuesta concreta—. Y puesto que no te gusta seguir lineamientos o límites que otros imponen —se encogió de hombros—, no sé qué tan relevante sea que las conozcas o si acaso tienen algún tipo de importancia para ti.

—Nómbrales —pidió con seguridad.

Ella observó con desconfianza la expresión interesada y sin atisbos de sarcasmo en Nick. Este era un hombre que le resultaba demasiado familiar al que él solía ser cuando había encandilado su corazón, cuando él era amable, consciente... Pero Nick le había hecho tantas trastadas que ahora que intentaba hallar el lado sincero de la ecuación, le resultaba difícil. Y nada de eso era culpa de ella.

—Están de por medio mis padres, y mis tíos... —dijo evadiendo de

nuevo la respuesta concreta, y también recordándole el motivo inicial por el que él siempre solía acusarla de ser una caza fortunas o la incordiaba con tal de que los Wolfe no se sintieran afectados de una forma negativa por sus acciones.

—¿Qué tienen ellos que ver?

Ella frunció el ceño.

—Los nombras como tus excusas variables para todo lo que haces en el afán de supuestamente encontrar mis falencias, y los utilizaste como escudo para justificar tu trastada con Rhys. ¿Por qué me preguntas qué tienen ellos que ver? Es absurdo.

—Ese es el pasado —zanjó con voz fiera.

—Contigo nunca se sabe. —Él era consciente de que se merecía ese comentario. No es que hubiera hecho méritos para mejorar su imagen con ella. Rayos, en realidad, le importaba una mierda lo que otros pensarán de él, en especial desde el caos que llevó Camille a su mundo. No obstante, por algún maldito motivo que no tenía que ver con su libido, le importaba el hecho de que Zoey tuviese una tan baja opinión de él—. No pienso ser tu sucio secreto. Ni el de nadie.

Ante esta última frase, Nick la miró con rabia.

—La idea no se me ha cruzado por la cabeza. No existe razón para mantenerte oculta como un sucio secreto, maldición. No pongas palabras que no he dicho.

Zoey hizo una mueca. No tenía ganas de pelearse con Nick. No esa noche que acababa de conseguir una alianza magnífica con Isolda. Fue hasta la esquina en la que se encontraba el clóset y se descalzó. Guardó las botas de tacón alto y sintió un gran alivio. No importaba qué marca de calzado una mujer utilizara, lo cierto es que los tacones podían llegar a ser un verdadero dolor, literalmente, si se usaban demasiado seguido. Ella prefería las

sandalias o mocasines o botas bajas, pero con Isolda, siendo una mujer que hacía un minucioso escrutinio de lo estético, no había considerado tomarse la libertad de correr el riesgo de no mantener el protocolo de elegancia al que sabía la élite creativa de París estaba habituada.

Los seres humanos vivían para desempeñar un rol en el gran escenario que era la vida, a veces, aunque no lo quisieran, tenían que interpretar su parte. Así que Zoey había hecho de tripas corazón y se dio a la tortura de llevar botas de tacones altos que estilizaban su figura y hacían juego con su traje de Lacroix.

—Puedes dormir en el sofá —le dijo a Nick—. Ya es tarde, y está nevando fuera, y a diferencia de otras personas, no te enviaría a la intemperie.

—De acuerdo —dijo a regañadientes—. El sofá... por ahora. —Ella puso los ojos al cielo. ¿Por qué tenía que ser ese hombre tan terco y tan deliciosamente sexy? —. Entonces, ¿qué condiciones son esas que quieres? —preguntó quitándose la corbata y dejándola sobre la chaqueta que había colocado en el respaldo de la silla.

Ese gesto tan mundano y común de quitar una simple corbata, en Nick parecía un acto tentativo. ¿Cómo conseguía ese hombre semejante efecto? Zoey lo ignoraba.

—La más importante, primero: dame tiempo para pensarlo —le dijo—. Quizá tú estás habituado a tomar decisiones de esta clase en un abrir y cerrar de ojos. Yo, no. Y todo esto me confunde en un momento en el que mi vida profesional necesita de mi completa atención.

Cerró la puerta corrediza del clóset.

Él frunció el ceño.

—Ninguna mujer me ha pedido tiempo, y...

Ella levantó la mano en un gesto para que se callara. Él lo hizo a regañadientes.

—Me preguntaste qué condiciones. *Tiempo* es una de ellas. Después te diré las demás. Ahora, ten en cuenta que no soy una mujer más en la lista de nadie, y si es tan pobre la opinión que tienes de mí, entonces agarra tu *carry-on* y vete a buscar un hotel o una habitación en otro sitio, *por favor* —dijo abrazándose a sí misma. Por esa noche ya no le quedaban fuerzas—. He pasado demasiadas situaciones complicadas y no quiero involucrarme en otra. Olvida esta conversación...

—Demasiado tarde, Zoey —gruñó, interrumpiéndola.

—¿Por qué?

Ella lo miró con los ojos abiertos de par en par. Le estaba dando una salida. Por un lado, su ego femenino, inseguro durante tantos años en lo que a Nick se refería, estaba siendo reivindicado; y por otro, su corazón parecía estarse ocultando detrás de una fuerte barricada para no ser alcanzada por la última granada que podría destruirlo.

—Porque a ningún otro hombre le voy a permitir que pueda tocarte —dijo con un tono que no dejaba lugar a dudas de su necesidad por ella, y también del sentido de propiedad que él experimentaba, con o sin derecho—. Será mejor que te hagas a la idea de eso, Zoey.

—Eso no está en ti decidirlo —murmuró.

La expresión de Nick se volvió fiera. Posesiva.

—He esperado más que suficiente por ti —dijo—. Así que, puede que tardes en decidirte, Zoey, pero te ayudaré en el proceso porque tú y yo sabemos cuál será la conclusión de esta situación —sonrió con suficiencia.

—No me digas, ¿y cómo sería eso? —preguntó, aunque el tono sensual de Nick daba a entender lo que escondían sus intenciones.

—Si te lo digo carecería de sentido —le hizo un guiño.

—Pufff...

—Además, Zoey, he pasado demasiados años viendo a tus imbéciles

noviecitos tocándote como si les pertenecieras —dijo apretando la mandíbula—, así que hazte a la idea de que, si estás conmigo, no habrá otros.

—Ni otras —se apresuró ella a agregar. Solo la sonrisa de Nick la hizo caer en cuenta de su error táctico.

—Ni otras —concedió él.

Ella asintió, porque, ¿qué más podía hacer? Se apresuró a ir al cuarto de baño.

Cerró la puerta tras de sí. Zoey no tenía idea de lo que acababa de hacer.

Pensó que negociar con Nick era fácil, porque en realidad lo único que ella estaba tratando de hacer era ganar tiempo. Gran equivocación.

Él parecía sutil en su forma de hablar tan solo para que ella soltara todo lo que llevaba en la cabeza, y así él instarla a cometer un error no forzado, como el de pedirle que no hubiera otras mujeres. ¿Cómo podía pedirle algo si se suponía que iba a tomar un “tiempo” para pensarlo? El hombre hacía que sus neuronas entrasen en auto-combustión. Aceptar o no la idea de estar con él, y no precisamente de forma romántica, era una batalla perdida, en especial si Nick pretendía convencerla —con el método retorcido que tuviera en la cabeza— de estar con él. Y solo con él. Ella, tan obnubilada y cautivada por él, le acababa de dar una media respuesta sin ser consciente de ello hasta que las palabras salieron de su boca y vio la sonrisa de Nick. «Bravo, Zoey, qué gran negociadora eres.»

Nick la consumía y la llevaba a enfrentarse a sí misma. Él era la tormenta y la calma al mismo tiempo. Aquellas estaban resultando ser las cuarenta y ocho horas más intensas de su vida.

Imaginaba que los sentimientos que Nick le provocaba a ella se asemejaban a los de un adicto. Porque los adictos tenían plena certeza de que la droga podía matarlos, sin embargo, disfrutaban el viaje que emprendían cuando estaban intoxicados con ella. ¿Cómo iba ella a dormir en la misma

habitación con Nick sin tocarlo? «Las pruebas que tengo que vivir.»

Sentía su sexo cálido y húmedo. Quería que la tocara, sin pensar en las consecuencias; quería todo lo que él no estaba dispuesto a entregarle aparte del placer de sus besos, sus caricias, y tórridas noches entre sus brazos. La imagen era en sí misma un estímulo sexual, porque Nick era el sexo andante en un traje italiano de alta costura; tentaba, seducía, convencía y moldeaba a su antojo.

Solo lamentaba el hecho de tener la certeza de que su corazón era más fuerte que la razón.

CAPÍTULO 14

Zoey se escabulló temprano de la habitación. Para su sorpresa había dormido sin problemas. El cansancio mental y físico lograron vencerla, pero eso no la hizo menos consciente de que Nick estaba a poca distancia durmiendo. En un instante de debilidad, uno de los tantos con él, antes de salir de la suite, se acercó hasta el sofá en el que Nick estaba acomodado.

Las largas pestañas creaban una sombra densa, y el cabello corto estaba despeinado sobre la almohada que el personal del hotel había llevado. No debería sorprenderla que durmiera en ropa interior. O al menos es lo que ella quería pensar al ver el dorso desnudo apenas cubierto por la manta térmica. Parecía tan pacífico en ese estado de sueño que contrastaba por completo con el hombre lleno de energía que parecía arrasar todo a su paso. Nick tenía el sueño profundo, porque no se movió ni un poco mientras ella trasteaba alrededor antes de subir al piso en el que estaba el gimnasio del hotel.

Con vista hacia la preciosa ciudad, el gimnasio tenía todas las máquinas para un huésped de lujo al que le gustara mantenerse en forma con equipos de alta calidad sin importar el punto geográfico en el que se encontrase. No es que ella fuese fanática del ejercicio, pero era la única forma en que podía sudar el estrés.

No estaba sola. En el gimnasio estaba una pareja haciendo pesas. Otra chica parecía llena de energía sobre la bicicleta elíptica. Y junto a la caminadora de ella estaba un hombre que tenía el físico de un atleta. De hecho, se le hacía conocido.

Zoey continuó trotando sobre la caminadora y cambió la lista de canciones. Se perdió en el ritmo y poco a poco sus músculos fueron relajándose. Cuarenta minutos después empezó a ralentizar la marcha.

—¿Entrenando para la maratón de mañana? —preguntó el hombre que estaba a su lado. También había disminuido la velocidad sobre la cinta.

Ella lo miró. Se secó el sudor con una toalla.

—Me pagarían para que no lo hiciera —dijo riéndose. De pronto se sentía más ligera. Y con la mente más clara lo reconoció. Estaba teniendo un vergonzoso momento fan-girl—. ¡Cesare Ferlazzo! Oh, por Dios —dijo con voz chillona—. Eres mi jugador de tenis preferido.

El atractivo tenista de ascendencia italiana se rio.

—Gracias —replicó con amabilidad, tan acostumbrado quizá a que la gente pudiera reconocerlo o dirigirse a él en relación a su carrera profesional—. Han cerrado el hotel para las personas que estarán en la maratón de la fundación para niños con enfermedades terminales. Por eso pensé que tú ibas a correr también —sonrió apagando la máquina por completo y bajándose.

Ella se quedó sin aire. El tipo era guapísimo. De esos que uno quería encontrarse en el paraíso después de morir. Si es que existía el paraíso. ¿Por qué estaba haciendo esa clase de comparaciones?, pensó. Imaginaba que a toda fan podía sucederle algo así, aunque quizá no tan vergonzoso, como lo que a ella. ¡Y había estado cuarenta minutos a su lado y recién se daba cuenta! Iba a morir.

—Y... yo... Mira, qué pena, sé que debes tener tu tiempo... —se sonrojó. «Ahora resulta que tampoco puedes hablar», se dijo—. ¿Te haces una *selfie* conmigo?

Cesare asintió.

—Claro que sí.

Una vez que ella tuvo la fotografía, él se apartó.

—Ha sido un gusto...

—Me llamo Zoey Reynolds.

Él asintió.

—Encantado. Siempre es agradable conocer a una fan del tenis.

—Una pregunta —dijo ella. Si iba a ponerse en evidencia al menos quería quitarse la curiosidad.

Cesare esperó a que ella continuara. Zoey se aclaró la garganta.

—Sé que no es de mi incumbencia, pero es que haces tan bonita pareja con Kate Blansky... ¿Es cierto que están esperando gemelos?

El jugador soltó una carcajada.

—Sí —le hizo un guiño—, pero no lo podemos anunciar todavía, así que es un secreto. —Zoey asintió profusamente—. Y ahora me despido porque Kate me espera para ir a desayunar juntos.

—Oh, sí, sí, por supuesto. Qué pena haberte entretenido —murmuró mientras lo veía alejarse.

Ah, el día no podía ir mal después de conocer a su tenista preferido, pensó. Tarareando empezó a recoger todos los implementos deportivos que había utilizado y se detuvo con una sonrisa a contemplar la ciudad. Estaba parcialmente nublado, aunque el pronóstico del tiempo indicaba que quizá estaría soleado entrada la tarde.

«Otra vez», pensó Nick con desconcierto al no encontrar a Zoey por ninguna parte. La mujer parecía experta en escabullirse, y él en perderla de vista.

Se metió a dar un baño.

Salió de la ducha con una toalla alrededor de la cintura, después de constatar que, al menos, no parecía haberse ido muy lejos. Ese era uno de los pocos días, no recordaba en cuánto tiempo, en que no tenía una agenda de trabajo. No podía desairar a Isolda e irse al Reino Unido sin atender la cena del día siguiente, así que iba a aprovechar el tiempo para recorrer un poco de

la ciudad.

Lanzó la toalla sobre una pequeña consola cercana al clóset en el preciso momento en que la puerta se abría sigilosamente. Sin importarle su desnudez, Nick se cruzó de brazos, y esperó.

—Vaya, la mujer fantasma se ha convertido en humana —dijo.

Zoey dio un ligero brinco de sorpresa.

—Maldición me... —se quedó a media frase al verlo—. ¿Puedes cubrirte? —preguntó, agitada, observando hacia otro lado.

Él se rio. Se sentía muy cómodo en su piel.

—Nada que no hayas visto ni sentido antes —dijo con desparpajo. Empezó a vestirse como si fuese una rutina normal entre ellos. Y es que ese era el problema con Zoey, lo hacía sentir que todo estaba alineado de algún extraño modo—. ¿Dónde estabas?

Zoey miró por el rabillo del ojo que él ya tenía puesto el bóxer. No es que le importara su desnudez. Al contrario, la excitaba, y después de la tanda de ejercicios lo último que necesitaba era quedarse deshidratada por andar babeando. Se giró al fin.

—No doy explicaciones, pero si eres suspicaz —se señaló a sí misma— sacarás la respuesta con facilidad.

Él sonrió.

—Ah, amaneciste sarcástica hoy —replicó riéndose—. Estás un poco sonrojada. ¿Muy cansada?

—Conocí a Cesare Ferlazzo —dijo como si fuese la mejor noticia que hubiera podido darle a alguien.

Nick enarcó una ceja.

—¿El nombre debería sonarme?

—¡El mejor tenista *eveeer!* —dijo riéndose.

Él soltó una carcajada. Era la primera vez que veía ese brillo infantil en

la expresión de Zoey. Daba cuenta de una inocencia que, si lo pensaba bien, quizá le había sido arrebatada después de pasar por tantas casas de acogida. De pronto el ambiente entre los dos se tornó relajado. Algo extraño considerando que la tensión sexual siempre podía cortarse con un cuchillo.

—No me digas —comentó acercándose.

—Tengo que bañarme —balbuceó.

—Puedo ayudarte con la tarea —replicó con sensualidad.

—Pufff —murmuró esquivándolo y cerrando la puerta del cuarto de baño tras de sí después de unos segundos.

Cuando Nick estuvo seguro de que el agua estaba corriendo en la ducha, agarró el teléfono. Al cuarto tono la habitual voz de Trent sonó desde algún punto del Reino Unido. De fondo se escuchaban los sonidos de la calle y los murmullos de lo que parecía ser un bar, pero Nick no podría estar del todo seguro. Con Trent jamás se sabía... El hombre trabajaba con resultados, y los métodos eran lo menos importante.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Nick observando la ciudad.

—Sí, gracias por devolver la llamada. Hace un mes y medio empezó la búsqueda.

—¿Tienes nombres?

—Los tengo. Te enviaré el historial a tu correo personal.

Nick cerró los ojos un breve instante. Se pasó la mano libre entre los cabellos, para después dejarla descansar sobre la cintura.

—¿Qué tan malo es?

—Bastante. La persona es muy buena en su trabajo y si no hacemos algo pronto, entonces no podrás detenerla y puede entregar la información. Depende de ti.

—Creía que teníamos esto controlado...

—Sabías que esto podría suceder tarde o temprano.

Nick suspiró. Sí, lo sabía. Él solo estaba tratando de evitar daños. Llevaba años trabajando con Trent, y la situación era de lo más inoportuna. Aunque, si lo pensaba bien, ¿cuándo era la perfecta situación para destapar una cloaca sin dejar problemas a su paso? Complicado.

—Tienes razón. Leeré lo que me has enviado y tomaré una decisión pronto.

—La persona está bien conectada. Casi al mismo nivel mío... Adiós, Nick.

—Mierda. Okay. Gracias, Trent.

Durante un largo instante, él no pudo pensar en otra cosa. Nuevamente, Nick se encontraba en la encrucijada de tener que velar por los intereses futuros de su familia o permitirse a sí mismo disfrutar de Zoey. Necesitaba oxígeno.

Se terminó de atar los cordones de los zapatos, y envió un correo electrónico a la central de Londres. Le pidió a su vicepresidente comercial, Heighl Landon, que se encargase de tramitar cualquier requerimiento pendiente y que no aprobase ningún nuevo cargamento aparte de los que ya estaban revisados por él.

Después se colocó el abrigo sobre la camisa color plomo.

París estaba a cinco grados Celcius. A Nick la cabeza le daba vueltas y empezaba a sentirse claustrofóbico. No le gustaba sentirse atrapado en una suite de hotel, en especial después de la llamada que acababa de hacer.

Eran pocos los momentos que pasaba a solas, y cuando lo hacía la sensación de vacío solía acompañarlo durante varias horas. A veces se preguntaba si el hecho de que su gemelo hubiera muerto era la respuesta a ese hueco en el pecho. Compartió con Nolan seis años de su vida. Muchas

personas solían preguntar si los gemelos idénticos tenían una comunicación especial entre ellos que no necesitaba palabras. La respuesta, en el caso de Nick y Nolan, era afirmativa.

Cuando su hermano enfermó, el dolor en el pecho que sintió Nick resultaba opresivo y estuvo días en un estado de melancolía y ansiedad. La certeza de que algo iba muy mal era muy diferente a otras ocasiones en que Nolan había estado enfermo. Ese palpito en su corazón no solo era preocupación. Se trataba de un terror emocional que jamás había experimentado.

Nolan estuvo enfermo durante casi dos semanas. Todos los síntomas: dolor de cabeza, náuseas, debilidad, vómitos, y dolor abdominal intenso, Nick casi podía sentirlos a través del malestar de su cuerpo y el desgano por todo lo que había alrededor. Después de varios días, Adelle y Gustav llevaron a Nolan al hospital.

Nick no quiso separarse de él en ningún momento. Sus padres le permitieron que no asistiera al colegio. Cada mañana, Nick salía de la casa con su padre y se quedaba en el hospital junto a la cama de su hermano. Reían, pero Nolan tenía muchos accesos de tos, entonces inventaron un lenguaje de señas divertido, y a ratos, Nolan decía una que otra cosa.

Cuatro días después de haber ingreso al hospital, a Nolan le sobrevino un paro cardíaco mientras Nick sostenía su mano.

Durante meses, la pérdida de Nolan, mantuvo a Nick en un letargo perenne. Le costaba socializar y sus padres lo llevaron a un terapeuta. Mucho tiempo después, aunque continuaba extrañando a su gemelo, Nick pareció salir de su pequeño mundo de dolor y empezó a abrirse al mundo con cautela.

Crecer como hijo único no había sido fácil para Nick, en especial porque no tenía a la única persona que compartía su reflejo y lo había entendido sin necesidad de hablar: Nolan. Sin embargo, su mundo familiar

había estado colmado de privilegios. Compartir, aunque sus padres le inculcaron jamás dejar de ayudar a otros económicamente a través de eventos y organizaciones sin fines de lucro, le resultaba difícil a Nick. No se trataba de dinero, porque para él no era una necesidad, y jamás le había faltado nada. En su caso se trataba más bien de compartir los afectos. Se reservaba todo para él, porque cuando perdió a Nolan también perdió una parte de su corazón y su capacidad de empatía. Se volvió un poco cruel e insensible.

—¿Nick?

Él apartó la mirada de la ventana y regresó al presente.

Zoey estaba abrigada y llevaba puestas las botas. Ella no entendía cómo Nick no la había escuchado trastear alrededor mientras se secaba el cabello, se maquillaba y entraba o salía del cuarto de baño para cambiarse de ropa. Lo había observado con el rabillo del ojo, curiosa. Él parecía ensimismado en una especie de limbo mental, mientras su vista estaba fija en el horizonte parisino.

—¿Querías algo? —preguntó, ignorante de la cantidad de tiempo que había estado anclado en su niñez. En Nolan, su querido Nolan.

Él pestañeó brevemente.

—No, no. Tan solo voy salir a disfrutar la ciudad —murmuró ella antes de tomar la bufanda y anudársela con movimientos gráciles—, nos vemos.

Nick reaccionó de pronto y sus sentidos estuvieron por completo al ciento por ciento. Estiró la mano y le agarró la muñeca a Zoey, deteniéndola. La ancló sobre la alfombra sin necesidad de fuerza, porque sus hipnóticos ojos eran suficientes. Ella se giró hacia él, y tan solo esperó a que hablase. Enarcó la ceja izquierda.

Él se aclaró la garganta y le soltó con suavidad la muñeca. Guardó las manos en los bolsillos.

—Lamento mi comportamiento en el pasado contigo —dijo con voz

trémula, sorprendiéndose a sí mismo, aunque llevaba claro que quizá el recuerdo de Nolan lo había impulsado a hablar de esa manera.

Zoey lo observó con desconcierto. ¿Le estaba pidiendo disculpas? ¿Nick Wolfe? Ella dio unos pasos hacia él, con cautela, por si iba a explotarle la cabeza y a convertirse en zombi.

—¿Qué...? —Pensó en extender la mano y ver si tenía fiebre, pero tocarlo solo pondría un horizonte problemático.

Él apretó los labios e hizo una negación. Como si estuviera pidiéndole que no lo interrumpiese. Por la forma en que los músculos de la cara de Nick se contraían, ella deducía que pedir disculpas era digno de Ripley's, al menos en el caso de él. Casi parecía como si estuviesen sacándole una muela sin anestesia.

Ella no iba a interrumpir más, porque las palabras de Nick habían caído sobre sus heridas del pasado como un bálsamo fresco y empezaba a fusionarse con su sangre, dándole alivio a los sentimientos encontrados que guardaba hacia él.

—Nunca debí jugar con tus sentimientos —continuó con voz firme—. Fue bajo de mi parte lo que hice con Rhys. Pero debes entender que mi familia es un pilar trascendental en mi vida, y protegerlos es algo que haré a toda costa. Aún a costa de mi bienestar y mis deseos personales.

Ella tragó en seco.

Zoey no tenía palabras para responder. Entre un millón de comentarios, lo último que hubiera esperado eran palabras de disculpas de Nick, y encima esa expresión solemne que raras ocasiones había visto. Una expresión de descarnada sinceridad. Ella casi pudo escuchar cómo sus propias barreras se empezaban a resquebrajar. Sus defensas eran como una presa de agua, y Nick la fuerza que intentaba romper el dique amenazando con desbordarlo todo.

Ella sintió su mundo dar vueltas.

—Yo... —susurró—. Nick... —cerró los ojos un instante, y al abrirlos encontró incertidumbre en la expresión habitualmente imperturbable—. Han pasado varios años desde todas esas situaciones... Tanto tiempo.

—Lo sé.

—¿Por qué ahora? —preguntó impactada.

Nick apretó los labios. No era fácil disculparse, pero una vez que las palabras habían salido de su boca, intentar retirarlas carecía de sentido. Miró el reflejo de la luz de un día parcialmente nublado en el ventanal de la suite.

Él se sentó en el borde de la cama, pero ella no podía hacerlo. Necesitaba quedarse en pie. Como si de ese modo pudiese sostener su estabilidad. Decir que las palabras de Nick no acababan de afectarla sería una vil mentira. Ella se acercó al mini-bar y sacó una botella de agua Perrier. Nick la aceptó de buena gana. La abrió y dio varios tragos largos, después la colocó en la alfombra, cerca de sus zapatos.

—Nolan —dijo a modo de explicación—, el recordarlo me hizo dar cuenta de que necesitaba poner las cosas en perspectiva. Él siempre fue el optimista —murmuró con pesar— y si hubiera estado, después de los encontronazos que tuvimos, lo más probable es que me hubiese ganado un rapapolvo de su parte...

Tenía las manos apoyadas sobre el edredón de tono café claro. Sus músculos, en tensión. No estaba habituado a abrirse ante nadie. Ni siquiera lo había hecho con Camille, la que se suponía que era la persona más importante de su vida. Al menos antes de que dejase ver sus colores reales.

—Mi hermano gemelo, Nolan —continuó—, lo perdí cuando teníamos seis años... —bajó la mirada.

A ella se le estrujó el corazón. La voz de Nick nunca sonó tan dolida, y ella podía sentirlo como si aquel dolor la hubiese tocado. Haló una silla que estaba cerca y la colocó justo frente a él para después acomodarse en ella.

—Sé la historia de tu hermano... Mi mamá me la contó, pero jamás la saqué a flote, porque es algo muy tuyo y jamás me ha parecido un asunto pertinente. Comprendo muy bien lo que es poseer la sensación de que te falta algo y no sabes cómo llenar ese vacío. Cuando mamá me habló, muy brevemente, sobre Nolan, tan solo lo hizo para que intentara entenderte... — se movió, insegura, y colocó la mano en el brazo de Nick—. ¿Quieres hablar al respecto? —indagó con suavidad.

Él bajó la mirada hacia la mano delicada y después subió su recorrido hasta anclarse en los ojos siempre cálidos de Zoey. Nick permaneció callado largo tiempo, y ella mantuvo la misma pasividad, preparada para que le dijera que no era su asunto o bien simplemente ignorase el tema y hablara sobre otra cosa.

—Éramos polos opuestos y al mismo tiempo nos complementábamos —empezó Nick, y ella solo asintió—. Mientras Nolan era relajado y juguetón, yo era calculador y más mesurado. Solíamos hacer travesuras, y yo siempre intentaba protegerlo echándome la culpa —sonrió con tristeza—, aunque mamá y papá lo sabían desde un inicio, así que nos castigaban a los dos. En la escuela teníamos muchos amigos. Éramos populares.

—No lo dudo, el encanto Wolfe —murmuró ella acariciándole la mano a Nick.

—Algo así —se encogió de hombros—, pero también teníamos un bully. Dos, en realidad. Y un día nos organizamos y empezamos a ponerles clavos en los asientos, bromas en los casilleros de la clase y a esconderles alguna cosa. Cuando se dieron cuenta de quiénes eran los responsables, nos persiguieron y nos dieron de puñetazos. Nolan y yo nos defendimos bien. Cuando nos encontró el director de la escuela, hizo llamar a nuestros padres.

—Vaya par...

Nick asintió con nostalgia en su rostro.

—Para evitar rivalidades de nuevo, mis padres nos cambiaron de escuela. Yo era el mayor de los dos por dos minutos. Cuando Nolan enfermó, le prometí que iba a protegerlo, y que un resfrío no era nada grave. Que no fuera gallina. Él solo se rio y dijo que se pondría bien. Estuve a su lado todos los días que él permaneció en el hospital. Cuando murió de un infarto, mi mundo cambió para siempre.

Zoey no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que sintió una de sus lágrimas en los labios. Se secó el rostro con la mano libre. Él le acarició la mano y entrelazó los dedos con los de ella. Un gesto íntimo que entre los dos resultaba natural.

—Lo siento mucho, Nick —susurró con sinceridad.

—Una parte de mí está perdida, Zoey.

—Siempre tendrás a tu hermano, aunque no esté físicamente. Siempre será parte de ti, Nick.

Él asintió, y no argumentó más al respecto.

—NNW fue mi creación por Nolan —dijo en cambio—, es mi modo de rendirle homenaje a mi hermano. Por eso, el día que Camille se atrevió a amenazar con interferir en NNW con sus argucias fue la última nota que le permití tocar en nuestro fallido matrimonio. Hice trizas su empresa. Y espero que haya tenido que empezar desde cero.

—¿Te sentiste mejor después de hacerlo? —indagó con cautela. No conocía al Nick que tenía delante, y prefería andar con tiento. Jamás lo había visto vulnerable, mucho menos con ella, y tampoco él era del tipo de personas que se sinceraba con otras. O quizá con Stavros.

—No.

—¿Por qué?

Él la miró con el ceño fruncido.

—Porque para que me hiciera sentir mejor, Camille hubiese tenido que

importarme de verdad. Y ella jamás representó más que una estúpida decisión para intentar ganar tiempo.

—¿Para qué? —Nick alejó las sombras que cubrían su memoria, y pareció aclararse de pronto. La miró con un desafío que la invitaba a deducirlo por sí misma —. Aunque me interrogues con la mirada, no me atrevo a sacar conclusiones. Si no quieres decirme, entonces...

—Por ti, Zoey. Ese fue el gran conflicto conmigo y con Camille siempre.

Ella apartó la mano de Nick y la apoyó en su propia rodilla. Hizo una negación con la cabeza.

—Nick...

—Preguntas, te respondo. Necesitaba ganar tiempo. Eras demasiado joven y vulnerable. Nos hice un favor a ambos.

Ella se incorporó y empezó a caminar de un lado a otro sobre la alfombra ante la mirada depredadora de Nick.

—Es ridículo —murmuró.

Él sonrió de medio lado.

—No quería que me odieras. Así que traté de protegerte de mí. ¿Acaso crees que no puedo leer tus ojos, Zoey? —Ella no respondió, ¿qué podía decirle? Él tenía más experiencia—. Te he deseado desde siempre y sé que nunca ha sido de una sola vía. Que me condenaran al infierno si me atrevía a tocarte siendo tú tan joven —se pasó los dedos entre los cabellos— y verte con otros... Era poco lo que me faltaba para cometer un asesinato.

Ella soltó una risa ahogada, pero no lo negó; el deseo por Nick jamás había carecido de intensidad. Detuvo su andar y lo miró de frente. Él se incorporó y avanzó unos pasos hasta quedar cerca de Zoey.

—No te odio —murmuró. —Él soltó un suspiro quedo—. Nick — continuó —, me apena muchísimo que no tengas a tu hermano. No importa la

forma en que se van nuestros seres queridos, sino el solo hecho de que ya no están a nuestro lado. Lo siento... Y acepto tus disculpas. Tal vez no pueda borrar el pasado, pero intentaré quitarle el peso que siempre le he atribuido al hecho de que varios episodios de tristeza los causaste tú. Las palabras se dicen en tonos diversos y ocasiones variadas, pero los actos son los que muchas veces pueden llegar a calar y doler más... Sobre desearme o no, sobre desearte o no, creo que hemos pasado la barrera al respecto, pero si querías sentar un precedente —sonrió— está anotado.

—Soy un bastardo y te he lastimado, a pesar de ser consciente de que no tuviste una infancia justa. Deberías haberme clavado un cuchillo en algún momento de descuido anoche.

Ella esbozó una sonrisa triste.

—Ir a la cárcel no es mi mejor perspectiva del futuro. Y no eres un bastardo, Nick, tan solo eres humano. Uno muy peculiar —dijo con humor para intentar quitar el rastro de dolor de la voz de Nick—, pero humano, al fin y al cabo.

El momento de tensión estaba latente, aunque se desintegraba en una veleidosa silueta a medida que pasaban los segundos, y la sensualidad, que se había abierto camino entre la experiencia de un triste pasado, empezaba a ganar fuerza. Ambos sabían lo que podía ocurrir si se quedaban a solas. También sabían que era algo inevitable, y que nada tenía que ver con las disculpas de Nick. Aunque, por supuesto, dosificaba en gran medida el nivel de reticencia de Zoey.

—Supongo —gruñó.

Ella se rio, y él frunció el ceño. Zoey era consciente de que Nick se encontraba fuera de su zona de confort. Podía aprovecharse de ello e intentar sacar a flote el lado juguetón de él. Un lado que Zoey había conocido tan breves ocasiones que le parecía inexistente. Se le ocurrió una idea.

—Reservé un tour exclusivo en el Palacio de Versalles. ¿Quieres venir?

—Odio los turistas —rezongó, él.

Zoey salvó el espacio que los separaba y elevó la mano. Le acarició la mejilla, sorprendiéndolo. Él iba a decir algo, pero lo contuvo.

—El tour es a las siete de la noche —explicó Zoey—, y abrirán por primera vez en mucho tiempo el Petit Trianón para una cena especial. Ese pequeño palacio era el sitio favorito de María Antonieta, lo mandó a construir exclusivamente para ella. Antes de la cena se va a presentar en los jardines de alrededor una obra de Molière. Irá un representante del Ministerio de Turismo de Francia, y es lo único que sé sobre la lista de asistentes que sé que no se extiende a más de unas cuantas personas.

Él sonrió de medio lado.

—¿Me estás invitando a una reunión de negocios?

—Bueno, tengo que aprovechar las oportunidades, y tal vez pueda servirte para una de tus dos compañías —dijo de buen humor.

Nick la recorrió con la mirada, de la cabeza a los pies, hasta volver a posar sus ojos en los de ella. Le tomó la mano y la giró hasta que besó el interior de la muñeca de Zoey, y sonrió cuando la sintió temblar.

—Deberías odiarme, sin embargo, aquí estás, tendiéndome una invitación para pasar la noche conmigo —dijo con picardía.

Zoey soltó una carcajada.

Ella no recordaba haberse sentido tan ligera en mucho tiempo, ni tan feliz. «Lo que podía causar una disculpa sincera.» Era una sensación más que bienvenida, en especial porque la asociaba con Nick. Resultaba peligroso, porque sabía que él solo quería ser su amante, sin embargo, en ningún momento él había hecho mención al tema durante su disculpa.

No estaba tratando de embaucarla. Y era ella, no Nick, quien estaba tendiendo una oportunidad para pasar tiempo juntos. No estaba motivada por

el altruismo. Zoey estaba motivada por el corazón, porque amaba a Nick. Siempre lo había amado.

Sus sentimientos por él estaban profundamente arraigados por más que trató tanto tiempo de enterrarlos saliendo con otros hombres. Necesitaba ir con cautela.

—No te equivoques —sonrió ella—, lo que tienes que llevar claro es el hecho de que no podemos desperdiciar el día en París. Iremos primero a desayunar y al Louvre, que de seguro nos toma casi todo el día, y antes de caer la noche vamos rumbo a Versalles. Será toda una experiencia.

La expresión de Zoey era de pura alegría.

Si él hubiera sabido que una disculpa suya podía causar semejante cambio en la expresión de Zoey hacia él, le hubiera gustado que el recuerdo de Nolan hubiese llegado mucho tiempo atrás en presencia de ella. Nick no creía en el destino ni en las coincidencias, aunque imaginaba que su hermano gemelo tenía —como bien recordaba él— opiniones muy opuestas sobre la fantasía y la realidad.

—Es la primera vez que permito que alguien organice mi tiempo —dijo Nick cuando estaban en el lobby, esperando al conductor, todavía tocado por la forma en que la dinámica entre él y Zoey se había suavizado.

Claro, la chispa sexual parecía más intensa que antes, y Nick no creía que fuese a disminuir en un futuro cercano. Él sabía que no podía presionarla, aunque aquello no implicaba que estaba imposibilitado de seducirla para que ella tomase una decisión pronto. Zoey le había pedido tiempo, y aunque él había accedido a ello, lo que menos quería Nick era desperdiciar las oportunidades que tenía con Zoey. ¿Acaso no era contradictorio? Durante años pasó evadiéndola. Ahora, que podía tenerla de forma indefinida, tenía que esperar.

Por otra parte, no sabía qué podía esperar de esa salida a Versalles, ni

tampoco qué rayos se había apropiado de él para permitirle a otra persona organizarle su agenda, sin importar quién fuese la persona. Pero una parte suya sentía gran satisfacción de entregarle el control, por un brevísimo lapso, a Zoey, la mujer que siempre había deseado.

Le iba a permitir marcar el guion, pero como siempre, él tendría la palabra final. En la cama no había límites y pensaba disfrutar cada trozo de piel de Zoey. No la iba a dejar escapar hasta que estuviese tan saciada que le fuese imposible apartarse de él. Esbozó una sonrisa lobuna.

—Una primera vez para ti siempre será un motivo de celebración —dijo ella con expresión burlona a su lado, sobre el asiento de cuero del Mercedes Benz—. Te hará bien disfrutar de París, lejos de la oficina y los puertos que siempre visitas.

El chofer cerró la puerta.

—¿Ah, sí? —preguntó Nick enarcando una ceja—. ¿Y cómo sería esa celebración? —preguntó haciendo referencia a la idea de tenerla en su cama.

Al ver la mirada hambrienta Zoey se quedó sin respiración.

—Eres muy impaciente —susurró envuelta en la cara colonia masculina y consciente de las chispas que traían la tregua que se había fraguado entre ellos desde que salieron de la suite del hotel.

Nick se inclinó hacia ella, y le mordió el lóbulo de la oreja con suavidad, antes de murmurarle al oído—: No sabes cuánto...

El cielo parisino empezaba a oscurecerse. Los rayos de matices violetas con azul y naranja se fundían en el firmamento como una pintura de Renoir en una de sus mejores obras. Nick y Zoey estaban caminando por el puente de Saint Michel a pocos pasos de la Catedral de Notre Dame, absortos en el espíritu liberal, bohemio y erudito de una ciudad que evocaba placer, y

derroche. Sexo, y pasión. París lo era todo.

Nick detuvo a Zoey de la cintura justo antes de llegar al extremo del puente, y no le importó la gente que pasaba alrededor.

—¿Qué? —le preguntó con una sonrisa. Apoyó las manos sobre el pecho de Nick. El abrigo negro que él llevaba le otorgaba un aire soberbio y delicioso al mismo tiempo. Él era un dechado de contradicciones, y ella amaba cada una de esas aristas.

—Esto —murmuró, antes de deslizar las manos en la espalda de Zoey y atraerla hacia él para besarla.

Ella se encontró bajo el embrujo del vaivén que provocaban los labios de Nick sobre los suyos. El sabor masculino, que había aprendido a codiciar y desear sin medida, invadió cada pequeña molécula de vida en su cuerpo. El murmullo de París dejó un eco casi inaudible y solo el viento frío del atardecer los acompañaba.

Nick mantuvo el ritmo del beso a un tempo lento, porque estaba disfrutando, paladeando el sabor único de Zoey. Como los buenos vinos franceses se deberían probar. Con calma y aprendiendo cada pequeño nuevo elemento que descubriese. Porque con ella ningún beso era igual. Cada contacto lograba despertar en él, no solo arrepentimiento por el daño que le había ocasionado en el pasado, sino también un ímpetu de protegerla, a pesar de que era él quien en esos momentos —y quizá desde ya hacía tiempo— llevaba a cuestas la certeza de que sus intentos de mantener la tregua entre ellos tenían una fecha de caducidad. Y no se trataba de cinismo o ser fatalista, sino que él poseía lo único que podría lograr el odio o el amor de la mujer que en esos momentos le entregaba toda la pasión con un beso.

Zoey disfrutó de la sensación de ilusoria protección entre los brazos de Nick. Él tenía una forma de besarla que nunca antes había experimentado. Quizá porque él era el hombre a quien siempre había amado, y siempre

amaría. Su boca se amoldaba a la Nick con facilidad. Él conseguía arrebatarse sus sentidos. No quería que ese beso acabase. Solo anhelaba...

—¡Lo siento! —exclamó un desconocido cuando tropezó con ellos.

Zoey y Nick se separaron por el suave impacto, y murmuraron un “no pasa nada”, antes de sonreír como si fuesen dos adolescentes pillados en una travesura. Ella le hizo un gesto para que la siguiese, y Nick enarcó una ceja interrogadora.

—¿Dónde me llevas?

—Hay un café que me gustaría visitar. Es pequeño, pero me lo han recomendado mucho —replicó avanzando por la Quai des Grands Augustins.

Él le tomó la mano y entrelazó los dedos con los de Zoey. Ella se sorprendió por el gesto, aunque no dijo nada. Lo asumió como algo natural. Quizá la magia de la ciudad o el frío. Ninguno llevaba guantes.

—De acuerdo —murmuró él cuando llegaron hasta la Rue Gît-le-Coeur.

Esa zona cercana a la Catedral de Notre Dame estaba llena de vistosos cafés. Y uno de los puntos que causaba que varios transeúntes se detuviesen era la preciosa fuente de Saint-Michel. En un cómodo silencio continuaron atravesando callecitas hasta que llegaron al número 25 de la Rue de l'Hirondelle.

—¡Aquí estamos! —exclamó Zoey soltándose de Nick una vez que estuvieron dentro del café—. La Vénus Noire.

—Por tu entusiasmo podría pensar que tienes una comisión por cliente y consumo.

Ella sonrió y le dio un golpecito amistoso con el puño, en el hombro.

—Vamos. Hagamos un poco de tiempo.

—Prefiero ganar tiempo y llevarte a la cama —dijo con franca sinceridad, y ella no pudo evitar reírse—. ¿Dónde está el chiste, nena? —preguntó Nick tomándola de la cintura y sin importarle que hubiese personas

alrededor. Siendo París, nadie se tomó la molestia de interesarse por un par de turistas que se abrazaban en medio de un restaurante que, menos mal, todavía no estaba tan copado.

—Nick... —susurró— te dije que necesitaba tiempo. —Colocó la mano en la mejilla de él—. ¿Por favor?

—Te dejé claro que iba a intentar persuadirte —replicó con aplomo antes de hacerle una seña al camarero.

—Entonces todo este comportamiento racional es solo para llevarme a la cama, ¿es eso lo que tratas de decirme?

Los ojos azules de Nick relampaguearon de furia, pero él no pudo decir nada hasta que el camarero los ubicó en una mesa cerca de la ventana, y estuvieron cómodamente sentados después de ordenar.

—No he sido jamás irracional contigo. Un poco rígido o injusto, pero no irracional —murmuró bebiéndose dos tragos de vino—, y respondiendo a tu pregunta tan poco apropiada, la respuesta es no. No me comporto relajado y cercano porque quiera llevarte a la cama. Ya has estado ahí, ¿recuerdas? —Ella fue a protestar, pero la mano grande de Nick se cerró sobre la suya, pequeña y suave—. Quiero que me digas que aceptas tener una relación conmigo, sexualmente exclusiva, y si para ello tengo que dejar que conozcas un lado que nadie ha logrado ver, además de mis padres y mis tíos, entonces pienso hacerlo —replicó, casi ofendido.

Era para reírse, pensó Zoey, después de todos los impasses que él la había hecho vivir. Sin embargo, nada en la expresión de Nick daba ganas de reír. Su mirada era tan penetrante y sus facciones tan concentradas en hacerla entender que iba en serio, que fue inevitable el cosquilleo entre sus muslos.

—Nick... Lo entiendo —dijo con una sonrisa que intentaba calmarlo.

—De acuerdo —murmuró él apartando la mano de la de Zoey—. ¿Quieres de verdad ir a esa maldita cosa en Versalles?

Ella se rio.

—Sí. Haremos un tour por las inmediaciones, y después será la obra de teatro y terminará en una cena. Esto es algo que solo hacen una vez cada cinco años. Y ha sido una maravillosa coincidencia que sea este uno de esos años —sonrió—. No tengo idea de quiénes son las demás personas, pero si han gastado tanto dinero por una entrada, entonces sí que puede interesarte conocerlas.

—Creí que por primera ocasión en mi vida podría relajarme lejos de las mesas de negocios. Al menos durante veinticuatro horas —gruñó bebiendo más de su copa de vino—. La adicción al trabajo me empieza a pasar factura.

Zoey negó.

—Solo relájate. Si no quieres socializar, no lo hagas. En mi caso, jamás dejo perder la oportunidad si es un público exclusivo con quienes quizá pueda forjar alianzas para JW en un futuro. Papá me ha enseñado a aprovechar los momentos.

Él se recostó contra el respaldo de la silla. Tamborileó los dedos largos y elegantes sobre la mesa.

—Yo podría aprovechar este momento —dijo con sensualidad—. Si estuviésemos en una mesa más privada, entonces te habría empezado a acariciar hasta tenerte húmeda. Me habría encantado poder chupar tus pezones tan deliciosos, pero en público sería complicado, así que me daría a la tarea de acariciar tus labios íntimos, lubricarte, penetrarte con mis dedos, y cuando ya no pudieras soportarlo más y estuvieses a punto de alcanzar el clímax, entonces habría retirado mis dedos de tu sexo, no sin antes degustar con mi lengua tu sabor.

Ella tragó en seco.

—¿Y por qué habrías de detenerte? —preguntó en un hilillo de voz, sonrojada, sin ser consciente de que tenía la respiración agitada.

Él sonrió como el gato Chesire.

—Para ayudarte a tomar tus decisiones... personales.

—Qué altruista —replicó Zoey imaginándose la escena que Nick había descrito. Se aclaró la garganta—. Será mejor que terminemos de comer para llamar al chofer e ir a Versalles.

—¿Sabes qué me gustaría probar después de la cena de hoy? Un delicioso postre.

—Oh, habrá postre de seguro, los pasteleros de París son los mejores del mundo.

—Pobre, Zoey, intentando desviar el tema —dijo riéndose por el sonrojo femenino—, no te preocupes. No haré nada que no estés dispuesta a hacer.

—¿Cómo sabes qué estaría o no dispuesta a hacer?

—Te daré un ejemplo de lo que quiero hacer contigo, y tú me dejarás. Después, tú decidirás si quieres o no que termine lo que empiezo.

La idea le pareció tan tentadora que estuvo a punto de atorarse con trozo de pan que acababa de llevarse a la boca.

—Nick...

—Vas a necesitar fuerza. Come.

Ella lo miró, incrédula.

—¿Para qué?

—Para tomar decisiones, ¿para qué si no? —replicó sonriendo con picardía. Ambos sabían a qué decisión en particular se refería.

La ligera carga que Nick sentía haberse quitado de los hombros, sin esperarlo o planearlo, lo invitaba a ser espontáneamente más cálido con Zoey. Ella, al estar más relajada, se mostraba ocurrida, chispeante, y a su juicio personal, rebosante de una innata sensualidad en su forma de caminar y moverse.

Lo más atractivo de todo era que Zoey lo hacía sin propósito. Para Nick no existía nada más sexy que una mujer segura de sí misma y sin artificios. Conocía muy pocas que estuvieran en ese grupo, por no decir solo una. Y esa mujer en particular era la única capaz de hacer rugir la sangre que corría por sus venas.

CAPÍTULO 15

La cena en Versalles había sido preciosa, aunque los personajes de alto perfil que ella esperaba no se hicieron presentes. Cada tanto sentía las caricias de Nick en la espalda, un roce suave en el cuello, un comentario dicho al oído, y la mayor osadía cuando se tardó cinco minutos en alcanzar al grupo para escabullirse con tal de robarle un beso que sabía a gloria. Más que un beso...

A ratos lo había encontrado observándola con curiosidad, como si intentase entender el frágil puente que les había permitido cruzar hacia una orilla con una perspectiva diferente y sin frases hirientes. En otros ratos, la mirada de Nick parecía estar en algún punto diferente de Francia.

En el hotel, horas después del evento, su cuerpo era un amasijo de sensaciones a punto de hacer ebullición. La idea de mantenerse alejada de él resultaba cada vez menos atractiva, y recordar que le había pedido tiempo para tomar una decisión para estar con él, ahora le parecía una gran equivocación.

No le importaban en realidad las condiciones que tuviera su asustadizo corazón para hacerse a la idea de que él nunca podría amarla, antes de aceptar la propuesta de Nick. Tampoco le importaba si era por un lapso corto o extenso el que podría pasar a su lado. Al menos no pasaría su vida preguntándose los “cómo” y “por qué”. Una vez que todo llegara a su fin, porque era evidente que Nick encontraría otra mujer que atrapase su interés cuando la situación entre ellos lo aburriese, entonces Zoey estaba segura de que guardaría al menos los recuerdos de sus besos, sus caricias y la forma en que la tocaba hasta hacerla alcanzar la cumbre del éxtasis.

—¿Lo pasaste bien? —preguntó ella.

Zoey no tenía por costumbre ser rencorosa. Jamás había probado la idea de vengarse de otra persona, a pesar de que —ciertamente— tuvo muchas provocaciones para caer en la tentación. Era consciente de que alguien diferente a ella, bajo la manera en que se estaba dibujando el panorama, ya hubiera estado urdiendo la manera de lastimar a Nick ahora que él estaba por completo descuidado.

—Sí... —cerró la puerta de la suite una vez que estuvo en el interior con Zoey —, ¿tú? —preguntó quitándose la bufanda.

—No lo sé.

Él se acercó y la agarró de los hombros, acariciándolos sobre la chaqueta.

—¿Qué ocurre?

—Tengo miedo, Nick —dijo con sinceridad.

—¿De mí? Pensé que me habías disculpado, Zoey —dijo apartándose—. Si no ha sido así...

Ella le tomó las manos con firmeza y él esperó.

—No has hecho una campaña precisamente para darme confianza, y el haberte disculpado fue un gesto sincero de mi parte. Decir algo por salvar el momento o complacer a la contraparte no está dentro de mí.

Él asintió. Durante el camino de regresó había recibido un mensaje desde Londres. Una de sus rutas comerciales estaba detenida por una nueva normativa en la inspección de barcos que el Gobierno de España acababa de aprobar. Tenía que volar de inmediato a Barcelona. Ya había avisado a su asistente personal en Londres para que organizara su vuelo esa misma noche. Maldita sea su suerte.

—Me gustaría cambiar el pasado, pero no puedo, Zoey.

—Lo sé...—murmuró acercándose para abrazarlo con fuerza de la cintura, y Nick le acarició los cabellos suaves, sumergiéndose en el cálido

aroma.

Odiaba que sus negocios nuevamente se interpusieran en su agenda personal. Tenía una pulsante erección, las ganas de zambullirse en los preciosos ojos que parecían invitarlo a perderse en sus profundidades sensuales, y carecía de tiempo. No podía tomar a Zoey como lo hizo en su ático de Londres. La siguiente ocasión en que ella estuviera en la cama con él, Nick pensaba tomarse todo el tiempo para explorarla a conciencia hasta que le rogara que acabase la tortura y la poseyera. Hasta que el único nombre que recordase para siempre fuese el de él.

—Tengo que irme esta noche —comentó con la voz tensa.

Zoey se apartó con suavidad con expresión interrogante.

—¿Por qué? Espero que no sea porque te pedí tiempo, porque con respecto a eso, pues he estado pensando en que...

—No —interrumpió—, no tiene nada que ver contigo, Zoey —le aseguró—, créeme que si pudiera en este instante explorar tu cuerpo como deseo, lo haría, pero tengo que irme a España. Tengo unos asuntos de última hora con una flota de mis barcos. No puedo delegar, además estoy más cerca de Barcelona que mi vicepresidente ejecutivo que está en Noruega. Mi avión está esperándome en el Charles de Gaulle.

—Entiendo —dijo Zoey con una sonrisa que intentaba ser despreocupada, pero él notó la diferencia, y le acarició la mejilla—. Supongo que tendré que ir mañana a cenar con Isolda y sus amigos, y decirle que tuviste un imprevisto. No le va a gustar nada, eh. Creo que tendrás que compensar esta situación en la que me has puesto —murmuró con una media sonrisa.

Le empezaba a gustar la posibilidad de flirtear abiertamente con Nick. Él se rio. Para Zoey era una melodía tan sexy que la sintió en cada recodo de su cuerpo.

—Tengo quince minutos para organizarlo todo, y de esos quince minutos, me pienso tomar cinco para besarte y que no olvides a quién perteneces hasta que vuelva a verte en Londres.

Ella iba a protestar para decirle lo cavernícola que sonaba ese comentario, que ella podía desearlo, sí, pero no le pertenecía, ni a él ni a ningún otro ser humano. Que era su propia dueña, ama y señora. Pero ninguno de esos pensamientos llegó realmente a tomar una forma coherente para expresárselos a Nick, porque la deliciosa boca masculina descendió sobre la suya.

Las manos de Nick controlaron las ganas de desnudarla, pero no dejaron de tocarla, acariciarla sobre la ropa, mientras su lengua exploraba la boca sensualmente. No tenía idea de cómo había logrado sobrevivir sin su sabor, sin su cercanía. Iba a ser una tortura tener que estar alejada de él.

Dos semanas después del viaje a París, Zoey no había vuelto a ver a Nick. Las llamadas cada noche la mantenían menos ansiosa al saber que él no la había olvidado, y que estaba todavía de viaje entre varios países del Mediterráneo intentando solventar situaciones que no podía postergar. Ella lo comprendía, porque desde que se formalizó la vinculación de Isolda con JW, apenas había podido respirar. Salía tarde del trabajo y los pocos minutos para respirar los utilizaba para cenar o hablar con Nick. Y, entre esas ocasiones, recibir la visita de su mejor amigo.

Como aquella noche.

—Entonces —continuó Jensen, sentado a la mesa y terminando el espagueti al pesto—, tú y ese cretino.

Ella soltó una carcajada y se relajó contra el respaldo de la silla del comedor.

—Digamos que así es, a pesar de que no tenga definido qué voy a hacer con él, ¿tienes alguna advertencia?

Jensen se encogió de hombros.

—Has pasado todas las banderas rojas que flameaban en tu cara. Creo que lo que me resta decirte es “buena suerte”. Al final, ya sabes que siempre puedes contar conmigo, nena. ¿Al menos esta nueva —hizo un gesto de desprecio con la mano— faceta, digamos, de Wolfe, implica que te ha tratado bien?

Zoey asintió con una sonrisa boba en la cara.

—Sí...

—De verdad que se me hace tan complicado entender por qué siempre has estado enamorada de él. Con los pocos novios que tuviste, y todos los hombres que intentan invitarte a salir, sigues empeñada en querer a ese papanatas de Nick.

—¿Qué puedo decirte? —preguntó encogiéndose de hombros—. No puedo utilizar mi cerebro para mandar en el corazón. Y tal vez las facetas que conoces de Nick no son las mismas que conozco yo.

—Ewww, ni me interesa, mujer.

Zoey se rio.

—Idiota. No me refiero al sexo —replicó lanzándole la servilleta de tela a la cara, y Jensen la agarro antes de ponerla sobre la mesa—, si no a cualidades que rara vez muestra a otras personas. Me pidió disculpas, te lo dije, y ¿quién soy yo para negárselas cuando son sinceras? Quiero darme una oportunidad con él...

—Solo sexo, Zoey. Vas a salir lastimada.

—¿Y qué pasa si el que sale lastimado es él?

—La persona que ama está siempre más propensa a sufrir... Esa eres tú. Y, no sé si se te ha pasado por la mente, ¿qué les vas a decir a tus padres o a

tus tíos?

—Soy un adulto... —murmuró.

—Zoey —dijo con advertencia—, ya sabes a qué me refiero. Este no sería el único motivo que debería preocuparte en el panorama.

Sí, ella sabía a qué se refería.

Dos meses atrás le había pedido a Jensen que empezara a investigar sobre su pasado. Ella no podía hacerlo, primero, porque carecía de las conexiones necesarias, y segundo, porque era pésima diciendo mentiras si acaso sus padres le preguntaban en qué nuevas rutas estaba dirigiendo su vida. Así que decidió que Jensen se encargase de todo dos meses atrás, si contaba desde esa misma noche.

Tiempo atrás, sí, tuvo la oportunidad de iniciar la búsqueda por su cuenta, pero ahora no era posible retomarlo bajo las mismas circunstancias. Jensen ya se encargaría de todo, y aquello le daba un gran respiro a Zoey.

Por una parte, estaba ansiosa, y por otra, sentía que esa búsqueda podía llevarla a caminos insospechados y dolorosos. Pero aquella espinita de su pasado no se iba del todo, y regresaba a atormentarla cada cierto tiempo. Ya era momento de cortar la duda desde la raíz sin importar cuán doloroso pudiera resultar.

—Sí, soy consciente de ello —replicó con un suspiro—, entonces, ¿has encontrado algo?

—Mi investigador lleva casi dos meses en ello, y está tratando de validar las primeras pistas. No es tan sencillo entrar en el sistema de acogida, y como tampoco es que tenemos algún indicio en particular, lo que necesitamos es un poco de suerte.

—¿Fui abandonada sin más...? ¿Eso tampoco lo sabes?

—Por ahora, no. —Se puso de pie y Zoey lo imitó—. Te tendré al tanto. Debo irme. Rhonda me está esperando.

Ella sonrió.

—¿La conquista de la semana?

Él estiró la mano y le dio un toquecito en la punta de la nariz.

—Eso mismo. —Se fijó en una caja con un elegante lazo que reposaba sobre el sofá—. ¿Qué es eso?

—Un obsequio.

—Duh, eso ya lo sé, ¿vas a abrirlo? —preguntó.

—Negativo, Charlie.

—Soy curioso —frunció el ceño como si de pronto recordarse algo, y cuando lo hizo soltó una carcajada que hizo a Zoey mirarlo con fastidio—: ¿Wolfe te está enviando lencería? Esa es la bolsa de la tienda más cara... Joder, este tipo está loco por tus...—fingió una tos— por tu inteligencia. —Zoey soltó una carcajada—. Espero que pienses darle buen uso cuando el tipo regrese de donde sea que esté.

Ella le dio un puñetazo en el hombro, y él fingió que le dolió.

—No es de tu incumbencia, ahora vete con Rhonda antes de que se dé cuenta de que eres un tonto. —Lo empujó de la espalda para que avanzara hasta la puerta, mientras él continuaba riéndose.

El rostro de Jensen se tornó serio. Se ajustó la bufanda. Y agarró la mano de Zoey con firmeza.

—Ten cuidado con Nick. Y piensa cómo le vas a decir a tus padres que estás saliendo con alguien a quien siempre has odiado... Al menos a ojos de ellos. No quiero que Wolfe te haga daño.

—Solo será algo temporal si acaso acepto...

Él enarcó una ceja. Se subió el cierre de la chaqueta de cuero.

—Tú y yo sabemos que, desde el día en que fuiste consciente de que eras una mujer capaz de atraer la mirada de un hombre y fijaste tu interés en Wolfe, tu suerte estaba echada. Así que hazte un favor y deja de decirte

mentiras. Solo ve con cautela. No es mucho pedirte.

—Sí, señor —replicó poniendo los ojos en blanco.

—Gracias por la cena.

—A la que te auto-invítaste.

—Te escapaste a Francia, tuviste un affaire ardiente con tu archienemigo del que estás enamorada, ¿cómo me iba a perder semejante información?

—Ya vete —dijo riéndose.

Con una sonrisa, Jensen le dio un beso en la frente.

Después de cerrar la puerta, Zoey volvió a la sala y observó el paquetito que atrajo la atención de su amigo. No era el primer regalo de Nick que recibía durante ese tiempo de ausencia.

A la oficina le empezaron a llegar joyas carísimas de todas las ciudades que Nick visitaba e iban acompañadas de un obsequio adicional: lencería finísima y muy descarada. Al abrir la primera caja que recibió, sin haber visto el contenido, soltó una carcajada. No podía creer que Nick estuviera enviándole ese tipo de cosas. Le encantaba la idea, pero no dejaba de sonrojarla un poco. Todas las prendas que recibía de Agent Provocateur las iba guardando en un cajoncito en su habitación.

Ese día no era diferente. Solo que, en esta ocasión, él le pidió que le enviase una foto cuando llegara con la lencería. Ella se sonrojó nada más leer la tarjeta.

Agarró el obsequio y fue hasta su habitación. Abrió la caja con curiosidad.

La prenda era una maya del más fino tono melocotón que se ajustaba a sus curvas. La pieza era semejante a la forma de un bañador de una sola pieza. ¿El truco? Tan solo ligeros dibujos, en forma de hojas otoñales en tono plateado y hecho con cuentas de cristales de Swarovski, dispersos sobre la

sutil costura.

Zoey se miró en el espejo, y sonrió con excitación ante la idea de que Nick pudiera verla en ese momento. Sí, todavía no habían tenido oportunidad de hablar sobre la posibilidad de estar juntos, pero tal como le dijo Jensen momentos atrás, era tan solo una conversación cuya respuesta era obvia.

Zoey iba a aprovechar el tiempo, corto o largo, que podría tener con él. ¿El futuro? Pues no tenía ni idea cómo sería, porque ella solo contaba con el presente.

Giró sobre sí misma hasta volver la vista al frente. Ahogo una exclamación de sorpresa porque, aunque no era la primera prenda que se probaba, sí que resultaba la más reveladora de todas.

Sus pechos quedaban perfectamente contenidos en la tela, y eran visibles a través del material. Su sexo, depilado hacía pocos días, también se veía expuesto en una forma provocativa. La lencería cubría lo que no necesitaba cubrirse en realidad, y dejaba a la vista aquello que se anhelaba poseer; conseguía despertar el deseo más visceral y morboso por la forma en que se pegaba al cuerpo. Ella estaba segura de que en la elección de cada pieza de lencería estaba Nick. ¿Cómo se daba tiempo para algo así? Pues para ella era un misterio que no tenía interés en resolver.

En el fondo de la caja encontró también dos preciosas pulseras plateadas de la misma casa de los famosos cristales suizos. Parecía una artista del Cirque Du Soleil, salvo por sus voluptuosas curvas y absoluta desnudez bajo la tela, lista para empezar la función. Una función en exclusiva para Nick.

¿Él quería una fotografía?

Iba a hacer algo mejor que eso.

CAPÍTULO 16

Nick mantuvo la expresión calmada, a pesar de que en ese momento lo único que deseaba era salir del restaurante y darse contra la pared por haber aceptado ese almuerzo. Luxemburgo era un ducado pequeño, y él tenía un par de amigos, pero su teléfono reportaba una llamada perdida de Zoey. Estaba seguro de que iba a preguntarle algo con respecto a la fotografía que él le había pedido, y la sola idea le causaba una erección.

El resto de la comida él fue amable, pero tajante. El trato estaba cerrado con Tumap Oils, una corporación con sede en Luxemburgo que se dedicaba a la exportación de productos de limpieza industrial a gran escala alrededor del continente europeo y también en las islas del Caribe que pertenecían a la Commonwealth. Sus abogados estaban viajando con él, aunque ellos lo hacían en vuelos comerciales en primera clase. Nick solo llevaba en su avión privado a su abogado personal, a su asistente, y su familia cuando era el caso.

Después de haber concretado en España que disminuiría la flota de sus barcos de carga con el fin de restar inconvenientes con el sistema aduanero español, organizó varias juntas interminables para trasladar esos barcos que saldrían de España hacia territorio francés y holandés. Nick estaba verdaderamente agotado, y el único incentivo al llegar al hotel de cada ciudad a la que visitaba era saber que escucharía la voz de Zoey, consciente de que ella habría recibido su obsequio diario. A pesar del desenfado de ella al teléfono y las risas durante sus largas charlas, Nick tenía plena seguridad de que todavía desconfiaba de él. Eso le causaba fastidio consigo mismo, porque no existía otro culpable que él.

En medio de todo el ajetreo, Nick había conocido al norteamericano James Mallory. El hombre tenía una marca sólida en el estado del que era

oriundo, Louisiana, y estaba tratando de conseguir alianzas estratégicas en Europa y el Reino Unido. El negocio de James consistía en colocar artículos exóticos de lujo en perchas de hoteles de cinco estrellas, en Estados Unidos, a los que solo tenían acceso personas capaces de pagar más de seis mil dólares por una noche de hospedaje.

Quizá la joyería JW no era el negocio que tenía principal interés para Nick, pero ahora que también era dueño, pensó en aprovechar la ocasión, porque abrirse paso en Estados Unidos representaba un paso importante para la joyería, y Nick no quería dejar pasar la oportunidad de estudiar esa posibilidad a través de Mallory. Se tomó un café con el norteamericano y concretaron un viaje de James al Reino Unido para dialogar sobre los detalles que podrían implicar una fusión empresarial de mutuo beneficio. Así que, aunque hubiera sido agotador todo ese tiempo para Nick, las dos semanas habían resultado muy productivas desde un punto de vista de negocios.

Volvería a casa dentro de un par de horas y su avión ya estaba listo en uno de los hangares del aeropuerto internacional, esperándolo.

Nick había consumido varias dosis extras de cafeína, y era lo único que lo mantenía despierto, porque después de las juntas o comidas por negocios tenía que reunirse, en un sitio aparte, con su equipo de abogados para delimitar lo que podía y no hacerse en el marco legal. También tenía videoconferencias con las personas de Marketing en Londres, por ser la sede principal de la naviera, y el gerente financiero para sopesar la situación desde todos los ángulos; incluso la relacionista pública estaba presente online. En el caso de NNW, al ser un negocio más de índole local en Gran Bretaña, Nick no se preocupaba demasiado porque tenía todo bajo control y el camino a seguir en el área inmobiliaria era diferente.

Además de temas laborales, él tenía otros asuntos en los que pensar y no era nada sencillo tomar decisiones al respecto. Por ahora estaba a merced de

las circunstancias, y también debía pensar en el correo de Trent. Estaba postergando el asunto demasiado, pero es que no tenía ningún motivo para tomar una decisión drástica. De momento no existía peligro de una exposición mediática indeseada que pudiera dañar la percepción de la solidez de las empresas Wolfe.

Una vez en el hotel, al ver que se le hacía tarde para llegar al hangar, Nick no vio el teléfono por más que le picaba la curiosidad. Zoey sabía que él estaría esa noche en Inglaterra, y no hacía falta que le avisara más detalles. Por otra parte, no tenía tiempo de tratar de deshacerse de una erección segura si veía una fotografía de ella. Prefería mantenerse concentrado, porque lo único que conseguiría con Zoey era perder el norte sobre lo que tenía que hacer antes de partir de Luxemburgo.

Una vez en el avión, la señal era pésima, y la batería del móvil estaba en los mínimos. Cabreado, dejó el aparato sobre un taburete y le pidió a la azafata de su jet que se encargase de que tuviera carga para cuando él despertara. Fue hasta la habitación que había mandado a instalar en su jet, y se acostó.

Nick abrió la puerta de su ático y dejó la maleta a un costado de la puerta. Revisó el teléfono y buscó la fotografía de Zoey. No había más que una captura de ella y Nick en París. Una selfie con Versalles de fondo. «La muy tramposa», pensó él con una sonrisa. Mientras viajaba, creyendo que ver el mensaje que llegó después de la llamada perdida, había fantaseado con verla vestida con casi nada.

Solo el hecho de observar, y saber que era imposible tocar del todo la piel desnuda, resultaba más morboso que la cruda desnudez. Quizá era un engaño del marketing o de algún estudio sociológico aplicado al

comportamiento más animal del ser humano en temas sexuales, pero a Nick le importaba un rábano, porque su cabeza no podía pensar en otra cosa que ver a Zoey en esa maldita lencería. En todas. Lo quería todo.

Se sacó la corbata, y luego desbotonó el abrigo grueso. Dejó los gemelos en un pequeño contenedor de cristal sobre la mesa de vidrio y subió las mangas de la camisa hasta el codo. Fue hasta el bar y sacó la botella de whisky. Eran las dos de la madrugada y su cerebro estaba a punto de apagarse.

Dio tres largos trago y acabó con el contenido. Se descalzó y caminó sobre la alfombra por el pasillo que llevaba a su habitación. La puerta estaba entreabierta y la luz encendida. Con cautela se asomó.

En medio de su inmensa cama de sábanas celestes estaba Zoey.

Permaneció de pie contemplándola. El cabello esparcido sobre las almohadas, con el rostro de medio lado, la mano bajo la mejilla derecha, y la otra reposando sobre el abdomen. La pierna derecha estaba ligeramente flexionada y la izquierda también. Resultaba una estampa sensual y llena de provocación. Todo el ajeteo del viaje y el cansancio se desvaneció.

Llevaba la última pieza de lencería que había elegido para ella. Y a Nick se le hizo agua la boca. Opacadas sus pisadas por la alfombra blanca que cubría toda la habitación, él llegó hasta la cama. Apoyó la rodilla en el colchón procurando no despertarla, y le acarició la mejilla. Ante el breve contacto, ella se removió. Nick apartó la mano de inmediato. Ignoraba los ritmos del sueño de Zoey, y ahora podía notar que quizá era ligero. Poco a poco, ella abrió los ojos, tratando de habituarse a la luz con el ceño fruncido. Giró el rostro, y al verlo, esbozó una lenta sonrisa que conservaba todavía las señales del sueño.

—Nick...—susurró. Estiró la mano, y él se inclinó hacia ella para sentir la suave palma en su rostro. Movié el pulgar sobre la mejilla que tenía

marcada una barba muy sexy de cinco días—. Creí que vendrías antes... Me quedé dormida... —Entonces pareció recordar algo, y se sonrojó. Intentó cubrirse, pero él se lo impidió.

—Me gustas tal como estás ahora mismo —dijo con sensualidad y empezó a desabrocharse la camisa blanca de Dolce & Gabbana—. Imagino que tu presencia aquí tiene algo que ver con cierta decisión pendiente. ¿O me equivoco? —preguntó con una sonrisa de medio lado, y pronto la camisa cayó a un lado. Le siguieron las medias, y el cinturón.

—Mmm...—susurró cautivada por el cuerpo masculino. Se incorporó un poco, y se apoyó en el brazo izquierdo para mirarlo. El bulto prominente en el pantalón negro era más que evidente—. Sí, tiene que ver con esa decisión —sonrió.

No le importaba el estado de transparencia de la prenda que llevaba, porque lo que más quería era recorrer con su boca esas abdominales marcadas que invitaban a mordisquearlas hasta encontrar el último pedacito que llevaba al único sitio de la anatomía masculina que era capaz de fundirse inequívocamente en su cuerpo y llevarla al placer más descarnado.

—¿Me echaste de menos? —le preguntó él, mientras se quitaba el pantalón. La mirada de Zoey no pudo evitar recorrerlo.

—No —replicó, y él soltó una carcajada.

—Muy mala respuesta —dijo cruzándose de brazos.

—Hablas mucho... Han pasado dos semanas sin verte. Pensé que me dirías la hora de tu vuelo, pero como no respondiste, entonces decidí visitarte.

—En lugar de mandarme la foto. —Ella le hizo un guiño—. Creo que mereces un castigo.

—No me digas...—dijo mordiéndose el labio inferior con lentitud antes de soltarlo para sonreírle.

Ser temeraria no era una cualidad que hubiese explorado a conciencia

en el pasado, aunque no por eso implicaba que esa emoción estuviese fuera de su sistema y no fuese capaz de encontrarla. La forma en que Nick la hacía consciente de sí misma, como si le otorgase un brillo adicional a su determinación de seducirlo, y su feminidad.

Los ojos azules se oscurecieron cuando notaron cómo los pezones erectos de Zoey continuaban pidiendo a gritos la atención de su boca. Y él anhelaba el sabor de ese par de deliciosos botones como un hombre falto de agua.

—¿Y qué has decidido? —preguntó.

Remover el pantalón no le representó ningún trabajo a Nick. Y lo único que le impedía inclinarse sobre Zoey y hacer algo más que solo devorar esa boca deliciosa, era la respuesta que esperaba de ella desde su encuentro en París. Cada poro de su piel y su capacidad de autocontrol amenazaban con explotar de un momento a otro.

Zoey contuvo el aliento mientras se daba un festín visual con Nick.

Un hombre podía ser viril, y esa virilidad lo convertía en un ser hermoso, Nick lo era; su físico era armónico, atlético y la mirada seductora la embujaba. El problema era que Zoey no quería el antídoto que podría quitar el hechizo que él había conjurado a su alrededor desde que tuvo conciencia de su capacidad de atraer al sexo opuesto.

Ella se puso de rodillas en el centro de la cama, sin perder el contacto visual con Nick en ningún momento, y se acomodó de tal manera que asentó el trasero en sus talones. Colocó las manos sobre sus muslos e inclinó la cabeza ligeramente. Sus cabellos sedosos se agitaron al compás de sus pausados movimientos.

—Zoey...

—Estoy aquí, ¿no te parece eso una respuesta más que suficiente? —preguntó abriendo ligeramente las piernas y sonriendo.

—Vas a ser mi ruina, mujer —murmuró antes de inclinarse y besarle los labios con ansia, mientras ella ahogaba una risa que pronto se transformó en un suspiro.

Las manos de Nick la recorrieron por entero, acariciándola con fuego en sus dedos, quemando cada parte que tocaba. No paró de besarla, ni Zoey deseaba que se detuviese, porque disfrutaba cómo se sentía la espalda musculada de Nick bajo el tacto de sus suaves manos femeninas. Enarcó las caderas para tratar de sentirlo más cerca, si acaso era posible, y después rodeó con las piernas las caderas de Nick. Se frotó contra la dura erección y sintió el clímax demasiado cerca.

Estaba húmeda y todo su cuerpo estaba en sintonía con el de Nick. Dos largas semanas sin besarlo, tocarlo y sin sentir la forma en que la gruesa erección se abría paso entre sus pliegues más íntimos había sido agonizante. Ahora que por fin lo tenía con ella, la falta que le hacía era todavía más notoria.

Cuando volviese a ver la luz del día, le iba a tener que agradecer al chofer de Nick por haberle facilitado la llave de emergencia que tenía del ático. Caso contrario, ella no hubiera podido escabullirse en la elegante y costosa residencia de uno de los tipos más sexy de Gran Bretaña. Su amante. Y qué deliciosas imágenes podía conjurar ahora cada vez que pensaba en él. Sonrió como lo haría alguien conocedor de su poder sensual y el placer que estaba recibiendo, y todo el placer que quedaba por experimentar el resto de la velada.

—¿Te has probado todo lo que te envíe? —preguntó suavizando el beso y mordisqueándole el labio inferior.

La pelvis masculina hacía círculos sobre la suave vulva de Zoey

cubierta por la finísima tela. Él podía sentirla lista para recibirlo, pero pretendía torturarla un poco; tanto o más como ella lo había hecho a la distancia. Quería probarla, saciarse de ese sabor tan único.

—Tal vez —susurró sonriendo.

—Mmm, ¿qué tenemos aquí? —Fijó la atención en los pezones de Zoey. Estaban erectos y parecían pedir a gritos su boca, su lengua, y su aliento para mantenerlos a un erótico ritmo que podía sin dudas llevar a su dueña al clímax—. Te gustaría que los probara, ¿verdad?

—Sabes que sí.

—Pídemelo —ordenó rodeándole un pecho con su mano y tocando el montículo de exquisita piel blanca, avariciosamente.

Ella se acomodó de tal manera que estiró la mano para tocar el bulto que el bóxer escondía de su mirada, su boca y su sexo. Nick gruñó y le apartó la mano.

—Nick...

—Pídemelo —insistió.

Ella se sonrojó.

—Nick, lame y succiona mis pechos, *ahora* —dijo la última palabra con temblor en la voz, porque él tomó la carísima prenda del cuello y la desgarró por completo. Zoey se movió hasta que él lanzó la prenda hacia un lado, dejándola totalmente desnuda y expuesta. Los pezones casi le dolían de la necesidad de sentir sus caricias.

—Un placer, cariño —murmuró haciéndole un guiño con esos pícaros ojos azules, y se inclinó hacia el pecho derecho para lamer el suave pezón.

Cada movimiento de su lengua, que bajaba lentamente por el cuello, iba dejando un reguero de fuego a su paso. Su mirada no abandonó la de Zoey mientras la incitaba a perder el control. Ella le acarició el torso desnudo, le clavó las uñas, como si tratara de apropiarse de esas magníficas abdominales,

de la piel caliente, y así retener para siempre las sensaciones que la envolvían como un manto electrizante, devastador y, por supuesto, impregnado de una posesión sensual de la que ella no quería librarse.

—Bésame... —susurró, y lo sintió sonreír contra su cuello.

—Paciencia.

—Se agotó —protestó, elevando las caderas y logrando que él gruñera.

Un pequeño y nimio triunfo.

Zoey se apoyó contra el brazo de Nick, mientras él le rodeaba la cintura, hasta que sintió la boca masculina sobre uno de sus pechos. Estaba tan excitada que cuando los labios de Nick se cerraron sobre un pezón, ella gimió. Con la mano izquierda tomó el pezón de ese pecho y lo apretó, sin contemplaciones, sin pensar en otra cosa que causarle un placentero dolor; y con su boca succionó el pezón derecho para después succionarlo como si se le fuese la vida en ello.

Ella se retorció bajo el exquisito peso del cuerpo de Nick. Se le cortó el aliento porque las sensaciones que experimentaban eran demasiado fuertes. Mientras chupaba en un pecho con avidez, en el otro, el pulgar frotaba el pezón, volviéndolo más sensible. Zoey jadeó e intentó sostener una respiración calmada, pero no pudo, porque a medida que Nick la tocaba, su corazón se aceleraba todavía más...

—Precioso... —murmuró él, perdido en la belleza de Zoey. En sus pechos desnudos, de sonrosadas areolas, y la suave piel que se frotaba bajo la suya. Era un delicioso tormento—. Eres tan receptiva y suave, Zoey —murmuró abandonando sus pechos para deslizar sus besos por el esternón, el suave vientre plano, y cuando llegó hasta el triángulo en el que convergían los puntos de placer de Zoey, la miró de nuevo.

—Nick...

—Quiero probarte —explicó antes de tomarla de las nalgas para acercarse

el sexo de Zoey a su boca.

—Pero...

—Solo disfruta —murmuró antes de abrir un poco las nalgas de Zoey con las manos para incitarla a dejarlo maniobrar con su lengua. Aspiró el aroma tan femenino y tan de ella antes de abrir los labios, inclinarse, y lamerla con su lengua caliente.

—Oh, Dios —gimoteó Zoey, cubriéndose los ojos con el antebrazo y abriéndose más para Nick. Porque se sentía glotona de deseo, anhelante de placer, pero sobre todo rebotante de un amor que sabía que no era correspondido, pero que lo entregaba de todas formas con generosidad.

La lengua de Nick la lubricó, exploró con dedicación sus pliegues húmedos, y succionó su sexo con intención de hacerla perder la cabeza. Y lo estaba consiguiendo con gran expertise. Sintió que una de las manos de Nick abandonaba su trasero, y cuando iba a decir algo, uno de los dedos masculinos penetró en su carne al tiempo que la lengua obraba magia. Empezó a jadear y a sentir que iba a llegar al clímax.

—Nick... Nick...

—Tócate los pechos, nena, hazlo —pidió mirándola desde el sur del cuerpo femenino—. Tócate de la misma manera en que lo hice yo con mis dedos.

—Me pides cosas que...

—A menos que quieras que me detenga —dijo dándole un nuevo lametón e introduciendo otro dedo en el suave canal femenino. Y detuvo sus caricias íntimas.

—Perverso —dijo antes de suspirar y agarrarse los pechos con ambas manos—. Tócame, maldición —expresó, frustrada.

Nick soltó una carcajada.

—Me gusta que seas tan apasionada.

—Nick —dijo entre dientes.

—A las órdenes, mi vida —replicó antes de empezar de nuevo a dejar su boca y sus dedos marcar el ritmo del placer. Zoey se derritió de gusto. Sentía el sexo pulsante y se acariciaba los pezones con la misma angustia con la que deseaba alcanzar el clímax, con fuerza e insistencia. Echó la cabeza hacia atrás.

—Zoey —murmuró él cuando sintió que ella estaba a punto de explotar. Se quitó el bóxer y sin darle tiempo se fundió profundamente en ella.

—Nick —susurró mientras él la embestía una y otra vez.

Ella apartó las manos de sus propios senos para elevarlas y hundirlas en el cabello de Nick, haló con fuerza a medida que se acercaba a su liberación. Después deslizó las manos y se agarró de los hombros, jadeando al tiempo que sus caderas se batían en un duelo erótico a medida que Nick la poseía.

Nick podía sentir las palpitaciones de las paredes íntimas femeninas a su alrededor. Le gustaba el sonido del choque de sus cuerpos, la fricción, la necesidad descarnada que surgía de cada uno. Él disfrutaba al saber que, en la cama, Zoey era su igual. Dolor y placer. Se movieron juntos como si sus cuerpos supieran los pasos que debían dar en esa danza llena de acordes que eran marcados por suspiros, gemidos, por las caricias de las manos, la avaricia de sus bocas, y la inexorable conexión que sus sexos necesitaban para sentirse plenos.

Él le frotó el clítoris cuando era inminente el orgasmo de Zoey. Nick conocía el ritmo del cuerpo de una mujer, y descubrir el de Zoey era uno de los más grandes placeres que había sentido en mucho tiempo, si acaso en toda su vida.

—Nick, oh, Nick —sollozó.

—Déjate ir, cariño —dijo con una última embestida profunda, sintiendo cómo sus muslos temblaron, con la piel húmeda por la transpiración

fusionada de ambos.

—Te quiero tanto —susurró ella antes de perderse en un clímax que barrió su conciencia y todo pensamiento coherente.

Un profundo gemido surgió de la garganta de Nick y todo su cuerpo vibró mientras se derramaba en el interior de Zoey.

Cuando la respiración de ambos pareció recuperar un ritmo más calmado, Zoey lo rodeó con los brazos. Nick tenía el rostro oculto en su hombro, y ella podía sentir el cálido aliento en el cuello. Necesitaba tenerlo así, piel con piel, porque después de la devastación que acababan de experimentar sus sentidos el peso de ese maravilloso cuerpo masculino sobre el de ella resultaba el ancla perfecta para saber que estaba sintiendo algo real con alguien que siempre poseería un trozo de su alma.

Unos minutos después, Nick apartó el rostro del cuello de Zoey. Si esas sensaciones tan impactantes resultaban de tener sexo con ella, entonces él no creía que pudiera cansarse de Zoey. Era una amante generosa y receptiva. Más receptiva que ninguna mujer que hubiera recordado haber hecho su amante.

Sin embargo, no era la intensa forma de tener sexo lo que había conseguido despertar las alertas en su mente. Se trataba de las palabras que ella expresó antes de llegar al clímax y perder toda noción de la realidad. «Te quiero tanto.» A pesar de que no era capaz de devolver esas palabras, sí lo llenaban de una indescriptible alegría. No se trataba solo de un ego masculino lisonjeado, al saber que la mujer que acababa de proporcionarle un indescriptible orgasmo lo quería, sino porque quizá desde que puso los ojos en Zoey quiso escucharla decirlo.

—Nick —la escuchó decir con una voz queda.

Despacio, él salió del húmedo cuerpo, y la abrazó. Con un movimiento que no le costó nada de trabajo, la colocó sobre él.

—¿Sí? —preguntó acariciándole la espalda. Era tan delicada y fuerte al mismo tiempo. Una maravillosa contradicción.

—No hace falta que me respondas de regreso —murmuró, acariciándole el labio inferior con el pulgar. Sus pechos estaban contra la piel del torso de Nick, y le gustaba la sensación de estar anclada a él de esa manera—. Recuerdo lo que te dije hace un rato y no fue parte de la emoción de una sesión de sexo.

—Zoey... —susurró poniéndole el índice sobre los labios—. Déjalo estar.

—He compartido mi cuerpo contigo sin restricciones, y sería hipócrita de mi parte negarte algo que siempre ha sido tuyo. Te quiero —murmuró—. Y solo quería que lo llevaras claro. No me acuesto con cualquier persona solo por hecho de hacerlo. Seré tu amante, porque así lo deseo, no porque espere nada a cambio.

—Yo no soy capaz de...

—Lo sé —interrumpió ella con una sonrisa triste—, lo sé, Nick. —Zoey contoneó las caderas y él sonrió—. No sería capaz de pedirte que hicieras un esfuerzo por quererme, porque el amor es algo que se entrega de forma voluntaria. Si no está en ti, pues no está. Esto —señaló con el dedo a Nick y después a sí misma— no tiene nada que ver con exigir o esperar algo a cambio. Solo acéptalo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo...

Ella sonrió.

—Ahora, mejor demuéstreme qué tan buen amante eres esta noche y hazme olvidar el tiempo que estuviste lejos de Londres.

Nick se rio y la tensión que había empezado a bullir en su sistema, tan habituado a vivir sin complicaciones emocionales, se disipó un poco. Él no se consideraba un hombre capaz de amar de la forma en que muchas mujeres

esperaban. Sin embargo, las palabras de Zoey habían tocado una fibra muy profunda en él. Una fibra que no quería analizar ni diseccionar. Solo deseaba disfrutar lo que tenían durante el tiempo que fuese posible.

Él le acarició la mejilla antes de girarse hasta que ella estuvo de nuevo bajo su cuerpo. Tal y como le gustaba. Dispuesta para recibirlo. Y su sexo estaba más que listo para volver a deslizarse en las sensuales profundidades de Zoey.

—Será todo un placer.

Aquella noche, Zoey no dejó que Nick tomara el control. Durante una de las cuatro ocasiones que hicieron el amor, ella lo cabalgó con abandono, sintiendo fluir por sus venas la pasión y el fuego de su sensualidad.

Fue una noche memorable porque, aunque Nick no fuese capaz de verlo y quizá le tomase algún tiempo más darse cuenta, su alma sabía que al fin había encontrado la parte que durante tanto tiempo había estado perdida.

Lastimosamente, el paraíso no era un sitio en el que se pudiese habitar durante demasiado tiempo, en especial cuando los rayos del sol marcaban un nuevo día, y la realidad llegaba de golpe para despertar a los amantes que estaban perdidos en los dictámenes de la traviesa Afrodita.

CAPÍTULO 17

A partir del regreso de Nick a Londres, tres semanas corrían ya en el calendario, él no pasaba ni una noche lejos de Zoey por voluntad propia. Cuando tenía que estar hasta altas horas de la noche trabajando, su primer punto, una vez que abandonaba sus lujosas oficinas, era junto a ella.

Hacer el amor con Zoey lo hacía olvidar los días de mierda que tenía en sus dos compañías. NNW estaba expandiéndose hacia Irlanda del Norte, y Coast Industries empezaba a ganar terreno a otras empresas con rutas marítimas que generaban cientos de millones de libras esterlinas, más de lo normal, e iba ganando a su paso más corporaciones multimillonarias como clientes.

Sin embargo, las noches con Zoey eran mucho más que un simple solaz en su complicada agenda laboral. Cuando Nick estaba con ella, sus sentidos parecían calmarse y llenarse de la burbujeante personalidad femenina. Su cercanía le causaba placer y sosiego a tiempos iguales.

Las charlas durante la cena o cuando podían quedar durante el almuerzo resultaban estimulantes. La visión de negocios que Zoey poseía era de aplaudir. A tiempos era pragmática y en otros instantes insistente o drástica.

Ya habían pasado la complicada conversación de decirles al clan Wolfe que estaban saliendo juntos. Nick y Zoey habían pensado en la mejor manera de decirles la noticia, pero asegurándose de que ninguno considerase la relación como una garantía de algún tipo de compromiso o expectativa a largo plazo. No era nada fácil el escenario, pero hicieron la promesa de que indistintamente de cómo se desarrollasen las cosas, Nick y Zoey mantendrían la cordialidad durante las reuniones familiares o eventos cuando hubiera amigos en común.

Adelle, Gustav, Elizabeth y Albert, tenían unas ideas románticas idealizadas, pero sorprendieron a Zoey y Nick diciéndoles que no estaban en absoluto sorprendidos de que hubiese ocurrido algo más personal entre ambos. También les aseguraron que lo último que querían era ver a uno de los dos lastimados y les hicieron prometer que, indistintamente del tipo de relación que tuviesen, intentaran no perjudicarse ni tampoco la marca corporativa.

Sorprendidos por la calma con que los Wolfe habían tomado la noticia, Nick y Zoey, continuaron manteniendo su relación de forma discreta. Si se topaban en alguna junta, lo hacían todo de forma profesional.

Ninguno de los empleados estaba enterado del giro en sus vidas personales, porque no era asunto de ellos. Sin embargo, un par de ocasiones, Nick aprovechó el silencio de la sala de juntas de JW para hacer de las suyas con Zoey. Incluso una vez estuvieron a punto de ser pillados in-fraganti en el parqueadero subterráneo de JW, y la adrenalina sumada a la pasión que los consumía, convirtió la experiencia en una silenciosa y memorable maratón de sexo.

Nick había charlado días atrás con Albert y Zoey sobre la inminente reunión con James Mallory para conocer las posibilidades de expansión que el norteamericano podía proporcionar al sello JW. A pesar de que el proyecto de Isolda ya estaba en marcha, Zoey consideraba algo apresurado una nueva adhesión a la cartera de socios, por más de que fuese temporal, pero Nick la convenció de lo contrario con números y argumentos sólidos.

Por eso se encontraban, Zoey y Nick, en esos momentos en el aeropuerto Heathrow esperando a que llegara el vuelo procedente de Estados Unidos.

—Me gustaría poder besarte —le dijo él con disimulo al oído, y observando alrededor, le dio un ligerísimo y suave mordisco en el lóbulo de la oreja—. ¿Sabes que las salas VIP de los aeropuertos serían un sitio interesante para hacerlo?

Ella solo se rio.

Estaban rodeados de una multitud que entraba y salía. Y no podían hacer un espectáculo por más de que la sola cercanía de Nick causara en ella la necesidad de estar piel con piel. Sentir sus caricias. Probar sus besos y estar íntimamente moviéndose al ritmo del deseo.

Zoey no recordaba haberse sentido tan feliz en toda su vida, a pesar de ser consciente de que su relación podría terminar de un momento a otro sin ningún tipo de aviso que pudiera prevenirla. Pero deseaba vivir a plenitud, y preocuparse por eventualidades no iba a ayudarla en su propósito.

—¿Esa risa implica que te gusta la idea?

—Estamos en un lugar público, y sí, claro que me gusta la idea, pero ya lo haremos después...

—¿Es una promesa?

Ella volvió a sonreír y le dio un suave codazo en las costillas. Él hizo una mueca como si le hubiese roto un hueso.

—Eres imposible —murmuró, sonrojándose.

Nick había cambiado sustancialmente en las últimas semanas. A pesar de que no le decía a Zoey si acaso tenía sentimientos profundos por ella, sí había gestos que la invitaban a considerar la idea de que quizá las emociones de Nick eran más intensas de lo que aparentaban. Y no se trataba solo del sexo. En ocasiones, la sorprendía con un ramo de flores. Otras, la llevaba solo porque sí a algún sitio tranquilo en el que solían pasar horas conversando los fines de semana.

A pesar de que la agenda de trabajo de ambos era muy compleja, en los

primeros resquicios de aire, Nick estaba a su lado. Muchas ocasiones solo se quedaban el uno junto al otro, abrazados, sin hablar; y eso resultaba más reconfortante que mil palabras. Zoey no podía evitar imaginar si acaso él se comportaba de ese modo con todas sus amantes. No tenía cómo preguntar o averiguar sin salir lastimada en el caso de que la respuesta fuese afirmativa, y confirmara que él trataba a todas por igual una vez que se establecía una intimidad continua.

—Aquí viene nuestro posible asociado con su esposa —dijo Nick cuando divisó a lo lejos el inconfundible bigote de James.

No era costumbre de Nick esperar a ninguno de sus contactos, por más pequeña o grande que pudiera ser la alianza comercial, en el aeropuerto. No obstante, su directora corporativa de relaciones públicas, Ashley Thomas, había realizado con su equipo de trabajo la habitual investigación de los antecedentes comerciales y reputación empresarial, en este caso sobre Mallory. El consejo era claro: no debían existir fotografías o escándalos femeninos vinculado al nombre de Nick durante el viaje de negocios de cinco días de James con su mujer en Inglaterra. Obviamente, Ashley no sabía nada de la íntima relación de Nick con Zoey, y tampoco era de su incumbencia.

James era uno de aquellos norteamericanos chapados a la antigua con intrínsecos valores familiares, muy apegado a sus raíces sureñas. Las personas a quienes Ashley había consulado solo hablaban maravillas de la gestión de Mallory Settlements Inc., y la integridad de su presidente ejecutivo. En el plano personal, James no viajaba sin su esposa, Maggy, salvo que ella estuviera de visita en casa de alguno de sus cinco hijos, repartidos a lo largo de todo Estados Unidos; uno de ellos residía en Japón.

—Encantado de conocerlos —dijo James extendiendo la mano, primero hacia Zoey, y después hacia Nick.

—Qué largo viaje —murmuró Maggy sin perder su sonrisa, y saludando

a uno y otro—, pero al fin estamos aquí. Si el avión de mi esposo no hubiese sufrido un desperfecto, no habríamos tenido que venir en un vuelo comercial. Estoy encantada de volver a Londres.

—Ojalá los aviones fuesen más rápidos —replicó Zoey con una gran sonrisa.

Casi de forma inconsciente, imaginó ella, la mano de Nick se ancló en su espalda baja. La sensación de pertenencia de ese pequeño gesto le causó un ligero temblor en el cuerpo. Uno muy agradable.

El chofer de Nick los esperaba en el exterior del aeropuerto. Durante todo el trayecto, hasta el Four Seasons Hotel London ubicado en Park Lane, Zoey descubrió que Maggy era una mujer muy cálida y llena de un gran sentido del humor. Sin mayores miramientos le contó sobre la forma en que conoció a su esposo, y las dificultades que enfrentaron al tener que hipotecar la hacienda familiar para lograr desarrollar el proyecto que convertiría diez años después a James Mallory en un millonario.

—No quiero ser entrometida, cariño, pero, ¿qué clase de relación tienes con Nick? —preguntó con el típico acento sureño, mientras los hombres charlaban de negocios en una mesa del restaurante del hotel.

—Una bastante complicada —replicó riéndose. Y aquella respuesta era la más cercana a la realidad—. Espero que eso no entorpezca o importe en las conversaciones de negocios...

Bebiendo el té que tenía ante ella, Maggy hizo una negación.

—Para nada, pero sí creo conveniente decirte que mi esposo es un romántico empedernido. Imagínate que todavía me invita a salir como si no hubiésemos tenido cinco hijos y más de treinta años de casados —dijo con una amplia sonrisa.

—Qué suerte tienes, Maggy —replicó tuteándola tal como le había pedido que lo hiciera—, me da gusto por ti. En la empresa tenemos algunas

actividades planificadas para ustedes. Nada nos agradaría más que saber que están pasando un buen momento en nuestro país, y que al mismo tiempo encuentran un buen aliado en JW para los negocios.

Maggy asintió.

—Gracias, Zoey. La última ocasión que pasé por Europa fue hace siete meses. Me hubiese gustado acompañar a mi esposo en el viaje que hizo hace pocas semanas y en el que conoció a Nick, así tú y yo hubiéramos coincidido para hacer compras. ¿Me mostrarías los sitios más exclusivos de Londres? Las mujeres mayores ya no tenemos tiempo de estar al pendiente de las últimas tendencias cuando nuestros hijos o nietos nos reclaman atención.

Zoey rio.

—Por supuesto, me encargaré de sugerirte un par de sitios que estoy segura de que van a gustarte. Mi asistente personal es una experta en encontrar lugares maravillosos y exclusivos.

No podía decirle que su secreto para la moda consistía en estudiar los catálogos de los mejores diseñadores para así no desentonar en los grandes eventos de su compañía, pero que, en realidad, la moda le era indiferente. Que le gustaba calzar un par de zapatos finos y elegantes, sin importar el precio, por supuesto que sí, pero de ahí a considerarse experta en moda existía un abismo.

—Sensacional...

—Zoey, ¿qué te parece si le cuentas a James sobre la visión de expansión que tenemos en JW, y la incursión de Isolda Veuvier en nuestra línea especial de diseño —preguntó Nick sonriéndole con calidez—. Creo que será interesante escucharlo de boca de la única persona que ha conseguido que una artista tan esquiva trabaje para JW en exclusividad.

Zoey miró a Nick, y le sonrió con dulzura. Aquella era una mirada que estaba solo dedicada para él, era tan íntima y personal, pero nadie entendía el

mensaje que no solo expresaban los labios, sino también esos ojos del color del whisky. Aquel era el lenguaje de los amantes. Una sonrisa, una mirada, un gesto, que podría resultar banal a ojos de otros, pero no para las únicas personas involucradas. Se trataba de un juego de sentidos, deseo, interés y sensualidad.

—¿Isolda Veuvier? Vaya... —murmuró Maggy con asombro cuando escuchó el nombre de la diseñadora francesa. Miró a su esposo y dijo—: Cariño, si ella está involucrada, entonces esta negociación está cerrada.

James, consciente de que su esposa no sabía nada sobre mantener los pensamientos a raya durante una reunión preliminar de negocios —incluso una en curso y delicada— tan solo le dio un suave apretón

—Ya lo hablaremos, Maggy —dijo James con amabilidad.

Zoey sonrió para sí misma. Era de conocimiento público la reputación de Isolda. Las revistas intentaban entrevistarla casi siempre, pero su naturaleza bohemia y excéntrica, no lograba que esos medios obtuviesen lo que buscaban. Así que no sorprendía que alguien en Louisiana supiera del trabajo de la artista parisina.

—Eso quiero escucharlo de primera mano —dijo Maggy muy interesada.

Pasaron charlando una hora. James estaba pidiendo un alto porcentaje de comisión por derecho de vitrina en las cadenas más caras de hoteles en Estados Unidos, y eso sin contar con los costos de exportación, permisos aduaneros y medidas de seguridad que correrían sin duda por cuenta de JW. Nick necesitaba negociar bien ese detalle, y contaba con cinco días para ello. A él le caía bien la pareja, pero no era del tipo de persona que se dejaba llevar por impresiones personales y no estaba en conversaciones para hacerse amigos. Sin embargo, los Mallory parecían exactamente ese tipo de individuos.

Nick ya poseía una clara idea sobre la manera de trabajar de James, y también tenía un portafolio con transacciones importantes que daban cuenta de lo próspero y efectivo que era el hombre. No podía tratar a James de la misma forma que solía hacerlo con otros empresarios. El norteamericano tenía una fijación con los valores familiares, los cuales sacaba a relucir cada tanto en la conversación, con ejemplos o vivencias personales, aunque la charla que estuviese sosteniendo fuese o no de negocios. Ese detalle sí empezaba a preocuparle a Nick. Algo nuevo en su mundo, pero ningún reto le parecía demasiado complejo en la mesa de negocios, menos lo serían los Mallory.

Antes de que Nick decidiese que era tiempo suficiente para dejar que los recién llegados descansaran en sus habitaciones, el magnate de Estados Unidos encendió un puro. Dio varias caladas y echó el humo lejos de la mesa. Una educación impecable.

—Y dime, Nick —dijo, cuando el camarero fue a traerles la cuenta que, por supuesto, pagaban los Wolfe—, ¿has pensado en formar una familia? Eres un hombre inteligente, con éxito, y estoy seguro de que las mujeres que valen la pena están esperando por un compañero idóneo.

Zoey se aclaró la garganta, pero la señora Mallory parecía considerar ese tipo de comentarios de su esposo muy apropiados. Lo cierto es que no eran comentarios en absoluto apropiados en las esferas sociales de Londres, peor si se trataba de temas de negocios y con personas que apenas conocían. Zoey ya se había dado cuenta de que ese matrimonio no solo era peculiar, exitoso, y lleno de normas familiares que se enorgullecían de compartir, sino también que poseían “cero” interés en conocer las reglas sociales, porque manejaban las propias. Imaginaba que tenía que ver con el hecho de poseer tanto dinero. Al final, ¿quiénes eran los demás para juzgar? No pagaban sus cuentas, no habían sido testigos del viaje de los Mallory para llegar a la

cúspide empresarial en Estados Unidos, así que, ¿qué le importaba al resto lo que ellos hicieran o no? Desde ese punto de vista, Zoey los entendía, pero la expresión incómoda de Nick —que quizá pasaba desapercibida para quien no lo conocía— era más que evidente.

—Estuve casado en una ocasión —dijo con voz tensa sin mirar a Zoey—, pero no funcionó por temas de conflicto de intereses.

—Oh, cuánto lo siento —intervino Maggy—. Seguro pronto encontrarás una mujer que merezca la pena. —Miró a James—: Cariño, deja al muchacho en paz. A veces el destino tiene sorpresas. —Miró a Nick—: Crees en el destino, ¿verdad? —preguntó con un tono tan esperanzador que a Zoey le dieron ganas de reírse.

—Yo... —Nick se aclaró la garganta—, claro. Sí.

—¿Ves? —preguntó Maggy a su esposo, sin esperar respuesta—. Hacer negocios con un hombre que sí cree que las cosas tienen un poco de magia y destino será estupendo. ¡Con Isolda Veuvier nada menos! —exclamó con alegría—. Y tú tan preocupado porque dices que los británicos son personas demasiado frías y no van a saber apreciar los esfuerzos de una persona como tú que ha surgido gracias al apoyo constante de la familia.

En esta ocasión fue James quien se aclaró la garganta. Se fijó en la mesa. Su mujer había bebido ya dos mojitos, y Maggy no era muy resistente al alcohol. Ahora todos podían darse cuenta de ese pequeño detalle. Adoraba a su esposa, pero en ocasiones se preguntaba si ella era consciente de que no todos la apreciaban tal como era; con su chispeante personalidad. Tal como la apreciaba él.

James no pensaba tener tratos con un playboy, y esa era la primera impresión que tuvo de Nick al conocerlo semanas atrás, sin embargo, la conversación y presencia de Zoey daba cuenta de que el muchacho tenía una mente clara y amplia para los negocios, y por la forma de hablar de su familia

también era evidente que valoraba mucho los pilares forjados por quienes compartían su ADN. Aquel era un gran punto a favor de la compañía, y el hecho de que una mujer joven como Zoey fuese accionista le otorgaba un valor agregado por la equidad de géneros en el trabajo.

Sí, James podía entender la emoción de Maggy por Isolda Veuvier, él estaba más que sorprendido que la mujer hubiese salido de su ostracismo para participar con JW y eso ya decía mucho de la empresa y de quienes eran accionistas. Pero iría con cautela los próximos días. Para James todos sus empleados formaban parte de una gran familia, aunque no compartiesen su ADN, compartían sus valores morales e ideales; y todos sus asociados tenían similitud de ideas al respecto. Él pretendía continuar manteniendo esa filosofía empresarial, y no le importaban las críticas de otros al respecto. Así había forjado su fortuna, pero lo más importante: así era feliz.

—Maggy, querida, me gustaría descansar. ¿Te parece bien?

—Claro, claro —dijo la burbujeante mujer—, yo también estoy agotada.

—Los dejaremos tranquilos entonces ha sido un verdadero placer —dijo Nick, antes de extenderle la tarjeta de crédito al camarero, y una propina de cien libras esterlinas—. James, mañana tendremos una reunión con mi tío Albert a las once de la mañana.

—Nos gustaría hacer un recorrido en la compañía, y después que visitaran el taller principal que se encuentra en las afueras de Londres —dijo Zoey.

—¡Magnífico! —exclamó James y tomó a su esposa del brazo.

Las dos parejas empezaron a salir del restaurante charlando naderías propias de la culminación de una jornada social.

A Nick, el tío Albert le había dado carta blanca sobre esa negociación con los Mallory al igual que a Zoey. Era un gran pacto de confianza porque se trataba de expandir la empresa, y a pesar de su edad, Albert continuaba

siendo un titán corporativo con mucho respeto de sus pares. Sin embargo, Nick quería que su tío continuase siendo parte de ese inicio que marcaría el ingreso de la marca JW en el mercado de lujo de Norteamérica.

Nick y Zoey se despidieron de los Mallory, y pronto estuvieron en el automóvil conducido por el paciente conductor, Bastto.

En el automóvil ambos accionistas charlaron sobre sus impresiones de los esposos, que ahora de seguro estaban instalándose en la suite presidencial del hotel, y concordaron en que era preciso mantener la vida social de ambos a raya —no porque, al menos Zoey, la tuviese en abundancia— sino porque no querían que los Mallory tomasen ese referente para juzgar sus acciones corporativas. Era un panorama complicado, pero los dos estaban comprometidos con la idea de hacer funcionar a las mil maravillas el acuerdo con Isolda y otorgarle un plus al llevar las joyas a Estados Unidos durante un año para una venta exclusiva.

—¿A su ático, señor? —preguntó Bastto.

—No —intervino Zoey, ahogando un bostezo—, por favor, Bastto, llévame primero a mi casa.

—Como usted ordene —replicó el hombre.

Nick la quedó mirando, y ella enarcó una ceja a modo de pregunta.

—Quiero pasar la noche contigo.

Zoey soltó una carcajada.

—Si supieras cuánto me gusta escucharte decir esas cosas con desparpajo.

—No tengo ningún tipo de inhibición sexual.

—¿Conmigo o con todas?

Nick le agarró el mentón y lo sostuvo con firmeza para que ella no apartase el rostro del suyo.

—No hay todas. Solo tú. A menos que quieras decirme que existe

interés de tu parte en alguien más... —dijo con voz acerada.

—Nuestro acuerdo no contempla esa idea, lo sabes —replicó con suavidad.

Él la soltó.

—Me alegro de que esté claro como el agua.

Ella contuvo otra carcajada. Últimamente Nick estaba más posesivo que de costumbre. Jensen incluso le preguntó una noche si no se le habría perdido un tornillo en su viaje a Europa.

Su mejor amigo la había invitado a salir de fiesta o a museos, como de costumbre, en varias ocasiones. Sin embargo, ella elegía —en cada invitación que Jensen le hacía— pasar la noche entre los brazos de Nick, y aquello no le sentó bien a Jensen. Pero era tiempo de que su amigo comprendiese que estaba en un momento en que empezaba a forjar algo que tenía un futuro, a diferencia de sus relaciones anteriores.

Ella había sufrido desaires, abandonos y humillaciones en el pasado. No solía tratar de ver lo mejor en las personas, pero no existía otra opción en la vida, al menos si no se quería morir de amargura. No estaba dispuesta a ser precavida. Quería arriesgarse con Nick, y lo estaba haciendo. Con cautela, sí, pero lanzándose de todas formas al gran río que era la vida. El amor.

—Solo espero que no estés equivocándote, Zoey. No quiero verte lastimada —le había dicho Jensen.

—El amor merece un riesgo.

Jensen había suspirado con resignación.

—Sí, Zoey, y viniendo de alguien con tu pasado, lo que puedo decirte es que tengas cuidado, porque ese tipo de riesgo solo merece la pena cuando existe reciprocidad y hasta ahora, después de tantos largos años, y aun con la intimidad de por medio, no me has comentado que Nick sienta lo mismo por ti.

—Jensen...

—De todas formas, sea como sea, siempre estaré para ti. —Ella le sonrió—. O al menos hasta que una de las mujeres que se muere por mis huesitos me llame —había dicho esto último con humor para suavizar la súbita tensión.

—Lo sé —se había reído ella— gracias, Jensen.

Esa conversación había ocurrido ocho días atrás. Y ahora, el perfume de Nick envolviendo su alrededor, tan solo conseguía hacerla sentir segura. Su sola presencia la llenaba de alegría, y el saber que al fin lo tenía solo para ella, todavía más.

Ni bien Zoey abrió la puerta de su casa, con Nick detrás de sus pasos, se encontró sentada sobre el mesón de mármol de su amplia cocina, mientras él se abría espacio para ubicarse entre sus piernas. Ella le rodeó las caderas con sus piernas, y lo ayudó en la tarea de quitarle los leggins. Pronto sintió las manos firmes abriéndose paso bajo la falda de su vestido rojo de seda, arrastrando los dedos sobre su piel de terciopelo y haciéndola estremecer.

—Nick... —susurró contra los labios de él antes de sentir cómo le mordisqueaba los labios antes de conquistar su boca por completo con la lengua, invitándola a seguir el ritmo de su contacto ardiente—. Espera...

—No puedo esperar, me he tenido que contener todo el puto día —murmuró, tocándola, acariciándola como si no la hubiese visto en años—. Necesitaba paladearte, y no creo que esta vez aguante demasiado sin penetrarte.

Ella soltó una risa nerviosa que se convirtió en un gemido ahogado cuando él logró, no sin su voluntaria ayuda, levantarle el vestido hasta las caderas. La tomó de la cintura y la acercó más al borde del mesón. En esa posición sus pelvis quedaban casi a la misma altura. Sin miramientos, Nick le arrancó las bragas. La dejó expuesta por completo.

—Estás tan deliciosamente húmeda —dijo concentrado en los suaves pliegues rosáceos que estaban hinchidos a la espera de que los acariciaran.

La probó con el dedo medio de la mano derecha. Zoey sentía que se quemaba por dentro; se sacó el vestido por la cabeza y lo lanzó a un lado. Manióbró para lograr que Nick se quitara la camisa, brindándole así una vista privilegiada de ese torso tan bien formado con marcadas abdominales. Los movimientos de ambos eran frenéticos. Donde uno tocaba, el otro se deshacía.

—Nick... —jadeó cuando empezó a mover con rapidez dos dedos en el interior de Zoey—. Date prisa...

Él se acercó, y Zoey afirmó las manos sobre los hombros. Nick inclinó la cabeza y empezó succionarle los pechos, uno y otro, con avidez, sin dejar de masturbarla. Le mordisqueó el pezón izquierdo, y luego procedió a lo mismo con el derecho. Zoey gemía y se movía al compás de la mano que estaba a punto de llevarla a un orgasmo.

—Tú deberías también...

—Lo sé, ahora mismo —murmuró todavía contra los pechos grandes, y con una asombrosa rapidez se deshizo del pantalón, dejándolo caer al suelo. Se quitó el bóxer azul oscuro y su miembro vibró, erecto, engrosado y con una suave bruma líquida en la punta del glande—. No voy a poder parar...

Ella cerró las piernas con fuerza alrededor de las caderas de Nick, deteniendo su propio orgasmo y tratando de que él dejara de tocarla. Él frunció el ceño.

—Te quiero ahora, dentro de mí. No me quiero correr con tu mano dentro, sino tu sexo.

—Una mujer que sabe lo que quiere —gruñó con placer apartando la mano de los lubricados pliegues de Zoey. La miró y se lamió los dedos que antes la habían tocado—, eso me gusta —concluyó. Y sin más preámbulos

acomodó su pene en la entrada de la vulva y la penetró con una larga y dura embestida.

—Ah, Nick... Estoy tan cerca, córrete conmigo...

—Zoey —jadeó empezando a bombear con fuerza. Una dos y tres veces a ritmo acelerado, para luego disminuirlo con el único propósito de enloquecerla. Y vaya que lo estaba consiguiendo.

Ella atrajo el rostro de Nick y lo besó con ansias e impaciencia, mientras movía las caderas saliendo al encuentro de las embestidas del poderoso miembro de Nick, y que tocaba cada parte de su ser, en los sitios más íntimos, haciéndolos vibrar. Echó la cabeza hacia atrás, y sintió la boca de Nick cerrándose sobre uno de sus pechos. Sintió el dolor de una fuerte succión al unísono de la sensación de los dientes devorándole ese botón tan femenino y placentero, justo cuando la última penetración de Nick la lanzó al clímax. Con un grito se perdió de la realidad.

Nick no podía creer que esa mujer fuese capaz de arrancarle la cordura de una forma tan rápida. Ahí estaba, perdido en su interior, derramándose en ella con un placer que se superaba cada vez que estaban juntos. La sostuvo contra su pecho, mientras las paredes íntimas de Zoey poco a poco dejaban de succionar su miembro.

Pasaron varios segundos. Él continuaba de pie sosteniéndola, y ella con la frente apoyada contra el torso masculino recuperando el resuello. Nick le acarició la espalda.

—¿Todo bien?

Ella apartó el rostro para mirarlo. Le sonrió con tal brillo en sus ojos que Nick creyó ver los rayos del sol en plena noche londinense. Ese era el efecto que últimamente causaba cada sonrisa de Zoey, y resultaba peligro y aterrador para alguien habituado a no permitir que sus emociones se involucrasen.

—Más que bien —replicó.

Él la tomó en volandas y la llevó hasta el cuarto de baño.

Entre besos, la acarició con la esponja llena de jabón. Tocó con reverencia cada parte de ese cuerpo que no permitiría que nadie más viese o acariciase. El nivel de impacto de ese pensamiento, mientras tocaba el clítoris de Zoey, sobaba el vientre, le lavaba los pechos, y recorrían sus interminables piernas, lo hizo caer en cuenta de que solo existía una manera de que Zoey no estuviera con nadie más; solo una manera de protegerla a ella y a su familia de aquella información que Trent le había proporcionado semanas atrás.

Se besaron, hicieron el amor de nuevo contra la pared del baño, en medio del vaho del agua caliente y lo resbaladizo de sus cuerpos. Nick la secó con mimo, y cada parte que iba dejando limpia de rastros de agua, la llenaba de besos.

—Eres demasiado dulce —murmuró Zoey girándose entre los brazos masculinos—. Voy a empezar a sospechar —dijo riéndose—. ¿Qué has hecho con el verdadero Nick Wolfe?

Él sonrió de medio lado.

—Tal vez estaba oculto esperando por ti.

—¿Será eso? —preguntó deslizando la mano por el vientre musculado de Nick y tomando por entero el miembro que empezaba a ponerse erecto de nuevo. Se sentía vibrante, y no solo porque la química entre ambos era electrizante. Había redescubierto al hombre que siempre vio en Nick, y se alegraba de saber que no se trató de una alucinación juvenil.

—Me siento como tu esclavo sexual —dijo él, riéndose, le agarró la mano con firmeza—. Y creo que es tiempo de que te demuestre que no estoy dispuesto a permitirlo, señorita.

—¿Cómo harás eso?

—De la única forma en que podrías liberarme del todo —dijo con

seriedad.

Zoey volvió a reírse. Entrelazó los dedos con los de Nick.

—No me digas, ¿y cómo haría yo semejante proeza?

—Cásate conmigo, Zoey.

CAPÍTULO 18

Por un breve lapso, Zoey creyó que estaba alucinando.

No era una pregunta la que hizo Nick, tampoco una orden. Se trataba de una petición en un peculiar tono que escondía incertidumbre y confusión. Estaba convencida de que él se sentía tan sorprendido como ella de que esas palabras hubiesen salido a flote.

Durante muchos veranos, cuando su cabeza estaba más despejada de lo habitual, imaginó escenarios diversos en los que Nick le pedía que pasara el resto de su vida con él. Ninguno de esos carecía de romanticismo o algún detalle especial. Imaginaba que la realidad y la ficción difícilmente se entremezclaban.

Zoey tomó una bocanada de aire. Su sistema nervioso necesitaba una dosis de valeriana con manzanilla, porque si ingería cafeína iba a tener un ataque que de seguro la enviaba al manicomio. La cabeza le daba vueltas y no podía pensar a derechas. Esperó un instante, como si de un momento a otro, se diese cuenta de que en realidad estaba soñando. Pero, no. Nick seguía ahí, mirándola con esa potente forma de penetrar hasta su corazón. Él era capaz de ver sus debilidades, y leía en su rostro como lo haría una tarotista experimentada con las cartas.

—Desde un inicio dejaste claro que no querías que esto se convirtiera en una relación con miras a algo a futuro —dijo con voz temblorosa—. Si esto es uno de tus juegos, Nick...

Se acomodó la ropa, y él, en silencio, la ayudó. Cuando ambos estuvieron vestidos por completo, Nick permaneció sentado, y Zoey hizo lo propio a su lado.

—Las personas podemos cambiar de opinión. Esto no es ningún juego.

Creo que me conoces bastante bien para saber que no soy niño, sino un hombre con la firme confianza de saber qué es lo que puede o no hacer, y quiero casarme contigo —dijo con seriedad. Le colocó un mechón de cabello detrás de la oreja, y después le acarició la mejilla con dulzura—. Por favor, mírame a los ojos, Zoey.

Ella suspiró.

—¿Y ahora? —preguntó, hundiéndose en las profundidades azules. No creía posible salir indemne.

—Cásate conmigo —repitió con voz queda.

Jamás había sentido que su torrente sanguíneo fuese capaz de entrar en auto-combustión como en ese momento. Ni siquiera la primera ocasión que se puso en pie ante una junta de accionistas, ni con los delegados internacionales de los principales países petroleros de Oriente Medio, experimentó la impaciencia ni incertidumbre tal como las estaba viviendo en esos instantes.

El día en que le pidió matrimonio a Camille, su cerebro gritaba que intentara volver el tiempo atrás para retirar esas palabras. Tampoco sintió emoción alguna más allá de la lujuria, porque la única mujer que tenía su genuino interés era demasiado joven e inocente para el mundo lleno de intrigas que lo rodeaba.

Durante la recepción de su boda, una parte suya se había quedado olvidada en el lago durante aquel ocaso. No sabía qué con exactitud, pero cualquiera que fuese la respuesta a su rompecabezas la tenía Zoey.

Esta era la primera ocasión que Nick hacía algo pensando en otra persona, y no en él. Necesitaba proteger a Zoey, y la única manera era casándose con ella, dándole el apellido Wolfe y procurando blindarla ante cualquier posibilidad de que la información de Trent, que era una bomba de tiempo, le causara dolor.

Hasta ahora, Nick había tenido suerte en ir un paso delante de Zoey.

Años atrás, la había escuchado hablar por teléfono con Jensen y cuando surgió el tema de conocer el pasado del que ella provenía, lo puso en alerta. Antes de que Jensen pudiese llevar a cabo alguna pesquisa, Nick se enteró de que Zoey había desistido de la idea. Eso le dio un largo tiempo de respiro. Hasta cuando Trent lo llamó a Francia. Los datos del archivo todavía le quemaban la retina. Incluso había más datos que la última ocasión.

Jensen, según el informe, era quien estaba tras las huellas del pasado de Zoey, y Nick supo que el tiempo de mantener archivada bajo una carpeta de plástico la suciedad, para que esta no viera jamás la luz, se había agotado. Jensen ahora poseía más recursos e influencia, así que Nick no podía detenerlo por más que lo intentase sin él quedar expuesto. Trent había conseguido despistar al investigador privado del amigo de Zoey, y se podía jugar a eso por un rato más, pero no quedaba ya demasiado margen de tiempo para que el hombre no fuese capaz de unir el rompecabezas. El idealismo absurdo de ese papanatas sobre ayudar al prójimo iba a perjudicar a Zoey en lugar de ayudarla.

Si la bomba del pasado de Zoey llegaba a estallar en los próximos días, no solo lastimaría la reputación de los Wolfe, sino también arruinaría el esfuerzo de ella con Isolda de darle una posición de prestigio a sus creaciones artísticas en el Reino Unido y Europa. Sería como una cadena de desastres que podría incluso alcanzar cualquier posibilidad de que James Mallory quisiera aliarse con JW para conseguir la expansión de la marca en los mejores hoteles y tiendas de lujo en los Estados Unidos.

No iba a ser una tarea fácil proteger a Zoey si ella se negaba a casarse con él. Jensen era un bocazas y no sabía medir el alcance de las estupideces que fraguaba con su diminuto cerebro operativo. Zoey era su mujer, *suya y de nadie más*, así que no estaba en manos de Jensen decidir nada en absoluto.

Quizá Mallory se pretendía quedar cinco días en el Reino Unido, pero eso no era garantía alguna de que firmase los papeles para los negocios en ese lapso. Necesitaban los abogados, las diligencias y un montón de temas administrativos que se requerían resolver en un proceso de una magnitud como la que tenían entre manos.

Zoey se acomodó, hundiendo un poco el colchón sobre el que ambos estaban sentados, y él volvió a enfocarse en lo que verdaderamente importaba: ella.

—Nick...—susurró acariciándole con el dedo el labio inferior. Le sonrió.

—Me estás torturando con la incertidumbre. Di que sí, nena.

Ella se rio. Un par de lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Te amo, Nick. Nada me haría más feliz que ser tu esposa.

Él sintió como si una brisa fresca se colase por sus pulmones, y el peso que llevaba soportando sobre los hombros ahora parecía el de una pluma.

—Ven aquí —dijo tomándola en brazos para acomodarla sobre su regazo—. ¿Mejor así? —preguntó con una sonrisa complacida.

—Sí —susurró.

Él le secó las lágrimas con el pulgar, y después frotó su nariz con la de ella.

—No te vas a arrepentir, Zoey. Yo cuidaré de ti —dijo, antes de inclinarse y robarle la cordura con un beso largo, profundo y lleno de emoción.

Zoey no tuvo tiempo de responder a ese comentario, porque sus sentidos se nublaron y se dejó caer en la suave nube de ilusiones al saber que iba a casarse con el hombre que amaba. Iba a ser suya, y él, de ella. Para siempre.

—Oh, hijos, esta es una maravillosa y bienvenida noticia —dijo Elizabeth durante la reunión improvisada por Nick y Zoey, al día siguiente, para anunciarles a sus padres su inminente matrimonio—. Siempre supe que detrás de esas miradas llenas de dudas existía un amor especial.

—Tía, por Dios —dijo Nick, riéndose por la cursilería—. Gracias por tu entusiasmo en todo caso. —Sonrió, y Elizabeth suspiró con resignación ante el cinismo de su sobrino, pero sabía que él era un buen hombre y lo adoraba. Aunque lo que más feliz la hacía era que finalmente su hija, Zoey, tendría la oportunidad de formar su propio hogar con todos los sueños e ilusiones.

—Entonces esto hay que organizarlo pronto —intervino Adelle dándole un abrazo a Zoey—. ¿Esta premura es porque estás...? —se aclaró la garganta como si se le atorasen las palabras—. ¿Estás...?

Zoey soltó una carcajada.

—No, tía, no estoy embarazada.

—La única premura —dijo Nick tomando a Zoey de la cintura mientras observaba a su padre y al tío Albert— es que quiero que ella lleve lo antes posible mi anillo y el apellido Wolfe.

—Oh, eso es muy tierno, hijo —replicó Adelle.

—Madre...

—Bueno, bueno, tienes que entender que nosotras somos románticas, y si no te gusta, pues qué más te da, si tú no eres el que va a organizar la boda, sino nosotras —dijo Adelle riéndose con Elizabeth de forma cómplice. No en vano eran mejores amigas y juntas habían vivido cientos de eventos de los cuales muchos iban a quedarse como una confidencia de amigas para siempre—. Zoey, ¿ya tienes idea del vestido?

Y con esa pregunta, las mujeres empezaron a reírse y fueron hasta el saloncito del té de la mansión de Gustav y Adelle para charlar. Antes de desaparecer por el umbral de la puerta, Zoey le echó una mirada a Nick, y

este le sonrió de forma sugerente no sin antes hacerle un guiño, y ella rio quedamente.

Antes de ir a la mansión de los Wolfe, Nick la había llevado a Zoey a la joyería para que eligiera el anillo que más le gustase. Cuando ella escogió un sencillo solitario de oro blanco, él supo que la decisión de casarse con Zoey, aunque apresurada, era la más acertada. Ella brillaba con su encanto natural, y las joyas le llamaban tanto la atención como una bolsa de basura.

Era curioso cómo él, con tanta eficacia para sorprender a una mujer con obsequios, no era capaz de conseguir algo que deslumbrase a Zoey. Los obsequios que eran demasiado costosos, ella los donaba a la caridad; aquellos que eran útiles, menos mal la mujer consideraba útil la lencería fina, se los quedaba y le agradecía profusamente. Ella era, sin duda, única en su clase.

Nick le entregó ese mismo día en la joyería una caja de terciopelo que había encargado el día en que le pidió que se casara con él, dos noches atrás. A pesar de las protestas y amenazas de Zoey de devolver el juego de pendientes de oro blanco y colgante a juego en forma de gota de agua, con zafiros y diamantes incrustados, Nick le dijo, con voz muy seria, que ese juego de joyas era un obsequio elegido por él, y que no quería escuchar de discusiones.

—Pero, ¿qué te puedo regalar a ti? —había refunfuñado.

Él tan solo le hizo un gesto al hombre que trabajaba en la tienda de la sucursal principal de JW en Knightsbridge, y este desapareció tras la puerta de seguridad. El empleado había ido a trabajar tan solo por orden de Nick a una hora insólita, y claro que recibiría una paga más bonificación triple por su tiempo. ¿Quién podría negarse a sacar el trasero de la casa con una cantidad tan alta dinero en dos horas de trabajo y por mantener la discreción como principal condición?

—Tenemos la joyería para nosotros —había murmurado Nick, antes de

agarrar a Zoey de la cintura y apretarla contra sí.

—Nick, Yannit está detrás de la puerta escuchando todo.

—No le pago para que escuche.

—Nick...

Él solo se rio antes de besarla, larga y profundamente, hasta que ambos estuvieron tratando de recuperar el aliento.

—Ya tenemos tu anillo, y ahora ponte el juego de alhajas, por favor —dijo, sin darle oportunidad a negarse, y colocándole las joyas en los sitios correctos. Después sonrió—. Te quedan perfectos. Y sobre eso que puedes regalarme...

—¿Sí? —había preguntado ella.

—Te lo diré cuando estemos en mi ático —había murmurado al oído de Zoey. De inmediato, Nick, llamó al dependiente—: Nos vamos, ya puedes cerrar, Yannit. No olvides llamar a Recursos Humanos de mi parte para cobrar tu bono por hoy.

Muy solícito, Yannit, había salido de la trastienda esbozando una cordial sonrisa. Les dio la enhorabuena, otra vez, y pronto Nick y Zoey salieron de la joyería.

En la noche, mientras tenía abrazada a Zoey entre sus brazos, y después de haber pasado el resto del día con los Mallory recorriendo uno de los talleres de JW, explicándoles cómo funcionaba el negocio —mientras el matrimonio norteamericano no perdía oportunidad para darles sus felicitaciones cada tanto por el compromiso matrimonial—, Nick recibió la llamada de su abogado en Portugal, anunciándole que tenían problemas en una de las embarcaciones. Se contactó con Nick la gerente de recursos humanos para las oficinas de Oporto y Lisboa, Talinda Munroe, para recibir instrucciones, y después llamó Ashley Thomas para darle sugerencias sobre cómo responder en el caso de una eventual intervención de la prensa

portuguesa.

Zoey se acurrucó más a su lado, pero él se vio forzado a apartarla con suavidad mientras se vestía. Una vez que estuvo listo, con maleta en mano, volvió a la cama.

—Tengo que irme —le susurró mientras la besaba.

—¿Cuándo vendrás? —murmuró todavía con los ojos cerrados.

—No lo sé, nena. Debo estar en Portugal de inmediato. Tendrás que ingeniártelas con el tío Albert para lidiar con los Mallory.

—Papá y yo nos las arreglaremos. Con mucha cafeína, eso seguro —bostezó.

—No me gusta estar tan lejos de ti, así que esto de al fin vivir en un mismo sitio no puede continuar postergándose.

—Me gusta mi casa —protestó.

Él sonrió en la oscuridad. Ni siquiera medio dormida era capaz de dejar de poner sus puntos sobre la mesa.

—A mí también me gusta mi ático, pero sin ti es insufrible —le dijo Nick todavía con la sonrisa en los labios, porque ella soltó otro bostezo y no rebatió el argumento—. Descansa.

—Que vaya bien...—murmuró ella antes de volver a dormirse.

Él le dio un suave beso y le dijo que volvería una vez que hubiese resuelto los líos de su compañía.

Necesitaba ver la magnitud del accidente en que uno de sus barcos cargueros había dejado varios heridos, perdido mucha mercadería, y él no era del tipo de persona que delegaba a otros esa gran responsabilidad. A su pesar, no solo por dejar a Zoey en la noche que anunciaban su compromiso a sus padres, sino por las familias de sus empleados que debían estar preocupados y angustiados, Nick subió a su avión privado y salió casi a la medianoche desde Londres.

Las luces del apartamento de Jensen eran tenues, y después de la cantidad de vino que Zoey había ingerido, solo tenía ganas de dormir. El trabajo la tenía abrumada a la par de entusiasmada, en especial porque Isolda había estado en Londres ese día para compartirle la idea central de su nueva colección. La felicitó por su compromiso, y aprovechó para reunirse con Adelle y Gustav.

Los contratos para trabajar con JW fueron rubricados, e Isolda se comprometió a entregar piezas nuevas, terminadas, cada tres semanas. Un taller especial en Londres iba a trabajar a la par con el taller de París para ensamblar la misma cantidad de piezas y así conseguir un trabajo por partida doble.

La producción iba a guiarla Isolda y su ayudante estrella, Pierre Lamei; los artistas y joyeros que vivían en el Reino Unido debían seguir los patrones. En un inicio la idea era distribuir piezas únicas, pero con la visita de Mallory, y con la aprobación de Isolda, se consideró poder reproducir un número considerable de modelos por cada diseño sin convertirlos en material repetitivo. Habría variaciones en colores y tamaños, y se manejaría un catálogo distinto por cada región en que se pudiese trabajar. Iba a ser un trabajo arduo, aunque todo dependería si se firmaba con Mallory Settlements, y de eso estaba encargándose Nick. Él había regresado de Portugal veinticuatro horas después, y debido a la carga laboral de Zoey, él fue quien sostuvo la mayor parte de reuniones con Mallory. Entre juntas y paseos por la ciudad, Zoey trataba de combinar el tiempo para mostrar un frente unido sin descuidar su oficina.

Esa noche, al fin tenía un respiro. Luego de terminar de organizar los detalles de la siguiente aparición de las joyas de JW, en la premier de una

aclamada película de Helen Mirren, salió directo al hotel de los Mallory. Tuvieron una hora del té, para hablar de negocios por supuesto, y cuando el reloj marcó las seis de la tarde, Maggy le pidió a Zoey que la acompañara a Harrods a comprar detalles para toda la familia.

Imposible negarse, así que, dos horas más tarde, al fin era libre. ¿La mejor forma de librarse de los Mallory y la parlanchina Maggy? Aceptar una cena con Jensen. Quizá por el día tan ajetreado que tenía, el vino estaba revolviéndole la sangre más rápido.

—Entonces —continuó Jensen cuando terminó su historia sobre la última mujer que se había llevado a la cama. Cruzó la pierna derecha sobre la izquierda, apoyando el pie en la rodilla—, ¿por qué le dijiste que “sí”, después de haber sido él el causante de tantas desazones?

Ella le lanzó una mirada de fastidio. Era la peor noche para que Jensen empezara con ese tono interrogatorio marcado de sarcasmo.

—Ya te lo dije, porque amo a Nick. ¿De acuerdo?

—¿Te confesó que sentía lo mismo por ti? Porque, si mal no recuerdo, alguna ocasión me dijiste que no te ibas a conformar con menos.

—Jensen, si estás tratando de cabrearme, estás a punto de conseguirlo. Solo quiero relajarme, no agregarle más tensión a mí, ya de por sí día, de mierda. Las personas no necesitan decir `te amo´ o `te quiero´, por primera vez, porque se pudieran sentir forzadas al escuchar la confesión de amor de sus parejas o amantes. Unos dicen amar, y otros lo demuestran. Yo hago ambas. Si Nick solo puede demostrármelo, entonces, lo acepto. Algún día, cuando se sienta cómodo, me dirá que me ama. Y si no puede hacerlo, entonces yo intentaré enseñarle.

Jensen movió la cabeza de un lado a otro, como si le doliera el cuello.

—Lo defiendes demasiado, ¿de qué manera te ha demostrado que te ama? Por favor, estás tan nublada que eres incapaz de ver más allá de lo que

ocurre bajo las sábanas, Zoey.

—¡Ya es suficiente! —exclamó ella, y al poner la copa con fuerza sobre la mesa, esta se quebró. El líquido rojo se esparció sobre el mantel blanco de lino de la mesilla de centro del salón—. Rayos, lo siento —murmuró poniéndose de pie y tratando de secar con las servilletas.

—Ya está, yo lo arreglo. Es solo un mantel —replicó Jensen y sacó la tela empapada de Merlot para llevarla al lavadero de la cocina. Volvió enseguida—. No quise enfadarte de esa manera. ¿Estás bien?

—Sí, no me corté —murmuró recogiendo los pedacitos de cristal. Los dejó sobre la mesa—. No quiero hablar sobre Nick, ¿de acuerdo?

—Vas a casarte dentro de dos semanas, Zoey, ¿cómo no quieres hablar de eso? No se trata de uno de tus exitosos contratos financieros. Es tu vida la que está en la línea de juego. Piénsalo bien.

Ella suspiró. Se cruzó de brazos.

—¿Hay algo que quieras decirme y yo no sepa, Jensen?

Él cerró los ojos por un breve instante. Su investigador privado le había llevado un informe ese día. No era agradable saber sobre el pasado que Zoey tanto deseaba conocer... No lo era en absoluto.

—Tal vez mañana...

—No —dijo con firmeza. Se frotó los ojos, sin importarle que se le corriese ligeramente el maquillaje—, no, señor. Después de darme la lata con tus preguntas y comentarios sin sentido, lo que vas a tener que hacer ahora es soltar la lengua. Así que, vamos, ¿qué está pasando?

—Zoey... Tal vez me pasé de la raya con mis preguntas. No tenía ningún derecho a cuestionarte. Solo que me preocupa. Nick es un snob, y...

—¡Muy tarde! Habla, Jensen.

La llamada a la puerta rompió la súbita tensión. Jensen, salvado por la campanilla del timbre, se incorporó y fue a abrir. Por la mirilla vio que se

trataba de Brenda, la chica que había conocido esa tarde en el gimnasio. Sonrió. Iba a ser una noche interesante la que tenía delante. La mujer incluso le propuso llevar una amiga.

—¿Quién es? —preguntó Zoey.

—Brenda...—Ella enarcó una ceja, y él se explicó—: Alguien que conocí hoy en el gimnasio.

—Nuestra conversación de esta noche...

—No es nada urgente —dijo él, sintiéndose culpable—. De verdad, Zoey, no me mires como si estuviera ocultándote algo importantísimo. Es importante, sí, pero puede esperar —le sonrió—. Es un tema de la galería de arte que estoy patrocinando y me tiene algo inquieto.

—Vale...

—Escucha, yo solo quiero que seas feliz. Me preocupo por ti. Es todo... Ella sonrió y se puso de pie.

—Sé que te preocupas por mí, pero con tantas preguntas en lugar de darme ánimos ante los nervios propios de una novia, me causas estrés. ¿Vas a ser mi Dama de Honor?

Él soltó una carcajada.

—Si es lo que quieres, claro que sí. Sería algo atípico tener a un amigo heterosexual de Dama de Honor, pero tú eres una mujer poco convencional, así que, claro que acepto.

—Es lo que quiero, gracias, Jensen —dijo abrazándolo.

Jensen pensó que tal vez podría postergar un poco decirle la verdad a su amiga sobre lo que había descubierto. No era justo arruinarle la evidente felicidad. Además, no tenía derecho a cuestionar las decisiones de Zoey, pero sí le preocupaba el hecho de que, si acaso Nick llegaba a encontrar datos sobre la familia Reynolds iba a convertir la vida de Zoey en un infierno, podría incluso retomar esa actitud indiferente y lastimarla. No quería que su

amiga viviese una pesadilla en lugar de un matrimonio con posibilidades de éxito.

Aunque, pensándolo bien, ¿qué interés podría tener Nick en conocer el pasado de Zoey? «No seas paranoico», se dijo antes de abrir la puerta.

Hizo las presentaciones pertinentes, y su mejor amiga se despidió, no sin antes hacerle promete que lo que fuese que tenía en la cabeza iba a tener que decírselo tarde o temprano argumentando que no existía nadie con mejores ideas administrativas y manejo de negocios nuevos como ella.

«Si supieras la verdad», pensó Jensen cuando la vio salir. Su atención pronto se fijó solo en Brenda quien empezó a hacerle un striptease. Antes de quedarse solo en ropa interior, la mujer del gimnasio llamó a una amiga, tal como prometió que haría. Esa noche Jensen iba a entretenerse con una buena dosis de juegos para adultos.

CAPÍTULO 19

El cielo amaneció nublado, como era habitual, en el territorio inglés. Los alrededores de la preciosa iglesia anglicana de St. Clement Danes estaban resguardados por un experimentado equipo de seguridad debido a los ciento cincuenta invitados de alto perfil, en el ámbito empresarial, que habían sido convocados a presenciar el matrimonio entre Zoey Reynolds y Nick Wolfe.

Solo hacía falta la flamante novia a esa hora, las cinco de la tarde; la hora del ocaso. No había rayos de sol en el horizonte, aunque no existía pronóstico de lluvia, el día seguía plagado de densas nubes grises. ¿Romántico o no? Cada cual era libre de juzgar según la percepción personal.

El anuncio de la ceremonia Wolfe hizo mella en los más exclusivos círculos sociales en lo que se movía la privilegiada familia, en especial los de Nick. Considerado uno de los solteros más codiciados, el hecho de estar a punto de casarse con la hija adoptiva de sus tíos había convertido el evento en un acontecimiento que, aunque se planeó que fuese discreto, diese muchos titulares sobre la pareja, pues uno de los empleados —imposible saber exactamente quién— contratado para trabajar en el evento había dado el chivatazo a la prensa.

Zoey era una mujer de perfil bajo. Sí, tenía amigos con excelentes vínculos en las más altas esferas, pero no era de las que salía en revistas o periódicos. Y las ocasiones en que ella y Nick salían a cenar o a algún sitio, ambos procuraban evadir lugares que tuviesen mucha concurrencia. Pasaban desapercibidos. Pero con el anuncio matrimonial que había hecho Nick, como era tradicional hacerlo en *The Times*, pronto las fotografías de Zoey estuvieron en la sección de sociedad de diversos medios impresos y en internet. Ella detestaba esa atención, y esperaba que pronto alguna socialité le

quitara el protagonismo.

Incluso, Camille —siempre tan ávida de atención— se atrevió a rehusar comentar a un periodista del Daily Mail cuando este la persiguió fuera del gimnasio, hasta lograr detener el rápido andar de la imponente mujer, y le preguntó sobre su opinión sobre la relación de Nick y Zoey. La exesposa de Nick sabía que bastaba solo una palabra del heredero, que casi la destruye económicamente para darle una lección, y Camille sabía que no volvería a levantar cabeza en sus negocios.

La ex de Nick no tenía ni un pelo de estúpida y prefería mantener la distancia. Su única certeza, amarga, era que durante su matrimonio siempre hubo una tercera persona que jamás escapaba de la mente de Nick. Solo por eso odiaba a Zoey Reynolds con cada fibra de su ser; la culpaba de su divorcio.

A juicio de Camille, aquella mujer no valía la pena lo suficiente como arriesgar su futuro económico a manos de la venganza que podría fraguar Nick si llegaba a leer, en cualquier medio y por más pequeño que fuese, que su exesposa había emitido comentarios sobre el enlace nupcial.

Los murmullos de los asistentes condimentaban con el toque mundano la suntuosa iglesia. Todos vestidos con costosísimos trajes, no solo dispuestos a celebrar el enlace, sino también a intentar formar parte de lo que sería sin duda uno de los acontecimientos sociales del año.

La lista de invitados había sido elegida con mucho cuidado. Todos los presentes eran leales amigos y compañeros de clase de Nick, así como también de los mayores de la familia. El padrino de bodas de Nick era Stavros, el griego había bromeado por teléfono, cuando su mejor amigo le pidió que lo acompañara en el altar, pidiéndole que intentase que esa fuese su última boda. Con una carcajada, Nick le comentó que no tenía ninguna intención de permitir que Zoey se escapara de su lado. Por otra parte, Toula,

la esposa de Stavros, estaba cómodamente sentada en primera fila junto a los Wolfe y mostrando una barriga de seis meses de embarazo.

La iglesia había sido decorada con mimo y elegancia. Las orquídeas blancas predominaban en sendos detalles en los alrededores. Había un pasillo central y dos columnas formadas por varias banquetas. Fundada en 1682, y restaurada en 1956, St. Clement Danes era actualmente la iglesia principal de la Real Fuerza Aérea. Una de las características que más había llamado la atención de Zoey, y el motivo por el que la eligió, era la luminosidad que reinaba. A pesar del clima exterior, la sola sensación que se experimentaba en el interior del hermoso edificio que ostentaba los tonos cafés, negro y adornos de oro en el techo, era de solaz.

Alrededor, en las paredes antiquísimas, estaban inscritas las placas y distinciones. No había un orden en particular. Uno de los detalles que llamó la atención de Nick, cuando acompañó a Zoey a ver la iglesia, fue el hecho de que el suelo —de pizarra galesa— tenía inscritos los nombres de integrantes de la Real Fuerza Aérea, así como también de los aliados que apoyaron al Reino Unido durante la II Guerra Mundial. Fascinados con la fuerza de historia y también el símbolo de lucha de una construcción que había sido previamente devastada, Nick no tuvo ningún problema en aceptar la sugerencia de Zoey de casarse en ese sitio.

Nick tenía excelentes amigos y conexiones que le permitieron vaciar la iglesia durante todo el día para que la organizadora de eventos coordinase todo desde muy temprano. La boda se había organizado en tan solo pocas semanas, y uno de los principales invitados era James Mallory.

Después de que el hombre y su esposa se enteraron del inminente enlace nupcial por la invitación que Nick les hizo, ambos insistieron en que las negociaciones podían esperar hasta después de que los novios regresaran de su Luna de Miel. «Imposible que los negocios se interpongan en un momento

tan especial y único en la vida de una pareja». Aquel había sido el comentario de Maggy Mallory y, por supuesto, James la apoyó. El norteamericano les prometió a Nick y a Zoey que después del tiempo que había pasado inspeccionando y analizando los negocios de JW, él estaba más que interesado en firmar con JW.

James les reiteró a Nick y a Zoey que, cuando volviesen de su viaje de bodas, se reuniría para firmar los papeles en conjunto con los abogados de ambas partes. Nick no podía objetar nada. Así que la negociación estaba en stand-by. Isolda —que también estaba en la boda ese día— no tuvo inconveniente en aceptar la dilatación de la firma, porque a ella —como motor creativo— era la parte medular de todo el proceso que llevaría a JW a las vitrinas de lujo de Estados Unidos. Lejos de enfadarse o contrariarse, por las cláusulas vinculadas a su calendario de trabajo en el contrato que había firmado con la joyería de los Wolfe, ella estaba más que contenta de contar con unas semanas libres antes de empezar a crear de lleno su línea de joyas, porque tenía un viaje a la India que había estado postergando durante demasiado tiempo.

—¿Nervioso esta vez? —preguntó Stavros con una sonrisa.

Nick lo miró con fastidio. Sabía que su amigo estaba disfrutando de la incertidumbre que le causaba que Zoey se hubiese retrasado. ¿Si acaso temía que no se presentase? De hecho, sí.

—Imagino que tal como sentiste al casarte con Toula.

El griego se encogió de hombros.

—En mi caso, yo solo tuve que casarme una sola vez, consciente de que era la mujer de mi vida, y aunque a ti te ha tomado más tiempo, ojalá que no hagas estupideces. No hubo nervios.

—Qué grandes ánimos me das hoy.

—¿Vas a decírselo? —preguntó en voz baja mirando hacia el fondo del

pasillo.

La limosina blanca que traía a la novia había llegado y el murmullo que levantó en la iglesia fue muy sonoro y les dio un margen extra de tiempo para seguir conversando. El novio, elegantemente vestido con un traje de tres piezas lucía más imponente que de costumbre. A pesar de que era un enlace nupcial, no eran pocas las mujeres asistentes, esposas o novias de algunos hombres importantes, que lanzaron miradas de admiración a Nick. Imposible que pasara desapercibido. El hombre era capaz de darle otro nombre a la palabra `masculino`y `sexy`.

—Stavros...

—Es una pregunta sencilla.

Nick no iba a hacerse el estúpido y pretender que no sabía a qué se refería Stavros con ese comentario. Al ser su mejor amigo conocía perfectamente la situación que estaba atravesando. Sabía su vida con bastantes detalles.

—Me estoy casando con ella, no necesito decírselo —murmuró en el mismo tono silencioso que su amigo estaba utilizando—. Voy a protegerla. Y es algo que he venido haciendo desde hace tiempo.

—¿Ocultándole la verdad? Estás jugando con fuego, Nick —dijo Stavros—. Todos tenemos derecho a conocer nuestro pasado si está en nuestras posibilidades. Y tú se la robaste, sigues haciéndolo, porque temes, ¿qué? ¿Que no sea lo suficientemente fuerte para aceptarlo?

—No lo sé, y no quiero arriesgarme. Ya sabes que no se trata solo de mí.

—Si ella supiera lo que sientes...—murmuró Stavros.

—Los sentimentalismos no me van —replicó con suave acidez.

—Claro, pero los actos que lo demuestran, sí —dijo el griego, riéndose justo antes de que el piano empezara a sonar anunciando la inminente entrada

de la novia. Nick iba a contestarle, cuando su mejor amigo agregó—: Sea lo que sea que decidas, ya sabes que siempre estaré para darte la mano.

Nick le sonrió, y no solo por el comentario, sino porque Zoey estaba a punto de convertirse en su esposa. Quién hubiera imaginado que tendría que esperar tantos años, un matrimonio equivocado con Camille, y muchas noches pensando en lo estúpido que había sido con Zoey, para finalmente estar con la persona que lo llenaba de una sensación de seguridad... Un ancla a la realidad. Y esto último no lo sentía desde que su hermano gemelo todavía estaba con vida.

—Lo sé, Stavros. Solo intento, por una vez con ella, hacer lo mejor.

—Ojalá que Zoey, en algún momento, así lo entienda si llegase a enterarse... Ahora —le dio una palmada en el hombro para que se girase hacia la entrada—, será mejor que contengas la respiración para que no te desmayes, porque acaba de entrar una mujer muy guapa que tiene la loca idea de ser tu esposa.

Nick dejó de darle la espalda a la entrada de la iglesia y cuando se giró y miró a Zoey estuvo a punto de ponerse de rodillas. Con un nudo en la garganta, al verla con un suntuoso vestido blanco del brazo de Albert, cada fibra de su ser gritaba con desespero la necesidad de llevársela de esa iglesia fuera de la vista de todos y acabar con esa tortuosa ceremonia. Solo quería tenerla en sus brazos y besarla hasta que uno de los dos no pudiese más...

Jensen, a pesar de su recelo con relación a las intenciones de Nick, se portó tan maravilloso como Zoey hubiera esperado de una dama de honor. Claro, en este caso podría decirle “caballero de honor”, pero a ella le gustaba tomarle el pelo a su mejor amigo y no pensaba cambiar el título.

La elección del vestido le tomó mucho tiempo. No se casaba una todos

los días, así que ella deseaba que, ese sueño que parecía tan irreal, llevara los detalles que siempre había esperado. El vestido era un obsequio de su papá, Albert, y le dijo que no mirase el precio, porque cualquier fábrica estaría feliz de vestir a una novia tan hermosa como ella.

Zoey eligió un vestido confeccionado del diseñador italiano Cristiano Lucci.

Entallado con estilo `sirena´, hasta medio muslo, con elegantes diseños brocados hechos a manos, bordados con cristales e hilo de oro, tirantes confeccionados en forma de hojas delicadas que sostenían el corte en forma de corazón que cubría sus pechos, culminaba en una falda de tul voluminosa hasta el suelo y que terminaba con una cola de varias capas, planas, dándole así un toque estilizado. El vestido era una mezcla de sensual fantasía con elegante sobriedad. Le quedaba como un guante y dejaba que sus curvas hablaran por sí solas.

Esa tarde llevaba el cabello suelto, arreglado en ondas suaves y naturales, y la rodeaba como una provocativa cascada que llegaba un poco más abajo de los hombros. Los zapatos de tacón eran comodísimos, y casi sentía caminar entre nubes.

Para Zoey, aquellas, no habían sido semanas fáciles, ni tampoco para Nick. El trabajo los separaba, por más que intentaban ganarle terreno al tiempo. Después de que James Mallory les soltase la bomba, anunciándoles que detendría las conversaciones de negocios en honor a su casamiento, los viajes de Zoey aumentaron alrededor de Inglaterra en diferentes locaciones; hubo varios eventos; la prensa la perseguía como si ella fuese igual a una de aquellas socialités británicas.

Ella estaba cabreada y hostigada de que no la dejaran en paz por más que mantenía un perfil discreto. Quería que todo ese circo absurdo terminara pronto. Nick puso a la venta su ático, pero Zoey se negó a hacer lo mismo

con su casa. Así que, por mutuo acuerdo, ella puso en alquiler su propiedad y con el dinero de la venta del ático de Nick ella iba a remodelar la preciosa casa que se habían comprado para vivir juntos en Belgravia. Zoey estaba encantada. Sus cosas ya estaban organizadas en la que sería su nuevo hogar. Si no hubiese contado con la ayuda del equipo que contrató Nick, ya habría sufrido un colapso nervioso.

Pero al fin ese día iba a casarse con el hombre que llenaba sus noches de interminables besos apasionados, y conseguía que su corazón latiese con más fuerza.

A ojos del mundo, aquello parecía una fantasía anclada en un mundo de realidades. Sin embargo, en lo más profundo de su ser, Zoey se preguntaba por sus padres biológicos y cómo hubiera sido su vida si ellos estuvieran con ella; se preguntaba si acaso estaban vivos y era huérfana porque, simplemente, se deshicieron de su presencia.

Sus recuerdos de cuando era pequeña resultaban fotografías borrosas en su mente y tan solo, a veces, podía sentir un aroma o un detalle en su alrededor como si fuesen conocidos para ella. En esas ocasiones que experimentaba un deja vu, la invadía una profunda tristeza, pero su camino no estaba en el pasado, así que iba a buscar un café o una taza de chocolate caliente en un restaurante, y volvía a su día a día. Incluso en su cabeza permanecía la constante idea de que tenía una hermana. Y esa duda le causaba más dolor, porque la impotencia al no tener nada claro, ni siquiera los más nimios u obvios recuerdos en un infante al crecer. O, quizás, debido a la cantidad de tiempo, familias y personas que habían pasado por su vida, empezaba a confundir anhelos con hechos fehacientes.

—¿Lista, cariño? —le preguntó Albert abriendo la puerta de la limosina —. Eres la novia más guapa que he visto, pero no le digas a tu madre.

Con lágrimas sin derramar, Zoey lo abrazó con fuerza y se quedó así un

largo rato. Porque su padre era el ancla que conseguía estabilizar sus miedos. Y su madre, el apoyo perenne cuando necesitaba una amiga. Tenía los mejores padres del mundo, y ellos, sin saberlo, le habían proporcionado no solo un hogar, sino también el conocer al hombre con quien iba a casarse esa tarde.

—Hey, ¿qué ocurre? —murmuró Albert dándole palmaditas en la espalda—. ¿Necesitas un poco más de tiempo, hija, antes de entrar?

Con una sonrisa y una expresión de disculpa, ella negó, apartándose con suavidad de su padre.

—No, no... Solo... No sé, estoy tan nerviosa...

Albert le dedicó una sonrisa bonachona.

—Piensa que una vez que pises el pasillo, lo único que tienes que ver es a Nick.

Ella asintió.

—Sí —murmuró con una exhalación—. Lo sé, papá. ¿Vamos, entonces?

—Vamos, tesoro.

Jensen llegó apresuradamente, justo antes de que Zoey pisara el tercer escalón que llevaba a la suntuosa entrada de la iglesia. Ella lo miró con los ojos entrecerrados. Esperaba que su amigo tuviera una gran excusa para llegar tarde en sus deberes como `dama de honor´.

—Lo siento, un accidente —tomó aliento— en la vía me hizo dar una vuelta gigantesca. Lo siento, nena —le dijo a Zoey dándole un abrazo—. Estás guapísima. Ese tonto no te merece —le murmuró al oído para que Albert no escuchara.

Ella le dio un ligero empujoncito.

—Tonto. ¿Puedes comportarte, aunque sea por hoy? —le preguntó agarrando el brazo que le ofrecía Albert cuando las notas del piano inundaron

la iglesia.

—Claro, claro —sonrió Jensen, ubicándose detrás de Zoey para llevarle la cola del vestido. Era muy gracioso ver al atractivo amigo de la novia ejerciendo las veces de dama de honor, pero el hombre llevaba el papel con dignidad y estilo—. Me comportaré, no me emborracharé y trataré de que no se te corra el maquillaje. ¿También tengo que levantarte el vestido si te dan ganas de hacer pis?

Zoey no pudo evitar soltar una carcajada y miró a Jensen por sobre el hombro, y le murmuró en silencio `gracias`. Él, esta vez con la expresión seria, asintió.

La ceremonia dio inicio tres minutos después...

—¿Te he dicho lo hermosa que estás?

Zoey apartó el rostro del hombro de Nick, para mirarlo, le sonrió. No recordaba haber sido tan feliz en su vida. Estaban bailando en la mitad del discreto Salón Mayfair del prestigioso hotel The Connaught. Los invitados congregados a la recepción solo eran cien personas. El resto, cincuenta aproximadamente, solo recibieron invitación para asistir a la iglesia. Esa diferenciación la marcaba el grado de cercanía con los novios y la familia Wolfe.

—Sí, pero me gusta escuchar los halagos que tienes para mí —replicó riéndose, mientras él giraba con ella al compás de la música.

—Mmm, lo tendré en consideración. Aunque esta noche tengo pensado para ti más que solo halagos —le susurró al oído, y la apretó más contra sí.

De inmediato, Zoey sintió la erección contra la tela del vestido. Lo observó con los ojos bien abiertos y se echó a reír.

—Nick, contrólate que todos están mirándonos. Si se dan cuenta de que

estás tentándome de esta forma...

—Eres mi esposa, y me importa un bledo lo que otros piensen. Incluso ese memo de Jensen. Ya bailó una vez contigo. Suficiente.

Zoey volvió a reírse.

—Es mi mejor amigo. ¿Por qué le tienes tanta bronca?

—Se mete en lo que no le importa —murmuró antes de inclinarse para besarla. Fue un beso breve, sí, pero cargado de sensualidad y con una pasión que dejaba muy claro que Zoey no solo era su esposa, sino la única mujer para la que Nick tenía ojos.

Los aplausos sonaron alrededor, y Zoey abrió los ojos, sonrojada, al darse cuenta de que todos tenían puesta la mirada en la forma que Nick acababa de besarla. Jensen puso los ojos en blanco, y se terminó la copa que tenía en la mano, para luego agarrar de la mano a la chica que había llevado como su pareja y ponerse a bailar.

Nick estaba cautivado por la innata sensualidad de Zoey. Suya, no solo ante la ley y la iglesia anglicana, sino también ante la sociedad, esto último solo le importaba para que cualquiera que se atreviese a mirarla supiera que tenía dueño. Él.

El vestido que tenía su esposa no iba a servir de mucho una vez que él la llevase a la suite que habían reservado para esa noche en el hotel. Pretendía marcar a conciencia cada pequeño trozo de piel, cuantas veces fuese necesario, con sus besos y caricias. A Zoey no le iba a quedar, nunca, la duda de que él la deseaba por entero.

La vibra del hotel se prestaba para la seducción, y ese detalle unido al deseo que lo consumía resultaba perfecto.

The Connaught no era el tipo de hotel que poseía un alto perfil. Se caracterizaba más bien por la sobriedad y la discreción que lo precedía; una mezcla perfecta entre la tecnología y comodidad con la elegancia británica.

Los dueños eran amigos personales de los tíos de Nick, y Zoey quedó encantada con la decoración del salón cuando fueron a echarle un vistazo semanas atrás. La luz suave y tenue, los espejos antiguos ubicados estratégicamente, el aura de nostalgia de la antigua Inglaterra —del Londres de la aristocracia del año 1816 cuando el hotel se abrió por primera vez— y el piso de parqué, producía la sensación de estar disfrutando del siglo XXI en la mitad de un salón con toques del XIX.

—¿A qué hora sale el avión mañana? —le preguntó Zoey antes de que la balada llegara a su final—. Me hace mucha ilusión conocer Tailandia.

Él le acarició la mejilla.

—A las once, dulzura —le dijo.

La música llegó a su final.

—Te amo, Nick —murmuró Zoey abrazándolo de la cintura, aspirando su aroma tan masculino y llenándose de su fuerza.

Él sonrió con calidez.

—Lo sé, Zoey, y por eso vas a dejar que te rapte y nos vayamos a nuestra suite.

—Nick... —dijo en tono de advertencia.

—¿Es un no?

—Claro que es un `no´. Son las doce de la noche, y todavía quedan algunos invitados. Quedémonos un ratito más hasta que se vayan mis tíos y mis papás. ¿Te parece bien?

—Mmm, entonces tendrás que darme algo a cambio.

Ella le hizo una seña con el dedo para que se acercara y poder hablarle al oído. Nick se inclinó hacia Zoey.

—Hoy, nada más llegar a esa preciosa suite que nos espera con la chimenea encendida, pienso deshacerme de ese molesto traje de tres piezas que te has puesto hoy. No solo eso, sino que voy a tener un gesto generoso

contigo.

—Escucho...—dijo con voz grave, cuando Zoey le acarició la mejilla.

—Así como tú disfrutas probando mi sabor más privado, yo también hago lo propio con el tuyo. Si me dejas tomarte con mi boca primero, entonces puedes hacer conmigo lo que quieras después —susurró.

Él tragó en seco.

—Mujer, te vas a quedar viuda tan pronto. Me matas... —Nick le dio un beso rápido, antes de agregar—: Me parece que acepto el quedarme un rato más con esta gente que no entienden que quiero estar a solas con mi esposa.

—Tenemos un trato —dijo ella, riéndose, cuando él fue a protestar, pero uno de los amigos de Zoey de la universidad se la llevó para bailar, y Adelle agarró a Nick de la mano para hacer lo propio en la pequeña pista de baile.

A pesar de disfrutar de la recepción, Zoey no podía dejar de pensar en el hecho de que Nick continuaba sin decirle lo que sentía por ella. Le dolía ser la única capaz de expresar en voz alta sus sentimientos, aunque también era consciente de que aceptó casarse con él a sabiendas de que derribar las murallas que le impedían abrirse emocionalmente no sería nada sencillo.

Él le demostraba que le importaba, y Zoey también sentía que, poco a poco, empezaba a dejar su cinismo de lado cuando estaba a su lado. Ella consideraba que tenía toda la vida por delante para intentar que comprendiese que ella no era el enemigo y que, a diferencia de otras personas, no le importaba si Nick tenía o no dinero; si conseguía o no un negocio más; o si acaso su influencia podía ser utilizada a favor de negocios personales o fama.

Necesitaba refrescarse.

—Gracias por el baile —le dijo Fred Perk, quien había sido su compañero durante los años de universidad— y por haberme invitado.

—Oh, gracias a ti me mantenía despierta a punta de cafeína para leerme

los tomos de economía —replicó—, así que no podía dejar de invitarte. — Zoey observó por el rabillo del ojo que Nick charlaba animadamente con la esposa del vicepresidente comercial de Coast Industries, y aprovechó para irse a refrescar al lavabo—. Regreso dentro de poco.

—Felicidades de nuevo. Mi esposa ha quedado encantada contigo. Me ha dicho que, si quieres que te decore también el área de la sala de juegos de tu nueva casa que está en construcción, solo tienes que llamarla.

Florence Perk era, casualidades de la vida, la diseñadora que Zoey había contratado para que la ayudase a decorar, en tiempo récord, la casa de Belgravia. Y entre charla y charla, a Zoey le había hecho ilusión volver a ver a su amigo de la universidad, así que los invitó a la boda.

—Gracias, Fred. Así lo haré. Sigue divirtiéndote, por favor.

Un poco acalorada por el ajetreo de todo el día, y también agotada por la adrenalina que llevaba vibrándole en su sistema sin parar, Zoey llegó al lavabo y se lavó las manos. Se sentó en el pequeño sofá dispuesto en el inmenso aseo para damas, y dejó que el acondicionador de aire central la refrescase. Se recogió el cabello en una trenza francesa para estar más ligera.

Pocos minutos después, la puerta se abrió. Ella no levantó la mirada. Solo necesitaba unos momentos a solas para recuperar el resuello. Ahhh, el aire fresco hacía maravillas en su piel en esos momentos.

Le gustaba que sus invitados fuesen tan solo aquellos que jugaban un papel memorable en sus vidas. Al menos en la de ella. Sus colaboradores más cercanos, su infalible asistente, sus amigos de la universidad; y Nick había hecho lo propio.

Zoey había disfrutado de una larga charla con Stavros y Toula. Eran una pareja adorable y resultaba más que evidente el nivel de aprecio del griego por Nick, y el desmedido amor por su esposa cada vez que hablaba de sus experiencias con ella como pareja casada y próximos padres.

Por otra parte, Zoey iba a darle una buena reprimenda a Jensen por haberla dejado ir sola al aseo de damas. ¿Dónde quedaba el papel de `dama de honor´ de su amigo? Ir al baño le había tomado casi veinte minutos con tanto tul de por medio. Jensen era incorregible, pero se merecía el break.

Ella no había sido precisamente una novia fácil de llevar, y su mejor amigo le tuvo bastante paciencia cuando los nervios empezaron a hacer mella en su determinación de tratar de estar siempre serena. Jensen había llevado una de sus tantas `novias ocasionales´ y lo cierto es que a Zoey no le importaba a quién llevase con tal de que él estuviera a su lado en el día más importante de su vida.

Llevaba casi media hora en el aseo, ya se sentía más serena para volver a la recepción. De seguro Nick estaba buscándola. Solo pensar en que era su esposo la llenaba de una dicha indescriptible. Difícilmente la fantasía de un amor adolescente se mantenía a lo largo del tiempo hasta convertirse en realidad. Ella era afortunada porque, después de tantos abandonos e inseguridades y de ir a la deriva en el sistema de adopciones de Inglaterra, al fin había encontrado un puerto seguro.

—¿Zoey? —preguntó una voz en tono dudoso, casi tímido.

La flamante novia miró a la desconocida con una sonrisa.

Al reparar en el rostro de la mujer, un frío gélido le recorrió la columna vertebral. Como si su cuerpo anticipase algo que ella ignoraba. La extraña no estaba entre los invitados a su matrimonio. ¿Cómo sabía su nombre?

—Sí... ¿Quién es usted? —preguntó frunciendo el ceño.

Alta, rubia y de ojos castaños, no vestía con ropa demasiado elegante, pero su belleza era indiscutible. Zoey no podía determinar su edad, aunque se atrevía a decir que no pasaba de cuarenta años. Parecía ansiosa. Se retorció las manos.

—No quise esperar más tiempo a poder hablar contigo.

—Yo no la conozco...

La mujer hizo una negación.

—Te vi en el periódico, hace varias semanas. Y en unas revistas...

Zoey se levantó del asiento del amplísimo aseo de damas.

—Voy a llamar a seguridad.

—¡No! —exclamó la mujer poniendo las manos en son de rendición—.

No lo hagas, por favor, no sabes lo que me ha costado entrar en el hotel. Si no hubieras venido al aseo de damas, yo hubiera esperado a que terminase la recepción. Lo último que quiero es hacerte daño. Yo —dijo bajando la voz—, yo solo quiero hablar. Eso es todo. Dame un poco de tu tiempo.

—Es el día de mi matrimonio. Lo último que quiero es hablar con una extraña salida de la nada y que está acosándome en un aseo de damas, ¡por Dios!

La mujer dio un paso hacia Zoey, y al instante, la nueva señora Wolfe, dio un paso atrás.

—Te he buscado durante años —murmuró—, mi nombre es Kelly. Mis amigos me llaman Kels. Quisiera poder decirte tantas cosas, pero tengo poco tiempo, por favor, dime en dónde podemos encontrarnos para hablar. Te diré todo lo que necesitas sobre tu pasado, y...

Zoey dejó de escuchar, porque a medida que la mujer hablaba, ella creía que iba a desmayarse. Sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas. No, no podía ser. Esa voz le resultaba ahora conocida. Y el cabello rubio... Necesitaba ir a ver a Nick. Necesitaba que él le dijese que todo estaba bien. Ese era el día de su matrimonio, no quería, no podía lidiar con cosas que no era capaz de comprender del todo.

—Quiero volver a la recepción. Apártese de mi camino —dijo con la voz temblorosa—. No me obligue a empujarla.

—Zoey, por favor, solo quiero que me regales unos minutos... Me ha

tomado tanto lograr llegar a ti. Mírate al espejo. Tenemos los mismos ojos, nuestras facciones también tienen una semejanza. Zoey, necesitas saber la verdad. Necesitas saber que...

—¡No! —exclamó saliendo y dejando a la mujer de lado.

Nick estaba preocupado, y a punto de perder la paciencia, cuando vio a Zoey regresar al salón. Notó que algo no iba a bien. En lugar de sonreír, su esposa estaba pálida y parecía tener dificultades para respirar. Sin dudarlo, dejó la conversación que tenía con Stavros, Toula y otras personas, para ir con Zoey.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó acariciándole los brazos desnudos—. Háblame, Zoey, ¿qué te sucede?

—Nick, sácame de aquí.

—¿Alguien te ha hecho daño? Dime quién ha sido y va a pagarlo —dijo con fiereza en la voz, mirando alrededor a los invitados que continuaban riendo, bebiendo y divirtiéndose con la música. Trataba de hallar algo sospechoso, y se dispuso a salir del salón, pero Zoey lo detuvo del brazo.

Ella negó con la cabeza.

—Por favor —susurró con vehemencia—, no hagas un escándalo, todo está en orden. Yo solo me quiero ir. Nadie me ha hecho daño —afirmó para que él dejara de tener esa mirada asesina—, ha sido una tontería...

—Dime qué ha pasado para que estés tan aturdida, Zoey.

—Una señora se me acercó, y me dijo algo de hablarme del pasado. Hay algo en ella que se me hace familiar... ¿Y si es mi madre biológica, Nick? ¿Qué hace aquí? ¿Qué es todo esto en el día de nuestro matrimonio? —preguntó con voz rota.

En ese instante la puerta del salón dejó entrever el rostro de una mujer

que no conocía a Nick, pero él sí la conocía a ella, al menos por fotos y un detallado informe, gracias al trabajo de Trent. Maldijo para sus adentros. Se había casado con Zoey para protegerla, y eso pretendía continuar haciendo.

—Alguna persona que se le ha ido la chaveta de seguro —dijo para ganar tiempo. Abrazó a Zoey y le acarició la espalda—, nos vamos ahora mismo. Después hablaré con la gente de seguridad del hotel para que me diga quién ha sido. —Ella asintió, aunque en realidad no le interesaba que le aclarasen nada esa noche. Solo necesitaba acurrucarse en los brazos de Nick y olvidarse de todo, incluidas las reminiscencias que podrían surgir de un momento a otro debido a ese encuentro con la tal Kelly—. ¿Quieres despedirte? —Ella negó—. Bien, le diré a Stavros que dé nuestras excusas. —Caminó con Zoey—. Nos acabamos de casar, así que nadie dirá que somos groseros o maleducados.

—Como si eso te importase —replicó con expresión resignada.

—En eso llevas razón —dijo, tomándola de la mano, y procurando que Kelly no los viera abandonar el salón, y si acaso lo hacía, él ya tenía en mente llevar a su esposa por la otra puerta de salida—. Voy a llamar al piloto de mi avión. No nos vamos a quedar aquí a pasar la noche.

Mientras caminaban por el pasillo, Zoey intentó retomar el ritmo calmado al respirar. No resultaba nada fácil.

—¿Por qué?

—Si alguien te ha importunado, entonces es probable que intente hacerlo de nuevo, y no voy a permitir que alguien nos arruine este día.

Nick no pensaba dar un margen de tiempo para que todo lo que él había tratado de acallar durante años se destapase como una olla de hienas dispuestas a dejarlo malherido. Necesitaba tiempo y, maldita sea, tenía que hablar con Trent.

Una vez que abrieron la suite del hotel, ella lo abrazó con fuerza, como

nunca antes él había recordado que Zoey lo hubiese hecho. Él le colocó el dedo bajo el mentón y la obligó a mirarlo.

—¿Qué es lo que tanto te preocupa?

—Creo que la conozco. Conozco a esa mujer que dice llamarse Kelly. Su voz... Su voz, a medida que hablaba, se me hacía más y más familiar.

—¿Qué te dijo? —preguntó acariciándole la mejilla.

—Que quería hablar conmigo y explicarme cosas del pasado. Que... — cerró los ojos y las lágrimas que había tratado de contener empezaron a rodar por sus mejillas—, Nick... ¿Y si es mi madre biológica?

—Hay cada oportunista. Los tabloides sacaron tu historia, y eso incluía mencionar que eres adoptada. Saben que formas parte de la familia Wolfe, que eres una heredera, y siempre habrá quienes pretendan aprovecharse de eso. Al ser yo también un Wolfe, entonces tienen una historia sobre la cual cebarse durante un tiempo. Así que, por favor, no te dejes influenciar por una mujer loca y necesitada de atención hasta el punto de irrumpir una recepción de matrimonio. ¿Qué de interesante podría decirte?

—Pero su voz se me hizo tan conocida...

—Quizá esa curiosidad de conocer tu pasado puede llevarte a creerte ciertas cosas que no son reales. Como el caso de la voz de esta mujer que asocias con una voz que crees conocer, cuando no es así.

—Yo...

—Es solo gente que quiere sacar una tajada al saber que eres adinerada. Eso es todo. Puede ser incluso una periodista infiltrada tratando de obtener información. Y créeme, eso sí que es posible, cariño.

Ella lo miró con un brillo férreo.

—Yo no soy heredera de nada, Nick, no quiero ese dinero. ¿Qué podría darle a una extraña? Dios. Por un instante casi aluciné. Sentí que la conocía... Sentí —hizo una negación con la cabeza, como si, con ese movimiento,

podiera deshacerse de la sensación de angustia que la había embargado cuando la tal Kelly empezó a hablarle —. Olvídalo. Tienes razón, me he dejado llevar... Siempre quise saber de mi pasado. Incluso Jensen se ha tomado la tarea de investigar. ¿Puedes creerlo?

«Sí que puedo», pensó Nick.

—Dile a tu amigo que lo mejor será que deje de hacer el tonto y atormentarte. Si quieres investigar algo, me tienes a mí para apoyarte en lo que desees, y ya sabes que están tus padres de por medio entonces no es algo que se pueda hacer a la ligera. No entiendo por qué carajos, Jensen anda metido en lo que no le incumbe —dijo. Por nada del mundo iba a revelar a Zoey un pasado que la haría sentir en una encrucijada emocional e intentando encontrar culpables—. Ahora, ¿será que podemos dejar a terceros y mujeres locas de atar de lado y continuar disfrutando de nuestra noche de bodas.

Ella frunció el ceño.

—Tú siempre has pensado que soy una cazafortunas —dijo bajando la mirada. Ese era el detalle que necesitaba dejar en claro—, y no soy tal cosa. Todo, *todo*, lo que tengo es porque me lo he ganado con esfuerzo. E incluso me cuesta el doble demostrar que soy más que solo una mujer que tuvo la suerte de ser adoptada por una familia con posibilidades económicas espectaculares.

Nick apoyó la frente contra la de Zoey.

—He sido un estúpido por completo. Y en mi defensa debo decir que tan solo trataba de aplacar cuánto te deseaba. Eres una mujer honorable, y jamás podría volver a poner en duda tu integridad. Fui un idiota, y lo acepto.

Ella cerró los ojos.

—En eso estamos de acuerdo. —Él soltó una carcajada. Mitad fascinado por su hermosa mujer, y mitad aliviado porque Zoey había dejado a un lado el tema de Kelly—. No quiero viajar hoy fuera de Inglaterra.

—¿Estás segura?

—Sí —dijo con sensualidad. Nick contuvo un suspiro de alivio al ver que Zoey volvía a su estado anímico habitual: coqueto, sonriente y juguetón. Tal como a él le gustaba—. Cualquiera loco que ande suelto de seguro se cansará. Aunque yo merezco agotarme de una forma diferente —dijo llevando las manos hasta rodear el cuello de Nick, atrayéndolo hacia ella—, ¿qué opinas, *esposo*?

Él se rio.

—Que siempre tienes la razón, y mañana viajamos a Tailandia.

Ella asintió, moviéndose contra la erección de Nick.

—Este vestido me molesta, ¿me ayudas a quitármelo?

—Un placer.

—Y algo más...

Él enarcó una ceja, mientras sus manos ya estaban deslizando el zipper lateral del vestido hacia abajo.

—¿Sí?

—Bésame, Nick. Hazme el amor...

—Ese será siempre mi mayor placer.

Al menos por esa noche, Nick pretendía darle a Zoey toda la pasión que era capaz de entregar. Lo que podría o no suceder los próximos días no estaba bajo su control, pero eso no implicaba que él dejaría de mover todos los hilos para que Kelly estuviese lejos de Zoey.

CAPÍTULO 20

Dos semanas después...

Pasaron en Bangkok, Tailandia, un tiempo memorable. El hospedaje en el Hotel Siam fue magnífico, no solo por el lujo y las comodidades, sino por su estratégica ubicación entre palacios y templos en el distrito de Dusit, muy cerca del río Chao Phraya. A Zoey solía gustarle los espacios que tenían ríos, lagos o mares alrededor. Quizá tenía que ver con el cumplir años en un mes con signo de agua. No es que fuese muy creyente de temas astrológicos, pero cuando solía leer su horóscopo por lo general acertaba. Además, ¿a quién no le hacía bien un poco de magia en su vida?

Durante todo el viaje Nick se mostró tan cariñoso y cercano que Zoey tenía que pellizcarse para recordar que lo que vivía era real. El ogro que todos creían que él era, tan solo resultaba una mala fábula social. Ella conocía al hombre detrás de la máscara de frialdad. Porque era él de quien estaba muy enamorada.

Zoey estaba segura de que las fotografías que se habían hecho en Tailandia quedarían preciosas en un mosaico que pensaba organizar para colgarlo en una de las paredes de la sala de la casa. Su foto favorita era una que el guía turístico había capturado de ella y Nick riéndose, mientras se bañaban en la asombrosa Cascada de Erawan y el agua celeste los rodeaba.

Ella nunca iba a olvidar esos días. Se encontró en Bangkok y los alrededores con paisajes que solo creía que existían en lugares remotos e inaccesibles. Ella y Nick se habían dedicado a explorar los alrededores y las principales atracciones tailandesas, pero cuando llegaba la noche, los dos se habían convertido en insaciables amantes.

Las dudas por el encuentro con la tal Kelly, el día de su boda, fueron

poco a poco opacándose porque las memorias que iba creando con Nick empezaban a ganar más terreno, y ella se sentía cada vez más segura a su lado. Había sido un extraño encuentro, pero Zoey lo había relegado al olvido.

Una vez que regresaron a Londres, la ciudad los recibió con un alud de trabajo. En el caso de Nick, él tuvo que ponerse al corriente de sus dos compañías, aparte de todos los pendientes con JW.

Para él había sido un verdadero alivio que la Luna de Miel hubiera calmado a Zoey. En todo el viaje no hubo referencias a Kelly, y él podía respirar con tranquilidad, por ella. A pesar de que había hecho el amor con Zoey tantas veces, en diferentes posiciones, y en los lugares más impensados, seguía deseándola con un ansia que no era capaz de asimilar. Imaginaba que siempre sería de ese modo con ella.

Durante esa mañana, Nick estuvo trabajando en Southampton en una diligencia de tipo legal, rutinario, y para ello tuvo que salir muy temprano de la casa. Le hubiera gustado poder besar a conciencia a Zoey, pero al verla tan profundamente dormida no había sido capaz de despertarla para sus egoístas deseos.

Ahora, que él podía verla al fin después de esa ajetreada mañana fuera de Londres, sentada con su anillo brillando con las luces de la sala de reuniones de JW, y con aquellos ojos que parecían conocer todos sus secretos, lo hizo sentir lleno de orgullo. Quiso sonreír, pero en una junta de esa clase no era la mejor aproximación.

No era el momento de dejar correr sus emociones. Aunque eso no impedía que, una vez que se vaciara el salón, pretendiese convertir a Zoey en su punto principal en la agenda. Para ser más exacto, pensaba recorrer a conciencia cada punto erógeno, sobre la mesa de reuniones, mientras ella mantenía las piernas generosamente abiertas, y así él poder disfrutar de los gemidos y el clímax de su mujer. *Suya*.

Raras veces se sentía protector o posesivo con algo, y en el caso de Zoey desde que dejó de lado sus reticencias de acercarse físicamente a ella de forma abierta, con ella no podía ya evitarlo. Estaba dispuesto a todo con tal de que su esposa no tuviera que sufrir las consecuencias de un pasado que ningún ser humano debería poseer. Su tragedia personal, la pérdida de Nolan, era nimia comparada con la realidad de Zoey.

En el transcurso de ese día, Nick había aprovechado para llamar a Trent.

Tan estoico con sus palabras, el experto en seguridad corporativa y personal se limitó a decirle que la dilatación del tiempo de respuesta de Nick, para tomar una acción en concreto con respecto al caso y a Kelly, había propiciado que el investigador privado de Jensen uniese los últimos cabos, aunque —según Trent— era imposible saber si el hombre habría o no entregado alguna información al amigo de Zoey, pues estaba fuera de Londres hasta el siguiente día.

—Eso significa que estoy a la merced de la suerte, ¿verdad? —había preguntado Nick con tono rabioso.

—No, eso significa que vas a tener que utilizar una táctica más contundente para acallar a Jensen.

—¿Como qué?

—Conozco maneras.

Nick se había reído amargamente.

—Esta no es una misión de James Bond, Trent. No puedo mandar a que le quiebren las piernas y lo intimiden para que se quede callado. No soy la mafia.

—Solo era una sugerencia —había dicho el hombre como si tan solo le hubiera ofrecido comprar brochetas de carne en lugar de las de pollo—. Mi trabajo ha terminado aquí, entonces, Nick.

—Lo sé. Te enviaré la transferencia por los medios habituales. Si acaso

llegase a necesitarte...

—Gracias. Ya sabes cómo contactarme.

Esa había sido la maldita conversación que le agrió el humor durante el resto de la jornada. Nick estuvo irascible y sus empleados parecían animales asustadizos tratando de esconderse de él de formas discretas. A Nick no le importaba. Tenía que encontrar una solución.

Le resultaba absurdo tratar de aislar a Zoey de la compañía, porque era ridículo tratar de ocultar el brillo del sol. Sin embargo, sí que podía pensar en una gran idea para enviarla a Grecia con algún pretexto. Stavros y Toula la recibirían con los brazos abiertos. Al menos así, él podría pensar cómo afrontar la situación en el caso de que hubiese otro incidente con Kelly.

—Buenas tardes —dijo Nick, aclarándose la garganta y consiguiendo que el murmullo reinante se silenciara.

El equipo de abogados de JW y el de Mallory Settlements asintieron en forma de saludo. Su tío Albert, le extendió la mano, e igual hizo James Mallory.

—Hombre, qué bueno verte —dijo el norteamericano.

—Igualmente, James.

Zoey estaba sentada en la cabecera.

A ella se le aceleró el corazón al verlo. Le sonrió, y él le hizo un guiño, antes de tomar asiento junto a Mallory. Albert estaba junto a Zoey, pero en esta ocasión había decidido tener un perfil bajo, tan solo le interesaba escuchar los planes a futuro y lo que su hija y su sobrino decidieran él iba a apoyarlo, así se lo hizo saber con tiempo a ambos accionistas.

El día de la negociación final había llegado para JW y Mallory Settlements.

Y si alguien pensaba en dónde estaba la inseparable esposa del

empresario extranjero, pues Maggy no estaba en el edificio —algo que era de agradecer porque la señora no tenía idea sobre los negocios— sino con sus amigas locales en algún sitio de la ciudad. Los empresarios podrían tomarse el tiempo que desearan para trabajar los puntos primordiales y tratar de llegar a un acuerdo de mutuo beneficio.

Cuando Londres había aplacado el ruido del día a día en las oficinas, pasada la medianoche, dio por terminada la negociación en todos los puntos principales que incluyeron políticas de remuneración de quienes se involucrasen con la marca JW y Mallory Settlements para así proveer un sistema de equidad salarial.

—Estás dispuesto a todo con tal de tener a Mallory de tu lado, ¿verdad? —le preguntó Zoey mientras se servían una taza de café del coffee break que habían enviado a pedir al hotel cinco estrellas más cercano.

—No hay un negocio que pierda, Zoey, eso ya lo sabes. Haría lo que fuera con tal de cerrar un trato que merece la pena, y este con Mallory lo es sin duda. Será de gran beneficio, no solo por Isolda, pero la expansión que conllevará será magnífica. No me gusta hacer nada a medias, y ser accionista de esta compañía es una gran responsabilidad.

Ella asintió.

—Lo sé —murmuró Zoey bebiendo de su taza—. Si no supiera que en realidad los otros desconocen tu verdadera naturaleza, me darías miedo.

—Una vez te di miedo —replicó él con una risa profunda.

—Eras un canalla, Nick. Y puede que algún día te haga pagar por eso —dijo bromeando antes de mirar a ambos lados del pasillo por si alguien los veía. Cuando estuvo segura de que nadie iba a pasar por ahí en los próximos segundos, se inclinó para besar fugazmente a Nick en los labios.

—Si es en la cama, mi vida, más que dispuesto.

—Insoportable —murmuró ella riéndose, antes de dejar la taza a un

lado para volver, junto con su esposo y el resto de empresarios que volvían del aseo o bien de estirar un poco las piernas caminando por el pasillo de la gran central de JW.

A medida que Nick, Zoey y James iban pasando punto por punto, los especialistas de JW en materias diversas: finanzas, distribución, logística, control de calidad, entre otros, fueron interviniendo a través de una pantalla gigante conectada a Skype. Después le tocó el turno a la contraparte de Estados Unidos.

Casi diez horas de diálogo. El café se había acabado, al igual que las pastas y las sodas. No quedaba nada, ni siquiera una neurona con ánimos de continuar trabajando en los cerebros de los asistentes.

—Será una gran alianza, Nick —dijo Albert cuando se quedaron a solas, mientras cerraban la oficina—. Me siento complacido con tu gestión, aunque no podría esperar nada menos.

—Gracias, tío —replicó sonriéndole. Atrajo a Zoey de la cintura y la apegó contra su costado, ella lo miró—. ¿Lista para irnos?

—Sí —se tapó la boca con la mano para ocultar un bostezo—, ya no me quedan ánimos para seguir en pie. —Se inclinó hacia Albert y le dio un beso en la mejilla—: Nos vemos mañana, papá.

—Seguro, mi vida. Tu madre quiere que vayas a cenar este sábado. Ojalá puedas acompañarnos. Me siento orgulloso de ti, Zoey.

Ella sonrió con dulzura.

—Gracias, papá.

—Cuida bien de mi niña, Nick —dijo Albert dándole una palmada en el hombro a su sobrino, antes de subirse al automóvil que esperaba por él.

Zoey durmió todo el trayecto a casa. La cantidad de obsequios de boda que habían recibido era increíble, y la sola idea de tener que abrir cada una de las cajas para clasificar los contenidos según su importancia o uso, ya le

causaba cansancio.

No se dio cuenta el momento exacto en que Nick la tomó en brazos para entrar, ni tampoco supo de lo que sucedía a su alrededor, porque sus ojos no volvieron a abrirse. Como un autómata dejó que le quitara la ropa y le pusiera una camisa de él como ropa de dormir. El confort del suave colchón humano que la abrazaba fue suficiente para dormirse hasta el día siguiente.

Amaneció frío. La temperatura había bajado considerablemente en Londres esa mañana. Sin embargo, frío era lo último que sentía Zoey en esos momentos cuando la boca de Nick le dejaba un reguero de besos en el cuello. Fingiéndose dormida, ella sonrió. Estaba de costado, y los brazos de Nick le rodeaban la cintura. Podía sentir la deliciosa calidez que brotaba del contacto con ese cuerpo masculino.

—Mmm... —lo escuchó susurrarle al oído—, no sé por qué, pero creo que estás despierta e intentas que te siga llenando de besos, mientras tú no me das ni uno.

Ella no pudo evitar reírse.

Intentó girarse para besarlo, pero él la retuvo.

—No, no, Zoey, te vas a quedar tal y como estás —le dijo de nuevo al oído, frotando la nariz contra el cuello femenino—, ahora vas a pagar el haberte quedado dormida anoche.

—Nick...

Lo sintió quitarse el bóxer, y pronto lo tuvo de nuevo rodeándola con sus brazos y en esta ocasión la erección desnuda presionaba contra su espalda baja. Dura y cálidamente punzante. La mano fuerte y firme empezó a recorrerle el muslo, deteniéndose —tan solo con el fin de provocarla— en su Monte de Venus, para continuar ascendiendo bajo la tela de la camisa hasta capturar uno de sus pechos. Le apretó el pezón con fuerza, y ella arqueó la espalda, frotándose sus nalgas contra el miembro masculino.

—Estás tan cálida —le dijo él, antes de bajar la mano hasta posarla, con los dedos abiertos, en la vulva suave. El dedo medio le acarició los labios íntimos—, y tan mojada, mi vida —le mordisqueó la oreja— tan lista para mí.

—Como siempre —replicó Zoey.

Elevó la mano derecha y la llevó un poco hacia atrás sobre su costado hasta que tocó la mejilla de Nick. Después de frotarla largos segundos íntimamente, él apartó la mano de su sexo y le abrió un poco la pierna derecha, lo suficiente para que él pudiese acomodarla, y en esa postura entrar en ella con facilidad.

—Lo sé, nena —susurró antes de acomodar su erección para penetrarla desde atrás, entre sus húmedos pliegues—, ah, no sabes lo que eché en falta el poder tenerte así —volvió a empujar su sexo en el interior de Zoey y ella soltó un gemido largo y complacido, él gruñó de placer.

Apoyada de espaldas contra el cuerpo de Nick, sosteniendo el ritmo de las embestidas mientras él le daba húmedos besos en el cuello y hombro, Zoey se acarició los pechos con fuerza.

—Más rápido, Nick —pidió.

Él se limitó a sonreír para sí, ante la confianza sexual que existía entre ellos. Resultaba liberadora y tan satisfactoria. Con la mano sostenía a Zoey de la pierna para no despegarse de su interior y continuar penetrándola a gusto.

—Zoey, acaríciate —le exigió con la respiración agitada.

Ella apartó la mano derecha de su pecho y empezó a frotar su propio clítoris. Entre jadeos, las acometidas de Nick se volvieron más enloquecedoras.

—Me voy a correr... Nick... Yo...

—Eso es, mi vida, córrete conmigo —dijo antes de derramarse en el interior de su esposa con un gruñido tan primitivo con las ganas que lo

embargaban de poder marcar de algún modo a Zoey como suya. Ridículo, pero era lo que sentía ante la indeleble marca que ella había dejado en él.

La sostuvo contra él, mientras los espasmos femeninos remitían. Poco a poco, Nick relajó sus penetraciones, hasta que ambos quedaron laxos de cansancio. Segundos después, Zoey se acomodó hasta quedar frente a él.

—Buenos días —le dijo Nick.

Ella sonrió.

—Hola, mi amor. Esas sí que son formas de despertar.

—Lo sé —replicó besándola larga y profundamente—, ahora nos toca ducharnos.

—¿En plural? —preguntó incorporándose, como si la idea no le apeteciera en absoluto, cuando ocurría todo lo contrario.

—Claro, ¿acaso crees que es justo desperdiciar el agua con dos baños diferentes?

Ella se rio, y tomó la mano que Nick le extendía. Entraron al inmenso cuarto de baño y cerraron la puerta tras de sí.

La jornada de ese día empezaba para Zoey a las once de la mañana. Después de que Nick se hubiese ido a la central de Coast Industries, ella pensaba tomarse un rato para recobrar el aliento. Si amanecer en la cama con él iba a ser tan entretenido como ese día, entonces ya quería que el sol se pusiera en el horizonte pronto.

Con una sonrisa, tarareando una canción con una sonrisa tonta en el rostro, abrió la puerta para recoger el ejemplar de The Guardian que el chofer de Nick solía dejarle a ella cada mañana. Su esposo no leía el periódico en papel, lo hacía online. Sin embargo, Zoey disfrutaba del placer de leer el informativo impreso con un café o un té, en especial los días como ese, cuando incluso el cielo estaba despejado, aunque el aire golpease con frío.

Abrió la puerta y se agachó para agarrar el ejemplar. Antes de incorporarse con el periódico en mano vio una persona acercándose al portal. Se ajustó la salida de cama térmica color blanco que llevaba y se quedó sin habla. Aferró el periódico contra el pecho como si de ello dependiese sus próximos minutos de vida.

—Zoey, he esperado a que estuvieras sola... No, no te asustes, no quiero hacerte daño. Solo quiero hablar. Por favor, dame unos minutos —dijo Kelly con suavidad. Como si le estuviese hablando a un ser demasiado asustado como para entender razones y que podía perder la cordura de un instante a otro—. Para mí es importante hablar contigo.

—Yo... Kelly... Usted... ¿Cuánto tiempo lleva ahí? ¿Cómo me ha encontrado? —preguntó casi en un susurro. El aire empezó a congelársele en la garganta, pero desmayarse no era una opción. Tampoco podía correr dentro, porque estaba segura de que la mujer, aunque parecía inofensiva, tenía una expresión determinada.

—Puedo responder a esas preguntas, y otras más, si me dejas entrar y me escuchas... ¿Por favor?

Temblorosa, y sin salida, Zoey sabía que no tenía sentido negarse. No se trataba de ninguna persona loca que había visto su foto por revistas o periódicos. No. La mujer estaba buscándola, y sabía que no iba a cejar en su intento. Por si eso fuera poco, su celular estaba dentro de la casa, así que llamar a alguien no era una opción.

La calle estaba vacía, y no tenía a nadie en esos momentos a quien pedirle auxilio. Sin embargo, muy dentro, su sexto sentido le decía que no corría peligro físico, pero después de esa reunión con Kelly, su vida no volvería a ser la misma.

—Después de hablar con usted, sin importar lo que tenga que decirme, no volverá a cruzarse en mi camino. Porque la próxima ocasión llamaré a la

policía.

Kelly asintió.

—Estoy de acuerdo. Te esperaré aquí afuera...

Zoey negó.

—Debo estar loca de remate por pedirle que entre... —abrió la puerta blanca de su preciosa casa, y le hizo un gesto para que pasara—. Aquí me puedo morir congelada, y no quiero un homicidio también a cuestas. Si intenta hacer algo, las cámaras de seguridad están activadas y la policía sabrá que usted ha sido la última persona en verme con vida.

—Nick no es una persona que trate con asesinos. No soy una asesina, Zoey.

Zoey la quedó mirando boquiabierta. «¿Nick? ¿Por qué utilizaba el nombre de pila de su esposo como si lo conociera de toda la vida?». Cada vez se le hacía más difícil tratar de llevar aire a los pulmones.

—Señora...

—Kelly, mi nombre es ese —dijo—. Y soy una persona que ha cometido errores, sí, pero no estoy aquí para hacerte ningún mal —murmuró, ofendida. Siguió a Zoey al interior de la casa—. No soy una asesina —insistió.

Una vez que estuvieron en la sala, Zoey le ofreció un té caliente. Después miró con determinación a la mujer que creyó que era solo una chalada metiéndose en una recepción matrimonial para llamar la atención. Algo no iba bien, algo no encajaba... Se le helaba la sangre con todas las hipótesis sobre Nick y Kelly que empezaban a fraguarse en su mente. Intentó serenarse, pero no era en absoluto sencillo. Podía sentir las manos temblorosas, así que entrelazó los dedos sobre su regazo.

Tomó una profunda respiración.

—Entonces, Kelly, dígame, ¿quién rayos es usted? ¿Qué quiere? ¿Por

qué demonios se refiere a mí esposo como si fuese su amigo personal?

CAPÍTULO 21

Nick le pidió a Bastto que lo llevara de regreso a la casa apenas salió de la última reunión, una hora después de haber llegado, de NNW. Había ido para dialogar con las personas encargadas del área de sistemas y conocer los avances que se estaban implementando debido a un nuevo software de diseño que procuraba mantener la seguridad digital de la compañía. Y ahora que tenía que ir a Coast Industries se daba cuenta de que había dejado la portátil en casa. Podía estar el día entero usando la nube desde la oficina y descargar sus archivos, pero lo cierto es que ese imprevisto resultaba la excusa perfecta para volver a ver a Zoey.

Mientras el automóvil conducido por Bastto sorteaba el tráfico londinense, Nick miró la hora. Zoey todavía estaría en casa. Sonrió. Ella le había dicho que esa mañana iría un poco más tarde a la oficina. Él tamborileó los dedos sobre la tela oscura de su pantalón del traje de corte impecable. Nick no solía olvidarse nada en casa, ni en ningún otro sitio, y justificaba su descuido por haberse quedado hasta lo último que podía con su esposa esa mañana.

La mujer de quien estaba enamorado.

La mujer que amaba...

Ante la realización de cuán inmensa era la magnitud de sus sentimientos por Zoey, hasta el punto de haberles dado un nombre que jamás creyó posible, esperó sentir pánico tal y como solía sucederle cuando sus amantes o novias le confesaban sus emociones por él. Esperó un rato más, pero la única certeza era que se sentía liviano. Más ligero.

Después de todas las circunstancias agrídulces en su pasado con Zoey, por lo que siempre estaría arrepentido, no podía si no dar gracias a las fuerzas

que se habían confabulado para que una mujer tan maravillosa lo hubiera aceptado como su esposo. No solo eso, sino que se sentía humilde ante la certeza de que ella también lo amaba. Se lo había dicho tantas veces, y él, tan imbécil, no respondió como su corazón le gritaba con tanta certeza.

Estuvo ciego y, sí, fue un cobarde. Al saber que una persona tenía la capacidad de debilitarlo porque poseía su corazón en las manos, él había preferido negar su amor, como si eso pudiese haber mermado la magnitud de lo que Zoey lo hacía sentir, en lugar de aceptarlo como el regalo que era el poder amar. Maldita la hora en que dejó que su cerebro ganase la partida.

¿Existía una sensación más placentera y regocijadora que el saber que tu amor era correspondido? No. Claro que no.

Necesitaba ver a Zoey, pedirle que no dejara de amarlo, porque él la amaba como jamás creyó que fuese posible. Tenía que decírselo. Mirarla a los ojos y repetirle una y mil veces, las ocasiones que fuesen necesarias, para que ella lo creyera.

Nick estaba seguro de que jamás podría sentir tan profundamente la libertad de amar a una mujer, como lo hacía con Zoey.

—Bastto, sortea el condenado tráfico que tengo algo importante que decirle a mi esposa —dijo Nick.

El conductor le sonrió por el retrovisor, como si fuese conecedor del esclarecimiento emocional de su jefe. Pero no era así. Bastto tan solo era una persona amable y sonriente por naturaleza.

—Sí, señor. En eso estoy —replicó tocándose el invisible borde de una boina.

Kelly parecía estar meditando las palabras que iba a pronunciar a continuación, y la paciencia de Zoey estaba acabándose. El reloj cucú que

habían instalado en la sala era el único sonido de momento.

—Soy, en teoría, tu hermana —dijo mirando a un par de ojos que compartían el mismo color de los suyos. La única diferencia física entre ambas era el tono de cabello. Kelly era rubia, y Zoey, castaña. Los rasgos faciales eran bastante similares. La forma del mentón y los ojos.

—Soy huérfana...—susurró con la voz temblorosa. Sentía como si el suelo empezara a moverse bajo el sofá. Intentó mantener la calma—. Me dieron en adopción a la familia Wolfe cuando yo tenía ocho años. Antes de eso estuve de casa en casa —continuó, a medida que hablaba su voz se volvía más firme y la rabia reemplazaba la angustia—, y cada familia me terminaba enviando de regreso. Como si no valiera nada, como si fuese una escoria en el plato de sus dignas comidas. Solo una familia fue capaz de tratarme con decencia, pero me arrancaron muy pronto de ese sitio. Tenía que esconderme para que no me quitaran mis pertenencias. Las pocas que tenía conmigo según las mujeres el servicio social. No dejaron una carta. Nada. Solo me abandonaron en el portal de una casa de gente bien, que al final terminó enviándome a servicios sociales. Siempre he sido desplazada, humillada. Pero crecí, me hice fuerte, y la única familia que conozco son los Wolfe. Mi familia biológica es un enigma para mí.

La mujer negó con vehemencia.

—No, Zoey. Detrás de todo eso hay una historia muy dura.

—Si quieres chantajearme...

—Solo mírame a los ojos. Míranos. ¿Te engañaría tu sexto sentido cuando te permitió dejarme entrar aquí? Tú sabes que estoy diciendo la verdad. Solo tengo cuarenta años. Y tú, veinticinco, ¿verdad?

Zoey asintió. No podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué tus padres se quedaron contigo y a mí me enviaron como una apestada al portal de una casa? ¿Por qué me

buscan después de todos estos años...?

Las lágrimas de Kelly empezaron a deslizarse. Ya no pudo contenerlas más, y buscó a tientas unas servilletas para limpiárselas. Trató de sosegar.

—No teníamos dinero. Vivíamos en una zona muy mala de Londres... —bajó la mirada—. Cuando te dejaron en esa casa, yo supe que no tenía modo de volverte a ver. Años después, cuando tuve el valor de regresar a los alrededores de aquella mansión, la familia que vivía ya era otra. Te perdí el rastro. Llegué demasiado tarde para poder recuperarte.

Zoey no entendía por qué si ella era su hermana tenía la responsabilidad de ir a buscarla. ¿Por qué no la habían ido a buscar sus padres en lugar de Kelly? Durante tanto tiempo quiso saber quiénes eran sus familiares biológicos. Jensen estaba tras el rastro de ellos, pero no le había dado más pistas desde antes de su matrimonio, y ella se sentía tan feliz que conocer su pasado dejó de parecerle importante, porque estaba viviendo su presente y construyendo su futuro con Nick. ¿Jensen conocería a Kelly, sabría de su existencia? Necesitaba hablar con él... Necesitaba un largo trago de licor que adormeciera sus sentidos.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó Zoey—. ¿Tu apellido es Reynolds?

—No. Me cambié el nombre hace mucho tiempo, pero me alegro que no haya sucedido lo mismo contigo. Tal vez es el único lazo que nos une al pasado que compartimos. Ahora me llamo Kelly Ravenport. Como te comenté hace un par de semanas atrás, mis amigos me dicen Kels... Y no, nosotras, no tenemos más hermanos. Solo somos dos...

—¿Quiénes son tus padres? —preguntó, porque no quería aceptar que hubiera una pareja capaz de dejar a un hijo a la intemperie en el portal de una casa como si se tratase de una historia paralela de Charles Dickens. Sus padres eran los Wolfe. Sus padres...

—Yo soy tu hermana —interrumpió Kelly—, pero antes de eso, soy tu mamá biológica...—dejó la frase al aire para que Zoey fuese capaz de digerir lo que estaba tratando de decirle.

Pasó uno, luego pasaron cinco, y después treinta eternos segundos. Un minuto más, y el silencio era el sonido del dolor, de la comprensión de la monstruosidad que había conllevado a su nacimiento. Zoey rompió a llorar, y pronto sintió los brazos de Kelly rodeándola.

—No... —susurró Zoey con la garganta ardiéndole—. Eso no...

—Mamá era la que mantenía el hogar con su trabajo como enfermera en un hospital. Papá había sido dado de baja, cuando yo cumplí doce años, por beber demasiado y haber causado desafueros durante su permanencia en las fuerzas armadas reales. Desde entonces siempre estaba o enfadado o buscando empleo.

—Kelly, no sigas...

Pero su hermana, su madre, necesitaba sacar todo lo que llevaba dentro. Todo lo que había corroído su vida por años. Los recuerdos que habían empañado su memoria convirtiendo su día a día en un amargo martirio emocional. Ahora tenía un hijo, pero deseaba estrechar un lazo, por débil que fuese, con Zoey.

—Mamá jamás quiso reconocer mis quejas.

—Kelly —pidió con la voz desgarrada y apretando las manos de su hermana con las suyas.

—Mi padre me violó... Varias veces —dijo con un tono quedo. Parecía estar reviviendo los años de terapia psicológica, pero no le importaba su dolor ahora que había encontrado a Zoey—, durante meses. Mi madre lo sabía, pero jamás hizo algo al respecto. Se hizo de la vista gorda hasta el día en que quedé embarazada. Amenazaron con llevarme a una clínica para hacerme abortar, porque mamá tenía amigas que podían hacerme un legrado. Me

negué. Una y otra vez. A pesar de la forma en que habías sido concebida, te quería conmigo. Tú fuiste mi esperanza en medio del infierno. El saber que alguien dependía de mí. Que alguien podía darme su amor incondicional. Que siempre serías mía... Hasta el día en que tuve que abandonarte.

Zoey estaba shock. No recordaba haber llorado tanto en toda su vida. Tenía el corazón destrozado. El alma en vilo, y sentía la imperiosa necesidad de romperlo todo. Echarlo todo por la borda. De buscar a Jensen y obligarlo a darle una respuesta inmediata sobre sus padres biológicos, porque si estaban vivos, Zoey pretendía encargarse de que les dieran una lección en las cortes judiciales. Por abuso, por violación, negligencia.

—Dios mío... —susurró.

Sentía frío en su interior. Como si acabaran de golpearle el rostro, el cuerpo, con un bate hasta dejarla atontada.

—Para mi madre era más importante lo que otros pudiesen decir que lo que estaba sucediéndole a su hija... Le importaba más el murmullo social sobre la chica de padres católicos en tierra de anglicanos que se quedaba embarazada fuera del matrimonio, que el hecho de que su esposo había violado a su hija repetidas ocasiones. Me amenazaron con echarme a la calle. Incluso una noche, mi padre, ese maldito monstruo, se atrevió a golpearme para que perdiese el bebé. Esa misma noche hui. No tenía recursos para mantenerte conmigo, así que estuve de casa en casa de algunos amigos que me dieron posada hasta que naciste... Con el dolor más grande que puedas haber imaginado te dejé en el portal de esa casa. Te tuve un año conmigo, pero no podía mantenerte. Con la esperanza de que tuvieras un mejor futuro y oportunidades. Te tuve a los quince años, y al cumplir dieciséis no imaginaba que pudieran enviarte al servicio social... —soltó un amargo suspiro—, vamos, lo único que podía pensar era en cómo conseguir dinero para darte de comer, porque no tenía leche en mis pechos. Estaba mal nutrida, mi madre se

desentendió de nosotras, y yo no podía arrastrarte a mi miseria.

—¿Qué fue de ti todo este tiempo? —preguntó Zoey en un susurro, mirándola con un dolor que se asemejaba mucho al que Kelly llevaba en sus recuerdos.

No podía entender la magnitud de la monstruosidad de la que había sido víctima esa mujer, su madre biológica y hermana al mismo tiempo. Veía la verdad en su rostro. Porque nadie se inventaba algo tan cruel y devastador... Y las facciones de Kelly eran las suyas. Una mezcla que no podía negar.

—Trabajé aquí y allá...

—¿Cómo me encontraste?

—Sabía de ti desde hace tiempo, pero no había encontrado el valor ni la oportunidad para hacerme presente... —bajó la mirada, y después volvió a elevar el rostro hacia su hermana-hija—, pero cuando vi las fotografías en un periódico del inminente matrimonio de Nick contigo, supe que no podía continuar alejada. Mi corazón no me dejó tolerarlo más...

—¿Qué tiene que ver Nick con todo esto? —preguntó angustiada. No podía creerse que este canalla se hubiera prestado para algo tan bajo como para ocultarle un secreto de esta magnitud.

—Gracias a él, pude ponerte un rostro, y mi alma tuvo un poco de paz en medio de tanto ajeteo que es mi vida día a día —murmuró—. Él me encontró en el momento que me estaba separando del padre de mi hijo. Sin embargo, entre todo ese tormentoso episodio de mi adultez, no tienes idea del alivio que sentí el día en que Nick me contactó. Tal vez cuatro o cinco años atrás, no lo recuerdo del todo bien... Yo trabajaba en una cafetería como administradora y como profesora de matemáticas los días sábados en una escuela para personas de escasos recursos. En una de esas noches que terminaba mi turno, él me estaba esperando fuera —hizo una pausa para beber un sorbo de té, y prosiguió—: Se presentó como el heredero de los

Wolfe, y me dijo que tú estabas bien. Y que en alguna ocasión escuchó que querías buscar tus orígenes, pero al final habías desistido. —Zoey abrió y cerró la boca, ¿cómo habría Nick podido saberlo? Salvo que la hubiese escuchado por accidente hablar con Jensen...—. Me enseñó fotografías tuyas con la familia Wolfe. Y me sentí tan feliz al saber que mi hija estaba siendo bien cuidada y que, después de todo, mi propósito fue escuchado en algún rincón del universo y tuviste un hogar. No pasabas hambre ni necesidades. Estudiabas en una prestigiosa universidad, y lo más importante era que ibas a tener oportunidades que yo jamás hubiera podido darte. —Zoey no podía articular palabra, y al comprenderlo, Kelly continuó con su tono emotivo a ratos y monótono en otros—: Al ver mi situación económica, Nick hizo un trato conmigo.

—Oh, Dios mío...

Se cubrió el rostro con las manos.

—Prometí nunca acercarme a ti a cambio de que él me pagase un piso sencillo en la ciudad, y cubriese los costes de toda la educación de Michael, mi hijo. No me siento orgullosa, pero si Michael podía tener un poquito de tu suerte, entonces podría conseguir prepararse y salir adelante. Nick insistió en que tú eras la felicidad de sus tíos y que él haría de todo para impedir que ellos sufrieran.

—Incluso privarme de conocerte... —susurró Zoey con dolor.

—Siento el papel que jugué en todo esto...

—Eres una sobreviviente, Kelly. Quizá en tu situación habría hecho lo mismo... ¿Por qué el día de mi boda?

—Nick me tenía vigilada. Se reunió conmigo antes de que ustedes se casaran para decirme que había otra persona buscándome.

—Jensen... —susurró Nick.

—Pero que esta persona no tenía toda la información. No sé detalles.

Solo me dijo que mantuviese un perfil bajo y que no hablara con extraños.

—¿Por qué decidiste romper el trato? ¿Por qué fuiste a buscarme?

—Quizá nadie llegue jamás a comprenderme —soltó un bufido resignado—, tal vez ni siquiera yo lo consiga, pero sentía que no podía tolerar quedarme a la sombra más tiempo cuando ya sabía quién eras, en dónde vivías, y que ibas a casarte con la persona que me quería lejos, pero que había proveído durante años el bienestar de Michael. Cuando vi la fotografía en el periódico me terminé de convencer.

Zoey creía que no podía sorprenderse más, pero al parecer la vida estaba demostrándole todas las maravillas que una lista de canalladas podía contener. Puso distancia física de Kelly en el sofá de forma imperceptible, y apartó las manos para ajustarse el lazo del salto de cama.

—Nick sabía que eras tú ese día... Él lo sabía, ¿verdad?

Kelly sonrió con tristeza.

—Fui yo quien rompió el trato. Nick solo quiso proteger lo que era suyo...

—¿Lo defiendes? ¿Por dinero? —preguntó, incrédula y traicionada por partida doble. A Kelly podría entenderla, ¿a Nick? No. Y ella tan estúpida había creído en él, en las posibilidades de un futuro juntos cuando un anillo en su dedo y unos malditos votos de traición que no significaban más que el epitafio de su matrimonio.

—Quizá solo quería cuidar la felicidad que tus padres habían encontrado al adoptarte años atrás.

Zoey dejó escapar un sollozo. Le picaban los ojos de tanto llorar.

—¿Qué ocurrió con tus padres?

—Mamá... —dejó caer la cabeza—, pues no he tenido contacto con ella desde que me fui de la casa —se encogió de hombros—, imagino que no existo en su realidad. —Elevó la mirada de nuevo hacia Zoey—. Mi padre

fue a la cárcel dos años después de que Michael naciera. Al parecer no era yo la única niña de la que abusó... Fue condenado a cuarenta años sin posibilidad de libertad condicional. Se hizo justicia, supongo, aunque el dolor y las secuelas psicológicas me han marcado, y me marcarán, para siempre.

Zoey asintió.

—Esto es demasiado para procesar en un día... En una vida —dijo Zoey. Creía que habían pasado años desde que Kelly entró por la puerta de la casa, pero el reloj apenas acababa de recorrer treinta minutos. Estaba temblorosa y rota por dentro—. No sé qué decirte... No sé...

—Solo quería que supieras que tu madre biológica, yo, te quiso siempre. Sin importar las circunstancias de tu concepción. Jamás renegué de tu existencia, aunque sí te confieso que me asusté muchísimo. Ojalá algún día puedas perdonarme y lleguemos —tragó en seco—, lleguemos a forjar un lazo. —Sacó de la bolsa que llevaba cruzada del hombro a la cintura, un papelito. Se lo extendió y Zoey lo tomó—. Ese es mi número de teléfono. Si algún día quieres volver a verme, y quizá conocer a Michael, siempre estaré con los brazos abiertos —sonrió con tristeza—. Espero que no me odies, y no me guardes rencor.

Zoey la miró con impotencia, angustia y un tormento que le laceraba las entrañas. Kelly, que era madre y hermana, que había padecido el trauma de haber sido abusada sexualmente por su padre, desoída por su madre cuando esta debió apoyarla y cuidarla, y que además se había encontrado sin salida entre la posibilidad de volver a ver a la hija que abandonó pensando que hacía un bien y darle de comer a su hijo, al aceptar el trato de un extraño que le lanzó un salvavidas a cambio de renunciar a su único deseo: conocer a su hija, le pedía a ella, a Zoey, que no la odiase.

Imposible que ella pudiera odiar a Kelly. La mujer había ya pasado demasiados tragos ácidos y amargos como para ponerle una cereza al pastel y

ganarse el odio inmerecido de su hija, su hermana al mismo tiempo, que había —al fin y al cabo— gozado de ser parte del plan de una familia que le proveyó amor y educación.

—No te odio... Gracias por haberme encontrado. Por contarme una verdad que necesitaba para hacer las paces con mi pasado —le dijo con sinceridad. Agitó ligeramente el papel que tenía en la mano—. Esto lo tendré guardado para cuando me sienta lista... Dame tiempo, por favor.

—Gracias... —dijo con emoción en la voz—. Sé que no... Sé que...

Zoey intuyó por el movimiento de las manos de Kelly lo que quería pedirle. Sin mediar palabra se inclinó en el asiento y la abrazó. Sintió los brazos de Kelly apretarla con firmeza, como si no quisiera dejarla, pero consciente de que era necesario poner distancia después de una confesión tan cruda.

—He sido amada y querida por los Wolfe —dijo Zoey, poniéndose de pie a pesar de sus piernas temblorosas. Kelly la imitó—. Supongo que algo tenía que salir bien en medio de tanta desdicha...

Kelly asintió. Dejó la taza de té, vacía, sobre la mesita de centro del salón.

—No tengo ningún derecho a meterme en tu matrimonio. Ninguno. Así que solo te diré que Nick me pareció un hombre decente. Solo intentaba proteger a sus tíos, a sus padres... —soltó una exhalación—. Adiós, Zoey. Estaré esperando tu llamada cuando sientas oportuno hacerla. Y si acaso no —se aclaró la garganta—, si acaso no quieres verme de nuevo, yo lo entenderé.

Zoey apretó los puños a los costados.

El nivel de la traición de Nick sobrepasaba los límites que ella era capaz de entender, de conocer, de perdonar. Y si acaso Jensen tenía alguna idea, por más pequeña que fuese, entonces no tenía nada más que hablar con él.

Necesitaba estar a solas.

—Te acompaño a la salida —fue la respuesta de Zoey.

Antes de poner la mano en la perilla dorada, la puerta se abrió de pronto obligándolas a retroceder. La sonrisa perfecta y los luminosos ojos azules de Nick aparecieron ante ellas.

Pero el rostro de sexy empresario empezó a cambiar de cariz al notar que Zoey no tenía en absoluto nada de alegría en su expresión. Cuando vio quién estaba junto a su esposa, la sangre se le fue a los pies. Miró a una y otra.

—Lo siento... —murmuró Kelly mirándolo, y después se dirigió a Zoey —: Me tengo que ir.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Nick, desconcertado.

—Necesitaba hablar con ella, y... Lo siento, Nick —farfulló antes de alejarse a paso rápido dejando la casa atrás.

Zoey, con el corazón hecho trizas, elevó la mirada hacia el rostro que esa mañana había amado. El hombre que le prometió quedarse a su lado para protegerla, cuidarla e iniciar juntos un camino. Qué ilusa había sido.

Tantos años procurando protegerse, y evitar caer en la tentación. Y cuando al fin creía que Nick podía dejar su cinismo atrás, y ella se abría por entero a él llevada a un estado de confianza por esos gestos, la ternura, la forma de hacerle el amor, y por sus detalles..., la verdad explotaba en el peor escenario. Aunque, ¿acaso hubiera existido uno mejor? Era solo cuestión de tiempo... La verdad siempre salía a la luz.

—Zoey...

Ella se apartó de la puerta y empezó a subir las escaleras hacia su habitación. Sabía que Nick la estaba siguiendo. No le importó. Fue hasta el clóset y empezó a abrir los cajones. Sacó la ropa y la lanzó sobre la cama ante la mirada culpable de Nick.

—No quería que te enterases de este modo... —dijo con voz queda sintiéndose quebrado por dentro al ver el dolor en Zoey. Dios, y él había querido evitar todo eso. Maldita Kelly. Y estúpido él por no haber hecho un control de daños a su regreso de la Luna de Miel—. Intenté que esto no llegase a ti... Quería protegerte. Todos estos años solo he querido protegerte.

Zoey detuvo su andar, del clóset a la cama y viceversa, abruptamente. Apretó contra su pecho la ropa que llevaba en brazo, como si fuese su único escudo, porque se sentía desnuda. Él conocía todo su pasado, todo, y jamás se sinceró.

—Te aprovechaste de haber escuchado mi conversación con Jensen, ¡qué suerte la tuya al haber estado en el momento preciso para dar rienda suelta a tus ideas de lealtad familiar y tomar decisiones que no eran tuyas! —dijo, tajante; un tono que Nick jamás, desde que podía recordar e incluso en las horas bajas en que ambos habían discutido, le había escuchado utilizar—, y no solo eso, estoy segura de que sabías que desde hace más de un mes Jensen estaba tratando de ayudarme a esclarecer mi pasado... —Nick no lo negó, y Zoey lo sintió como una puñalada adicional—. Todo por un maldito contrato. ¿Verdad?

Él se quedó sin palabras. No tenía idea de qué estaba hablando.

—No sé a qué te refieres con un contrato. —Intentó acercarse a Zoey, pero ella se apartó de inmediato como si él tuviera la peste.

Él no retrocedió. Zoey estaba mortalmente pálida, y era él el culpable de haber arrancado la luz de su mirada. Se sentía como si hubiese pateado a un ser indefenso en su lecho de dolor.

—Mallory Settlements. Sabías que él era partidario de las familias felices, así que decidiste jugar conmigo una vez más —dijo con amargura y con los ojos llenos de lágrimas. Le costaba respirar, le costaba hablar, pero le costaba todavía más mirar a ese hombre y tratar de odiarlo—. Pretendiste que

te importaba —dejó caer la ropa que tenía entre brazos al suelo, para secarse las lágrimas. Se abrazó a sí misma—. Pretendiste que de algún modo era especial para ti, cuando solo era una broma. No te importó que te hubiera dicho que te amaba, que te quería, tan solo el dinero y el prestigio. ¿Fui un buen calentón en la cama, Nick?

—Zoey. No hagas esto... Tú sabes que lo que hay entre nosotros es real. —Ella soltó una risotada amarga—. Nuestro matrimonio no tuvo que ver con James Mallory ni con ningún maldito negocio. Cuando supe de tu pasado, lo último que hubiera querido era que tú conocieras las circunstancias de tu concepción, porque nada agradable te ha traído ahora que lo sabes. ¡Traté de protegerte!

—*¡No era tu decisión, Nick! ¡Era mí derecho decidirlo!* —se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Qué me dices de Michael? ¡Tengo un hermano —dejó escapar un bufido, frustrado— que resulta que es también mi sobrino! ¿Tampoco tenía derecho a conocerlo? Kelly ha sufrido tanto y tú te aprovechaste de ese sufrimiento, de su pobreza, para hacer un trato con tal de proteger a mis padres, a tus tíos, ¡proteger tu maldito apellido! Eso es todo lo que te importa. El dinero, el prestigio, los negocios. Solo he sido un títere en tu perfecta obra teatral para mantener a mis padres lejos de todo este infierno. ¿Quién más sabía de todo esto? ¡Dímelo! ¿Quién más? —gritó.

Él dio un paso hacia Zoey, con cautela como si temiera asustarla.

—Zoey...

Ella experimentaba un vendaval rugiendo en su interior. El dolor se entremezclaba con la furia, la autorecriminación por haber sido tan crédula cuando lo que debió continuar haciendo era estar alejada de Nick. Debió ser más lista y protegerse; no sucumbir a la atracción, ni escuchar a su absurdo corazón.

Debió tener siempre presente que Nick podía sostenerla con fuerza

antes de lanzarla a su suerte por un risco sin considerarlo dos veces. Sin embargo, Zoey jamás esperó que, después de haberse casado, después de lo que habían vivido juntos, se abriese una cloaca de secretos y mentiras. La caída había sido brutal, y ella no creía que pudiera sobrevivir. No creí que ellos pudieran sobrevivir.

—¡Dímelo! —exigió con rabia.

Nick tomó una profunda respiración.

—Stavros... Él insistió en que te lo dijera antes de la boda.

—¿Sí? Bueno, en una próxima vida espero que aprendas a seguir consejos.

Él sintió que perdía a Zoey a medida que ella hablaba. Aunque sus instintos le decían que no se acercara, Nick los desoyó. Tomó a Zoey de los brazos con firmeza.

—Zoey, vamos a salir de esto juntos —dijo mirándola con determinación—. Enfrentaremos el pasado y trataremos de llevarlo lo mejor posible.

—Eres un malnacido y un mentiroso. —Ella intentó deshacerse de su agarre, pero no podía.

Con los puños empezó a golpearle el pecho, y Nick la abrazó con firmeza. La abrazó mientras ella acometía con sus puños que no le causaban daño alguno, pero sí dejaban una huella indeleble en su certeza de que había lastimado a Zoey cuando todo lo que siempre quiso fue protegerla. No sabía la extensión del daño en su relación, pero estaba dispuesto a todo para repararlo.

La sintió debatirse contra él, luchar, la escuchó insultarlo sobre lo mucho que lo odiaba, y después la escuchó llorar. Dios, no podía existir peor día en su vida que ese. La tomó en brazos y dejó que llorase. No supo que él también estaba llorando hasta que Zoey se apartó, y notó su barbilla húmeda.

Ella se puso de pie y le dio la espalda.

—Has llegado demasiado lejos, Nick. Demasiado lejos... No existe una explicación lógica para tanta lealtad hacia otros y tanto desdén por mis sentimientos.

Nick se acercó y la giró. Tan débil, aturullada por tan nefasta situación, Zoey cedió al movimiento hasta quedar frente a él de nuevo.

—Ese es el único error que has cometido, Zoey...

—¡Pufff! ¿Error? ¿Qué yo he cometido un error? Estás chalado — exclamó dejando caer los brazos a un lado—. No tengo tiempo para hacer un análisis de estas frases tuyas llenas de intriga, ¡faltaba más, por Dios! Me agotas.

Él la tomó de las manos con un sólido agarre.

—Tu error es creer que siento o he sentido desdén por tus sentimientos —aclaró—, porque lo que sucede es todo lo contrario. Siempre me han preocupado. Mucho.

—Vaya forma de demostrarlo, canalla.

Nick apretó los labios, le apretó las manos como si ella tuviese el poder de permitirle ahogarse en el mar de culpa o tener la esperanza de respirar de nuevo.

—El único motivo por el que no quería que supieras todo esto, que no quería que Kelly te buscara, es porque te amo, Zoey. He tardado tanto en decírtelo, en hacer un acto de sinceridad entre mi corazón y mi cabeza... No importa cuántas personas hayan estado a mi alrededor, mi punto fijo eres siempre tú. Te amo, y estoy enamorado de ti... Todo este dolor que sientes ha sido la consecuencia de mi cobardía. La consecuencia de mi pensar egoísta al creerme capaz de decidir por ti... No sabes cuánto lo siento. Pero no dudes que en esa iglesia juré serte fiel y así será; juré protegerte e intentaré continuar haciéndolo. No dudes que en cada ocasión que nos acostamos

juntos, te hice el amor, Zoey. Jamás tuve la intención de que fueras una simple aventura, porque eres mi complemento y te necesito.

Ella se quedó sin habla mirándolo, muy quieta, y durante tanto tiempo que él creyó que no había escuchado nada de lo que acababa de decir.

—¿Zoey? —dijo con el corazón en vilo.

—Lo que más me hiere es que me confieses que me amas cuando yo ahora tan solo siento un profundo vacío. Ni siquiera soy capaz de atreverme a pensar en creerte... No sé si lo dices porque sientes culpa. No sé ya por qué me lo dices...

—Te lo digo porque es cierto. ¡Porque te amo!

—Si esas palabras las hubieses dicho antes, entonces tal vez... —se frotó las sienes y contuvo un sollozo—. Es demasiado para digerir en un solo día. Estoy abrumada. Por favor, déjame sola. Vete.

Nick le acarició la mejilla. El corazón le latía desbocado, y sentía que su vida emocional pendía de un hilo finísimo.

—No renuncies a nosotros... Por favor, mi amor, no renuncies a nosotros.

—Me has lastimado demasiado, Nick. Hoy he llegado a mi límite.

—Zoey...

Ella tomó una profunda respiración.

—Vete. Si dices amarme, y si eso es verdad, entonces, por favor, vete de aquí. Déjame sola. —La voz tan desesperada y angustiada de Zoey terminó de convencer a Nick. Él tan solo hizo un asentimiento, y abandonó la habitación con renuencia.

CAPÍTULO 22

Hacía mucho tiempo que Nick no sentía la amargura de la soledad, el peso del cinismo y la irracional sensación de que podía perder irremediabilmente algo demasiado valioso para cuantificarlo o describirlo siquiera. Extrañaba el suave aroma de lavanda y coco que Zoey llevaba todo el tiempo. Y había echado de menos aspirar esa fragancia junto a su almohada la noche anterior.

Tan solo veinticuatro horas habían pasado desde que salió de casa.

No quería agobiar más a Zoey, porque era consciente de lo mucho que ella tenía que procesar, así que él se registró en el hotel Mandarin Oriental Hyde Park. No necesitaba ir por su ropa, porque la tienda en las que solía comprar habitualmente le envió todo lo que requería a la Suite Imperial en la que se encontraba.

Sentado en la barra del Bar Boulud, con los murmullos detrás, el chocar de las copas y las risas, Nick intentaba dar con la respuesta para resolver la situación en la que estaba inmerso. No podía retroceder el tiempo para que las circunstancias fuesen distintas. El único capaz de comprender la magnitud de su angustia era Stavros, y con él había hablado horas atrás.

Su amigo griego no fue de gran ayuda, porque solo le sugirió que tuviese paciencia hasta que la situación estuviera un poco más calmada. Pero Nick no podía estar sin hacer nada. Lo último en lo que estaba interesado era en concertar más reuniones y estúpidas juntas de negocios, cuando el principal recurso de su vida, el que conseguía que despertar cada día se volviese una alegría y no un deber, quería estar alejada de él. Necesitaba a Zoey.

Una palmada en el hombro lo sacó de sus pensamientos. Dejó el vaso de

coñac sobre la barra y giró la cabeza. Frunció el ceño.

—¿Qué haces aquí, Jensen? Deberías estar lleno de alegría porque no estoy al lado de mi esposa —dijo volviendo la vista a su vaso medio lleno.

Sin ser invitado, se sentó junto a Nick. Hizo una seña al barman y pidió un whisky en las rocas.

—Digamos que no soy la persona favorita de Zoey, pero al menos me habla.

Nick gruñó algo por lo bajo, ignorándolo.

Jensen se encogió de hombros ante la falta de respuesta. La tarde anterior había regresado de su viaje y fue a buscar a Zoey a la oficina, pero le dijeron que se tomó la tarde libre. Eso no era para nada común, así que decidió hacerle una visita a la casa en la que vivía desde que se casó con Nick.

Se llevó una ingrata sorpresa al encontrarla con la mirada perdida y baja de ánimos. Preocupado, lo primero que se le ocurrió fue llamar a Nick, pero Zoey le dijo que si marcaba ese número ella jamás volvería a dirigirle la palabra. Momentos después, la conversación se tornó compleja, y Zoey le habló de Kelly y el papel de Nick en todo el embrollo sobre los datos de su pasado.

Jensen, porque le pareció que no tenía caso continuar ocultárselo, le confesó que él dejó pasar un poco el tiempo porque esperaba el momento apropiado para entregarle lo que el investigador privado había averiguado. Le aseguró también que ignoraba el nivel de conocimiento o si acaso Nick estaba involucrado en todo eso. Por la mirada de Zoey, Jensen supo que le había creído.

Odiaba verla tan decaída. No era habitual en ella, porque incluso en las horas más difíciles, Zoey solía tener una voluntad de acero y una sonrisa para enfrentar las derrotas del camino. Aunque Jensen podía ponerse en la

posición de su amiga y comprender la magnitud de todo lo que sabía ahora con la visita de Kelly.

—¿Dónde está Nick? —le había preguntado al verla jugando sin cesar con el anillo de matrimonio. Se lo sacaba y se lo ponía sin ser consciente de ese gesto en particular.

—No sé ni me importa.

—¿Vas a echarle toda la culpa a él?

Zoey lo había mirado como si tuviese una enfermedad mental irreversible.

—Me escondió información, Jensen. Me mantuvo apartada de la verdad que yo tenía derecho a saber. ¿Qué clase de persona hace eso?

—Alguien que quiere protegerte —había sugerido con cautela.

Hablar con Zoey había sido como ir por un campo minado. No sabía en qué momento podría explotar y echarlo a patadas de la casa. Esperaba que pronto remitiera la intensidad de la situación.

—Entonces, ¿no sabes en dónde está?

Ella se había encogido de hombros.

—Quizá deberías hablar con él —había continuado—, porque cuando estás en un matrimonio no puedes mandarte a cambiar de casa solo porque se pelean o existen situaciones dolorosas. Hay que enfrentar la situación con madurez. Ustedes han pasado por demasiadas eventualidades poco convencionales como para que tú permitas que esto zanje una distancia irreparable. Intenta usar la empatía cuando tu rabia y sensación de traición se apacigüen un poco.

—¿Tú también tienes algún negocio por el cual te parecería provechoso que me llevara bien con él?

—Eso es injusto, Zoey.

Ella lo había mirado y asentido.

—Lo lamento, Jensen...

—Solo estoy aquí porque me interesa tu bienestar. Yo también te oculté información. No durante años, pero lo hice con la misma intención que Nick: evitar que supieras lo triste de tus condiciones de nacimiento; protegerte de algún modo cuando la vida no había podido hacerlo. ¿Por qué puedes seguir enfadada conmigo, pero no eres capaz de ver a Nick, aunque estés furiosa, y prefieres echarlo de tu lado? ¿Por qué puedes razonar conmigo, a pesar de tu enfado, pero no le das a él la oportunidad de redimirse o explicarse o algo similar?

—¿Ahora estás de parte de él?

Jensen había dejado caer los hombros, porque parecía estar dando vueltas sin hallar la salida. Su amiga estaba con ganas de pelear y mandar a todo el mundo a freír espárragos, así que poco podía él hacer.

—No hay partes en este tema. Ahora, te voy a reenviar el archivo que me mandó mi investigador privado con todos los datos. Incluyendo partidas de nacimiento. Porque te lo debo, y ya sabrás tú qué haces con todos esos archivos; si acaso los guardas, los eliminas o los ignoras.

—Vale...

Él hubiera querido quedarse, pero sabía que no era propicio.

—Jensen.

—¿Sí?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por siempre estar para mí.

Jensen había sonreído.

—No puede ser de otra manera... ¿De verdad no sabes el paradero de Nick?

Ella había suspirado, mientras se recostaba contra el respaldo mullido

del cómodo sofá de la biblioteca. Se cruzó de brazos.

—En ese Bar Boulud que es su preferido o con la amante de turno.

—Zoey, sé que te gustaría que él hiciera algo para tener un justificativo adicional y pedirle el divorcio, pero sabes que ese imbécil está enamorado de ti. —Eso había conseguido que ella abriese los ojos y prestara atención—. Ya sabes que el hombre no me cae particularmente bien, pero hay que ser justos, así que, ¿acaso crees que se tomaría todas las molestias de protegerte si no te amase?

—Pufff...

—Lo que yo hice, al buscar tu pasado, ya sabes que es porque sé que siempre has necesitado este cierre, pero Nick jamás te ha visto como una simple amiga. Siempre te ha observado como un hombre seguro de que algo le pertenece. Tú. Y Zoey, eso lo has sabido desde que aprendiste que tus encantos femeninos tenían un efecto en el sexo opuesto. Así que, hazte un favor, aclara tu mente.

—¿O si no?

—Ya sabrás tú las consecuencias de las decisiones que tomes, pero siempre estaré para apoyarte o darte una reprimenda —le había dicho antes de darle un beso en la mejilla a modo de despedida.

Tal vez no debería haberse tomado la molestia, pero Jensen tomó la decisión de terminar con ese tira y afloja entre Nick y Zoey que llevaba tiempo. Si no era la situación en la que estaban inmersos, entonces era otro lío; iban de tumbo en tumbo entremezclando la pasión, el deseo y el amor, al mismo tiempo que agregaban una alta dosis de tozudez y orgullo. Ese par estaba cortado por el mismo patrón. Eran perfectos el uno para el otro.

El matrimonio había sido solo un paréntesis entre esos múltiples altibajos. A Jensen, él era consciente al respecto, no le incumbía para nada la situación, sin embargo, se preocupaba por Zoey. Era por ella por quien estaba

en ese bar a las tantas de la noche cuando podría pasar por la casa de Carol, su amante de la semana. Sabía que Zoey o Nick iban a arrepentirse si ganaba el orgullo y en la escena entraban abogados acompañados de la palabra `divorcio`.

—¿Vas a hablar o te vas a quedar mirando tu vaso de whisky como si tuviese las respuestas a tu vida? —le preguntó Nick a Jensen sacándolo de su ensimismamiento—. ¿Cómo me encontraste?

«Una mentira más o una mentira menos por la buena causa», pensó Jensen antes de dar con la respuesta.

—Fue un golpe de mala suerte —dijo riéndose, mientras ponía la tarjeta de crédito para pagar su bebida.

—¿Qué quieres? —preguntó en tono arisco.

—Comentarte un par de detalles importantes sobre Zoey.

Eso consiguió que Nick apartara el interés del líquido que estaba en su vaso y girara el rostro para mirar a Jensen.

—¿Por qué?

—Quiero verla feliz, y no es el estado en el que la encontré hace unas horas.

Nick frunció el ceño y bajó la mirada.

—Lo sé.

—No soy muy fan de tu existencia y menos de que te casaras con ella.

—¿Has venido aquí también para restregarme en la cara que quizá no soy suficientemente buen partido para Zoey? —preguntó con tono acerado.

Jensen se llevó a la boca un puñado de cacahuates. Los masticó con parsimonia. Tragó el contenido y después acabó su segundo vaso de licor.

—No. Eso lo dedujiste tú ahorita —dijo riéndose, pero al notar que el cuerpo de Nick se tensaba de un modo que podía implicar que le soltase un puñetazo, prefirió dejar el tonito gracioso de lado—. Vas a tener que dejarla

tranquila unos días. Estuvo a punto de quebrarme un bonito florero en la cabeza cuando le sugerí que debería hablar contigo, y eso que no tengo toda la culpa de su enfado. Se siente muy traicionada. Mi ofrenda de paz consistió en entregarle todo el contenido de la investigación que hizo la persona que contraté. —Nick tan solo escuchaba con atención—. ¿La quieres? —preguntó esto con cautela.

Nick se pasó la mano por el rostro. Cabreado.

—La amo, pedazo de idiota. ¿Acaso crees que con solo querer a una persona es suficiente para proponerle matrimonio?

Jensen soltó un bufido y bebió un poco más.

—Si juzgamos por el hecho de que ya te casaste una vez, entonces debo entender de que también amabas mucho a Camille —dijo con un toque de sarcasmo.

—Lo que debes entender es que te estás pasando de listo y agotando mi paciencia.

Jensen se encogió de hombros, y dejó el tema de la exesposa de Nick. Después de todo era lo menos importante en la ecuación.

—Zoey siempre ha estado un poco colada por ti —se aclaró la garganta porque estaba dejando al descubierto a su amiga por su propio bien—, o quizá un poco más que solo `colada´. Cuando te casaste con Camille, Zoey tuvo una época muy amarga. Salía con tipos que no valían nada y se zambulló en el trabajo como si en la vida no existiera otra cosa. Ha tenido una vida difícil, pero es una mujer valiente. De esas pocas que andan por el mundo diciendo lo que piensan y haciendo lo que consideran correcto a pesar del cotilleo de los demás. —Nick asintió—. No se trata de que ella piense que te casaste solo por Mallory, sino que cree que te avergüenzas de su pasado y por eso lo mantuviste escondido...

—Eso no es verdad —farfulló—. ¿Por qué habría de creer que me

avergüenzo de un pasado del que no tiene culpa?

—Tal vez, Nick, tu campaña para tratar de alejarla durante todos estos años fue más convincente que aquella encaminada a darle a entender que la amas. —Miró su reloj. Llevaba cuarenta minutos en el bar, y prefería estar con Carol, si es que ella lo aceptaba después de haberle cancelado la cita—. Te dejo que yo tengo algo más interesante que hacer esta noche.

Nick murmuró algo sobre los amigos estúpidos de las esposas, antes de pagar su cuenta y estrechar la mano de Jensen cuando este se la extendió.

—Que te aproveche la noche —dijo Nick.

El primer paso para el siguiente día era visitar la tumba de su hermano. Necesitaba hacer las paces con su partida y dejar ir los resquicios de resentimiento que poseía contra el mundo. Después, encontraría la manera de hallar la paciencia suficiente y darle un margen de tiempo a Zoey para que ella asimilara su pasado y tomase decisiones al respecto.

Si de algo estaba convencido Nick era de que no pensaba darle la oportunidad a Zoey de abandonarlo. Esa ni siquiera era una opción. Y él no tenía la fama de ser un oponente formidable en las mesas de negocios por sentarse a esperar a que la vida lo sorprendiese. Él iba siempre un paso adelante, incluso en las situaciones más desesperadas. Aunque, en esta ocasión, era la primera vez en que intentaba ganar la partida a un contrincante que le era desconocido: los sentimientos.

CAPÍTULO 23

Nick y Zoey. Una semana separados.

—¿Qué piensas hacer con todo esto...? —preguntó Jensen abarcando con las manos el espacio del escritorio de Zoey en el que se encontraban dispersas varias fotografías en diferentes tamaños.

Agotada por la falta de sueño y la imperiosa necesidad de sentir los brazos de Nick sosteniéndola en las noches, Zoey se cruzó de brazos. Le costaba concentrarse en el trabajo y todo lo que comía parecía sentarle mal. Desde el día en que Kelly fue a su casa, y Nick aceptó haberle ocultado tantas cosas, sus horas se habían convertido en una letanía.

Cada mañana se despertaba con la sensación de estar en un foso sin nadie que pudiese extenderle una soga para poder salir. Y era natural, porque la solución estaba en sus manos. En un acto de autoconciencia había ido a dialogar con sus padres, les habló de sus miedos y temores al ser adoptada y no conocer de dónde provenía. Contrario a lo que esperaba, Albert y Elizabeth se mostraron cariñosos, y le aseguraron que jamás hubieran impedido que buscase a sus padres biológicos y que, si hubiesen sabido a tiempo que Zoey tenía una inquietud de esa magnitud, incluso habrían procurado ayudarla en buscar las respuestas que tanto necesitaba.

—¿Y qué ha pasado con Nick? —le había preguntado Albert, cuando Zoey terminó de relatarles lo sucedido con Kelly.

—Le pedí que se fuera de la casa...

Elizabeth había bajado la mirada.

—Después de que él hizo todo eso porque te ama, Zoey, ¿por qué tomaste ese rumbo? —le había preguntado su mamá.

—Me sentí traicionada...

—Comprendo —había comentado Elizabeth—. Ya encontrarás la manera de perdonarlo o tomar las decisiones que consideres más adecuadas para tu corazón.

Después de aquella conversación, Zoey sentía que podía tener un respiro. Sus inseguridades y tristezas tenían mucho que ver con la idea de que sus padres adoptivos pudiesen sufrir por su interés en conocer su pasado, descubrir información sobre sus padres biológicos. Sin embargo, los Wolfe la habían sorprendido —una vez más— con su inmenso amor y comprensión. Zoey era consciente de la suerte que tenía de tener a los Wolfe como sus padres, ambos eran maravillosos.

Por otra parte, el hecho de creer que Nick se avergonzaba de ella y que, casándose, con la capacidad de utilizar todos los recursos para tapar su triste pasado familiar evitaba una posible afrenta al apellido Wolfe, le impedía a Zoey decidirse a volver a él o perdonarlo. No creía en ese argumento de que él la había intentado proteger, porque Nick jamás le había dado motivos para pensar que sentía algo más allá de la lujuria.

No podía culpar a nadie. Ella había aceptado esa propuesta de matrimonio, la idea de ser amantes también, con los ojos bien abiertos y consciente de que Nick no la amaba. Había sido ingenua al creer que podría debilitar con el tiempo y con su amor las barreras con las que Nick tan férreamente se negaba a abrir su corazón.

—Tierra a Zoey, Tierra a Zoey —dijo Jensen chasqueando los dedos frente al rostro de su amiga.

Ella parpadeó.

—Lo siento, por un momento me perdí en mis ideas —sonrió débilmente, y observó las fotografías—. Supongo que las pondré en un álbum...

Jensen hizo una mueca.

—No creo que esa sea la idea detrás del envío.

Zoey suspiró con resignación.

Después de que Nick se fuera de la casa, a partir del siguiente día, le empezaron a llegar sobres cada mañana. El contenido usual era una fotografía de Zoey en diferentes actividades y épocas de su vida. Detrás de cada toma había un mensaje escrito. Contaba ya siete fotos; no las había echado al bote de basura, porque la impulsaban a mantener una esperanza pequeña de que Nick tal vez sí la quisiera, pero Zoey ya se había estrellado contra esa pared de acero y temía no poder recuperarse del golpe si volviese a creer y fuese una equivocación.

La primera foto. Era ella cuando recién llegó a la casa de los Wolfe con ocho años de edad. El mensaje escrito en la parte posterior decía:

Porque a pesar de la dificultad con la que viviste, el espíritu de lucha y desafío jamás te ha abandonado. Y ahora que eres toda una mujer aquellas son dos cualidades que me encantan de ti.

N.W.

La segunda. Ella estaba usando un vestido de verano, a los quince años, riéndose de forma descuidada y mirando hacia la copa de un árbol. El cabello alborotado por el viento y las mejillas sonrosadas. El mensaje escrito en la parte posterior decía:

No supe apreciar ni ver la luz que esparcías en cada lugar al que entrabas. Zoey, cada minuto que paso lejos de ti, mi ennegrecida alma pierde la única luz que era capaz de borrar las inconsistencias de un corazón que no sabía amar...

N.W.

La tercera. Zoey el día de su cumpleaños número dieciocho. Tenía una sonrisa resplandeciente junto a sus padres. El mensaje escrito en la parte

posterior decía:

Tal vez nunca me pueda perdonar por la humillación y la tristeza que te causé aquel día de tu cumpleaños. La felicidad de otros jamás tuvo que haber sido utilizada como excusa para mis actos, aunque esos “otros” fuesen mi familia. El sabor del beso que te di esa noche se quedó conmigo para siempre. Ninguna adicción podría compararse a la que siento por tu boca.

N.W.

La cuarta. El día del matrimonio de Nick, antes de que se casara con Camille. Él vestía su elegante esmoquin. No era una foto posada. El fotógrafo había captado la imagen de ambos mirándose desde dos puntos distintos, a pesar de la cantidad de invitados alrededor. El mensaje escrito en la parte posterior decía:

Ninguna decisión resultó tan difícil como casarme con una mujer a la que no amaba. La única persona con la que quería estar era demasiado joven e inocente, y tenía tanto por vivir que privarla de ello hubiera sido otra canallada que no quise agregar a mi lista. Debí arriesgarme. No me sirve de nada arrepentirme, pero quería que lo supieras. Siempre desee que ese día, la mujer a la que estaba jurándole fidelidad fueses tú.

N.W.

La quinta. Ella estaba abrazada a sus padres en la universidad con su título profesional de por medio. El sol no había salido, pero sí la lluvia. Tenía el cabello algo fuera de sitio, pero el brillo en sus ojos era más que evidente. El mensaje escrito en la parte posterior decía:

Cada logro tuyo me llenó siempre de orgullo. Adoro tu determinación y tu integridad en cada tarea que emprendes. Fui un cobarde e idiota al sospechar de ti y crear una imagen llena de mentiras para tratar de alejarme. Te echo tanto de menos, Zoey.

La sexta. Zoey en París. De espalda a Nick, y mirando por el ventanal

que dejaba disfrutar la magnífica vista de la ciudad. La silueta de sirena estaba enmarcada a contraluz. El mensaje escrito en la parte posterior decía:

Aquella breve e intensa estadía en París sellé mi suerte. Hacer el amor contigo fue, es, y será siempre un privilegio. No pierdas la fe en nosotros, Zoey.

Te quiero.

N.W.

La séptima, y última. El día de su matrimonio. De pie en el altar, mirándose con una intensidad que parecía traspasar el material de la fotografía. La iglesia estaba bellamente iluminada. El mensaje escrito en la parte posterior decía:

Me concediste el honor de poder llamarte mi esposa, no solo en mi corazón, sino ante todo el mundo. Zoey, vuelve a mí.

Te amo...

N.W.

El sobre de esa última fotografía había llegado esa mañana, y llevaba una pequeña invitación adicional en el interior con una postal de las Hampstead Heath Ponds. Había una banqueta vacía en la orilla mirando hacia el agua. Tenía escrito a mano la hora: las seis de la tarde y también la fecha del día siguiente. Y en la inequívoca letra de Nick decía:

Mi chofer estará esperándote a la salida de la oficina mañana, porque no quiero imponerte mi presencia. Este es un lugar público, si no quieres estar a solas conmigo... Acaba con mi miseria.

Ven, por favor, Zoey.

N.W.

—Sí, lo sé, Jensen —dijo ella, mirando a su mejor amigo y apartando la mirada de las fotos que le acababa de mostrar—. No sé qué hacer.

—¿Ir? —preguntó riéndose—. Creo que deberías hacerlo —dijo con

seriedad esta ocasión—, porque esta ha sido una semana en que pareces autómatas en lugar de un ser humano con fluidez de movimientos.

Zoey tomó una exhalación profunda. Estaban en la hora del almuerzo, y Jensen había decidido llevarle unos sándwiches del sitio favorito de ambos para así poder conversar. Ella no se opuso, porque le venía siempre bien tener a Jensen cerca, aunque días atrás hubiese querido ahorcarlo con sus manos.

—Vaya, gracias —dijo ella limpiándose las migajas de la boca con la servilleta.

—¿Entonces? —insistió.

Ella había charlado con sus padres la noche anterior y les comunicó que iba a tomarse una licencia de la oficina durante un mes. No era algo que quería discutir con su esposo, así que con decírselo a su padre era más que suficiente, e informárselo a su madre, un gesto de consideración y respeto que estimó necesario.

Zoey había trabajado sin descanso para ganar la posición en la que estaba, y si solicitaba la aprobación para tomarse una licencia de trabajo —considerando el contexto— pues lo tenía más que merecido. Negárselo, a juicio de sus padres, estaba fuera de consideración. Además, ella era accionista y eso le brindaba un margen de libertad mucho más amplio.

No solo estaba en esos instantes con Jensen porque lo hubiera echado en falta, a pesar de su discusión días atrás, sino porque quería comentarle sobre su ausencia de la compañía. Todavía no tenía un destino fijo, o decidido si acaso estaría fuera del Reino Unido, pero lo definiría pronto.

—Me he tomado un mes de licencia laboral.

Él la miró con una expresión de sorpresa.

—¿Por qué?

—Lo necesito. Ya hablé con mi asistente, y le pedí que le enviase un correo a Nick informándoselo. Él no ha venido a la oficina en esta semana, y

tampoco necesita hacerlo, porque puede coordinar los asuntos de JW desde Coast Industries o NNW.

—Zoey, Nick solo está tratando de darte espacio. No creo que pueda manejar una empresa sin visitarla al menos un día. No está en la sangre de Wolfe.

—Lo sé, y tengo que aprovechar la coyuntura para irme. No sé si, al verlo, tenga la fuerza suficiente para alejarme tanto tiempo de todos... de él. Nick conoce mi agenda y pronto empezará a venir a la empresa, no tengo duda de ello, porque no es de las personas que se dan por vencidas...

Jensen asintió.

—Eso ya es algo que sabemos. ¿Cuál es el punto de hacer esto tan de prisa?

Zoey suspiró.

—Puede ocurrir la eventualidad de que Nick y yo nos crucemos accidentalmente.

—¿Y por qué sería eso tan contraproducente? Necesitas hablar con él, Zoey, decidas o no darle una oportunidad.

—Porque no estoy lista para verlo, ¡Dios, Jensen, qué intenso estás hoy y lento para entenderme! —soltó un bufido. Se frotó las sienes—. Lo siento, no debí decir eso... Lo siento, Jensen.

—No pasa nada, ya sabes que no me ofendo fácilmente —sonrió—. Ahora, lo que debes llevar muy claro es que no puedes huir para siempre —dijo con suavidad— ni tampoco postergar un cara a cara con Nick. Por mucho que duela.

Ella suspiró

—Ya lo sé —dijo, frustrada—. Alejarme no es algo que me entusiasme hacer, pero necesito un poco de espacio. Incluso de esta empresa que tanto amo. Toda esta situación ha sido demasiado para digerir de golpe. Y sí, antes

de que lo saques a colación, he tenido siete días para pensar sobre el papel de Nick en todo esto, pero mi entorno no ha cambiado y a veces eso ayuda a ganar perspectiva. Por eso también necesito este break. —Él asintió—. Veré a Nick cuando esté lista, Jensen.

—¿Te mantendrás en contacto?

Ella sonrió con tristeza.

—No lo sé, pero si me es posible te dejaré saber que sigo viva. Aún no tengo decidido si me quedo en el país o si acaso me tomo un tiempo para conocer alguna ciudad exótica como Marruecos. Me mantendré en contacto si salgo de Inglaterra.

Jensen asintió.

—Haz eso, cariño —dijo incorporándose. Rodeó el escritorio. Zoey se puso en pie para abrazarlo—. Resuelve lo que necesites desentrañar en tu mente y tu corazón, pronto. La realidad no va a mantenerse estática, lo sabes. Aunque el amor sea fuerte, la vida continúa.

—¿Por qué me dices eso último?

—Porque debes tomar una decisión pensando en ti, pero también considerando que no estás en una relación de novios. Estás casada, Zoey.

—Lo sé —susurró con lágrimas sin derramar—, y créeme que estar lejos de Nick es más difícil que tenerlo a mi lado sin la certeza de saber si me ama de verdad o si acaso dijo hacerlo porque no está acostumbrado a enfrentar una situación inusual, en especial si involucra sentimientos de por medio.

—Entonces este tiempo a solas será beneficioso. Te veré cuando estés lista, cielo. No seas tan cabeza dura —dijo bromeando.

Ella rio con suavidad.

—Vale...

Él se apartó antes de echarle una última mirada a las fotografías que ella

le acababa de mostrar.

—Jamás he estado enamorado de alguien hasta el punto de tener detalles, pero como hombre te puedo decir que Wolfe está tan desesperado por obtener tus disculpas y la oportunidad de enmendar su error como lo estás tú de encontrar en tu corazón la forma de vencer este gran obstáculo.

Doce días después...

Sentado en la silla del comedor, en el lujoso piso que tenía alquilado temporalmente, Nick estrujaba entre sus manos una nota que había leído más ocasiones de las que era capaz de contar.

Llevaba días en una estúpida rutina: Despertarse al alba. Matarse en el gimnasio. Masturbarse cuando le era imposible contenerse más para así olvidar cuán duro estaba su miembro cada día al despertar pensando en Zoey y en la forma en que se habían amado entre las sábanas. Destrozar sin misericordia a quien intentara oponerse a sus metas corporativas tanto en NNW como en Coast Industries.

En la oficina ya todos parecían temer cruzarse con él, porque si antes su paciencia era mínima, ahora resultaba prácticamente inexistente. Después de llegar a casa, muy entrada la noche, la bebida era su compañía al igual que una puñetera cama vacía. Esa noche no era diferente...

La hoja arrugada con el mensaje de Zoey era su única constante. Vivía rodeado de empresarios, empleados, clientes, pero tan solo ahora le era posible comprender cómo algunas personas solían decir que en ocasiones se podía estar rodeado de gente y sentir el peso de la soledad.

La idea de las fotografías que le envió a su esposa, a diario, le pareció lo más cercano a lo que habían sido sus pensamientos y sentimientos hacia Zoey

en diferentes etapas. La invitación a tener una cita casual para hablar fue la forma de intentar presionarla ante su pulsante necesidad de verla, y había fallado. Las flores, algo poco habitual en él, al parecer tampoco surtieron ningún efecto a su favor. Los chocolates ni las joyas eran parte de sus envíos porque resultaban un cliché para Zoey, y Nick prefería recordar el gusto de su esposa para evitar enviar estupideces.

Él no creía que pudiera dolerle tanto la distancia de la persona de quien estaba enamorado, pero así era. Nunca había amado a alguien como amaba a su esposa. Una esposa que, era muy claro, no quería estar cerca de él.

Contaba con letanía los días sin ella. Doce días de mierda.

Arrugó el papel de la nota en su puño. No hacía falta leerla para recordar lo que decía. Lo sabía de memoria.

Nick:

Necesito un tiempo a solas para mí. Necesito respuestas que solo yo puedo hallar. Cuando regrese, cuando haya encontrado las certezas que me hacen falta, te llamaré. Gracias por las fotografías. Gracias también por la invitación a Hampstead Heath Ponds, pero no me siento preparada para tener un cara a cara contigo. Aprecio que hayas respetado mi necesidad de espacio y no me hayas venido a ver a la oficina, ni tampoco a buscar a la casa.

Espero que tengas una buena temporada de trabajo...

Besos,

Zoey.

Él estaba tan lleno de rabia que apenas era capaz de contenerla. Por eso se había bebido casi media botella de whisky en menos de una hora esa noche. No era el primer día en que lo hacía, a pesar de que la bebida no era su

principal desfogue cuando lo invadían sendas frustraciones personales o profesionales. Pero ni siquiera ir a Stretch, dejándose llevar por el ritmo de la música estridente y los cuerpos danzantes en la pista de baile, lograba disipar su mente.

La asistente de Zoey en JW., le había dicho que su jefa se había tomado un mes de licencia laboral y le pidió a Nick que revisara su email corporativo —algo que él olvidaba hacer, pues solía estar más volcado a los correos de Coast Industries y NNW—, porque en él constaban los detalles de la agenda de trabajo de Zoey y quiénes iban a reemplazarla durante ese tiempo por si necesitaba hacer algún tipo de seguimiento. Después de terminar la llamada Nick lanzó el teléfono contra la pared, destrozándolo.

«Un maldito mes.» Y no solo eso, sino que no le informaba en qué sitio iba a estar durante todo ese lapso. Nick ni siquiera podía saber si estaría dentro del Reino Unido o si acaso ella pensaba irse del país. Claro que podía llamar a Trent y averiguarlo en un dos por tres, y estuvo tentado varias veces, pero no iba a caer en la rutina que lo había llevado al estado en el que se encontraba. No más secretos ni por hacer un bien ni por intentar hallar respuestas.

Estaba verdaderamente contrariado, y dolido. Sí, sabía que se lo merecía, pero ya había pedido disculpas y explicado sus motivos. Le había dicho que la amaba, y al parecer tampoco fue suficiente.

Nick tenía toda la predisposición de intentar arreglar su matrimonio, pero Zoey prefería tomarse un tiempo sin decirle más que un adiós a través de una carta fechada días atrás. ¡Una carta como si estuviesen en el siglo XX a continentes de distancia! Él que le había escrito, sin lograr respuestas. Le había enviado mensajes de texto, sin contestaciones de regreso. La había llamado insistentemente, y ella no respondía en ninguna de las ocasiones, y la asistente de Zoey había tenido el descaro de decirle que estaba en una reunión

cuando no era cierto en el momento en que él llamaba a la línea de JW. Le había pedido una cita, y ella lo había rechazado.

Cuando le envió un mensaje para preguntarle el porqué, por supuesto, no obtuvo una contestación directa. Lo que consiguió a cambio fue un papel escrito a mano, la llamada de su puñetera asistente, y la noticia de que su esposa desaparecía del mapa un mes.

Claro que él pudo haber ido en persona a JW o a la casa que compartía con Zoey hasta hacía poco, pero no quería imponerle su presencia. Estaba tratando, con gran esfuerzo, de manejar con serenidad su naturaleza imponente. Pensó que estaba haciendo progresos, pero se había equivocado, y si no sacaba pronto la frustración que llevaba dentro iba a cometer alguna idiotez... como llamar a Trent.

Así que decidió tomar una salida que podía darle un poco de sosiego. Al menos momentáneamente.

Cabreado, agarró su chaqueta negra y abrió la puerta del lujoso piso en uno de los rascacielos más costosos de la ciudad. Iba a buscar a su esposa. No le importaba si tenía que hacer las pesquisas informativas él mismo.

¿Ella quería un mes? Pues ya habían pasado doce días, y él estaba desquiciado. Zoey iba a tenerlo siguiéndole los pasos. Y si no quería hablarle, a Nick le daba igual. Pensaba seguirla y ser su sombra hasta que la tozuda mujer se diera cuenta de que ella era el aire que él respiraba, y cada día sin su presencia empezaba a costarle un poco más de esfuerzo el mantener la cordura.

Cerró de un portazo y bajó en el elevador.

A pesar de que tenía mucho licor en su sistema, sus sentidos estaban alerta. Tenía bastante resistencia al alcohol, sin embargo, cada tanto veía doble.

Estaba seguro de que la calle iba a brindarle la capacidad de despejar su

cabeza. Podía ir directo a la fuente de información más confiable: sus tíos. Zoey no era capaz de esconder su paradero a ellos. Pues ya vería qué le quedaba más cerca.

Su último recurso era Jensen. El muy cretino tenía acceso a su esposa. Una esposa que no solo lo consideraba traicionero, sino también lo suficientemente imbécil como para avergonzarse de ella. Pues iría a buscar esa noche a quien hiciera falta para dar con Zoey, así tuviese que ir de casa en casa con todos sus conocidos. Utilizaría sus propios recursos. No necesitaba a Trent ni a ningún otro maldito investigador privado.

—Señor Wolfe —dijo el recepcionista del edificio privado al verlo.

—¿Qué ocurre, Vladis? —Nick lo miró de mala gana.

No era habitual portarse tan cortante, pues él solía ser amable con el servicio pues ellos eran quienes le facilitaban la vida.

—Hay aviso de una fuerte lluvia hoy, ¿le gustaría que le facilitara una sombrilla? —preguntó al ver que Nick solo llevaba el casco protector para la motocicleta, pero no un impermeable.

Nick tenía una Harley Davidson. La utilizaba de vez en cuando, y en esos momentos en que necesitaba un poco de adrenalina le venía perfecto perderse entre las calles de Londres a toda velocidad. Además, con una motocicleta le sería mucho más sencillo ir de un sitio a otro sin preocuparse por el parqueo.

Su automóvil lo conducía Bastto, por lo general, así que la Harley era una estupenda alternativa. No quería llamar a su chofer a esas horas y menos para una tarea tan personal como era buscar a Zoey. Ya eran las diez de la noche. Nick tan solo quería sentir el viento rompiéndose en el plástico protector del casco y experimentar la sensación de invencibilidad mientras conducía.

Durante el tiempo que sorteaba las calles con la motocicleta, su

pensamiento estaba concentrado en mantener el equilibrio y la velocidad sobre el pavimento. Y él necesitaba esa concentración para pensar a derechas sobre sus posibles fuentes de información para unir las piezas y encontrar a Zoey. Esperaba tener suerte, y si fallaba, entonces se sumergiría en contactar a sus conocidos en los aeropuertos para que le dijeran si acaso ella habría o no salido del país.

—Mmm...—Nick frunció el ceño. ¿Llovería? Le daba igual—. No, gracias, Vladis. Iré en mi motocicleta. Y mi chaqueta de cuero será suficiente.

—Que disfrute su noche, señor Wolfe.

Él asintió, y después se encaminó hasta la puerta lateral interior del edificio que tenía acceso especial al garaje para los condóminos que poseían motos, bicicletas, o lo que fuera distinto a un automóvil. Nick se subió a su Harley y calentó el motor.

Activó la puerta automática del garaje, y una vez que se abrió, él emprendió su viaje sin rumbo fijo para buscar a su esposa. Zoey iba a aprender que al estar casada con él tenía que apegarse a una regla muy importante: su matrimonio no tenía fecha de caducidad, menos cuando ella era la dueña de su corazón. Si tenían que ir al infierno, entonces irían juntos.

Doce días sin Zoey eran más que suficiente. Demasiado tiempo si era sincero. Si no quería verlo, mal por ella. ¿No quería hablarle? Él podía jugar a ese juego, pero no iba a perderla de vista de nuevo. Nunca más.

CAPÍTULO 24

Ella sonrió cuando Michael la abrazó antes de despedirse. Era la primera vez que lo hacía de forma voluntaria desde que Zoey decidió llamar a Kelly doce días atrás para decirle que su mayor deseo era empezar a forjar una relación con ella. En un inicio, Zoey pensó en abandonar el Reino Unido para irse a mochilear por Europa durante todo el mes que tenía disponible, pero al final ganó su imperiosa necesidad de tener un lazo con la familia que llevaba su mismo ADN.

Kelly y Zoey habían tomado la decisión de que serían `hermanas' ante otros, y para referirse la una a la otra en privado también, en especial porque así —y podían equivocarse— el trauma para ambas podría ser más digerible e incluso la aceptación de Michael sería más llevadera y sin explicaciones enredadas ante la súbita presencia de Zoey en la casa de ellos. No era un escenario sencillo, porque ambas tenían cicatrices que jamás podrían borrarse. Sin embargo, la voluntad de tratar de sobrellevar los años que tenían por delante resultaba más fuerte.

Las primeras conversaciones, largas y difíciles, entre las dos hermanas implicaron muchas lágrimas. También hubo risas y anécdotas de sus vidas. Para Zoey fue muy complejo asimilar un factor que solo daba cuenta del gran ser humano que era Kelly. Después de todo el dolor que el padre biológico de ambas les había causado, directa e indirectamente, Kelly lo había perdonado.

—No sé cómo lo conseguiste —le había dicho Zoey con asombro—, yo jamás hubiera ido a la cárcel y decirle cara a cara que lo perdonaba.

Con una sonrisa triste, pero mirada impregnada de un brillo especial que daba cuenta de su capacidad de amar, Kelly había tomado la mano de Zoey entre las suyas.

—A pesar de lo difícil que ha sido mi existencia, y el esfuerzo que me tomó conseguir una beca para estudiar y labrarme un camino honesto, la vida me ha dado algo por lo que debo luchar: mi hijo. Vivir anclada al dolor solo generará más dolor. No quiero transmitirle esas vibras cargadas de resentimiento a Michael. Él merece un entorno de amor. Por eso, aunque estoy divorciada, mantengo una relación cordial con mi ex. No fue por una situación de infidelidad que nos divorciamos, sino porque, al final, no éramos el uno para el otro. Hay que perdonar el pasado para ser capaces de vivir el presente y tener un futuro, Zoey.

—Perdonar a Nick no es fácil.

—¿Qué es fácil en esta vida? —le había preguntado—. Tal vez has visto la situación solo desde tu perspectiva, y esa es la perspectiva del dolor o la traición. ¿En algún momento pensaste en los motivos de él para ocultarte mi existencia?

—Compró tu silencio.

Kelly había hecho una negación con la cabeza.

—Compró tu tranquilidad, Zoey.

—La de los Wolfe.

—¿Cuándo has sido menos que una Wolfe? Siempre te han tratado como una más de la familia. No te menosprecies de este modo —había dicho con suavidad—. Quizá antes no llevabas el apellido, ahora lo haces. Pero no existe diferencia cuando hay amor de por medio. Nick solía venir una vez cada cuatro o seis meses. Michael lo conoce. —Zoey la había mirado con sorpresa—. Sí, mi querida Zoey, el hombre que has pensado que siempre te ha odiado tan solo era una persona que temía el rechazo o perder lo que amaba. Tú.

—Yo...

—Nick y yo no somos amigos. Sin embargo, tenemos una relación

cordial. Cuando hablaba de ti, su mirada solía iluminarse. ¿Por qué si yo he podido perdonar a mi padre que cometió una atrocidad contra mí, tú no puedes perdonar a Nick que solo ha cometido errores por el simple hecho de amarte?

Y había sido ese último comentario el que, doce días después de haberse instalado en un hotel cerca de la casa de Kelly y Michael, la impulsaba a dar por concluido su resentimiento. Si Kelly tenía la capacidad de perdonar a un monstruo, ¿quién era Zoey para guardarle rencor a un hombre que la amaba y que había cometido una equivocación de juicio?

—Gracias por estos días —le dijo Kelly en el umbral de la puerta—, no tienes idea la paz que siento ahora.

—¿Vendrás a visitarme?

—Claro que sí, pero primero creo que mereces recuperar el tiempo perdido con tu esposo. Michael y yo no nos iremos a ninguna parte. Y si te parece, nos gustaría continuar formando parte de tu vida.

Zoey la abrazó.

—Ya eres parte de ella, Kelly, y seguirás siéndolo. Ahora tengo que ir a buscar a Nick —sonrió—. No creo que pueda pasar un día más lejos de él.

La mujer sonrió, antes de indicarle a Michael que fuera a cepillarse los dientes porque ya era hora de dormir.

—Ve con cuidado que está lloviendo mucho hoy, Zoey.

—Claro que sí.

Zoey llamó a Kendrick, su chofer.

Durante el tiempo lejos de su círculo habitual, le pidió a Kendrick que mantuviera la discreción sobre su agenda en Londres. Solo Jensen sabía que continuaba en la ciudad. Zoey tenía aprecio por Bastto, pero sabía que era leal a Nick.

Una vez en el automóvil, la expectativa de abrazar a Nick le hacía latir

el corazón con más rapidez. Sonrió mientras contemplaba las calles de su ciudad pasando una tras otra en medio de la lluvia.

Faltaban pocos minutos para llegar a casa cuando su teléfono empezó a sonar. Abrió la bolsa y sacó el iPhone. No solía responder número desconocidos, pero algo la impulsó a hacerlo en esta ocasión.

—Diga...

—¿La señora Zoey Wolfe? —preguntó una voz firme.

Frunció el ceño.

—Sí. Soy yo, ¿quién habla?

—Mi nombre es Constanina Mester y soy enfermera del London Bridge Hospital. La tengo como contacto principal en caso de emergencia para el señor Nick Alastair Wolfe.

Zoey sintió que la sangre dejaba de circularle en las venas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó en un hilillo de voz y agarrando con la mano libre el brazo de la puerta como si pudiera anclarla a la realidad—. ¿Él está bien?

—Sufrió un accidente en la motocicleta. Lo trajeron a este hospital. No puedo brindarle más información por teléfono.

—Claro... Claro —dijo aclarándose la garganta que, de pronto, la sentía rasposa—, ahora mismo voy, pero dígame, ¿él está bien?

—Pregunte por mí en la recepción y le daré los datos que hagan falta — fue la respuesta de la enfermera antes de cortar la comunicación.

Cuando Zoey entró en el hospital se sorprendió de que sus piernas respondieran a la idea de moverse, y que sus brazos coordinaran la escritura para poder dejar firmados los papeles del seguro médico, así como el voucher abierto de la tarjeta de crédito hasta que a Nick le dieran el alta. Intentó

mantener la calma, porque no tenía otra opción, al entrar en la habitación de su esposo.

Habían pasado doce largos días, y un viaje personal de por medio para echar tierra a las heridas del pasado; para sembrar el inicio que empezaría a sanarlas. Y cuando creía que todo empezaba a ir mejor, una llamada parecía querer acabar con todo su esfuerzo. ¿Es que acaso su camino iba a estar siempre lleno de espinas?

El sonido de los aparatos a los que Nick estaba conectado generaba un eco en la pieza privada. Con una mano en el sitio en el que latía su corazón, Zoey se acercó con lentitud. Tenía una mano vendada, y el labio inferior con magulladuras. El doctor le había dicho que no tenía lesiones graves, y que tan solo iban a dejarlo en observación por precaución. El hecho de que hubiera llevado casco protector en la cabeza, una chaqueta de cuero gruesa, y una pizca de suerte, lo habían salvado.

Zoey no podría agradecer suficiente a los médicos, por más de que ellos insistieran en que el caso de Nick no fue de gravedad. El susto que ella se había llevado no la iba a abandonar tan fácil. La sola idea de que pudo perder para siempre al hombre del que estaba enamorada resultaba desoladora, y también la invitó a reflexionar sobre el hecho de que no podría jamás dar por sentada su suerte. Cada día sería siempre una constante lucha para convertir veinticuatro horas en las mejores de su vida y la de Nick.

Al parecer, según los testigos que llamaron a emergencias, un automóvil que iba a toda velocidad no logró detenerse debido a la lluvia e impactó la moto de Nick cuando él estaba cruzando con un semáforo en verde. No hubo detenidos.

Más allá de los impactos en el cuerpo, Nick estaba bien y quizá tan solo un poco atontado, según el doctor Moore, quien acababa de hablar con Zoey para calmarla. Pero nada lograría tranquilizarla hasta que Nick la mirara a los

ojos. Hasta poder abrazarlo y decirle cuánto lo amaba.

Zoey se mordió el labio inferior para tratar de contener un sollozo. Estiró los dedos con lentitud y le acarició la mejilla con ternura. Llevaba una barba de al menos tres días, notó. Seguía siendo tan devastadoramente guapo como siempre. Solo él conseguía que su corazón latiera a mil por hora y su cerebro lograra desconectarse del mundo cuando se encontraba entre sus brazos.

—Mi amor... —susurró Zoey inclinándose para besar a Nick suavemente—, ya estoy aquí... Lo siento tanto...—murmuró contra los labios que tanto adoraba besar. Se apartó, pero no demasiado—. Siento haberme alejado de ti, pero necesitaba hacerlo... Ojalá algún día logres comprenderlo...

En esta ocasión, ella no fue capaz de sostener las lágrimas que empezaron a rodar por sus mejillas.

—Zoey —dijo Nick con voz rasposa—. Zoey —repitió como si sus ojos estuvieran engañándolo.

Sabía que le habían dado un par de medicamentos para el dolor, aunque no tantos para perder el sentido de la realidad. La pierna derecha le dolía como un demonio. No tenía nada roto, menos mal, le habían dicho los médicos. Sin embargo, sí que le quedarían moratones durante varios días.

Ella sonrió entre lágrimas.

—Hola, Nick...

Él parpadeó varias veces hasta que sus ojos se habituaron a la luz.

—No vuelvas a irte de mi lado.

—Jamás...

—Te amo, ¿lo entiendes? —Ella asintió—. Si no hubiera sido por ese maldito automóvil ya te hubiera encontrado por mis propios medios —dijo con obstinación.

Zoey se acomodó con cuidado sobre el colchón de la cama del hospital. Él enredó los dedos con los de ella.

—Lo sé —susurró Zoey inclinándose para frotar la nariz con la de Nick—, lo sé. Sabía que el margen de tiempo que estaba tomándome era demasiado. Si crees que no me hiciste falta, entonces será mejor que te quites esas ideas de la cabeza. Cada día sin ti fue un tormento.

—No me avergüenzo de ti —refunfuñó y trató de moverse, pero el dolor de la pierna fue como una punzada que lo hizo gruñir. Zoey presionó el botón para subir la posición de la cama y así que él pudiera estar menos reclinado—, yo me siento orgulloso de la mujer que eres, porque te amo.

Zoey se secó las lágrimas. Jamás podría cansarse de escuchar esas palabras, menos cuando sabía cuán ciertas eran.

—Fui a buscarte, y mira nada más, un maldito accidente por tratar de ir contra tus deseos, mujer, eso es lo que he ganado hoy. ¿Es que tenía que estar medio muerto para que decidieras volver? —preguntó mitad resentido mitad bromista.

—Tonto —dijo con un sollozo—, casi me da un infarto cuando me llamaron del hospital. Estaba camino a casa —bajó la mirada— e iba a buscarte. Gracias por las fotografías. Fueron un detalle precioso...

—Hey —dijo Nick levantando la mano para tomarle el rostro—, no he sido el mejor hombre para ti, y pienso rectificarlo. Tengo mucho por lo cual compensarte. Siento mucho todo el dolor que te causé.

Ella hizo una negación con la cabeza.

—Hemos tenido suficientes culpas, y también disculpas a cuestas, ya es tiempo de terminar este círculo infame... —esbozó una sonrisa que trataba de ser esperanzadora, y de algún modo lo consiguió—. Kelly y yo hemos hablado durante todo este tiempo. A ratos fueron momentos difíciles, y otros, alegres y esclarecedores.

—No saliste de Inglaterra... Si no hubiese tenido el accidente entonces te habría encontrado. Iba rumbo a la casa del puñetero Jensen.

Zoey no pudo evitar soltar una carcajada que contenía una mezcla de alivio y comprensión a la naturaleza impetuosa de Nick.

—No le dije en dónde estaba, pero sí que continuaba en Londres. Siento no habértelo dicho a ti.

—Necesitabas alejarte todo lo posible, incluso con esa pequeña información —rezongó Nick.

—Sí... —suspiró—. Renté un hotel cerca de la casa de Kelly y Michael. Él es un niño maravilloso y con mucho talento para la música. Tuve largas charlas con mi hermana, y nos sinceramos sobre temas muy difíciles como fue el de nuestro padre. Habló muy bien de ti —dijo con un tono de vergüenza por lo mal que lo había juzgado—, y a mí me hubiera gustado mucho que me confesaras la verdad. Me hubiera ahorrado todo este tiempo sin ti, Nick...

Él hizo un sonido de frustración. La culpa era de parte y parte, pero no podía retroceder el tiempo. Les tocaba tan solo afrontar la vida como llegase para ambos de ahora en adelante.

—No hay tiempo ni espacio en mi vida que no esté lleno de ti, Zoey. Mi vida ha sido una completa desgracia en tu ausencia —dijo con vehemencia—, y cada noche, la maldita cama fría y vacía era un vil recordatorio del tiempo que perdí protegiéndome de ti, cuando en realidad estaba lastimándote tanto.

Ella podía sentir el corazón latir con ligereza y calma.

—Te amo, Nick —susurró.

—Jamás podrás amarme tanto como yo te he amado desde hace muchos años —dijo con firmeza—, y tal como te sigo amando ahora.

—Oh, Nick, pero al menos puedo intentarlo —dijo con una sonrisa, porque sabía que, incluso cuando se trataba de declaraciones, su esposo

tendía a ser demasiado competitivo.

—Bien, porque apenas pueda moverme de esta maldita cama espero recibir todas las demostraciones de esas intenciones. Muy concienzudamente. Día y noche si es posible para recuperar el tiempo perdido.

Zoey soltó una carcajada.

—Primero lo primero, cariño mío: espera a que te den el alta. El resto, pues ya lo iremos negociando.

—Qué perversa eres mujer. —Ella se encogió de hombros de forma juguetona—. Ven aquí y bésame. Pueden quitarme el maldito oxígeno a mi alrededor, pero no tus besos. Nunca tus besos.

CAPÍTULO 25

Cinco días después...

Nick contempló a Zoey mientras dormía.

Faltaba poco para que el amanecer empezara a desplegar los primeros sonidos alrededor. En la comodidad de su cama sonrió con masculina satisfacción. Habían hecho el amor como si no se hubiesen visto en décadas, y quizá era porque lo sentían de ese modo al haber estado separados diecinueve largos días sumadas las veinticuatro horas que le recomendó el doctor a Nick para que descansara después del accidente.

Los padres de ambos los visitaron, preocupados con la noticia del accidente, y aprovecharon para decirles los felices que estaban al saber que se habían reconciliado. Incluso Jensen se pasó por la casa el día anterior, llevó comida de un famoso restaurante japonés de la ciudad, y Nick —después de que Zoey le contó los consejos que le dio Jensen para que tratara de solucionar la situación de su matrimonio— pensaba dejar de lado las ganas de soltarle un puñetazo cada vez que el mejor amigo de su mujer decidía abrazarla como si tuviese algún derecho a ello. Sí, él, era posesivo con Zoey, y le daba igual lo que otros pensarán. Jamás volvería a dar por sentado el amor de ella, ni tampoco la estabilidad de su relación.

Ese fin de semana habían organizado una barbacoa especial para celebrar la fusión exitosa con Mallory, algo tardía, así como la reconciliación del joven matrimonio Wolfe, y también para darle la bienvenida a Kelly y Michael a las actividades familiares. Esto último era muy importante para Zoey, y —por supuesto— las necesidades de ella se convertían en prioridad de forma automática para su esposo.

Albert, Elizabeth, Adelle y Gustav conocían ahora la historia del pasado de Zoey, pero jamás le mostraron pena, al contrario, elogiaron la valentía que tuvo para hablar con Kelly y tratar de tender un puente a una relación compleja, pero que podía resultar maravillosa con el paso del tiempo. La animaron a integrar en todas las reuniones familiares a Kelly y Michael, en especial a las festividades de Navidad. Todos estaban entusiasmados ante la idea de conocer a esa pequeña familia de Zoey.

—Nick...

Él se giró y la miró con una sonrisa.

—Hola, princesa. ¿Cómo amaneciste? —le acarició la mejilla.

—Bien —sonrió—, ¿trabajas temprano?

—Hoy voy...

Nick no terminó la frase, porque Zoey se levantó con prisa de la cama y fue corriendo al cuarto de baño. Abrió la tapa del váter, y vomitó. No se dio cuenta más que de la mano de su esposo sosteniéndole el cabello.

Al verla pálida, él fue corriendo a la cocina. Abrió el refrigerador y sacó un vaso de zumo de naranja. Volvió pronto al cuarto de baño, y Zoey estaba terminando de cepillarse los dientes. Se echó agua en el rostro y después se secó la piel con la toalla. Aceptó el vaso de Nick sin decir nada, y bebió varios sorbitos.

—Ven, recuéstate —le dijo con suavidad. Cuando ella estuvo cómoda, Nick se sentó a su lado—. ¿Desde cuándo estás vomitando?

—Hoy... —se puso la mano en el rostro, frunció el ceño, y agregó—: Hace algunos días la comida que ingería me daba arcadas, pero creía que era el estrés. —Nick le tomó la mano para que lo mirara y entrelazó los dedos con de ella—. ¿Por qué me miras como si tuviese las respuestas a los misterios del universo en el rostro? —preguntó con cierto temor.

No sabía cómo podría tomarse Nick la idea de ser padre si acaso estaba

embarazada. Las últimas semanas habían sido un carrusel de emociones, y apenas había contado su período. Aunque, ahora que estaba más consciente de todo, lo cierto es que no recordaba haberlo tenido. «Ay, Dios», pensó mirando a Nick con preocupación.

Él ocultó una sonrisa. Quizá su esposa era un poco distraída con ciertos detalles, pero él no. Mientras le hacía el amor había notado que estaba más sensible que de costumbre. Incluso en una de las ocasiones solo lamiéndole y chupándole los pezones, y apenas tocándole el clítoris, Zoey había explotado de placer.

No le costaba conseguir que su mujer disfrutara de un orgasmo, pero que llegara al clímax tan rápido y de forma tan intensa, lo hizo considerar la teoría de que algo más existía en ella. Un bebé, por ejemplo. Además, no solo era eso, sino que las caderas de Zoey parecían algo más ensanchadas. No le dijo nada sobre los cambios, prácticamente imperceptibles para el ojo habitual, que él había notado porque pensó que quizá se debía a que ella estaba comiendo más de lo habitual.

A él no le importaba cómo lucía Zoey, si acaso delgada o con kilos de más, la amaba, punto. Sin embargo, la idea de que estuviera embarazada le hacía mucha ilusión. Por otra parte, el decirle a una mujer algo referente a su peso podía ocasionar un resentimiento innecesario y absurdo. No quería contrariar a Zoey.

—Tan solo te miro —le dijo con una gran sonrisa—. ¿Quieres ir al médico?

—Creo que ponerme en pie ahora mismo no es una buena idea —susurró.

—Vale, te iré a comprar una prueba de embarazo y cuando te sientas mejor iremos a ver tu ginecólogo. ¿Te parece mejor la idea?

Ella solo asintió y cerró los ojos.

—No quiero dejarte sola...

—Nick, no me pasa nada malo, ve. Tengo el móvil cargado, el teléfono de la casa funciona, y todo va en orden —le dijo con dulzura.

—Vale... —replicó, renuente a dejarla sola.

Nick esperaba fuera del cuarto de baño. Ansioso. Iba de un lado a otro, caminando sobre la alfombra, a la espera de que Zoey saliera. Con las manos detrás de la espalda intentaba mantener la incertidumbre. Estaba a punto de tocar la puerta para preguntar si todo iba bien, cuando Zoey salió con lágrimas en los ojos.

—¿Qué ocurrió? —preguntó, angustiado entrando al baño para ver si acaso algo había sucedido—. ¿Qué ocurrió? —volvió a preguntar cuando ella lo abrazó de la cintura con fuerza—. Zoey, mi vida, dime qué sucede.

Después de varios segundos, mientras Nick le acariciaba la espalda con suavidad, ella levantó la mirada del pecho de su esposo.

—Nick, estoy embarazada —susurró.

Él la tomó en brazos y giró con ella, para después abrazarla fuertemente.

—¡Eso es magnífico! ¿Por eso llorabas?

—No sabía cómo te sentaría una noticia como esta...

—Zoey, estoy feliz. ¡Feliz! —exclamó besándola profunda y largamente—. Un pedacito de ti y de mí —puso la mano en el abdomen plano—, ¿acaso creías que no iba a ponerme contento?

—Es un terreno desconocido, sí, pero contigo todo será más fácil y toda una aventura para explorar.

Ella lo miró, esperanzada y con una sonrisa amplísima.

—Te amo, Nick.

—Yo no sé cómo puedo humanamente amarte más, pero en este momento es así. Me vas a dar un bebé. Eres fantástica —dijo acariciándole la mejilla, antes de inclinarse para besarla de nuevo.

Nick la apegó más contra él, transformando la risa de Zoey en un suave gemido de rendición. Él se prometió que sería solo un beso delicado, porque tenían que llamar a concertar la cita con el doctor, pero el sabor de esa boca jamás había sido fácil de abandonar, menos en estos momentos tan especiales.

Cuando Zoey se agarró de sus hombros y ladeó la cabeza para que él tuviera más acceso al interior de su boca, todo volvió a transformarse. Pasó de ser algo sensual a un contacto posesivo, feroz y hambriento. El beso cobró fuerza e intensidad mientras las lenguas de ambos se enlazaban de manera tentadora. Nick sentía que estaba perdiendo el control con una rapidez inusitada.

Jadeando, él se apartó.

—Zoey, no quiero que te sientas frágil o te den arcadas de nuevo.

—Eso no va a pasar —murmuró bajando la mano para agarrar el miembro erecto de Nick sobre la tela del bóxer. Ambos continuaban en ropa de cama. Ella con una bata de seda corta, y Nick en bóxer. Era una de las pocas noches que no estaba desnudo, pues era la forma en que prefería dormir—. Para nada —sonrió con picardía, y Nick se rindió.

—Cómo me tientas —le dijo mordiéndole el labio inferior y halándolo con sus dientes—. Te deseo.

—Y yo a ti, Nick —le agarró el cabello y lo obligó a callarse, besándolo con ardor. La sonrisa masculina subió la temperatura del cuerpo curvilíneo hasta lo más alto, y ella se dejó ir en esa exquisita sensación de pertenencia y amor.

Tener a Zoey entre sus brazos era como recibir una potente inyección de

adrenalina. Y esta ocasión tenía una dosis adicional al saber que iban a ser padres. Nick la tomó en volandas y la dejó sobre la cama. Sin muchas contemplaciones le quitó la bata de seda, y rompió las bragas. Un tanga sensual que lo había enloquecido cuando la vio vestirse después de haberla amado durante la madrugada.

Ella tenía la sensación de empezar a hiperventilar por el esfuerzo de mantener la respiración. La mirada de Nick era incendiaria y podía ver la firme erección contra la tela del bóxer.

—Desnúdate —le dijo en tono desesperado.

—Sí, señora —replicó él con una sensual sonrisa, no sin antes acariciarle el clítoris húmedo—. Estás empapada —dijo sin poder evitar hundir un dedo en el interior de su mujer—, deliciosamente empapada, Zoey.

—Tómame ahora, Nick —pidió abriendo las piernas sin ningún tabú.

Se sentía cómoda pidiendo, exigiendo y deseando. Era una de las cosas que más amaba de la vida con Nick. Su libertad para ser simplemente ella. Cuando él la tocaba, por más leve que fuese la caricia, Zoey sentía la piel ardiéndole.

—Iremos a mi ritmo —dijo él con un gruñido, antes de volver a besarla de forma devastadora.

Si antes estaban a cien, ahora iban a mil en cuestión de nanosegundos. Para Nick Zoey lo era todo, porque antes de ella siempre había sentido que le faltaba algo. Su esposa había sido la llave que abría el único lugar al que jamás nadie tuvo acceso: su corazón. Y le pertenecía a Zoey por entero.

—Prepotente —murmuró moviendo las caderas para que él la penetrara. Sentía el núcleo de su cuerpo en ebullición, la excitación era tal que incluso sentía cosquilleos en su clítoris. Necesitaba tenerlo dentro, y el muy cretino la hacía esperar.

—Seguro de mí mismo, cariño. Solo eso —dijo, y bajó hacia el pecho

desnudo y generoso de su esposa. Cerró los labios con avidez sobre el pezón erecto, y la sintió agarrarle el cabello con fuerza, pero él no le dio tregua, y a continuación succionó con fuerza para luego acariciárselo con la lengua. Le gustaba los sonidos que ella emitía.

—Nick... —gimió. Sentía como si su cuerpo hubiera sido conectado a una fuente de potente electricidad. En esos instantes entre sus piernas se sentía dolorida y húmeda. Él, por supuesto, no la dejó descansar, porque al instante aplicó la misma caricia en su otro pecho—. Dios...

Nick deslizó un dedo en el interior de Zoey, le acarició los labios íntimos, lubricándola toda, y ella le clavó las uñas en los hombros. Arqueó la espalda de nuevo, pidiéndole con su cuerpo que se deslizara en lo más profundo de su ser, porque su mundo estaba reducido a las sensaciones que experimentaba. A la pasión. El deseo. El amor. No tenía voluntad más que para sentir el éxtasis.

Le recorrió la espalda con las uñas, y después levantó las piernas para anclar los tobillos a las nalgas de Nick. Intentó atraerlo hacia ella.

—Si no me penetras en este momento voy a matarte, Nick Wolfe.

Él soltó una carcajada ronca. Se apartó ligeramente, y ella se abrió a él. Nick tomó la cabeza de su erección con la mano y la acercó a la entrada del sexo femenino.

—¿Lista? —preguntó tentándola con su pene, acariciándole sus labios íntimos con el glande de arriba abajo, y torturándose él también un poco.

Ella dejó escapar un sonido de frustración.

—Te juro, Nick, que...

Ella cerró la boca y emitió un grito de placer cuando Nick la penetró con una sola y sólida embestida. Empezó a moverse en su interior, primero lo hizo despacio, pero después aceleró el ritmo. Él apoyó una mano en el colchón y con la otra atrajo más a Zoey hacia sí, moviéndose con ímpetu y

ansias.

Al sentirlo dentro, moviéndose, ella inició un sinuoso ritmo para salir al encuentro de esas potentes acometidas. Poco a poco la tensión previa al orgasmo la invadió por completo. Los cuerpos de ambos generaban un ruido erótico al chocar sus partes más íntimas, húmedas, necesitadas la una de la otra.

—Te amo, dulzura... Estás tan deliciosamente apretada —dijo Nick.

Ella soltó un gemido.

—Oh, Nick, más rápido... Así, oh —gimió—. Sí, así, cuánto te amo... Sabes cómo volverme loca... Nick...

El orgasmo los arrastró a ambos al unísono. Nick hundió la cabeza en el hombro de Zoey y aspiró su aroma de lavanda con coco. Se sentía en paz. Sonrió y esperó a que las respiraciones de los dos empezaran a normalizarse. Pronto, él sintió las manos de Zoey acariciándole la espalda. Continuaban íntimamente unidos.

—Nick, te quiero, y sé que tú también me quieres —dijo mirándolo con ojos soñadores, y el cuerpo relajado después del maravilloso orgasmo.

Él se apartó poco a poco de ella hasta que sus ojos se encontraron con los de Zoey. Le sonrió.

—Claro que sí, princesa —acarició con su nariz la de Zoey—, y me vas a conceder el regalo de ser padre. ¿Qué más puedo pedirle a la vida?

Ella le rodeó el cuello con los brazos. Sonrió con sensualidad y movió las caderas. Tenía el cuerpo sensible, pero el hambre sexual por Nick parecía haberse redoblado las últimas semanas, en especial desde que regresaron a la casa de ambos.

—Otro orgasmo...

Con una sonora carcajada, Nick complació a su esposa.

Cuatro meses más tarde, Zoey estaba comprando algunas prendas para su bebé. Iba a tener un niño. Aún no estaba decidida por el nombre, ni tampoco su esposo, pero era lo de menos.

—¿Qué te parece este? —preguntó Jensen mostrándole unos pantaloncitos grises con camisa a juego.

—Jensen, va a ser un bebé, y los bebés no nacen teniendo tres años —replicó riéndose—. Definitivamente, el ser padre no está en tu complejo plan de vida.

Él sonrió.

—Pufff. Esto de hacer compras es complicado.

—Solo porque eres despistado. ¿Qué clase de padrino serás? Me empiezo a cuestionar la idea.

—Tan graciosa —murmuró buscando otra ropa para llenar el ropero de un recién nacido con prendas de hasta un año de edad.

Después de que Kelly y Michael conocieron a su familia adoptiva, estos los acogieron con calidez. Zoey se sentía más que agradecida porque todos los retos que la vida le había puesto en el camino los pudo enfrentar con entereza. En algunos pudo salir airoso, y sabía que llegarían más, pero esperaba capear los temporales con la misma fortaleza con la que pensaba criar a su primer hijo.

Ella no tenía quejas de Nick, porque era lo que siempre había deseado en un hombre, y más... A veces se portaba sobreprotector cuando le daban ligeros calambres, y llamaba al doctor Hopkins —que tenía una paciencia de santo verdaderamente para atender a su esposo—, y solo así se calmaba. Le daba masajes y la complacía lo que más podía. Los controles con el ginecólogo eran un punto importante en la agenda de Nick, y le había dado instrucciones a su asistente para que ningún tipo de viaje o reunión se

interpusiera.

Resultaba difícil cuando él tenía que viajar por negocios, y ella debía quedarse trabajando en Londres. Lo echaba mucho en falta. El embarazo la había puesto más sentimental de lo habitual, y lejos de sentirse mortificado, Nick era la personificación de la paciencia. Aunque quizá algo, o mucho, tenía que ver con que los niveles de deseo sexual estaban muchísimo más elevados por sus hormonas, y él lo disfrutaba. De seguro era una forma de sublimar alguna frustración que los incoherentes estados anímicos de Zoey, porque los tenía, le causaban.

Claro, Zoey también disfrutaba en la cama con Nick. ¿Cuándo había sido aquello un tema en duda? A medida que su abdomen se iba hinchando con el paso de las semanas, ambos habían utilizado formas ingeniosas de duplicar o mejorar el placer para que ella estuviese cómoda con su cuerpo durante el sexo.

Era impresionante cómo una pareja iba cambiando su dinámica en diferentes ámbitos con la llegada de un hijo. El amor se intensificaba de un modo que Zoey no era capaz de describir. El solo sentirse amada hacía esa etapa muy especial.

Por otra parte, Zoey tenía muy claro —y también Nick la apoyaba— que el rol de madre no iba a impedirle trabajar en lo que la apasionaba.

La línea de Isolda estaba vendiéndose muchísimo, y varias estrellas de Hollywood se habían enamorado del trabajo de la artista y pedían a JW que les hiciera joyas exclusivas. Aquel era otra línea de negocio que, más adelante, Zoey pensaba explorar, pero solo funcionaría si Isolda quería trabajarlo. De momento, la esposa de Nick se concentraba en mantener a flote todos los requerimientos vinculado a Mallory Settlements y con ello también la expansión de la marca JW en Estados Unidos.

Cuando Nick y ella discutieron los padrinos de su hijo, el nombre de

Kelly saltó a la lista, pero Zoey prefería que su hermana tuviera un perfil bajo. Sabía que lo que estaban viviendo era un proceso lento y no quería ponerla en compromisos. Así que la opción más obvia fue Jensen. En el caso de Nick, Stavros.

El mejor amigo de Nick los había llamado a felicitar, y una semana después de recibir la noticia voló desde Grecia con Toula para celebrarlo con una bonita velada. Zoey sabía que Stavros era una gran persona, y sabía que su hijo tendría un par de padrinos geniales al nacer.

—Oye, ¿no habías quedado con Nick para almorzar? —preguntó Jensen cuando terminaron de hacer la compra de ropa.

Zoey tenía el cuarto del bebé decorado, y esa era la última jornada de preparación antes de que su hijo llegara al mundo. Estaba ansiosa y nerviosa a partes iguales. Su madre, Elizabeth, le dijo que ella estaba en las mismas condiciones porque no tenía experiencia de parte, pero su tía Adelle la tranquilizó diciéndole que tenía que darle la bienvenida con la epidural. Ante esa sugerencia, Zoey soltó una carcajada, y recordó que era una posibilidad. Su umbral de dolor era muy bajo, así que tendría que recurrir a una opción a la que le tenía pavor: las agujas.

—Sí, pero él pasará por mí —dijo con una sonrisa—. ¿Vas en serio con Bianca? —le preguntó sobre la última conquista de su amigo. Llevaba saliendo con la modelo de Gucci más de dos meses, y aquel era todo un récord para Jensen.

—Tendré que definirlo después de la semana de la moda en París.

—¿Cómo así?

—Porque habrá otras mujeres hermosas, y si no me llaman la atención, entonces quizá Bianca tenga esperanzas.

Zoey se rio.

—Eres un mujeriego incorregible.

—Me divierto. Eso es todo —dijo haciéndole un guiño en el preciso instante en que Bastto aparcaba el automóvil de Nick—. Uh oh, aquí llega Hércules, Sansón y Ulises —le susurró al oído, y ella soltó una risotada.

Nick frunció el ceño y se acercó a Zoey. Le dio un beso largo y después la abrazó de la prominente cintura.

—Jensen —dijo a modo de saludo.

—Qué hay, Nick. Te dejo a cargo de la tarea del shopping. No nací para esto —comentó—. Por cierto, gracias por aceptar que sea el padrino del bebé.

—No hace falta que agradezcas. Lo que quiere Zoey y la hace feliz, eso tendrá.

Jensen miró a su amiga.

—¿Ves? No quiero que me domestiquen.

—Jensen...—murmuró ella en señal de advertencia cuando los ojos de Nick parecieron relampaguear—, será mejor que vayas a tu oficina. ¿No tenías una reunión dentro de cuarenta minutos?

—Claro —le extendió la mano a Nick, y la estrechó. Después se inclinó hacia Zoey y le dejó un sonoro beso en la mejilla. No le fue ajeno el gruñido de Nick, ni tampoco cómo su mejor amiga ponía los ojos en blanco ante la infantil provocación hacia el esposo de ella.

Nick había tenido una jornada larga y estaba agotado. Solo la idea de ver a Zoey le daba un extra de energía. La guio hasta el automóvil y cerró la puerta. Rodeó el vehículo y se instaló en el asiento de al lado.

—Nick —dijo ella sonriendo—, no le hagas caso a Jensen, ya sabes que disfruta molestando.

—Es un idiota —refunfuñó.

—Nah, solo es juguetón. Mejor, cuéntame, ¿qué sorpresa es esa que tienes preparada para mí? —preguntó, cuando él la acercó hacia sí. Ella apoyó la cabeza en el hombro de su esposo.

—Si te lo contase dejaría de ser una sorpresa —replicó sonriendo, y Nick cedió—: Nos vamos este fin de semana a París.

—¿De verdad? —preguntó con ilusión.

—Claro. Te debo un anillo de matrimonio.

Ella frunció el ceño. Se miró el dedo anular de la mano izquierda.

—No entiendo...

—El primer anillo lo elegiste tú. Este, lo elegiré yo. Nos espera Isolda, y también unos días solo para nosotros. No quiero al maldito Jensen llamándote para ir a ninguna parte, ni tampoco a la gente de la oficina o de donde sea, requiriendo tu presencia. Te quiero toda para mí —dijo enfurruñado y a ella, conmovida por la forma tan abierta en la que Nick ahora expresaba lo que sentía sin ningún filtro con ella, le enterneció. Sonrió abiertamente y se apretó más contra Nick.

—Estás loco —susurró.

—Por ti, sí —dijo besándola como si quisiera dejarle claro que iba en serio. Ella, por supuesto, no volvería a dudar del amor de Nick.

Cuando vio que los ojos de Zoey empezaban a cerrarse del sueño, Nick le pidió a Bastto que se diese prisa y los llevara a casa.

Zoey tuvo un parto complicado y tuvieron que hacerle una cesárea. La familia Wolfe, así como Kelly y Michael, estuvieron en la sala de espera aguardando por noticias de la madre. Zoey no se acostumbraba a llamar `Kels´ a Kelly, y esta última no había insistido en hacerla cambiar de parecer. La relación entre ambas se volvía más fluida con el paso de los días.

Una vez que el médico dio la autorización, todos pasaron a ver al recién nacido y los nuevos papás. La familia se hizo una fotografía, hubo un brindis especial, y después dejaron solos a los jóvenes esposos Wolfe para que

continuaran disfrutando de la dicha que acababa de llegar a sus vidas.

Flores, cartas de felicitación de los empleados de todas las empresas Wolfe, y corporaciones asociadas, llegaron para la nueva mamá, y para el reconocido empresario londinense, al ala materna del hospital St. Mary en el noroeste de Londres. Andrew Nolan Wolfe nació el catorce de octubre. Pesó cuatro kilos. Gritó con desesperación hasta que finalmente empezó a mamar de los pechos de Zoey, y una vez saciada su hambre se quedó dormido ante la mirada maravillada de Nick.

—Este es el mayor regalo que me has hecho, después de amarme —le dijo Nick besándole los labios con suavidad a Zoey, quien estaba adormilada y cansada—. Gracias por haberle devuelto la luz a mi vida.

—Oh, Nick... Gracias a ti por tu amor, por luchar para que esté a tu lado... —miró al bultito que dormía en la pequeña cunita que pronto sería llevada con los demás bebés que habían nacido esa mañana—. ¿Crees que seremos buenos padres? —preguntó con un tono de ligera inseguridad.

Él le tomó la mano y le acarició el dorso con sus dedos elegantes.

—Haremos nuestro mayor esfuerzo.

Ella sonrió, y elevó la mano para acariciarle la mejilla a Nick.

—Después de todas las vicisitudes he logrado al fin tener mi propia familia.

—Aún sin tener a Andrew, ya éramos una familia, mi amor. Tan solo nos hacía falta un pequeño empujoncito para darnos cuenta —sonrió—. Ahora será mejor que duermas, porque nos esperan días muy agitados con nuestro hijo.

Zoey, vencida por el sueño, llena de esperanza y sintiéndose amada, solo consiguió esbozar una tenue sonrisa antes de dormirse.

EPÍLOGO

Seis años más tarde...

—¡No corran, niños! —gritó Zoey mientras terminaba de enviar un correo electrónico con instrucciones para su asistente en JW. Había decidido trabajar esa semana desde casa, porque el domingo celebraban el cumpleaños de sus hijos—. ¡Niiick ven a ver a estos diablillos desobedientes! —llamó a su esposo.

Seis años después, el atractivo de su esposo continuaba robándole el aliento. Tenía ligeros cabellos grises, pero eso solo conseguía darle un toque más sensual. Sus noches, sus días, y cualquier momento en que estuvieran a solas, estaban llenos de recuerdos que iban creando y anécdotas inolvidables, no solo como pareja, sino con sus hijos. Las peleas entre Nick y Zoey, como no podía ser de otra manera, continuaban siendo monumentales. ¿El sexo de reconciliación? Fantástico.

La química que existía entre los dos no había menguado, de hecho, se mantenía tan viva como siempre, y quizá mucho tenía que ver la agenda de constantes viajes de Zoey con los niños o de Nick fuera de Inglaterra. Se extrañaban a rabiar, y cuando se encontraban parecía como si nunca se hubiesen separado.

Dos años después del nacimiento de Andrew, Zoey volvió a quedar embarazada. En esta ocasión, dio a luz mellizos. Alana y Joe. Dos pequeños adorables que, sumados al revoltoso de Andrew, amenazaban con enloquecer a su mamá y a las niñeras que cuidaban de ellos durante el día. Cuando llegaba Nick de la oficina —cuarenta minutos después de que lo hiciera Zoey—, besaba a su esposa como si no la hubiese visto en semanas, y después iba

a la habitación de sus hijos para jugar con ellos, justo antes de que se durmieran. El hombre cínico y egoísta había quedado atrás hacía ya mucho tiempo.

En ocasiones, Kelly y Michael iban a visitarlos y también se ofrecían para quedarse con los pequeños para que Nick y Zoey tuvieran al menos una salida de pareja sin alborotos cada dos o tres semanas. Los jóvenes esposos Wolfe amaban a sus hijos, pero eran conscientes de que no podían descuidar su vida como pareja.

—Mi vida, ¿qué es todo este escándalo? La niñera está con ellos y a este paso va a pedir un aumento salarial —dijo Nick acercándose a Zoey con una sonrisa. La tomó a Zoey de la mano para apartarla del escritorio, y ella lo dejó hacer—. Ya deja de trabajar por hoy, cariño. La oficina no va a caerse a pedazos sin ti. Ya dejé todo solucionado con respecto a la nueva colección de Isolda —le agarró la cintura con ambas manos y la acercó contra su cuerpo—, y ahora que los niños están tan juguetones, quizá sea momento de darnos una escapada.

Ella se rio. Elevó las manos y rodeó el cuello de Nick con un suspiro.

—¿Me está sugiriendo señor Wolfe que deje mis obligaciones laborales?

—Imposible —replicó acercándose más a la boca de Zoey—. Lo que estoy sugiriendo es un merecido descanso —subió las manos hasta posarlas sobre los pechos de Zoey. La escuchó gemir—. Creo que a estas preciosuras les parece una gran idea —apretó los pezones erectos de Zoey a través de la tela de algodón del vestido de verano—, y yo quiero compensar su entusiasmo dándoles muchos besos.

Zoey soltó una carcajada. En la posición en la que se encontraban, sus hijos y la niñera solo podían ver la espalda de Nick mas no la travesura que estaba cometiendo.

—Debemos agradecer que Jensen se casó con Bianca y que pronto serán padres, así tendremos un aliado adicional para que nuestros tres terremotos vayan a jugar a casa de ellos. De momento nos toca apañárnosla con las niñeras y nuestros padres —dijo ella con los ojos brillantes de amor.

Nick sonrió porque, a pesar de los impasses, había logrado construir una sólida amistad con Jensen desde que se reconcilió del todo con Zoey.

—Por supuesto, mi vida —murmuró con un tonto sensual.

—Será solo un momento, ¿verdad? —preguntó consciente de la dureza del miembro de Nick contra su vientre. Cuando estaba con su esposo, el tiempo dejaba de existir a su alrededor, y siempre era Nick quien se encargaba de decirle que estaban olvidándose de un pequeño detalle: seguían siendo padres y ahora debían compartir más su tiempo con esos tres maravillosos diablillos.

—Mmm... —susurró él mordisqueándole el lóbulo de la oreja sin dejar de masajearle los pechos con intención—, creo que podríamos negociarlo.

Ella agarró las manos de Nick, para que se detuviera un instante. Eso le daba un margen considerable para que llegara un poco de oxígeno a sus pulmones y fuese capaz de pensar coherentemente en algo que no solo fuera la prometedora sesión erótica que tendría lugar dentro de poco.

—Veinte minutos. Les prometí que jugaría al escondite con ellos —dijo Zoey.

Él inclinó la cabeza hacia un lado mirándola con una sonrisa.

—Solo si me dices cuánto me amas —replicó mientras subían las escaleras.

Se habían comprado una nueva casa, más espaciosa para que sus hijos pudieran disfrutar, y ellos así poder garantizarse más privacidad como pareja. También querían crear nuevos recuerdos en un sitio que no hubiera sido testigo de tristezas o traiciones. La propiedad estaba en las afueras de

Londres y contaba con un precioso patio en el que solían organizar fiestas o barbacoas para la familia.

El clan mayor Wolfe estaba embelesado con los pequeños herederos de Nick y Zoey, y cuando los jóvenes esposos tenían que viajar por negocios, entonces eran los mayores quienes se turnaban para cuidar de los infantes con la asistencia de las niñeras. Todo un ejército al cuidado de tres pequeñas personas que se habían convertido en la piedra angular de sus vidas. Albert se había retirado de JW., y ahora Zoey era la presidenta y accionista mayoritaria, algo que a Nick lo llenaba de orgullo.

Por otra parte, Bastto y Kendrick aceptaron el hecho de que, de ahora en adelante, sus viajes a la ciudad podrían incluir cada tanto, llantos, niñeras, posibles vómitos en horas inusitadas y de seguro viajes constantes a las jugueterías. Nick y Zoey les habían triplicado los salarios de sus leales conductores.

Cuando al fin estuvieron en la habitación, Nick cerró la puerta tras él. Pronto el murmullo exterior se desvaneció. Solo estaban ellos en su pequeña burbuja.

—Eso no podrías cuantificarlo —le dijo Zoey quitándole la camisa y disfrutando del torso de Nick—. Te tomaría una eternidad.

—Tienes razón —murmuró él contra la boca femenina, mientras la acostaba con suavidad sobre la cama—, y por eso será mejor que me lo demuestres, y me permitas también demostrarte cuánto te amo y te deseo yo a ti —sonrió, antes de perderse en una bruma de amor y pasión. Aquella combinación era una fórmula que solo podía funcionar con la única mujer que había sido capaz de conseguir que él se pusiera a sus pies para pedirle, más de siete años atrás en París, que se quedara a su lado para siempre. Una petición que había estado marcada por un profundo sentimiento de sinceridad y humildad.

Ambos habían celebrado una ceremonia para renovar sus votos matrimoniales en una preciosa capilla inglesa cuando volvieron de Francia. Lo hicieron sin testigos. No necesitaban demostrar a otros la sinceridad de sus sentimientos o la magnitud de los problemas que, juntos, habían superado; ni tampoco demostrar la férrea disposición que poseían de mantener la entereza para desafiar las dificultades que estaban en el horizonte de todo matrimonio. Aquella inolvidable ceremonia guardaría siempre un significado especial en sus vidas.

FIN.

Querido lector,

Gracias por elegir “Votos de traición”. Ha sido un viaje estupendo poder contarte la historia de Nick y Zoey.

Si te ha gustado la novela, te agradeceré inmensamente que dejes tu comentario (**sin spoiler, sin spoiler, sin spoiler**, por favor) en Amazon. ¿Quieres contactar conmigo de forma directa? Estaré encantada de recibir tus emails: kistelralstonwriter@gmail.com

Mis redes sociales están en mi biografía de autora.

Un abrazo hasta el rincón del planeta en el que te encuentres,

Cariños,

Kristel Ralston.

SOBRE LA AUTORA

Escritora ecuatoriana de novela romántica y ávida lectora del género, a Kristel Ralston le apasionan las historias que transcurren entre palacios y castillos de Europa. Aunque le gustaba su profesión como periodista, decidió dar otro enfoque a su carrera e ir al viejo continente para estudiar un máster en Relaciones Públicas. Fue durante su estancia en Europa cuando leyó varias novelas románticas que la cautivaron e impulsaron a escribir su primer manuscrito. Desde entonces, ni en su variopinta biblioteca personal ni en su agenda semanal faltan libros de este género literario.

En el 2014, Kristel dejó su trabajo de oficina con horario regular en una importante compañía de Ecuador, en la que ejercía como directora de comunicación y relaciones públicas, para dedicarse por completo a la escritura. Desde entonces ya tiene publicados diecinueve títulos, y ese número promete continuar en ascenso. La autora ecuatoriana no solo trabaja de forma independiente en la plataforma de Amazon, KDP, sino que posee también contratos con editoriales como Grupo Editorial Planeta (España y Ecuador), HarperCollins Ibérica (con su sello romántico, HQÑ), y Nova Casa Editorial.

Su novela "Lazos de Cristal", fue uno de los cinco manuscritos finalistas anunciados en el II Concurso Literario de Autores Indies (2015), auspiciado por Amazon, Diario El Mundo, Audible y Esfera de Libros. Este concurso recibió más de 1.200 manuscritos de diferentes géneros literarios de 37 países de habla hispana. Kristel fue la única latinoamericana y la única escritora de novela romántica entre los finalistas. La autora también fue finalista del concurso de novela romántica Leer y Leer 2013, organizado por la Editorial Vestales de Argentina, y el blog literario Escribe Romántica.

Kristel Ralston ha publicado varias novelas como Estaba escrito en las estrellas, Entre las arenas del tiempo, Brillo de luna, Mientras no estabas, Punto de quiebre, La venganza equivocada, El precio del pasado, Un acuerdo inconveniente, Lazos de cristal, Bajo tus condiciones, El último riesgo, Regresar a ti, Un capricho del destino, Desafiando al corazón, Más allá del ocaso, entre otras. Las novelas de la autora también pueden encontrarse en varios idiomas tales como inglés, francés, italiano, alemán y portugués.

La autora fue nominada por una reconocida publicación de Ecuador, Revista Hogar, como una de las mujeres del año 2015 por su destacado trabajo literario. En el mismo año, participó en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en el stand de Amazon, como una de las escritoras de novela romántica más vendidas de la plataforma y en calidad de finalista del II Concurso Literario de Autores Indies. Repitió la experiencia, compartiendo su testimonio como escritora de éxito de Amazon KDP en español, en marzo del 2016, recorriendo varias universidades de la Ciudad de México, y Monterrey.

Kristel es la primera escritora ecuatoriana de novela romántica reconocida nacional e internacionalmente. Ella ha fijado su residencia temporal en Guayaquil, Ecuador, y cree con firmeza que los sueños sí se hacen realidad. La autora disfruta viajando por el mundo y escribiendo novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices.

Twitter e Instagram: @KristelRalston

Facebook: KristelRalston,Books

Web: www.kristel-ralston.com

